AÑO 100 – Núm 727 ENERO-FEBRERO, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

VOLVER A COMENZAR SIEMPRE

En su obra *La verdadera y sólida piedad*, san Francisco de Sales señala la importancia de no olvidar nunca la enseñanza de los santos que nos advierten de la necesidad de volver a comenzar cada día el camino de la perfección evangélica. Si pensamos bien en esto –nos dice– no nos extrañaremos de encontrar todavía en nosotros algo que hay que suprimir. La perfección evangélica a la que nos llama Jesús («sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto») no es nunca algo acabado en nosotros; hay que recomenzar siempre, y recomenzar de buen corazón. «Cuando el justo haya acabado, dice el Espíritu Santo, entonces volverá a recomenzar».

Aunque lo que hayamos hecho hasta el presente sea bueno, lo que vamos a comenzar será mucho mejor. Pero cuando lo hayamos concluido, volveremos a comenzar otra cosa, que será todavía mejor, y luego otra y otra hasta que salgamos de este mundo para comenzar otra vida que no tendrá fin.

Hay que tener el valor y la fortaleza de ir siempre más lejos, sin detenerse jamás, suprimiendo aquello que nos impide avanzar.

En ese mismo escrito, san Francisco de Sales nos dice que en el camino hacia la perfección evangélica con frecuencia el amor propio nos deslumbra; por eso hay que tener los ojos bien firmes para no ser siempre engañados de modo que solo nos veamos a nosotros mismos.

Progresar en la vida cristiana es lo mismo que progresar en el verdadero amor. Para ello es preciso vaciar nuestro corazón. San Francisco continúa diciendo: «Vaciemos nuestro corazón cuanto sea posible. Qué felices seríamos si un día nos cambiáramos a nosotros mismos por este amor que, haciéndonos más uno, nos vaciará perfectamente de toda multiplicidad, para solo tener en el corazón la soberanía de la santísima Trinidad».

Pero este progreso en la vida espiritual —sigue diciendo el Doctor de la amabilidad— no consiste en multiplicar los ejercicios de piedad. Él mismo cuenta que en cierta ocasión algunos religiosos le preguntaron: ¿Qué hacemos este año?, pues el año pasado hemos

ayunado tres veces por semana y nos hemos disciplinado otras tantas; ¿qué añadimos ahora?, pues hay que hacer algo más, tanto para dar gracias a Dios por el año transcurrido como para ir siempre progresando en el camino de Dios. San Francisco les respondió: es cierto que hay que avanzar siempre, pero este progreso no se hace como vosotros pensáis, multiplicando los ejercicios de piedad, sino por la perfección con la que los realizamos, confiando siempre en Dios y desconfiando más de nosotros mismos. Es un gran engaño querer comer más de lo que se puede digerir; y sin embargo nos cuesta superar esa ansiedad que nos lleva a desear hacer muchas cosas.

Leer con frecuencia libros espirituales, hablar mucho de Dios y de cosas espirituales para motivar la devoción, escuchar predicaciones y conferencias, comulgar con frecuencia y confesarse todavía más, servir a los enfermos, hablar bien de todo lo que ocurre en nosotros para manifestar la pretensión que tenemos de alcanzar la perfección, todos son medios muy propios para alcanzar esa meta, pero –subraya el santo de la amabilidad– siempre que todo esto se haga de forma ordenada y siempre en dependencia de la gracia de Dios; es decir, siempre que no pongamos la confianza en esos medios, por buenos que sean, sino solo en Dios, pues solo él puede hacernos sacar el fruto de todo eso.

San Francisco cita el ejemplo de los eremitas, que algunos no tenían libros, pero hacían como las abejas,

picoteaban en las virtudes más excelentes de los santos para elaborar la miel de la santa perfección.

Aunque estos santos solitarios comían tan poco de esas viandas espirituales con las que nosotros solemos nutrir nuestro espíritu para la inmortalidad, sin embargo, poseían una gran fortaleza para adquirir las virtudes y llegar a la perfección. En cambio, nosotros, que comemos mucho, estamos siempre tan flacos, es decir, tan débiles y tan lánguidos en la consecución de nuestros objetivos, y nos parece que no tenemos ninguna valentía ni ningún vigor en el servicio de Dios si no estamos sostenidos por los consuelos espirituales.

Para imitar a esos santos es preciso que nos apliquemos a socorrer nuestras necesidades; es decir, que nos dediquemos a lo que Dios nos pide, según nuestra vocación, ferviente y humildemente, y no pensar más que en eso, no considerando que otro medio de perfeccionamiento es mejor que ese.

Por tanto, la fuerza vendrá de Dios si nos entregamos como Jesús a hacer cada día lo que él espera de nosotros, si esa es nuestra principal pasión como lo fue del mismo Jesús. Lo cual entraña un discernimiento constante, pero, sobre todo, una confianza ilimitada en que Dios nos ama y solo desea nuestro bien.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN

INTRODUCCIÓN

Iniciamos unas breves reflexiones sobre la contemplación. Si bien tiene lugar en el ámbito secular y en el ámbito religioso, aquí daremos prioridad a la contemplación cristiana. En esta primera reflexión veamos la actualidad del tema. Las referencias que van a determinar su desarrollo y los títulos de las próximas colaboraciones.

Actualidad del tema

En la cultura líquida en que vivimos. En el transcurso de la modernidad el individuo sale del anonimato, quiere ser él mismo, y la experiencia ocupa un puesto relevante. Pero los mismos adelantos técnicos han generado medios sofisticados de comunicación que crean un mundo plagado de imágenes donde las personas son colonizadas y sutilmente alienadas. Hace unos años el portugués J. Saramago, premio nobel de literatura, escribió *Ensayo sobre la ceguera*. Hombres y mujeres de una ciudad sufren una «ceguera blanca»; sin deterioro orgánico en sus ojos solo ven como si estuvie-

ran sumergidos «en un mar de leche blanca». En consecuencia, la ciudad se llena de basura maloliente mientras los ciudadanos se pierden en discursos inútiles. El mismo Saramago explica el significado de la novela: «La pérdida de visión es de alguna manera la pérdida de razón que construye. Si toda una sociedad se vuelve ciega en este sentido, se olvida de la solidaridad, el deber, el respeto, se convierte en una especie de nido de serpientes. Yo creo que la gente se está volviendo ciega porque no se está dando cuenta de que nuestra manera de vivir es totalmente errónea y nos lleva al desastre». La «ceguera blanca» refleja bien a las personas humanas que, cargadas de aparatos y atolondradas por tantos anuncios prometiendo dicha, se instalan en la superficialidad. Dejan de ser ellas mismas porque les falta una mirada contemplativa para ver la realidad tal cual es y mantenerse honradas con ella.

Dentro de la misma comunidad cristiana hay como un reclamo de interioridad. En el seno de la misma Iglesia, sobre todo después del Concilio Vaticano II, son bien significativos movimientos y grupos que han priorizado la experiencia espiritual. Hay, además, un creciente interés por los grandes místicos de la tradición cristiana y por las corrientes de mística oriental. Se habla de místicos horizontales, de ojos abiertos y de ojos cerrados. Se quiere superar la rutina ritualista y la moral de cumplimientos; en el fondo va surgiendo una mirada contemplativa. Para alimentar esa nueva sensibilidad durante los últimos cincuenta años han visto la luz muchos libros breves y sugerentes sobre espiritualidad. Pero el Vaticano II no redactó un documento sobre

espiritualidad donde quedase clara su identidad cristiana, y en estos años han faltado textos serios sobre teología espiritual precisamente cuando más se necesita un discernimiento desde la fe cristiana.

Esta situación justifica estas reflexiones sobre la contemplación que parece tema decisivo para la vida del ser humano y para la buena salud de la fe cristiana. En el cambio cultural vertiginoso que nos toca vivir poco se arregla con imposiciones sobre las personas cada vez más celosas de su libertad. Solo una experiencia personal del misterio, similar a la experiencia de amor, puede garantizar la libertad que los seres humanos hoy buscan y la autonomía en la gestión de las realidades creadas. Pero esta experiencia supone una mirada contemplativa sobre las personas y los acontecimientos.

Esta mirada contemplativa supone un encuentro personal con el misterio; es la experiencia mística. Y aquí tiene toda su actualidad la intuición del P. Arintero, fundador de *La Vida Sobrenatural*. Este gran maestro, décadas antes del Vaticano II, identificando la espiritualidad cristiana con la experiencia mística sin la cual no tiene valor la ascética, daba pie para concluir en la convicción que hoy se va generalizando: «El cristiano será un místico que vive la experiencia de Dios, o no existirá». Pero, ¿qué estamos diciendo cuando decimos Dios? ¿Cuál es el contenido que damos al misterio? Si bien la contemplación es posibilidad de todos los seres humanos y de todas las religiones, ¿desde el Evangelio cuál su peculiaridad como contemplación cristiana?

Inspiración con que vamos a proceder

La referencia principal en nuestras reflexiones sobre la contemplación cristiana lógicamente será la conducta histórica de Jesucristo. En ella son destacables dos rasgos.

Primero. Según la experiencia de Jesús, Dios es «Abba», ternura infinita que continuamente a todos se está dando: «Estoy a la puerta y llamo». En él existimos nos movemos y actuamos. Luego, a todos se revela. Lo sugiere bien el papa Francisco en su exhortación «Sobre la llamada a la santidad», que se inicia con la invitación: «Camina en mi presencia y sé perfecto». Esa presencia está en todos los seres humanos, y todos tienen posibilidad de una mirada contemplativa sobre la misma en su propia intimidad, en las otras personas y en todos los acontecimientos. Deberemos precisar qué se entiende por contemplación.

Segundo. Acabamos de celebrar la Navidad, la encarnación de la Palabra que es Dios mismo, en condición humana. Hemos conocido visiblemente al Inefable. Y en la encarnación la divinidad y la humanidad no están unidas como dos pisos superpuestos ni como dos bloques pegados. La divinidad se revela en la conducta humana de Jesús, y esta, con todos sus valores humanos, encuentra su fundamento y es la expresión de la divinidad. Como la encarnación continúa esa misma unidad entre lo divino y lo humano proporcionalmente se da en la vida de todas las personas. En lo humano podemos contemplar la presencia de lo divino. Por tanto, en la contemplación cristiana no cabe dualismo

entre vida personal y vida social, entre acciones espirituales, como por ejemplo celebrar la eucaristía, y acciones profanas como son, por ejemplo, el deporte, el trabajo y la diversión. La vida humana es una totalidad originada y sostenida por la presencia de Dios. Y en todos los momentos de nuestra existencia cabe y es necesaria la contemplación como espacio para acoger esa presencia.

Temario a desarrollar en próximas colaboraciones

Es tan amplio el panorama que no resulta fácil seleccionar las vertientes más importantes del mismo. Como adelanto valgan estos títulos: La mirada contemplativa. La contemplación religiosa. Jesús creyente contemplativo. Contemplativos en dos contextos.

Fray Jesús Espeja, O.P.
Caleruega (España)

Ser o parecer: he aquí la cuestión

En el desenlace de la obra de teatro de Luigi Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*, el personaje PADRE le espeta al director de escena la cuestión nuclear donde las haya: –Y tú, ¿quién eres?

No sin cierto estupor, porque la pregunta se estima incómoda, cual aldabonazo al mismo ser, por el poder doloroso que viste en su fondo, el susodicho responde con desdén y a bote pronto: –*Pues… yo… soy yo*.

–¿Qué se quiere decir cuando se dice *Yo soy yo*? Si la enmarcamos en pura retórica, como de hecho ocurre las más de las veces, el continente impera sobre el contenido y el resultado es la esterilidad por excelencia del conocimiento de uno. Es de justicia señalar que este puro formalismo acampa a sus anchas, cuyo resultado no puede ser otro que el de ser unos desconocidos para nosotros mismos.

La inmensa mayoría de los seres humanos se viven bajo clave identificativa, aquello que les describe, pero que es distinto de ellos: el cuerpo, la manera de pensar, gustos y aficiones, los bienes que se tienen, la moral que se defiende… La parábola de Anthony de Mello que relatamos a continuación, resulta de lo más esclarecedora al respecto.

«Una mujer estaba agonizando en la sala de un hospital.

De pronto, tuvo la sensación de que era llevada al cielo y presentada ante un Tribunal.

– ¿Quién eres?, dijo una Voz.

– Soy la mujer del alcalde, respondió ella.

– Te he preguntado quién eres, no con quién estás casada.

– Soy la madre de cuatro hijos.

– Te he preguntado quien eres, no cuántos hijos tienes.

– Soy una maestra.

– Te he preguntado quién eres, no cuál es tu profesión.

Y así sucesivamente. Respondiera lo que respondiera, no parecía poder dar una respuesta satisfactoria a la pregunta ¿QUIÉN ERES?

– Soy cristiana, respondió ella.

– Te he preguntado quién eres, no cuál es tu religión.

– Soy una persona que iba todos los días a la iglesia y ayudaba a los pobres necesitados.

– Te he preguntado quién eres, no lo que hacías.

Evidentemente, no consiguió pasar el examen, y fue enviada de nuevo a la tierra.

Cuando se recuperó de su enfermedad, tomó la determinación de averiguar quién realmente era y su vida cobró otro sentido…»

Este QUIÉN SOY nos posibilita reflexionar en torno a la desemejanza que se da entre IDENTIDAD e IDENTIFICACIÓN, pero que se solapa por doquier. No es tema

baladí. En ello nos va el rumbo: vivir una vida de plenitud encarnada o por el contrario, vivir una frustración encarnada (Antonio Blay).

En toda época histórica, máxime en la nuestra, la persona se enfrenta al desafío de hacer un VIAJE INTERIOR, esa vuelta al corazón donde se encuentra su naturaleza esencial –lo que permanece a través del tiempo, de los cambios, pérdidas o adquisiciones–. El *leit-motiv* para ello se encuentra en que, desde su más tierna infancia ha sido amaestrada desde una pedagogía tóxica, que la ha arrojado de forma implacable a desconectarse de lo que realmente es –IDENTIDAD–, para representar un modelo o modelos de comportamiento con los cuales agradar y, por ello, ser aceptada –PERSONAJE–. Nótese que esto ocurre en los primeros estadios de la psicología evolutiva, donde el niño, frente a la angustia vital, fruto de lo que se le impone y no teniendo herramientas para encarar este atropello a su ser genuino, no tiene otra salida que replegarse a las exigencias del guion refrendadas por la familia, la escuela, la misma sociedad, y estas exigen vivirse desde un nivel muy superficial, que es el lugar del yo, el cual nos vale como centro de funcionamiento de todo lo aprendido, pero que carece de sustancia. De ahí la «sinsustancia» con las que muchas personas perciben su vida.

Esta desconexión es lo que el autor sagrado narra como *expulsión del paraíso* (cf. Gn 3,22-23) que significa el exilio de la propia tierra, *identidad*. Lacerante el

tema de la inmigración sufrida por millones de hermanos, no de menor calado el de los apátridas de identidad.

El problema al que se enfrenta el ser humano es que la desconexión a la que fue sometido en un momento puntual de su existencia la sigue perpetuando en el tiempo, la ha hecho *vida de su vida*, de manera que, confundiendo los planos, ha quedado confundido: no sabe quién es en verdad, al aire del hábito reactivo de sus pasiones, del caos afectivo en que tantas veces se siente tiranizado; en suma, de la violencia desatada por doquier hacia uno mismo y en consecuencia hacia los otros.

Llegados a este punto de la reflexión, quizá nos sentimos impelidos a verbalizar con san Pablo: *«¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de esta condición mortal?»* (Rm 7,24).

Los cristianos creemos que la gracia de Dios nos precede y acompaña, pero no nos exime del trabajo personal que debemos hacer, confusión que se ha mantenido demasiado tempo, a saber: el espiritualismo compensaba el déficit a nivel del crecimiento personal: nada más falso y erróneo al respecto. Las varitas mágicas de las hadas madrinas son solo patrimonio de la Literatura.

Dos grandes líneas de trabajo a llevar a cabo a nivel personal:

1. CONCIENCIAR tanto lo que *no soy pero creo ser* como lo que *sí soy*. Esto implica concienciar todo el mundo en torno al cual gira el personaje; el mundo de los conflictos; mis hábitos, mis dinámicas.
2. DESARROLLAR AQUÍ Y AHORA, es decir, en acto presente, lo más que se pueda de experiencia en los tres ámbitos en que vivimos, nos movemos y existimos: AMOR, COMPRENSIÓN, ENERGÍA.

El hombre es un misterio para él mismo, pero como señala la *Gaudium et Spes* en su número 22: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

Sublimidad de la vocación que se materializa en la invitación a actualizar de manera permanente lo que ya somos: capacidad de pensamiento, de actuación, de amor y no a lo que hacemos con estas capacidades: ello sería el producto. El hombre genera el producto a través de sus capacidades, pero el producto no da la razón última de él.

Por eso, el apóstol de los gentiles advierte en su primera carta a los Corintios: «Mire cada cual cómo construye» (3,10).

Sor Mª Ángeles Calleja, O.P.
Monasterio Sta. Catalina de Siena
Paterna (España)

UNAMUNO: CONTRADICTORIO Y COHERENTE...

UN HOMBRE RELIGIOSO

En casi todas sus obras y en lo que conocemos de su vida, Unamuno se manifiesta como un agnóstico, como un hombre «peleador» en el que la razón a veces le juega malas pasadas. Él mismo se llama «racionalista» y buscador de novedades y curiosidades. Pero quien lea sin prejuicio los cinco «Cuadernos» de su *Diario íntimo,* páginas no escritas en su lecho de muerte sino durante toda su vida, descubrirá en Unamuno una faceta nueva: la de un hombre profundamente religioso, aunque desgarrado en la sequedad de su búsqueda.

Cruenta lucha

El tema religioso ocupa casi todo su *Diario*. Y este tema fue, para Unamuno, un gran dolor, un largo caminar, un duro combate espiritual. Nos dice: «Padezco una descomposición espiritual, una verdadera pulverización bajo la cual palpita la voluntad de mi mente, su fuerte deseo de creer, de creer en sí, que no se aniquila». Quería y no podía... Sus deseos se avivan día a día, pero parece que cuanto más cerca está de la luz, más ciego se constata a sí mismo..., lo cual es normal,

por otra parte. Añadirá: «Lo que lloré al romper la crisis fueron lágrimas de angustia, no de arrepentimiento. Y estas son las que lavan; aquéllas irritan y excitan».

Sí... Padeció momentos de hondo drama y zozobra. Sus deseos de saberse y sentirse Iglesia, la Iglesia de los simples, lo agobia, y lo narra en numerosas oportunidades. «Anoche, sábado santo, a la hora de los ejercicios tengo lucha interior. Luego, no he podido pegar ojo apenas. Una sequedad enorme. Hoy, Domingo de Resurrección, y yo no he resucitado todavía a la comunión de los fieles».

Querer algo ya es, de algún modo, tenerlo. Pero Unamuno no se conforma con ello. Quiere ser, en la existencia cotidiana, un hombre de fe. Está un poco cansado y desilusionado de su intelectualismo. Y vuelve machaconamente sobre su problema: «Estoy sumido en una gran sequedad. No logro provocar en mí aquel terrible temor de la muerte que me metió en tantas angustias [...] Acaso sea ese el camino [...] Pedimos señales, como si no fuera la señal más evidente el que las pidamos [...] En esta tranquilidad no estoy tranquilo; estando en calma, deseo agitación, aunque la deseo calmosamente. Esta es la prueba mayor de la bondad de Dios».

Se encuentra con frecuencia en los umbrales del «Hogar», pero no puede franquearlos. Está bloqueado, pero no con una traba psicológica, sino como alguien que no se anima a zambullirse en el abismo de misericordia que Dios es. Y vuelve a sus lamentos: «Padezco

un gran desfallecimiento de la voluntad. No sé decidirme a nada. Hace días que tengo pensado ir a ver al párroco y todos los días lo difiero, esperando la ocasión de encontrarlo solo en la calle y pedirle hora, hasta soñando que venga a verme porque me vio en la Misa ¡Qué simpleza! No tengo voluntad. Nuestra voluntad sin la gracia no es nada».

Y sigue caminando, zigzagueando por el duro camino por el que transitó toda su vida, en el claroscuro de la fe, a veces hundido en profundas oscuridades y sin luz alguna. ¿No es esta la fe más cierta? Unamuno fue muy mordaz y burlón. Ahora esto se le vuelve en contra: «Me he burlado de la duda y he aquí que caigo en ella. ¡La duda! ¡Qué ridículas me han parecido todas las elucubraciones sobre la duda! Y ahora tendré que pasar por lo ridículo de ayer [...]».

Orgullo, humildad, obediencia...

Unamuno conoce muy bien los vericuetos de la psicología humana y los resortes del espíritu. Sabe, por experiencia propia y ajena, que el hombre puede poner obstáculos a sus aspiraciones y que él mismo es, muchas veces, la piedra donde tropieza su caminar.

El tema «humildad» es una constante en su *Diario íntimo*. Y sabe que, sin humildad, jamás podrá alcanzar lo que tanto busca y desea. «Nunca he sido un sectario. He combatido siempre todo dogmatismo, alegando libertad, pero en realidad por soberbia, por no formar en fila y reconocer superior ni disciplinarme. Quiero vivir y

morir en el ejército de los humildes, uniendo mis oraciones a las suyas, con la santa libertad del obediente». Más de una vez envidiará la fe de los simples, viendo en ello el triunfo de su humildad. Añadirá más tarde: «Por debajo de las palabras inflamadas de cada uno de los doctores, palpitan lágrimas de humildes, abnegación de sencillos, afectos del pueblo. [...] Es un hecho, un gran hecho, un hecho asombroso de la vida de la Iglesia. Desafiando a la mera razón discursiva, atraviesa las edades y el absurdo vive y sobrenada y, lo que es más, vivifica la vida de los humildes».

¡Cuán sobrecogedoras son las palabras en las que expresa su nada ante el todo de Dios! «Yo por mí soy nada, verdadera nada; cuanto hay en mí de ser, es divino, de Dios cuanto de ser tengo. Y abandonado de Dios sentiré mi propia nada. Y esta eterna visión de mi nada, sería eterno tormento, muerte eterna. Es preciso intentar, de vez en cuando, concebirse y sentirse no siendo. De este horror se saca temor de Dios y esperanza».

No hay duda de que aquí, Unamuno, ha puesto el dedo en la llaga: la esperanza no se basa en las fuerzas del hombre, siempre pobres, sino en las del brazo fuerte de Dios. Otra cosa no es esperanza sino vanagloria en el propio talento. Siente la necesidad absoluta de hacerse como un niño, para poder sentirse seguro en las manos de un Dios que es Padre. Y esta niñez tiene su apoyo en la humildad: «La raíz de la humildad de la vida, de la humildad en actos y afectos, es la humildad

interior, la humildad del espíritu y de la mente, la humilde sumisión de esta a la fe. Sólo es humilde de verdad el que humilla su razón».

Y esto lo afirma un racionalista que ha vivido la experiencia de la lucha entre la razón y la verdad, como lo veremos: «Tengo que humillarme aún más y rezar sin descanso, hasta arrancar de nuevo a Dios mi fe o abotagarme y perder conciencia. O imbécil o creyente. No quiero que sea mi mente mi tormento y que envenene mi vida la certeza sin fin y la obsesión de la nada».

Algo semejante decía refiriéndose a una afirmación del Padre Faber, a quien admiraba. Este eximio sacerdote había escrito –y Unamuno lo cita–: «Decía antes de convertirse: Antes de un año seré católico o estaré loco. ¿No puedo decir yo lo mismo?» (esta última frase la refiere Unamuno a sí mismo).

Descubre en su resistencia un freno a la fe que ansía, y el orgullo está en la base de su lenta marcha: «La soberbia peor, la velada, la recogida, la encerrada, es la que lleva a aceptar todo lo exterior, a cumplir todo lo que el pueblo fiel cumple, a acatar su Credo, a rezarlo con él, pero reservándome el derecho de entenderlo de un modo que creo más elevado, tomándolo como símbolo, buscándolo en la alta mística y más profunda significación. Aún no tengo la ley y quiero el espíritu. Me resisto a recibir como niño el Reino de Dios».

Hay en Unamuno un recóndito deseo –muchas veces expresado– de tener «la fe del carbonero», de las

pobres viejecitas de Castilla, de los pueblos que él recorría, de la docta Salamanca, llena de sabios y de creyentes simples. Llega a expresiones dignas de los místicos españoles antiguos: «Humillación, mucha humillación. Humillación para llegar a la humildad ¡Corona de espinas, irrisión, caña por cetro, burlas sangrientas y gracia, Señor, para soportarlas».

¿No se ve aquí un fuerte deseo de identificarse con la humillante cruz de Jesús? El ejemplo de Cristo le hace ver la pobreza del mundo y la humildad que los hombres necesitamos para hacernos dignos de la Encarnación del Verbo: «Contemplando en la noche serena el ejército de las estrellas, muchas de las cuales son soles y soles de soles, con sus planetas acaso, y considerando lo que es nuestra miserable Tierra en esto –un grano de arena en la playa– nos decimos: ¿y a esta Tierra bajó Dios hecho hombre?».

Ve en esto la grandeza de un Dios que se humilla para elevarnos hasta su dignidad.

Razón contra Verdad

Esta aparente contradicción dominó a Unamuno durante toda su vida, en cuanto que veía a la razón como una confusa búsqueda de malabarismos que lo alejaban de la verdad de las cosas y de la vida. Le tiene miedo al nominalista que es él con frecuencia: «Hay que buscar la verdad y no la razón de las cosas, y la verdad se busca con humildad».

No hay duda alguna de que no hay contradicción entre la verdad y la razón de esa verdad, pero esto es algo que Unamuno no pudo ver. Nos decía que «con la razón buscaba a un Dios racional, que iba desvaneciéndose hasta ser pura idea, y así paraba en el Dios-Nada a que el panteísmo conduce, y en un puro fenomenismo, raíz de todo sentimiento de vacío. Y no sentía al Dios vivo que habita en nosotros y que se nos revela por actos de caridad y no por vanos conceptos de soberbia. Hasta que llamó a mi corazón y me metió en angustias de muerte».

Es algo muy bueno que Unamuno haya experimentado a un Dios vivo que quiere escapar a las palabras que intentan aprisionarlo como si se pudieran aprehender los vientos y los cielos... «Quisiera no hacer de la verdad, razón; de la inefable verdad, razón sujeta a figuras lógicas, y no discutir sino pedir, Señor, que sea santificado tu nombre, no con vanas palabras sino con actos y con palabras que sean actos y palabras de caridad».

Esta actitud de ponerse en guardia contra una razón de palabras, lo haría proclamar constantemente sobre la necesidad de la caridad, de las buenas obras y de la bondad, para ser en verdad cristiano. «La razón humana, abandonada a sí misma, lleva al absoluto fenomenismo, al nihilismo [...] Para la razón no hay más realidad que la apariencia. Pero pide a veces, como necesidad mental, algo sólido y permanente, algún sujeto de las apariencias, porque se es y se siente a sí misma, no meramente se conoce. Y llega a aquella desoladora

vanidad de vanidades y todo vanidad, último punto de la sabiduría humana».

Es posible que esta extrema desconfianza de la razón vaya ligada a la Filosofía española del siglo XIX y comienzos del XX, teñida de la fenomenología alemana... Es posible... Su apego a los místicos, a esos hombres que ven más lejos que lo que los ojos ven, lo hacía exclamar: «¿Han de tener razón los sabios sobre los santos? ¿Ha de ser mejor voz de la verdad la de Spinoza o la de Spencer sobre el corazón de san Francisco de Asís o de otro santo?». Para Unamuno, la respuesta es obvia...

Fe, libertad y caridad

Podríamos engañarnos si pensáramos que Unamuno, todo un intelectual, se propondría una fe «difícil» y objeto de complejas intelecciones. Todo lo contrario. Ya dije que Unamuno anhelaba la fe de los simples, pues sabía que el objeto de la fe sobrepasa toda fuerza de la inteligencia humana. Cuando pensaba en el más-allá se decía: «Quiero consuelo en la vida y poder pensar serenamente en la muerte. Dame fe, Dios mío, que si logro fe en la otra vida es que hay otra vida».

Bellas palabras escribió en su *Diario íntimo* sobre el hecho de la fe en tantos hombres: «¿Qué mayor milagro que el que haya millones de hombres, en largas generaciones, que crean cosas incomprensibles, misterios que repugnan a la razón? Es un milagro de humildad

colectiva. ¿Por qué creen tantos hombres? ¿Cómo la razón no es más fuerte? La verdad de la fe se prueba por su existencia y sólo por ella».

Unamuno dice esta verdad, pero se le escapa que para un buen raciocinio hay que respetar las leyes de la verdad raciocinada. Si no, sería un hecho «irracional» cuando, en verdad, es algo que sobrepasa a la razón pero pasando por ella. Unamuno no quiere elegir aquello en que quiere creer o aquello que no puede entender y, por lo tanto, le sería inaceptable. Se juega al «todo o nada»: «Al encontrarme vuelto al hogar cristiano, heme encontrado con una fe que más que en creer, ha consistido en querer y creer y con que volvía en bloque toda la antigua doctrina, sin detalles ni dogmas, sin pensar en ninguno de ellos en particular, con una fe inconsciente. Es más, cada vez que me he fijado en alguna enseñanza en especial, se me ha revelado, viéndola como la veía desde mi sueño. Mas ahora, desde esa oscura nebulosa, desde esa fe compacta y sin líneas ni letras, comienza a brotar la armoniosa fábrica de la divina doctrina y voy percibiendo en ella líneas y formas... Poco a poco se rasga el sueño y aparece la realidad».

Tiene pánico a dejarse morir sin la fe: «La fe es la osamenta de la vida religiosa y, como osamenta, puede convertirse –cuando es fe muerta– en mero esqueleto, en huesos petrificados». Por eso ve a la fe como el mayor de los actos de la libertad de Dios y de la libre respuesta del hombre. Una libertad muy especial que se conquista haciéndose esclavo: «Y no comprendí que

para ser libre en espíritu y en verdad, era preciso hacerse esclavo, esperar del Señor la libertad que nos permita vivir meditando en la Vida misma, en Cristo Jesús».

Y añade, completando esta idea de identificación con Jesús: «Libre es quien puede recibir la divina gracia y, por ella, salvarse». Bella idea de la libertad para el bien y para el mayor de los bienes: la salvación definitiva lograda por Dios, el más libre de todos. Para Unamuno la libertad es el aire que se respira. No se puede especular sobre ella: sólo hay que vivirla y aprovecharla. «¡Tremendo misterio el del libre albedrío! No es una razón; es una verdad. Querer razonarlo es destruirlo [...] Por él vivimos en la eternidad [...] Así, confundido nuestro libre albedrío con la gracia, queremos lo que Dios quiere y diremos: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, en el reino de nuestro ideal y de nuestras almas, lo mismo que en el de la realidad y de nuestros cuerpos». Libertad del hombre y gracia de Dios: sociedad para lograr un único fin: salvar a todo el hombre y a todos los hombres.

Pero, para Unamuno, sin caridad nada valen ni la fe ni la libertad: «Un acto, un solo acto de ardiente caridad, de húmedo afecto, de amor verdadero, y estoy salvado. Actos, actos, actos». Añadirá que la caridad hacia el otro reclamará la caridad hacia uno mismo: «Es mucho más difícil de lo que se cree amarse a sí mismo. Es el principio de la verdadera caridad. ¡Cuán pocos saben amarse en Cristo! Magna labor es la de sustanciarse y hacerse uno en el Señor, y vivir consigo mismo, abrazando a su propia miseria, conociéndose y amándose de verdad».

Verdad corroborada por la psicología contemporánea: no se puede amar al Otro ni a los otros si no nos amamos a nosotros mismos.

Y verá que el amor de benevolencia no se busca a sí mismo ni al interés particular: «¡Augusto misterio el del amor! La existencia del amor es lo que prueba la existencia de Dios-Padre. ¡El amor! No un lazo interesado ni fundado en provecho propio, sino el amor, el puro amor de sentirse juntos, de sentirnos hermanos, de sentirnos unos a otros», y redondeará este tema con una sabia simplicidad: «Me ha estado halagando el que me llamaran místico, creyendo que es el grado más potente de espíritu, más que filosófico, así como esto es, más que científico. Y lo que hay que ser es bueno». No hay necesidad de más palabras: ¡hay que ser bueno! Esto vale más que otro posible talento. Unamuno debe haber recordado el hermoso Cap. 13 de la 1ª Carta a los Corintios...

La Virgen María

En su *Diario íntimo*. Unamuno, filósofo y ensayista crítico, deja un lugar para la ternura y la expansión del corazón. Y el efecto de este cálido afecto reside en su amor a María, a quien ve como «la mujer» por excelencia: «He llegado hasta el ateísmo intelectual, hasta imaginar un mundo sin Dios. Pero ahora veo que siempre conservé una oculta fe en la Virgen María. En momentos de apuro se me escapaba maquinalmente del pecho esta exclamación: –Madre de misericordia, favoréceme [...] María es el más dulce de los misterios. La mujer es la base de la tradición en las sociedades, es la

calma en la agitación, el reposo en las luchas. La Virgen es la sencillez, la madre de ternura». Y a María vuela también su «filosofía afectiva», la que ha usado en el tema «"Religión: Sedes Sapientiae". Así, "sapientiae" y no "scientiae". Así es María, sede de la Sabiduría, misterio de humildad y de amor. Pasan imperios, doctrinas, glorias, mundos enteros y quedan en eterna calma la eterna Virginidad y la eterna Maternidad, el misterio de la pureza y el de la fecundidad».

Sí... No hay duda de que María tuvo un lugar predilecto en el corazón de Unamuno. Añadirá en otra parte: «A las mujeres se debe acaso la conservación de la fe. Ellas mantienen, con su silencio, la tradición de la piedad. La humanidad ascendiendo a Dios la simboliza María; Cristo es Dios descendiendo a la humanidad, descendiendo a María». Añadirá en otro lugar: «Toda la gracia que Dios derramó sobre los hombres, la concentró en María, símbolo de la humanidad santificada. Ella es el depósito de la gracia, llena de la misma».

Y nos mostrará unidos a la Virgen: «María es el nudo de la vida cristiana. En ella se concentran las oraciones de los fieles para llegar al Señor, y en ella las gracias del Señor, para derramarse sobre los hombres. Es como poderoso lente espiritual a través del cual y por cuya virtud se relacionan Dios y la humanidad».

Para Unamuno María es un misterio de comunión, un puente de relación. Y encontrará palabras piadosas y devotas que lo definen en su amor a la Madre de Jesús: «Estos dedos que están sirviendo para contar las

salutaciones de tu rosario, no pueden emplearse ya, bendita Virgen, más que para narrar la gloria de tu Hijo».

Conclusión

Por estas páginas vemos que la búsqueda de Unamuno no fue en vano, aunque sí larga y dolorosa. Para nuestro filósofo, Dios fue mucho más silente que locuaz, aunque aprendió a leer la historia de su vida personal, y descubrir en ella el paso del Señor.

Luchó y ganó. Las palabras de su *Diario íntimo* son significativas. La oscuridad de su alma fue barrida por fuertes vientos, y la Luz que no tiene fin brilló en este hombre que, azotado por dudas y angustias, no desesperó del resultado final.

Fray Héctor Muñoz, O.P. (†)
Mendoza (Argentina)

Misionero cada día y en cada momento

en cualquier espacio

Presento esta breve reflexión tras la celebración del mes extraordinario de la misión, en el mes de octubre, como propuso el Papa Francisco.

La misión surge de mirar al otro, porque el otro te preocupa, te interesa, es algo tuyo. No existe el yo sin el tú. El otro pertenece a mi propia vida. La construyo, la disfruto, la sufro también, con el otro, por el otro. Es tentación de siempre, acentuada quizás en momentos por estar presente el individualismo. Cuando uno se cierra en sí mismo, el otro solo es un instrumento para afirmar mi yo, se desliza hacia el nihilismo: nada interesa solo de los propios intereses, ni la religión, ni la ética, ni la política, la solidaridad no tiene lugar. El ámbito vital se reduce a un yo, simple y aislado, empobrecido y miserable. La vida se deshumaniza. Ya Mounier decía que el individuo es egoísta, es un simple miembro de la raza humana. En ello se queda, si no es persona. Y la persona se constituye en la relación, en la comunicación con otros; en el conocimiento mutuo, en los afectos, en los intereses comunes. Si no hay comunidad, que exige comunicación, no hay persona, solo suma de individuos.

La Iglesia en la línea de Jesús se define por su preocupación por los seres humanos, por todos. El mismo Jesús es efecto del amor de Dios al mundo: «Tanto amó Dios al mundo que le envío a su Hijo». Jesús insistió en que vivir es darse, entregarse, servir. Lo dijo expresamente en los últimos y tan íntimos momentos de su vida, como fue la cena de despedida. Los discípulos, en las manifestaciones del Resucitado, recibieron el mensaje de ir a todo el mundo a predicar al evangelio, como el mejor servicio que podían realizar a la humanidad. Tras días de reflexión y oración con María, lo entendieron. Se lo hizo entender el Espíritu Santo que les inundó, y se atrevieron a predicar lo impensable, hasta lo absurdo: que el crucificado a la vista de todos estaba sentado a la derecha de Dios. Que había dejado un mensaje que mostraba cómo había de ser humano por Dios creado a su imagen y semejanza, cómo la comunidad humana que debería formar. Cómo su salvación se cifraba en hacer de su vida un don. Y, bajo el Espíritu Santo, a partir de Pentecostés, surge la Iglesia. Surge como Iglesia misionera.

Y, estimulados por san Pablo, rompieron el cerco judío, y se lanzaron a evangelizar a regiones remotas, culturas y religiones diferentes, a paganos. Con su vida y con su palabra, como resumen del don de su vida, de su ser. Y se la jugaron en ello.

La Iglesia no podía dejar de ser misionera si quería ofrecer un programa de salvación, de humanidad, de promesa del triunfo definitivo de la vida, de la dignidad humana. Si amaba a los seres humanos, que es, como

digo, la razón de existir de ella, como continuadora del proyecto de Jesús, tenía que ofrecer lo mejor: lo que se ofrece a los que se ama; ser lo que son a los ojos de Dios.

El Papa ha insistido en su último viaje a Mozambique y a las islas Reunión y Mauricio, en que la misión no consiste en hacer proselitismo. Es decir, en pretender solo aumentar el número de los que se declaren cristianos. Es ofrecer un modo de ser persona humana y de construir sociedad humana de acuerdo con el Evangelio. Y, por lo tanto, bajo la mirada del Dios de Jesús.

Misioneros han de ser los padres cristianos. Ante todo, de sus hijos. Si son lo que más quieren han de ofrecerles lo mejor para ellos: ser lo que responde al proyecto de ser humano de Jesús. Se sabe que no es fácil. En concreto, cuando los hijos están ya bajo la influencia de fuerzas interiores y exteriores, que buscan el placer, el tener, el poder. Para ello los padres han de superar en sí mismos esa misma tentación y, como cristianos, testimoniar con su vida su elección. Dentro de las debilidades propias de la condición humana, pero con coraje, insistencia y paciencia.

Los religiosos, las religiosas, en su ambiente, también en el acogedor ámbito del monasterio o convento, no han de entender la «clausura» como reclusión en el propio yo. Son personas y, por lo tanto, han de contar con el otro; que es un don de Dios, no un rival, y ofrecerle con su vida y palabra lo mejor, lo que necesite para ser fiel a su vocación.

La Iglesia es misionera, no puede reducir su actividad a centrarla en los «convencidos». Que sí necesitan cuidados; pero ha de ser consciente de que existen «otras ovejas que no son de este redil», como decía Jesús. La Iglesia misionera es, como le gusta al Papa Francisco, la Iglesia que va a las periferias, a los que no vienen hacia sus lugares de culto o formación. Existe el peligro de formar en la Iglesia grupos cerrados en sí mismos, que centran su fe y acción en cuidarse entre ellos, celebrar su fe entre ellos, protegiéndose, con la distancia y la indiferencia hacia los otros, hacia los distintos. Eso no son grupos de Iglesia.

Lo que en las primeras comunidades se llamaba *parresía*, algo así como la audacia, el valor, el coraje es necesario que se incorpore a la vida cristiana, para acometer la difícil tarea del acercamiento al otro y diferente, y con palabras y, sobre todo, obras, mostrar el camino de la auténtica condición humana evangélica.

Los momentos más intensos de la Iglesia se realizan en la acción misionera, cuando rompe fronteras geográficas, fronteras culturales, fronteras de niveles económicos, y se centra en el distante y diferente, en el que nada puede ofrecer al nivel económico de vida. Eso sí, sabiendo que, como dice Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, nadie debe atreverse a evangelizar, si previamente no está dispuesto a sentirse evangelizado. Es necesario aceptar, que, quizás de manera inconsciente, en no pocos proyectos misioneros faltó esa mi-

rada hacia el otro, para aprender de él, sentirse evangelizado por él, descubrir valores humanos, que estaban olvidados y debilitados en el «misionero».

A veces se reprocha a la Iglesia de hoy en su acción misionera que insiste mucho en los compromisos por atender necesidades materiales de las personas, como lo hace su organización caritativa por excelencia, Caritas. O que su trabajo en lo que se llaman tierras de misión se centra en que todos tengan acceso a una vida digna desde el punto de vista material. En efecto: evangelizar, ser misionera, es procurar la dignidad humana, que no existe, cuando el hambre reina, cuando no hay techo donde convivir, donde se carece de posibilidades de ser educado; falta la atención sanitaria... Procurar que esa situación desaparezca pertenece a la evangelización, porque la Iglesia se ha de preocupar de que todo ser humano tenga un vivir digno de su condición.

Pero también es cierto que la Iglesia no cubriría su carácter misionero si, a la vez, no ayudara a cultivar la dimensión transcendente de todo hombre y mujer. Y, en concreto, no ofreciera la visión cristiana del ser humano, el modo de establecer la convivencia entre ellos, bajo la mirada de un Dios Padre de todos, que se ha de incorporar como referencia de la vida del cristiano: con Él que hay que contar; hay que sentir como Padre; con quien hay que dialogar en la oración. Diálogo que es, ante todo, escucha de lo que nos dice, de lo que nos ha dicho a través de la Sagrada Escritura, y sobre todo a través de su Palabra, Jesús de Nazaret. Eso lo entendieron los más entregados misioneros y misioneras. En

un libro reciente sobre el Padrenuestro, el cardenal Kasper avisaba de ello. La misión empieza en Jesús de Nazaret, el proyecto del Reino de los cielos ha de avanzar en esa línea, sin perder de vista esa referencia definitiva. Jesús instó a precisar la dignidad humana, su valor ante el Padre. Dignidad que ha de ser de todos. Pero a esa dignidad pertenece lo que llamamos la dimensión trascendente del ser humano. Es decir, es necesario introducir a Dios en su vida, como referencia de sus decisiones más nucleares, al Dios manifestado en Jesús de Nazaret, que ha de ser el principio y el fin de toda acción misionera de la Iglesia.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.
Oviedo (España)

LITURGIA

La fiesta litúrgica del bautismo del Señor

Origen histórico de la fiesta

Los orígenes de la fiesta del Bautismo del Señor permanecen todavía oscuros. Algunos autores la asocian a la festividad del mismo bautismo que celebraban ya en el siglo II los miembros de la secta gnóstica discípulos de Basílides (los basilidianos). De ella tenemos noticia por Clemente de Alejandría, quien en el primer libro de su obra *Stromata* dice expresamente: «Los (discípulos) de Basílides también festejan el día de su bautismo, y pasan la noche anterior leyendo (en público). Afirman que [aquel bautismo] sucedió el año décimo quinto de Tiberio César, el [día] 15 del mes Tybí (10 de enero); en cambio, otros [dicen que tuvo lugar] el [día] undécimo del mismo mes (6 de enero)»[1]. El hecho de que la fiesta del nacimiento de Cristo se pusiera el 6 de enero y que apareciera precisamente en Alejandría, se relaciona con este precedente[2]. También su contenido, pues los herejes celebraban ese día la unión de la naturaleza humana con la divina. Supuestamente esta

[1] I, 21; PG 8, 885.

[2] Cf. J Pascher, *El año litúrgico*, BAC, Madrid 1965, p. 437.

fiesta se habría difundido con un contenido ortodoxo en las zonas próximas. No obstante, otros autores piensan que no hay ninguna relación entre la fiesta de la Epifanía y la mencionada festividad gnóstica[3].

Las Iglesias Orientales no comenzaron a celebrar la fiesta de la Epifanía hasta el siglo IV, o al menos no se difundió hasta esa fecha. En un principio la Epifanía, celebrada el 6 de enero, conmemoraba la manifestación de la gloria de Cristo en algunos de sus misterios importantes como su nacimiento, la adoración de los Magos, el bautismo en el Jordán, la conversión del agua en vino en las bodas de Caná; y en algunas iglesias locales se añadían otros misterios, como la transfiguración o la multiplicación de los panes y los peces.

Por su parte, la Iglesia Occidental, también por la misma fecha, comenzó a celebrar el día 25 de diciembre la fiesta de Navidad. Hacia finales del siglo IV se dio entre Oriente y Occidente una especie de «intercambio» de estas fechas. La Iglesia Occidental adoptó la fiesta de la Epifanía conmemorando el nacimiento del Señor, la visita de los Magos, el Bautismo del Señor y la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, pero resaltando sobre todo el acontecimiento de la visita de los Magos. Por su parte, las Iglesias Orientales, al adoptar la fiesta de Navidad, reservaron para la fiesta de la Epifanía principalmente la conmemoración del Bautismo del Señor, entendido desde la perspectiva de la

[3] Cf. G. GONZÁLEZ, *Los orígenes de la Navidad,* en AA.VV., *Misterio de la Navidad* (Cuadernos sacerdotales 12), San Esteban, Salamanca 1964.

primera manifestación de la Trinidad, pues después de que Jesús salió del Jordán, una vez bautizado por Juan, se manifestó toda la Trinidad. Por eso, en Oriente a esta fiesta se le llama también «Teofanía». O también puede decirse que el día del bautismo de Jesús, el Padre dio público testimonio de la presencia de su Hijo querido en esta tierra.

Según los Padres de la Iglesia, Jesús, al sumergirse en el Jordán, no solo santificó las aguas de este río, sino también todas las aguas que servirán a lo largo de la historia para bautizar en su nombre.

Asimismo esta fiesta de la Epifanía –como en Oriente– iba acompañada de una bendición del agua. Esto llevó incluso a realizar los bautismos no solo en la vigilia pascual sino también el día de la Epifanía. En Occidente desde Juan Pablo II el papa bautiza no ya el día de la Epifanía sino en la fiesta del Bautismo del Señor.

Desde por lo menos el siglo IX, en Occidente la fiesta de la Epifanía estaba seguida de una octava, y en el último día de esa octava, es decir, el 13 de enero, se leía un pasaje evangélico relacionado con el Bautismo del Señor. El llamado misal de san Pío V (1570) propone para el 13 de enero una misa de la octava de Epifanía, en la que se mantienen todos los elementos de la fiesta de Epifanía, salvo la oración colecta, el pasaje evangélico[4], la secreta y la postcomunión. El Decreto del 23 de

[4] El pasaje evangélico que se lee este día es el de Jn 1,29-30. El cuarto evangelio no narra el episodio del bautismo de Jesús, pero sí menciona la teofanía posterior al hecho mismo del bautismo.

marzo de 1955 suprimió la octava de la Epifanía, y a partir de entonces los misales colocan para el 13 de enero una conmemoración del Bautismo del Señor, aunque los textos de la misa son los mismos que los de la octava anterior.

A partir de la reforma litúrgica propiciada por el concilio Vaticano II tenemos una verdadera fiesta litúrgica del Bautismo del Señor, convertida en fiesta móvil, pasando a celebrarse el primer domingo después de la Epifanía. De esta forma la liturgia romana le vuelve a dar todo su sentido a este misterio que hasta hace relativamente poco tiempo estaba fusionado con la fiesta de la Epifanía. Con esta fiesta del Bautismo del Señor se cierra el ciclo de Navidad. Al día siguiente a este domingo comienza el tiempo ordinario.

El fundamento escriturístico de esta fiesta

Para los cuatro evangelistas[5] el Bautismo del Señor es la manifestación o la epifanía más importante del comienzo de la vida pública de Jesús. La versión de san Mateo y de san Lucas se inspiran probablemente en la de san Marcos. En el relato de san Marcos podemos distinguir dos partes: el relato del bautismo de Jesús por Juan, que es contado de forma muy sucinta y con la mayor rapidez posible, quizás porque el bautismo de Juan es un bautismo de penitencia, y puede resultar extraño que aquel que no cometió pecado se someta voluntariamente a este bautismo. Pero en realidad se trata de un gesto de solidaridad con los pecadores. Esto

[5] Mt 3,3-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34.

muestra que Jesús eligió llevar a cabo su misión desde la pobreza, tanto material como espiritual, inaugurando así su ministerio de Siervo de Yahvé.

Si esta primera parte del relato está contada con siete palabras en griego, para la segunda utiliza treinta y cuatro[6]. Se trata de una teofanía o manifestación de Dios que ocurre una vez que Jesús sale del agua, como si su abajamiento en el bautismo desembocara en esta teofanía. Lo que había pedido el profeta Isaías en una intensa oración: «¡Ah si rompieses los cielos y descendieses» (Is 63,19), ahora se hace realidad. Esta teofanía comprende una visión y una palabra. Según san Marcos y san Mateo, el único beneficiario de esta visión y audición fue Jesús. Fue solo él quien vio desgarrarse los cielos y al Espíritu, como paloma, que descendía sobre él, y quien oyó una voz del cielo que dijo: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en quien me complazco». Esta teofanía compensa el desconcierto que podría producirse al ver a Jesús humillarse tanto al someterse a un bautismo de conversión propio de los pecadores. La voz del cielo viene a decirles a los lectores del evangelio quién es Jesús. Más que el Hijo «amado», esa expresión significa, en este contexto, Hijo «único» de Dios.

Podría decirse que el descenso del Espíritu sobre Jesús fundamenta el bautismo cristiano. En este sentido,

6 Cf. Simon Légasse, *Les fêtes de l'année. Fondements scripturaires. Que fêtons-nous* (Lectio divina 205), Cerf-Mediaspaul, Paris-Montréal 2006, p. 101. Seguiremos principalmente a este autor en la presentación de los fundamentos escriturísticos de esta fiesta del Bautismo del Señor.

algunos autores sostienen que el relato del bautismo de Jesús ha podido ejercer respecto del bautismo un papel análogo al de la Última Cena respecto de la Eucaristía, aunque en un grado menor. Quizás eso explica por qué algunas Iglesias Orientales han fundamentado la práctica del bautismo más en este relato que en la orden expresa de Jesús resucitado de ir a enseñar a todas las gentes y bautizarlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19).

El relato del bautismo de Jesús que encontramos en el evangelio según san Mateo puede dividirse en tres momentos. En primer lugar está la descripción de la llegada de Jesús desde Galilea a orillas del Jordán con el propósito de que Juan lo bautice. El evangelista pone de relieve que es Jesús el que toma la iniciativa. El segundo momento de este episodio es el diálogo con el Bautista. Este queda desconcertado y forcejea con Jesús, reconociendo que es él quien debe ser bautizado por el Señor. Jesús no lo contradice, pero da una razón por la que quiere ser bautizado por Juan: «conviene que cumplamos toda justicia». La razón viene de arriba. Con su bautismo, Jesús quiere cumplir en plenitud la voluntad del Padre sobre él. Este gesto tan importante entra en los planes de Dios. Jesús se convierte así para todos sus discípulos en el modelo por excelencia de rectitud, del cumplimiento más acabado humanamente de la voluntad de Dios. Jesús recibió el bautismo de los pecadores, siendo bautizado como los otros israelitas. Una vez bautizado, Jesús salió enseguida del agua, y es cuando sucede la teofanía (tercer momento). Aquí no se dice que se desgarraron los cielos, sino simplemente

que se abrieron. Y Jesús vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre él, mientras escuchó una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo amado en quien me complazco». La voz del cielo indica la personalidad y la misión excepcional de Jesús.

En el evangelio de san Lucas el relato del bautismo tiene, como en el de san Marcos, dos partes: El bautismo y la teofanía. Jesús es incluido en un bautismo masivo. Una vez bautizado se puso en oración, y fue entonces cuando se abrió el cielo y descendió, como paloma, el Espíritu Santo sobre él; y se oyó una voz: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco». Lucas muestra a Jesús como modelo de oración. Jesús ora antes de recibir al Espíritu Santo. Lo que hizo Jesús lo hará más tarde la primera comunidad cristiana. También ella esperará en oración la efusión del Espíritu Santo, según cuenta el mismo san Lucas en los Hechos de los Apóstoles. En la oración es donde Dios comunica su designio y donde se comprende mejor la misión que nos encomienda. La oración anuncia y prepara para recibir el don del Espíritu Santo.

El evangelista san Juan no cuenta la escena del bautismo de Jesús, pero recoge el testimonio del Bautista que dice del Señor que ha visto descender sobre él al Espíritu, en forma de paloma, y posarse sobre él. Y anuncia que Jesús es el que bautiza en el Espíritu Santo.

San Pablo tampoco narra este episodio del bautismo de Jesús.

Significado teológico de esta fiesta

Si la Iglesia ha querido unir la Navidad, la Epifanía y el Bautismo del Señor es sin duda para hacernos comprender quién es realmente Jesús. Estas tres epifanías o manifestaciones nos revelan que Jesús es uno de la Trinidad, y que es Dios quien en su Hijo viene en persona a salvarnos[7].

Al revelarnos el misterio de la Trinidad, esta fiesta expresa también la profunda comunión que Dios quiere establecer con la humanidad.

El libro de los Hechos de los Apóstoles considera el bautismo de Jesús como un punto de partida esencial, un acontecimiento de una gran plenitud. No solamente evoca la muerte del Cordero de Dios y nuestra propia inmersión en su muerte por el sacramento del bautismo, sino que subraya «la fuente y el alcance trinitario de la misión del Siervo sufriente»[8]. Según Dom Robert Le Gall, podría decirse que la fiesta del Bautismo del Señor es «el Pentecostés del ciclo de Navidad»[9].

Esta fiesta tiene, por tanto, una fuerte dimensión pascual por ser un anticipo de la muerte y resurrección de Jesús, pero tiene también una marcada dimensión

[7] Cf. *Le baptême du Seigneur. Cahiers libres.* Par Pod, 11 janvier 2015. *cahierslibres.fr › 2015/01 › le-bapteme-du-seigneur* (consultado el 04 de diciembre de 2019).

[8] Dom Robert LE GALL, «Battesimo del Signore», en ID., *Dizionario di Liturgia,* Editrice Elle di Ci, Leumann (Torino) 1994, p. 38.

[9] *Ibíd.*

trinitaria, pues toda la Trinidad se revela en este acontecimiento.

Por lo que se refiere a la dimensión pascual, y especialmente a la derrota de las potencias del mal, siguen siendo acertadas las siguientes palabras de Joseph Lemarié: «El bautismo en el Jordán no solamente prefigura, sino que inaugura verdaderamente y anticipa la derrota de satanás y la iluminación salvadora que ha consumado el misterio pascual. Los padres y las liturgias orientales no lo consideran de otra forma. Según sus propias expresiones, Jesús desciende a las aguas, a fin de "quebrantar la cabeza del dragón" y de "iluminar" a aquellos que estaban en las tinieblas»[10].

Por otra parte, podemos descubrir en el bautismo de Jesus el prototipo del bautismo cristiano.

Esta fiesta es una buena ocasión para dar gracias a Dios por el don de nuestro propio bautismo, que nos ha introducido en la familia de Dios, y nos ha abierto unos horizontes inimaginables. Es también un momento propicio para orar por todos los que han recibido recientemente este sacramento y por todos los que lo van a recibir durante este año, y también por todos los bautizados que ya no viven como hijos de Dios, y por quienes desprecian este don o lo miran con indiferencia.

Fray Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.
Salamanca (España)

[10] Joseph Lemarié, *Navidad y Epifanía. La manifestación del Señor*, Sígueme, Salamanca 1966, p. 284.

TESTIGOS

San José de Cupertino

José María[1] nació el 17 de junio de 1603. Era hijo de Felice Desa, custodio del castillo de los marqueses de Cupertino, y de Franceschina Panaca, una mujer fuerte y extremadamente rigurosa. El ambiente familiar no era muy sereno debido a alguna ingenuidad administrativa de su padre, y muy rígido a causa de la severidad de su madre; este ambiente hizo que José creciera como un poco soñador, distraído, hasta el punto de que mereciera el apodo de «boccaperta» (boca abierta).

A los siete años fue enviado a la escuela, pero pronto tuvo que dejarla porque un tumor canceroso le obligó a

[1] En la elaboración de estas páginas nos hemos basado en la siguiente bibliografía: A. Basile, *Compendio della vita, virtù e miracoli di s. Giuseppe da Copertino*, Napoli 1753; Domenico Bernino, *Vie de Saint Joseph de Cupertino*, Paris 1899; Id., *Vita del venerabile padre fra Giuseppe da Copertino*, Roma 1722; Antonio Santini, *Vita del beato Giuseppe da Copertino dell´Ordine dei Minori Conventuali di san Francesco*, Livorno 1753; Goffredo Sebasti, *Il caso Giuseppe da Copertino*, Ed. Sugarco, Milano 2003; AA.VV., *Un francescano nel ´600 tra istituzioni e profezia*, Miscellanea francescana, Roma 2003.

permanecer en cama durante cinco años. En este tiempo, la escucha de las historias de su madre Franceschina maduró en él el deseo de ir a Asís y de seguir los pasos de san Francisco. Se recuperó del tumor en el Santuario de Santa María de la Gracia, en el cercano pueblo de Galatone. Después de recibir la unción con el aceite de la lámpara votiva, José fue sanado instantáneamente, y regresó a Cupertino por su propio pie.

A los 16 años comenzó a trabajar como zapatero, pero resultó ser un verdadero fracaso. Pidió unirse a los Frailes Menores Observantes, pero tuvo mala suerte y se le juzgó inútil para todo. Fue aceptado como «hermano lego» entre los capuchinos en agosto de 1620, pero unos meses más tarde fue rechazado porque era «inútil para cualquier tarea».

Cuando dejó a los capuchinos sentía vergüenza de volver a Cupertino y fue a ver a un tío suyo, un fraile conventual, que le comunicó la muerte de su padre y que los soldados lo estaban buscando como heredero de las deudas que debía pagar. Tenía que esconderse, y el lugar más adecuado parecía ser la «Grottella», una pequeña Iglesia dedicada a la Virgen. Con la providencial complicidad de un fraile sacristán que le pasaba la comida, pasó unos seis meses como «un clandestino de Dios» en un cubículo apoyado contra el Convento. Vivió así hasta que sus tíos, ambos franciscanos, movidos por la compasión, consiguieron que le dieran el hábito de terciario, con lo que enseguida gozó de la inmunidad del «brazo seglar»: Sería siervo en ese convento rural.

A los 22 años fue admitido entre los «hermanos legos». Fray José hizo su año de noviciado solo bajo la supervisión de su tío, el Padre Giambattista Panaca. Superó todos los obstáculos para aprender latín y la *Regla* de san Francisco, mostrando una voluntad tenaz. Sus tíos, cuando lo vieron tan lleno de buena voluntad, decidieron presentarlo a los frailes como posible clérigo. La intervención de la Providencia fue tan evidente que fue admitido para continuar sus estudios. En el año de la prueba siempre supo corresponder, dentro de los límites de sus posibilidades, a la obediencia, y supo llevar una vida austera. «Por su bondad» fue admitido a la profesión. Por su parte, fray José asumió todas las exigencias de su profesión religiosa y nunca aceptó «rebajas» en sus compromisos, continuando fielmente el camino que se hizo aún más difícil.

Fray José era considerado como una persona carente de dotes intelectuales y de una ciencia adecuada, no obstante, se le permitió prepararse para el sacerdocio. Enfrentó sus estudios con profundo compromiso y grandes sacrificios, superando los exámenes difíciles solo con la ayuda de Dios. Fue ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1628. La intervención divina, signo de una predilección muy especial, era clara: La conciencia de haber recibido verdaderamente todo de Dios se convertirá para fray José en un estímulo para perseguir tenazmente la santidad. Sus superiores lo dejaron en el convento de la Gruta también para hacerle huir de una manifestación demasiado evidente de su miseria natural. Los diez años que se le permitió pasar en la Gruta (1628-1638) fueron verdaderamente ricos en frutos

espirituales, tanto para el propio fray José como para los numerosos peregrinos y devotos que se dirigieron a él. La gente lo llamaba «el Santo de la Gruta». Fray José invitaba a todos a dar gracias a María, a pedir su intercesión maternal, a abandonarse con confianza en sus brazos.

Fray José se distinguió por el espíritu de oración, al que dedicó muchas horas del día. El Señor le concedió dones extraordinarios como el éxtasis y las levitaciones, que confundieron la humildad de nuestro santo quien, por su parte, evitó en la medida de sus posibilidades que esas experiencias fueran públicas y notorias. La gente comenzó a conocer estos fenómenos, y a menudo nuestro fraile se encontró con el vestido destrozado por los devotos; los objetos usados por él hicieron milagros. El Provincial pensó en enviarlo a visitar todos los conventos de la Provincia Religiosa para fomentar la devoción y oración de los frailes. Fue el comienzo de su *Via Crucis*. De regreso a Cupertino encontró la orden del Santo Oficio de presentarse en Nápoles al tribunal eclesiástico porque había sido acusado de mesianismo. Fray José obedeció, aun con dificultad, y pasó todas las pruebas previstas, porque sus costumbres y doctrina eran impecables. Sin embargo, recibió una orden judicial para ser transferido y, por lo tanto, fue enviado a Asís, donde, por el contrario, su popularidad aumentó.

Fray José pasó quince años allí, encerrado en tres pequeñas habitaciones detrás del bosque, sus días eran una larga conversación con Dios, que culminaba

en la celebración eucarística en la capilla del antiguo noviciado. Era en la celebración de la Misa donde Dios mostraba en él el esplendor de su poder y sus misterios revelados a los pequeños. Durante la Misa fray José era elevado a la cima, caía rostro en tierra, bailaba, lloraba,... A los que se maravillaban de estas extrañas manifestaciones les explicaba: «Los que aman a Dios son como borrachos, que no están en sí mismos, y por eso cantan, bailan y hacen cosas parecidas».

A fray José no le gustaban estas manifestaciones exteriores de la gracia que lo expusieron a la curiosidad de la gente. Se disculpaba diciendo que sufría de una enfermedad desconocida, mientras le rogaba al Señor que le quitara cualquier manifestación externa, pero su ruego no fue escuchado. La mañana del 23 de julio de 1653, al final de la Misa, fue llamado por su superior a la portería del convento donde le esperaba el Inquisidor General de Umbría, que le anunció su traslado. Sin llevarse nada consigo, se marchó inmediatamente. Una última mirada a la querida Asís y el carruaje le trasladó a un destino desconocido. Pietrarubbia, un pequeño pueblo escondido entre los bosques de Carpegna, en la región de las Marcas, dio la bienvenida a fray José en el convento de los Capuchinos. Así lo habían establecido los superiores. No podía hablar con nadie, ni escribir a nadie, ni revelar su presencia; los informes personales estaban reservados solo a los Capuchinos de ese convento.

Pero la celda de fray José pronto se convirtió en un lugar de encuentros; las relaciones personales estaban

reservadas solo a los capuchinos del convento; las órdenes debían colocarse en la puerta del refectorio y en la celda de fray José. Nunca acusó, nunca se quejó, si acaso se regocijó de que Dios lo hubiera arrebatado del mundo y lo hubiera ocultado de la curiosidad que tanto aborrecía.

La noticia de que fray José estaba en Pietrarubbia no tardó en circular, y muchas personas se agolparon en la pequeña ciudad de las colinas de las Marcas. El Vicario General del Obispo de Urbino llegó a Pietrarubbia con la orden de llevarlo a otro lugar. Otro destino secreto en otro convento capuchino: Fossombrone. Finalmente pudo volver a sus frailes conventuales, a su familia religiosa. En la tarde del 9 de julio de 1657 llegó a Osimo, al convento de San Francisco. Cuando entró en el convento, el Santo susurró «*Haec requies mea*»; había encontrado su asiento terrenal definitivo, y el Señor mismo se lo había hecho comprender.

En la figura de san José de Cupertino podemos apreciar las maravillas que Dios hace con aquellos que se entregan completamente en sus manos sin oponer resistencia alguna, seguros de su Providencia amorosa y paternal.

Fray José era afable, el santo de la alegría, una alegría que se expresaba en cantos, danzas, composiciones musicales o poemas. En el momento de su muerte pidió a los frailes que cantaran con él.

Fray José era un hombre enteramente entregado y libre, liberado por la gracia de Dios por la que se dejó

trabajar, libre en la obediencia. Vivió sus últimos años en Osimo y murió allí el 18 de septiembre de 1663, un cuarto de hora antes de que a medianoche su rostro fuera iluminado y concluyera su vida terrenal con una larga e inefable sonrisa.

Fue beatificado por Benedicto XIV el 24 de febrero de 1753, y canonizado el 16 de julio de 1767 por Clemente XIII. Es el santo patrón de los estudiantes, de los pilotos y de los viajeros aéreos.

Su fiesta litúrgica se celebra el 18 de setiembre, día de su muerte. En la bula de canonización, el Papa Clemente XIII habla de centenares de vuelos, de los cuales 70 solamente en su ciudad de Cupertino. Es el santo número uno en cuanto a vuelos y raptos se refiere. Ningún otro santo lo ha aventajado en este don de Dios. Y, por esta razón, es considerado amigo de los aviadores. Los aviadores italianos fueron los primeros en venerarlo e invocarlo como su protector, pero también lo hacen ya los de otros países, aunque la patrona oficial de los aviadores es la Virgen de Loreto. Lo llamaron el santo de los éxtasis y de los vuelos. Pío XII lo llamó el santo de los vuelos místicos. Y Juan Pablo II, en la carta dirigida al general de la Orden, Joachim Giermek, con motivo del IV centenario de su nacimiento (1603-2003), habla de él como del santo de los vuelos. Dice el Papa sobre su vida: «Estaba enamorado del misterio de la Encarnación y contemplaba extasiado al Hijo de Dios nacido en Belén, llamándolo cariñosamente el niñito (*il bambinello*). Le manifestaba su ternura, abrazando una imagen de cera del niño Jesús, cantando y

bailando ante él». En esa misma carta leemos también lo siguiente:

> Por otra parte, era conmovedora su participación en el misterio de la Pasión de Cristo. El crucifijo estaba siempre presente en su mente y en su corazón. Las lágrimas le corrían por las mejillas ante el simple pensamiento de la muerte de Jesús. Otro aspecto importante de su vida fue el amor a la Eucaristía. La celebración de la misa, como las largas horas de adoración ante el sagrario, constituían el corazón de su oración y de su contemplación. Consideraba a la Eucaristía como alimento de ángeles. De su contacto diario con Jesús Eucaristía sacaba la serenidad y la paz que después transmitía a cuantos encontraba, recordándoles que en este mundo somos todos peregrinos y forasteros en camino a la eternidad. Se distinguió por su simplicidad y obediencia, abandonándose en todo momento en las manos de Dios. Amaba incondicionalmente al Papa. Se sentía miembro vivo y activo de la Iglesia. Aceptaba humildemente la voluntad de los Papas de su tiempo, dejándose llevar a donde la obediencia lo dirigía. Y ¿qué decir de su amor filial a la Virgen María? Desde su juventud aprendió a quedarse mucho tiempo a los pies de la Virgen de las Gracias en el santuario de Galatone. También se quedaba largo tiempo contemplando la imagen tan querida para él de la Virgen de la Grotella que lo acompañó a lo largo de toda su vida. Y cuando estaba en Ósimo, dirigía muchas veces su mirada

> al santuario de Loreto (que estaba muy cerca). Para él la Virgen era una verdadera madre con la que tenía sus coloquios filiales, llenos de simplicidad y confianza... Era el hombre de la alegría. Era afable y cordial con todos. Y conseguía transmitir su alegría mediante atrayentes composiciones musicales y versos populares que conmovían a los oyentes y reavivaba su devoción[2].

Algunos lo consideraban como otro san Francisco, y él nos enseña con su vida que vale la pena amar a Dios de todo corazón y sin condiciones. Al final, Dios paga bien, es decir, Dios no se deja ganar en generosidad y nos da más de lo que podemos pedir o imaginar (Ef 3,20).

El ejemplo de fray José nos muestra la fecundidad asombrosa de una vida abandonada en las manos de la Providencia divina, por sencilla, humilde e incluso inútil que haya sido en sus orígenes desde una perspectiva puramente humana.

Daniele Di Filippo, O. Carm
Salamanca (España)

[2] «Carta del Papa Juan Pablo II», *Revista Miscellanea francescana* 14 (2003) 3-7.

ESCUELA DE VIDA

EL P. MIGUEL DE SAN AGUSTÍN, O. CARM.

Presentación de los textos

El Padre Miguel de San Agustín nació en Bruselas el 15 de abril de 1621. Entró en Lovaina en la Orden carmelitana y fue ordenado sacerdote el año 1645.

Su carrera en la Orden se resume de esta manera: doce años de prior, diez de provincial, dos de vicario provincial, diez años de asistente provincial, siete años de maestro de novicios, tres de subprior y un año de maestro de estudiantes; todo en el espacio de treinta y nueve años de sacerdocio. Tuvo gran influencia en la Reforma Turonense, que se había iniciado a principios del siglo XVII en el convento de Rennes. En medio siglo se extendió a toda la Orden en Europa y América, renovando el espíritu contemplativo y mariano.

Al lado de su tarea de superior y director de almas, fue un escritor fecundo. En sus obras el Padre Miguel se muestra enamorado de la mística, a la que considera que está al alcance de todos.

Sus obras principales traducidas al castellano son las traducidas por el Padre Elías Bañón, O. Carm., de una edición romana con el título *Introducción a la vida interna y práctica fruitiva de la vida mística* (Barcelona, editorial Vilamala,

1936), añadiendo en apéndice la traducción del tratado mariano *De vita Mariae – formis et mariana in Maria propter Mariam*. De este libro se toman los textos siguientes.

En ambas obras el Padre Miguel de San Agustín se propone conducir a las almas desde la oración a la unión con Dios. A esta unión nos ayudará a llegar antes la devoción auténtica a María, la Madre de Dios. Esta verdadera devoción a María nos debe inspirar a conformar nuestra vida con la suya. El carmelita de Flandes admite una profunda cooperación de María con el Espíritu Santo en la vida mística de las almas.

Que estos pequeños textos nos ayuden a encaminarnos a Dios, siempre con la ayuda de María.

Saturnino Plaza Aguilar
Madrid (España)

Capítulo XXXVII

Que el alma consumada en la virtud permanece fiel a Dios aun en el estado de desamparo; mas no así el alma imperfecta

El alma que ha logrado las virtudes en el grado perfecto que se ha descrito y en ellas se ejercita con fidelidad, con sus buenas obras hace moralmente cierta su vocación, queda afianzada en el camino de la perfección y se halla en perfecta disposición para ser movida y gobernada por el Espíritu de Dios, más: para ser por él poseída, en él transformada y hecha partícipe de las

divinas perfecciones. Pues comoquiera que ha puesto la conveniente moderación en sus pasiones, afectos e inclinaciones, las ha mortificado y aquietado mediante el ejercicio de las virtudes perfectas y estas, como poseídas en grado intenso, han lanzado de ella los vicios contrarios, vuelve a gran inocencia de vida y queda rehabilitada para vivir en santidad y justicia delante de Dios y en Dios sin apenas sentir los desordenados movimientos de la parte sensitiva, de suerte que goza constantemente de quietud y tranquilidad y con frecuencia gusta anticipadamente las dulzuras de la eterna vida.

Más: aun cuando el Amado la deje temporalmente en tinieblas, privada de luces especiales, en la aridez espiritual, en la carencia de todo consuelo interior y dulzura sobrenatural, no le es ello motivo para cesar en el ejercicio de las virtudes adquiridas, antes permanece constante en ellas y en entera fidelidad a Dios. Y pues que ya antes no tenía puesta su afición en las ilustraciones, consuelos, dulzuras ni cualesquiera cosas creadas, la privación o carencia de estas gracias o criaturas no le es molesta ni enojosa, por manera que, con el auxilio de la gracia confortante, a Dios permanece asida, en Él tiene todo su contento y en Él halla toda suficiencia, aun cuando le falle la gracia sensible o perceptible. Porque es de notar que aun en el estado de desamparo nunca falta al alma la gracia que imperceptiblemente la conforta y concurre con ella al ejercicio de las virtudes mediante los hábitos infusos y que, por consiguiente, hace sobrenaturales los actos virtuosos, pues aunque los hábitos infusos no dan la facilidad, mas sí

el mismo obrar. Por lo cual es verosímil que cuando el alma perfecta ejerce, por ejemplo, actos de humildad, o de otras virtudes adquiridas, en el estado de aridez con alguna dificultad o sin facilidad perceptible, concurre el hábito de la humildad o de la respectiva virtud infusa, que le da el obrar sobrenaturalmente, siquiera el alma no lo perciba.

Pero no sucede lo mismo en algunas almas que, aunque prevenidas por Dios con muchas ilustraciones y bendiciones de dulzura y como amamantadas a los pechos de la divina bondad, no aprovecharon en las sólidas virtudes, acaso porque tuvieron en poco aprecio y descuidaron su ejercicio, pues embriagadas, atraídas y halagadas por esta interna dulzura, como un niño asido al pecho de su madre, no se avinieron a más sólido manjar. Estos hacen sus cuentas galanas, por lo cual nunca pasan la raya de la infancia, no saben caminar por sí solos, ni pueden digerir manjares más sólidos, de suerte que siempre son niños tiernos, delicados, sensibles, no se afianzan en las sólidas virtudes, son, por tanto, inconstantes en el bien y están arriesgados a desfallecer en el camino de la perfección. Lo cual échase de ver principalmente en el estado de interno desamparo, pues que si Dios, después de haberles puesto en la boca el pecho de su dulzura, les priva de las acostumbradas ilustraciones, si permite que la tribulación o algún caso adverso les hiera o aflija, luego pierden el ánimo, se les caen las alas del corazón, se hacen pusilánimes, les falta el aliento, no pueden, en fin, digerir esta comida más sólida. Ni es ello mucho, pues que se hallan embriagados con las anteriores

bendiciones de dulzura y no están hechos a estos manjares más recios y porque, poniendo en aquéllas desordenadamente el afecto, han descuidado el ejercicio de las virtudes sólidas sin entender que Dios les concedía aquellas dulzuras a fin de que corriesen más pronta y alegremente por el camino de la virtud. De esta suerte se ven ahora privados de todo arrimo y apoyo espiritual, a saber, del sólido fundamento de las virtudes y de la gracia sensible, por manera que hallan haber edificado sobre arena. No será, pues, extraño que soplando el cierzo de la tribulación y cayendo la escarcha de la tentación, luego comiencen a flaquear hasta dar de ojos en tierra, pues que la naturaleza se rehace y cobra bríos y, no hallándose fortalecida, como antes, ni de las actuales ilustraciones, de la devoción sensible y fervor de espíritu, ni de las virtudes adquiridas, torna (sin que haya fuerza que la detenga) a sus primeras inmortificaciones, pasiones, sensualidades, concupiscencias y libertades y, no hallando consuelo en Dios ni en el ejercicio de las virtudes, pues que en estas almas son nulas o muy remisas, se convierte a las criaturas en busca de alivio, de suerte que, prevaleciendo la naturaleza sobre el espíritu y señoreando de él, tales almas faltas de virtud mudan en su proceder, y se vuelven como en nuevo hombre con asombro y escándalo de muchos que, advirtiendo tal mudanza en tan corto tiempo, quédanse sin saber qué pensar ni qué decir de ello. Pues no puede menos de hacérseles nuevo que quienes antes parecían andar rebosantes en devoción y en fervor y dados sin fatiga a obras de penitencia, quienes se manifestaban llenos del Espíritu divino y ocupados en

edificar al prójimo con palabras y obras, sumamente aplicados a la práctica de la soledad, del silencio y de la oración, solícitos en recibir la comunión cada día, apartados del trato con los hombres, olvidados de toda comodidad corporal y sólo deseosos de lo celestial y divino, ahora se demuestran tibios en la caridad, indevotos, ajenos de toda austeridad, apasionados, inmortificados, sensuales, charlatanes, vagamundos, impacientes, poco amigos de la oración, alejados de la sagrada mesa, solícitos del trato y consuelo humanos, dados a las comodidades del cuerpo y apartados, en fin, de la vida espiritual.

Capítulo XIV

Que el espíritu de María gobierna a algunas almas, entra en su posesión, obra en ellas y vivifica sus acciones. En qué sentido y de qué modo. Entonces viven por el espíritu de María, María es su vida y quedan como transformadas en María.

Algunos hijos de María, ya por la costumbre de traer el corazón ocupado en la memoria de Madre tan amable, ya en virtud de las frecuentes operaciones amorosas y mociones del Espíritu de Jesús en orden a esta dulcísima Madre, consiguen al fin el dejarse gobernar de su espíritu en todas sus acciones, el ser amaestradas, poseídas y animadas de él, por manera que, a fuer de hijos carísimos, parecen recibir de ella la educación,

lograr su misma índole, vestirse de su espíritu: en cuyo sentido vienen como a transformarse en ella, viven en ella y obran en ella todas sus acciones.

Lo cual podemos dar a entender de este modo: no es dudable sino que el Espíritu de Jesús llevó a efecto y vivificó las acciones de la Madre amable y la poseyó con perfección inefablemente mayor que a cualquier otra criatura. Pero todo esto lo cumplió en ella sin que fallase un punto su fidelísima cooperación, en tanto grado que en virtud de tan perfecta cooperación el Espíritu de Jesús vino a hacerse el mismo espíritu de María; del cual nos dice ella misma: *Mi espíritu es más dulce que la miel.* De este espíritu es de donde nacieron los renuevos de todo linaje de virtudes que adornaron su corazón y él obró con ella todas sus acciones.

Ahora, cuando María tiene por bien formar algunos hijitos de su corazón, se vale de este su espíritu, esto es, del Espíritu de Jesús, que les infunda sus virtudes, su misma índole, su proceder, sus mismas inclinaciones, con que vienen como a transformarse en María y el espíritu de María a vivir en ellos, o mejor digamos, el Espíritu de Jesús vive y obra en ellos, así como vive y obra en María. ¿Será, pues, mucho que estos hijos carísimos se hagan conformes en todo con su amable Madre y que impriman en su ánimo su misma índole? Esto es lo que acontece a los buenos hijos y a esto atienden las madres amantes.

Entonces se manifiesta en ellos la vida de María al igual que la de Jesús; entonces se cumple en ellos que, así como dijo el Apóstol: *Y yo vivo ahora, o más bien no*

soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Gal 2,20), esto es, el Espíritu de Cristo vive en mí, así también puedan ellos decir: No vivo yo, sino que vive en mí María, comoquiera que ha sido en ellos cercenado cuando era contrario al espíritu de María y alentado con la vida cuanto a ella conforma. Más: el espíritu de María los gobierna en el sentido explicado, los posee y vivifica, como que dijéramos, el espíritu de María conjunto con el de Jesús, el mismo indivisible espíritu de María y de Jesús efectúa, anima y gobierna sus acciones, así como animó, gobernó y trajo a efecto todas las obras de María. Por esta traza, ya no son ellos quienes viven, sino que vive en ellos María, actuando, inclinando y dirigiendo sus potencias, para que vivan de nuevo modo en Dios. De esta suerte su vivir está en María; a quien muy al justo aclaman con loor: *¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!*

Baste lo dicho para instruir a las almas piadosas acerca de la vida deiforme en Dios y por Dios y juntamente mariana en María y por María, la cual se digne llenar con el colmo de la perfección quien por el valimiento de la Madre amable nos infundió su deseo, Jesucristo. El cual sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén.

PADRE ARINTERO

FIGURA PREEMINENTE DE LA TEOLOGÍA

A principios de enero de 1928 comenzó el Padre Arintero a notar síntomas de una preocupante enfermedad, pero vivió la temporada sucesiva entregado, como siempre, a su trabajo, particularmente de preparación del número de marzo de la revista *Vida Sobrenatural*, por él fundada. Sus más cercanos colaboradores no advirtieron las dolencias que soportaba hasta entrado ya el mes de febrero. A mediados de este mes se agravó de manera extrema la oclusión intestinal que sufría y falleció —hace ahora 92 años— al mediodía del día 20 de febrero, en su querido convento de San Esteban de Salamanca. Agradecía las atenciones que tenían para con él y, a sus ruegos, le leían pensamientos que conservaba bien a la mano, como los siguientes: «Yo, tu Dios, tu Jesús, estoy en tu memoria, en tu espíritu, en tu corazón y en tu cuerpo. Entrégate por completo a mi divina acción. ¡Adora, y pon en silencio tu alma!».

Estuvo inmerso y con ilusión en los proyectos que llevaba por entonces la comunidad, que preparaba con esmero la fiesta de santo Tomás de Aquino, el 7 de

marzo. Se reunían, bajo la presidencia del obispo Francisco Frutos Valiente, en San Esteban, los profesores y alumnos del Seminario diocesano, junto con la Federación de Estudiantes Católicos y, naturalmente el Estudio General dominicano. Fue encargado de predicar en la Misa uno de los más conspicuos discípulos del Padre Arintero, fr. Ignacio González Menéndez Reigada. En la velada literaria, un estudiante dominico, fr. Secundino García expuso un trabajo premiado sobre «La doctrina mística del Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz». Todo ello en un clima de euforia que los periódicos de aquellos días no dejaban de la mano y que se refería a las preparaciones inmediatas de la *Exposición Internacional de Barcelona* (1929) y la *Exposición Iberoamericana de Sevilla* (1929).

La noticia del tránsito del Padre Arintero corrió veloz por Salamanca. En la misma tarde, acudió bastante gente. Diversas personas tocaban objetos varios a su cadáver, o pedían que les hicieran semejante favor. El diario salmantino «El Adelanto» le dedicó una columna el día 21 de febrero, en cuya mañana estaban programadas sus exequias. Andaba este periódico por su año 44, número 13428. Aunque la nota no estaba firmada, se descubre detrás de ella estaba a un testigo *de vista*. Es decir, que acreditaba cuanto había vivido en contacto con nuestro personaje. Hagamos un breve resumen del contenido del escrito, que se hallaba en la página 5.

El paso hacia la vida eterna llegó al encuentro del Padre Arintero cuando contaba todavía 67 años, porque nació el 24 de junio de 1860, fiesta de la Natividad de San Juan Bautista, cuyo nombre llevaba. Para el colaborador de la noticia necrológica, su vida atesoraba gran importancia a varios niveles: para la Orden de Predicadores, en la que ingresó en 1875; para la ciudad de Salamanca, en cuya Universidad se había Licenciado en Ciencias Naturales, en 1886; para la nación española, «que le veneraba como una figura *preeminente de la Teología*»; para el mundo entero, «que admiraba el mérito de sus obras doctrinales». El grado de ponderación del fallecido apenas podía ser más alto.

Fue para el articulista un maestro de maestros y de discípulos en la disciplina de la Teología Mística, «la ciencia del Espíritu», que impulsa hacia la perfección de la santidad. Muchas personas ansiosas de virtud y de verdad se agrupaban en su entorno. Se prodigaba en una muy amplia comunicación por medio de sus obras editadas, alocuciones, y correspondencia epistolar. La muerte vino a truncar un trabajo y variados proyectos que acariciaba con entusiasmo. Aceptó, sin embargo, su enfermedad con edificación, ejemplaridad que le había acompañado a lo largo de la vida. Es decir, que *gozó de fama de santidad en la vida y en la muerte*. La opinión de santidad que reconocían en él estaba apoyada en «sus grandes y sólidas virtudes». Era un *modelo de la ciencia que enseñaba*.

El articulista, en fin, recordaba a grandes rasgos su biografía. Nació en la provincia de León, obtuvo la Licenciatura en Ciencias Naturales. Compuso, todavía muy joven, un libro que tituló, *La evolución de la Filosofía cristiana*. En su segunda etapa científica alcanzó grandes cumbres, con *La Evolución Mística*, a la que siguieron las *Cuestiones Místicas*, el *Comentario al Cantar de los Cantares*, así como otras obras, «menos extensas, pero no menos eficaces para el fin que él perseguía». Mención especial se hacía de nuestra revista *Vida Sobrenatural*, que le tenía por fundador y que estaba llamada a «continuar el movimiento renovador iniciado por el Padre Arintero».

Días antes de la muerte, pero cuando se hallaba ya aquejado por su muy grave indisposición, el mismo rotativo de Salamanca, «El Adelanto», había enviado a un colaborador para que, en el convento de San Esteban, entrevistara al aludido fr. Menéndez Reigada, especialmente con motivo del significado del gran teólogo salmantino y confesor de santa Teresa (1561-1567), fr. Domingo Báñez, cuyo IVº centenario del nacimiento se preparaban a celebrar con gran solemnidad (nació en Medina del Campo, el 29 de febrero de 1528). Fr. Ignacio González Menéndez Reigada no pudo menos de explayarse sobre el P. Arintero, entonces tan enfermo. La entrevista se publicó en el número 13431, página 4, correspondiente al 24 de febrero de 1928, cuatro días después de su muerte.

Se mencionaba *nuestra revista*, como «única publicación española que se ocupa de la Mística». La dirigía,

en el momento en que tenía lugar la conversación, el Padre Arintero que, «como saben todos los profanos, es uno de los grandes prestigios de nuestra Orden», aclaraba el profesor de San Esteban, y añadía: «*Vida Sobrenatural* lleva bajo su dirección una vida próspera, a cubierto de toda contingencia, cosa que nadie sospechó al fundarse, dado el campo estrictamente espiritual de su dedicación».

El periodista tuvo interés en que dijera algo más sobre nuestro protagonista. La respuesta fue esta: «Está enfermo por estos días, aquejado de grave dolencia, que lleva con estoica y que él diría cristiana resignación. Conserva en el lecho del dolor toda su lucidez y su entusiasmo e infantil alegría, que siempre le ha acompañado en el curso de su obra literaria, verdaderamente extraordinaria». El articulista añadió, por su parte: «Realmente puede mirar a ella [a la obra escrita] con la satisfacción y orgullo, y los votos que hacemos por su salud, lo son también y muy fervientes, por el éxito de su labor y por la prosperidad de la escuela de Teología Mística, llena ahora de juventud, que él ha sabido formar. En España y fuera de España tiene muchos adeptos. Ha sido una labor inolvidable».

Resultará de interés repasar hemerotecas en busca de testimonios que se publicaron tras su muerte. Puede adelantarse que, aprovechando el tiempo propicio del comienzo del otoño leonés, le dedicaron un recuerdo en su pueblecito natal, Lugueros, en Valdelugueros, partido judicial de La Vecilla. Fue el 24 de septiembre de 1928. Le asignaron una calle y, tanto el Alcalde de

León, como fr. Luis G. Alonso Getino, hicieron memoria del sabio dominico, al que calificaba dicho Alcalde como «honra de la cultura española» (ABC, martes 25 de septiembre de 1928, p. 30).

En el número con que se estrenaba la revista «Acción Española» (15 de diciembre de 1931, p. 1), se le nombraba entre los pensadores que mostraron la tradición española, aportando valores positivos y universales, como Balmes, Donoso Cortés, Menéndez Pelayo y «González Arintero». Poco más adelante, en la página 3, lo recordaban de nuevo: «Todavía ayer moría en Salamanca el padre Arintero. Y suya es la sentencia: "No hay proposición teológica más segura que esta: a todos sin excepción se les da —próxima o remota— una gracia suficiente para la salud"»

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

VICENTE CUDEIRO GONZÁLEZ, O.P., *Mística dominicana. Vivencia, doctrina e influencia* (Biblioteca Dominicana 72), San Esteban, Salamanca 2019, 654 pp.

El autor de este libro es el dominico Fray Vicente Cudeiro González, Doctor en filosofía y Licenciado en Teología por la Universidad de Friburgo (Suiza), miembro de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Roma y de la Real Academia de San Dionisio de Jerez de la Frontera (Cádiz). El libro tiene un carácter divulgativo. Se dirige a cualquier persona de cultura media. Su objetivo no es tanto el de proporcionar una información meramente histórica y erudita de una parte de la mística, cuanto fomentar en los destinatarios de este escrito la inquietud por alcanzar la perfección más alta posible de su vida espiritual. Tampoco pretende «proporcionar un conocimiento puramente especulativo de las doctrinas místicas, sino estimular en los posibles lectores el deseo de seguir los pasos de los personajes que no escribieron para vivir, sino que escribieron porque no podían callar lo que vivían» (p. 19). Da tanta o más importancia a la vida mística de los personajes que aparecen en el libro, que a lo que han escrito, con la convicción expresa de que es mucho más estimulante e ilustrativa la vida que las palabras. Su mirada está puesta no solo en informar, sino también en formar. No busca hacer

un estudio exhaustivo ni completo de la mística dominicana, lo que exigiría varios volúmenes. Solo quiere ofrecer una iniciación. Por eso, se centra únicamente en las figuras más sobresalientes entre las muchas que vivieron y escribieron acerca de la unión mística con Dios en diversas épocas, a las que añade algunas menos conocidas o que no han dejado escritos de especial relevancia para la historia de la mística. Deliberadamente ha optado por no seguir un orden cronológico estricto, sino más bien geográfico porque considera que hay una gran afinidad entre los místicos alemanes, por un lado, y, por otro, entre los que pudiéramos llamar místicos latinos. A juicio del autor, esta presentación contribuye a una mejor comprensión de los distintos místicos.

Se ha discutido en la historia sobre si existe o no una mística específicamente dominicana, dada la diferencia que existe entre los múltiples autores místicos de la Orden de Predicadores. Para el autor de estas páginas, la mística dominicana en su esencia está profundamente relacionada con el carisma, *contemplata allis tradere: contemplar y transmitir a los demás lo contemplado*. Esta frase fue acuñada por santo Tomás de Aquino, quien la refería a los obispos, pues –a juicio del Aquinate– ellos deben ser los más contemplativos y, al mismo tiempo, los más activos.

Los trece capítulos que componen el libro recogen respectivamente trece figuras de la orden dominicana, ocho masculinas y cinco femeninas. Cualquier obra que quiera estudiar la mística dominicana tiene que comen-

zar por sus orígenes, por santo Domingo, en quien encontramos la encarnación más genuina de este carisma. Quizás sorprenda la presentación de santo Domingo como místico y, además, como místico de alto grado. El autor hace esta presentación según el concepto clásico de místico; quizás eso sorprenda a algunos lectores, aunque en estas páginas se trata de justificar tal procedimiento con datos tomados de la tradición dominicana. No obstante, también sería posible hablar de santo Domingo como místico, aplicándole el concepto actual que es más amplio; concepto que ya encontramos en una de las figuras estudiadas más adelante, como es el P. Arintero. En esta línea más actual, Vicente Cudeiro afirma que santo Domingo vivió siempre unido a Dios, unión que constituye la esencia de la vida mística.

Luego viene la presentación de la mística alemana, comenzando por san Alberto Magno. Siguiendo a algunos autores, considera al *Doctor universal* como el iniciador de la Escuela renana de espiritualidad. En el estudio de la vida mística de los diferentes autores, Vicente Cudeiro les aplica un esquema semejante: se fija especialmente en su práctica de las virtudes y en el desarrollo de los dones del Espíritu Santo en sus vidas; y en las bases sobre las que se asienta la vida espiritual, como son la humildad y la oración (cf. p. 68). En el caso de san Alberto, el autor del libro le sigue atribuyendo la célebre obra titulada el *Marial*. Al parecer, hoy los críticos descartan su autoría. Después de san Alberto viene la presentación de las tres grandes figuras de la Escuela renana de espiritualidad: el Maestro

Eckhart, Taulero y Susón. De ahí pasa a la escuela mística italiana, comenzando por santo Tomás de Aquino; aunque comienza señalando los escasos estudios que hay, sobre todo en lengua española, sobre esta fuerte dimensión del Aquinate. En la misma escuela, y considerada como su discípula, está santa Catalina de Siena. Luego, en una extensión de nueve páginas, habla de santa Catalina de Ricci. A continuación viene la Escuela mística limeña, con san Martín de Porres a la cabeza (al que le dedica 22 páginas del libro), seguido de santa Rosa (a la que le dedica 26 páginas). Seguidamente viene la Escuela mística española, comenzando por una autora poco conocida, como es el caso de la venerable sor María Antonia Gertrudis de Jesús Tirado (1746-1810), natural de Jerez de la Frontera (Cádiz), que ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo y que está en los orígenes de la congregación de las Dominicas del Santísimo Sacramento. El autor del libro considera que hay una gran similitud entre la venerable sor Mª Antonia y santa Catalina de Siena. A continuación nos presenta a sor Bárbara de Santo Domingo, la «mística de la Giralda» (1842-1872), que nació precisamente en una pequeña estancia de la torre de la Giralda, donde residían sus padres, porque su padre tenía el oficio de campanero segundo en esa colosal torre. Entró en el monasterio Madre de Dios, de monjas dominicas; pero el Gobierno revolucionario expulsó a las monjas de ese monasterio, y fueron a buscar refugio en el monasterio de San Clemente, de monjas cistercienses. Murió a los treinta años de edad. El último capítulo está dedicado al místico leonés Juan González-

Arintero (1860-1928), restaurador de los estudios místicos en las primeras décadas del siglo XX, cofundador y primer director de la revista *Vida Sobrenatural*. La presentación de su personalidad sigue sobre todo al primer biógrafo de Arintero, el dominico Adriano Suárez. Para su doctrina se centra principalmente en la obra arinteriana más conocida: *Evolución mística.*

El libro está bien escrito. Su lectura resulta amena. Proporciona una buena información sobre aquellos personajes de los que trata. Cumple bien su objetivo de ofrecer una introducción a la mística dominicana. No obstante, hay que lamentar las erratas, sobre todo las del índice.

Fray Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

HANS KÜNG, *La oración y el problema de Dios*, Ed. San Pablo, Madrid 2019, 97 pp.

Quizás lo primero que se pregunte el lector es: ¿cómo en menos de cien páginas se pueden tratar unos contenidos tan amplios y delicados como los que indica el título? Si, además, tenemos en cuenta que diecinueve páginas las ocupa el sesudo prólogo de Roberto Celada Ballanti, la pregunta se presenta más acuciante. El prologuista es consciente de ello al decir: «Actualmente resulta difícil de pensar en un tema más complejo y al mismo tiempo más ineludible como el escogido en el ensayo que presentamos…» Complejo porque a la vez de la secularización el problema sobre la

religión está generalizado. Complejo porque la oración en nuestra sociedad hiperactivista se ha hecho sitio, y es una inquietud del hombre de hoy que se ve desbordado por tantos porqués que llevan a la necesidad de la oración. Porqués que miran más allá de nuestra inmanencia, y que llevan a hablar de «la naturalidad de la oración». Una naturalidad que rebasa todo ritualismo cuya manifestación más evidente es la oración de Jesús.

Küng precisa desde el inicio que no habla de la oración que se hace cuando no queda otra cosa que hacer, o como sublimación de deseos aplastados. La oración va unida a cómo entendemos a Dios. De ahí que en el título se conjugue la oración con el problema de Dios. ¿Es el Dios tapa agujeros? ¿Es el Dios que necesita oírnos para saber qué ha de hacer? ¿Es el Dios que conseguimos que actúe de acuerdo con nuestros deseos? Existen episodios diversos y expresiones reiteradas en la Sagrada Escritura, en el Antiguo Testamento sobre todo, que parecen aludir a ese tipo de Dios.

Küng se sitúa así ante la oración: Orar es humano, siempre lo ha sido. No es conversación con uno mismo, porque Dios no es una proyección del propio ser (Feuerbach), sino con otro. Al que se llega desde la fe. Pues «la oración es una fe aplicada». «La oración es "el corazón y el centro de la religión". No hay religión sin oración».

Dedica bastantes páginas a distinguir entre la oración profética, la que tiene vertiente necesaria en la acción y la mística, que se queda en la meditación. Dice

que la oración cristiana es la profética. Si bien puede darse y se ha dado esa oración mística en representantes destacados de la fe cristiana. Pero nunca como realidad autónoma, como puede ser la oración-meditación Zen. En cualquier caso, esa meditación de origen oriental puede ayudar a la oración profética, la cristiana.

La oración de Jesús ha de ser el modelo de la oración «cristiana». Su oración es ritual en parte. Pero no un deber, sino algo que surge espontáneamente. Jesús utiliza su lengua materna, el arameo, como se ve en el Padrenuestro y en el término *abba*. No el hebreo ritual en que si se recitaba el *Shemá.* No era la solemnidad lo que daba sentido a su oración. La oración no exigía lugares sagrados, podía hacerse en la habitación. Jesús recomendó la oración breve. Lo que le sirve a Küng para pedir que se promueva la espontaneidad en la oración, y se reconsidere la necesidad de largas oraciones, del «Oficio», y la reiteración que implica el Rosario. La oración de Jesús implica la disponibilidad al perdón. Lo que implica para el autor: «no a la oración sin consecuencias» en la vida. Dedica unas líneas a la oración *a* Jesús. Entiende que la oración ha de ser al Padre, como hizo Jesús, pero poniendo como mediador a Jesús.

La oración, insiste, tiene relación directa con el concepto de Dios. La oración se produce porque Dios está presente en uno mismo; también en el mundo y el mundo en él. Dios es un otro que desde la fe puede ser interlocutor, puede iluminar nuestro interior, ayudar a interpretar la vida, a vivir con una plenitud propia del

sentir religioso. No es el *Deus ex machina*, que rompe las leyes de la naturaleza; pero sí está presente en ellas. Se le percibe y necesita en nuestra indigencia; pero no solo en la limitación nuestra, también en la necesidad de nuestra comprensión de lo que somos cada uno, y es el mundo exterior. La dimensión de lo transcendente es algo inmanente en nosotros.

Un Dios ante el que nos vemos como nos vemos en parte ante los demás, al darle gracias es que sabemos que debemos dar gracias a los demás; al elogiarle, alabarle, somos conscientes de que existen semejantes nuestros que merecen el elogio; si le solicitamos perdón es que estamos dispuestos a ofrecerlo a los demás. Si pedimos ayuda es que también confiamos en que podemos ser ayudados por aquellos con quienes convivimos, etc. Un Dios a quien podemos dirigirnos con las situaciones anímicas diversas: Con alegría agradecida; con enfado porque no vemos que se preocupe de nosotros; en el silencio de la ausencia o en la espontaneidad de quien lo siente cerca; con palabras, gestos, silencio,... En todo momento y mientras realizamos cualquier actividad. Pero siempre, como Jesús, hemos de separar momentos para orar.

En fin, el libro termina con unas relevantes palabras: «la oración puede, consiguientemente, transformar al hombre, pero el hombre también debe transformarse en su oración».

Un libro que, a pesar de su reducida dimensión, está cargado de interés. Un libro iluminador, que ayudará a orar de verdad. Puede parecer que se mueve en las

grandes líneas sin descender a la vida a causa de su «pretencioso» título, pero no es así: es esencialmente práctico. Küng incluso insiste en la práctica, a veces tan olvidada, de la oración de bendición de la mesa.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

SAN ALBERTO MAGNO, *Marial. Las glorias de la Virgen María*, traducción, selección de textos e introducción histórica y doctrinal de Antonio Osuna Fernández-Largo (Biblioteca Dominicana 71), San Esteban, Salamanca 2019, 297 pp.

Siguiendo la crítica actual, en la introducción de este libro Antonio Osuna sitúa al *Marial* entre las obras de mariología de dudosa autenticidad atribuidas a san Alberto. En la misma introducción se afirma que ha sido la obra mariológica por excelencia de san Alberto, y si a este célebre dominico alemán se le ha considerado siempre como un mariólogo excepcional, ha sido porque se pensaba que esta obra representaba su mariología por antonomasia. Por su parte A. Osuna cree que contiene lo más genuino del pensamiento mariano de una época (segunda mitad del siglo XIII) y de un autor de renombre, quienquiera que sea, y como tal ha constituido un punto de interés para los mariólogos de todos los tiempos. Algunos editores la han titulado: *Mariale sive quaestiones super evangelium: Missus est Angelus Gabriel*. Contiene 230 cuestiones, que en algunos manuscritos llegan a 313, aunque algún autor piensa que

las 83 de más fueron añadidas por Engelbert, abad benedictino de Admont (Austria). De los seis catálogos anteriores al siglo XVI en los que aparece atribuida a san Alberto, cinco la titulan: *De laudibus beatae Mariae Virginis,* y el sexto la titula: *Super Evangelium Missus est Angelus Gabriel.*

Se trata de una obra de carácter teológico que discurre al hilo del texto bíblico de san Lucas al que tiene como referencia. Más en concreto, la mayor parte de la obra es un análisis teológico de lo que implica la expresión evangélica en la traducción latina «*gratia plena*». El desarrollo del pensamiento se hace recurriendo a instrumentos típicamente escolásticos: planteando cuestiones, citando argumentos a favor y en contra, resolviendo las cuestiones planteadas al modo de los maestros escolásticos de la época.

La introducción al libro cuenta con una breve biografía de san Alberto Magno, con una rápida presentación de las obras tanto atribuidas como auténticas de este santo Doctor, con una introducción al *Mariale*, con unas páginas relativas a la autoría (donde sugiere algunos indicios que arguyen en contra de la autoría de san Alberto), y, finalmente, con una presentación de esta edición.

Por lo que se refiere a la introducción al *Mariale*, A. Osuna se detiene a presentar, en primer lugar, el género redaccional de la escolástica; luego habla de la exégesis medieval, de la argumentación patrística recogida en las glosas (a las que recurre también el autor de esta obra), y a su doctrina teológica. Para A. Osuna

estamos ante el primero y más antiguo tratado sistemático de teología mariana, que se convirtió en paradigma de toda sistematización mariológica posterior. La argumentación de la obra se centra en el misterio de la maternidad divina, fuente de todas las gracias y privilegios concedidos a la Virgen María. También es muy importante el tema de la mediación de María, que no resta nada de la mediación de Cristo. A. Osuna piensa que la mayor originalidad de esta obra está precisamente en la defensa clara de esta mediación y de la corredención. Esta mediación es singular y superior a la de los demás santos. Osuna pone de relieve la importancia de las siguientes afirmaciones: «La Virgen... es socia de la redención y madre de toda regeneración»; «La santísima Virgen está llena de gracia [...] todas las gracias sin excepción pasan por sus manos». Esta última idea ya se encuentra en san Bernardo de Claraval. El *Mariale* presenta también a María como corredentora y madre universal por su colaboración en la obra de la redención. Trata ampliamente de su relación con los hombres. Su oficio de madre se traduce en el de corredentora, intercesora, madre adoptiva de todos los creyentes y reina y señora de todos ellos. «Siendo madre e hija de Dios, es también madre y hermana nuestra». La mediación de María compendia todo su servicio a los hombres. El capítulo dedicado a los privilegios singulares de María —afirma A. Osuna— es uno de los más armoniosos de todo el tratado.

Respecto a la presente edición, el servicio que con ella se quiere prestar consiste en poner al lector moderno en contacto con una obra de suma trascendencia

en la mariología, sea o no original de san Alberto; pues son muchos los autores que a lo largo de su historia se han inspirado en ella. La selección que se ha practicado se limita a las páginas de interés teológico o espiritual, omitiendo muchos capítulos superfluos para el estudioso de la mariología. De este modo se rescata lo mejor de la mariología de esta obra para nuestro tiempo y para el futuro. El texto de referencia de esta traducción es el original latino de la edición de A. Borgnet, por ser la más difundida en nuestros días. En el primer Apéndice se recogen algunos textos de san Alberto pertenecientes a sus obras genuinas para que el lector pueda compararlos con los textos del *Marial*.

Estamos ante una buena edición de una obra importante en la historia de la mariología, que nos puede ayudar también hoy a repensar y formular la reflexión mariológica en sus puntos fundamentales.

Fray Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

DOMINGO J. MONTERO, *Tus mandamientos son mi delicia. Una lectura del Decálogo* (Claves cristianas/Serie Minor), Editorial CCS, Madrid 2019, 139 pp.

El autor de este libro es fraile capuchino; ha realizado estudios bíblicos y se ha dedicado a divulgar la Escritura; ha publicado varios libros en esta misma editorial. El objetivo de estas páginas es el de acercar a los lectores a los mandamientos y ayudar a comprender y

vivir su sentido profundo y gozoso, convencido de la necesidad de «recuperar» esta lámpara luminosa para guiar nuestros pasos, de modo que podamos caminar a su luz en medio de un mundo aturdido y desorientado por una multiplicidad de normas, criterios y leyes con frecuencia contradictorias. El autor insiste en la actualidad de los mandamientos y en que tienen futuro, pues su origen último se remonta a Dios mismo. Son ayudas que Dios nos ofrece para que realicemos nuestra existencia, tanto personal como comunitariamente, caminando en su presencia. «Son profesión de fe en Dios y acogida de su voluntad»; «instrucción y celebración actualizadas en la renovación festiva de la alianza de Dios con su pueblo»; «las arras de la alianza, las lindes que marcan la ruta del pueblo elegido, el camino por el que había que andar ante Dios para alcanzar la meta de la Tierra Prometida» (p. 5). El objetivo de los mandamientos no es el de mortificar al ser humano, sino todo lo contrario, vivificarlo; Dios no nos los dio para constreñir nuestra vida, sino para expandirla. «No son fronteras en las que recluirse, sino horizontes a los que abrirse, rutas por las que caminar» (*ibíd.*). Estos mandamientos —nos dice el autor— solo pueden vivirse desde la recepción gozosa, agradecida y cordial.

No se busca aquí ofrecer un estudio exegético del *Decálogo*, sino presentarlo como una vía orientadora y normativa del camino cristiano, revalidada y profundizada por Jesús en el Evangelio. «A cada uno de los mandamientos —nos dice el autor— se abren perspectivas

nuevas para hacer una lectura actualizada de los mismos, integrando en ella las exigencias y los retos de nuestros días» (p. 6).

Los destinatarios de este libro pueden ser, principalmente, educadores y catequistas, pero también todas las personas que quieran configurar su vida con estas palabras de Vida. Se trata de un libro de formación, de oración y de revisión personal.

El primer capítulo nos ofrece una panorámica de la problemática literaria, histórica, teológica y de su profundización neotestamentaria. Al final de este capítulo se nos recuerda que la clave de lectura del *Decálogo* no puede ser otra que el amor agradecido a un Dios que ha tomado la iniciativa de «bajar», ante los gritos del pueblo, a liberarlo de la esclavitud. Así se lo comunica a Moisés en el episodio de la zarza ardiendo. En los diez capítulos siguientes va comentando cada uno de los mandamientos respectivamente, enunciándolos primero según la versión del capítulo 20 del Éxodo, pero teniendo en cuenta también la versión del capítulo quinto del Deuteronomio. El capítulo doce reflexiona en torno a tres temas. El primero es la pregunta que el joven rico le hizo a Jesús: «¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?» El segundo es la cuestión planteada por un escriba: «¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?» El tercero es el del mandamiento nuevo. Ahora bien, tal y como está formulado en san Juan, este mandamiento no alude expresamente al prójimo sino al amor fraterno; por consiguiente, debe ser complemen-

tado por las enseñanzas de los otros evangelistas respecto del amor al prójimo, e incluso del amor a los enemigos. El libro concluye hablando de Jesús como el gran «mandamiento» de Dios, como su don definitivo, pues en él se realiza la verdadera alianza y se nos manifiesta exhaustivamente la voluntad salvadora de Dios.

A pesar de su brevedad, este libro es muy útil para ayudar a comprender y vivir esta pieza fundamental de la catequesis y de la vida cristiana como es el *Decálogo*.

Fray Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

AÑO 100 – Núm 728 MARZO-ABRIL, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

EL DESIERTO EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

El desierto es un símbolo muy elocuente en la vida cristiana. Toda nuestra existencia es una peregrinación hacia la Tierra Prometida, pero la conciencia de esta situación se hace más viva en el tiempo de Cuaresma. Para alcanzar este objetivo hay que concentrar todos nuestros esfuerzos, sin descuidar las responsabilidades de la vida presente; todo lo contrario, cuando estas responsabilidades son bien vividas nos ayudan a acelerar el paso hacia la Tierra Prometida, nos acercan más rápidamente a esa meta. La experiencia del desierto nos hace más presentes los problemas, y renueva nuestras fuerzas para afrontarlos con realismo, porque

en esa soledad la presencia de Dios se palpa con mayor intensidad.

También nosotros, como en otro tiempo el pueblo elegido, como el profeta Elías, como el mismo Jesús, y como tantas otras personas a lo largo de la historia tenemos que hacer esa travesía por el desierto. Pero no somos nosotros quienes tenemos que tomar la iniciativa en todo esto. Como Jesús, tenemos que dejarnos impulsar por el Espíritu de Dios. Si es así, no dejará de ser una experiencia espiritual, siempre que no nos apartemos un ápice de este guía divino.

La misma palabra desierto nos hace pensar espontáneamente en el calor, la sequía, la aridez, las tormentas de arena, la sed, el silencio, la soledad, los espejismos, las fieras salvajes, el miedo,... El desierto es lugar de penuria, de dificultad, donde no hay comodidades; lugar donde la vida es difícil; donde la tentación se vuelve más recia porque nos encuentra más desarmados; es lugar de rudo combate, de combate espiritual. En el desierto palpamos mejor nuestra fragilidad. El desierto es escuela de humildad, de meditación, de sobriedad, de ayuda mutua, de respeto a la naturaleza,... aunque no produce todas estas virtudes automáticamente. Pues ante las dificultades del desierto podemos experimentar, como el pueblo de Israel, la tentación de abandonar la peregrinación emprendida, y renunciar a alcanzar la meta de nuestra verdadera libertad, de nuestra auténtica felicidad; podemos llegar a dudar de

que esta travesía tendrá un buen final; incluso podemos llegar a desconfiar de aquel que nos movió a embarcarnos en esta historia.

Pero cabe también la posibilidad de reaccionar de otra manera, es decir, de reaccionar como Jesús en su experiencia de desierto, no dejándose vencer por la tentación. Aunque el ayuno le hubiera debilitado tanto físicamente, y aunque «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», su confianza y su amor al Padre le hizo superar cualquier tentación. Mirando a Jesús, también nosotros podemos superar las dificultades mayores de nuestros desiertos adoptando la misma confianza, creyendo firmemente en que el amor que Dios nos tiene no permitirá que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas. Si nuestro amor a Dios es semejante al de Jesús, no habrá tentación que se resista; si este amor es todavía frágil, la experiencia de desierto puede ayudarnos a fortalecerlo y acrecentarlo. Al mismo tiempo, esta experiencia nos hará más conscientes de la necesidad que tenemos de Dios, y de intensificar nuestro amor a él y a las personas que nos rodean.

El beato Carlos de Foucauld, quien vivió largo tiempo en el desierto, reflexionó sobre el significado de esta experiencia no solo física sino sobre todo espiritual. En una carta dirigida al P. Jerónimo, fechada el 19 de mayo de 1898, le decía así:

> Hay que pasar por el desierto y permanecer en él para recibir la gracia de Dios: es ahí donde uno se vacía, donde uno aleja de sí lo que no es Dios y vacía completamente esta pequeña casa de

> nuestra alma para dejar todo el espacio solo a Dios. Los Hebreos pasaron por el desierto, Moisés vivió ahí antes de recibir su misión, san Pablo al salir de Damasco pasó tres años en Arabia, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo se prepararon también en el desierto. Es indispensable. Es un tiempo de gracia. Es un período por el que toda alma que quiere dar frutos debe pasar necesariamente... Necesita ese silencio, ese recogimiento, este olvido de todo lo creado, en medio de los cuales Dios establece su reino y forma en ella el espíritu interior: la vida íntima con Dios, la conversación del alma con Dios en la fe, la esperanza y la caridad. Más tarde el alma producirá frutos exactamente en la medida en la que el hombre interior se haya formado en ella. [...] Solo se da lo que se tiene y en la soledad, en esta vida solo con el Dios solo, en este recogimiento profundo del alma que olvida todo para vivir solo en unión con Dios, que se da totalmente a quien se da así totalmente a él. Daos totalmente solo a él... y él se dará totalmente a vosotros [...]. Mirad a san Pablo, a san Benito, a san Patricio, a san Gregorio Magno, a tantos otros, ¡cuánto tiempo de recogimiento y de silencio! Remontad más arriba: mirad a san Juan Bautista, mirad a nuestro Señor. Nuestro Señor no tenía necesidad, pero ha querido darnos el ejemplo... Dad a Dios lo que es de Dios...

Fue precisamente en el desierto del Sahara argelino donde Carlos de Foucauld dio testimonio de su amor apasionado por Dios y donde entregó su vida. Había

querido imitar los años de Jesús pasados en el silencio del hogar de Nazaret. Y lo justificaba diciendo que «cuando se ama, se quiere hablar sin cesar a la persona amada, o al menos mirarla sin cesar: la oración no es otra cosa que eso: la conversación familiar con nuestro Bien Amado: uno Le mira, Le dice que Lo ama, goza de estar a Sus pies». No hay que ir físicamente al desierto para escapar de la presencia de las otras personas, sino todo lo contrario, se trata de atraer a Jesús a través de su Presencia y por una presencia caritativa.

La experiencia de desierto nos da una gran lucidez para examinar nuestra vida, para ser más conscientes de dónde estamos con respecto a Dios, a nosotros mismos y a nuestro prójimo. Tomar el pulso de nuestra situación no es el todo de esta experiencia. La travesía por el desierto es un camino de transformación, de purificación, donde se pone a prueba nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor; es tiempo para dejar atrás las cargas innecesarias; tiempo para aferrarse a lo esencial, tiempo para escuchar a Dios con más atención; tiempo para amar a Dios y al prójimo,...

Aunque el desierto es un lugar de soledad, no hacemos esta experiencia solos, sino acompañados de toda la comunidad de los creyentes y, sobre todo, de Jesús que peregrina con su Iglesia por el mismo camino, sosteniéndola en sus dificultades, consolándola en sus penas, animándola con su Espíritu. A nivel personal la experiencia de desierto está poblada de múltiples rostros, de múltiples personas a las que estamos unidos y con las que esperamos alcanzar y compartir la misma Tierra

Prometida. Tratando de imitar a Jesús, la Iglesia quiere acompañar todas las soledades, todos los desiertos; quiere hacerlos fecundos, quiere humanizarlos, incluso divinizarlos, creando las condiciones para que la presencia de Dios sea creída, deseada y buscada.

En el libro del profeta Oseas leemos que Dios compara al pueblo elegido con una esposa infiel. Pero, sin desistir jamás de amarlo, anuncia por medio del profeta que lo conducirá al desierto para «hablarle al corazón», para purificarlo de sus idolatrías, para desposar a este pueblo en justicia y derecho, en amor, compasión y fidelidad. El desierto es lugar privilegiado para hacer resonar en nuestro corazón la voz de Dios que nos llama sin cesar a la conversión.

Para el cristiano el desierto no es lugar de huida, sino de encuentro de corazón a corazón con el Señor. Deseemos ardientemente este encuentro, y el Señor no se hará esperar. Dios nunca defrauda las expectativas que él mismo suscita en el corazón de sus hijos.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN

2. LA MIRADA CONTEMPLATIVA

Contemplación es una de esas palabras plurivalentes cuyo contenido conviene precisar en cada caso. Cuando la religión cristiana gozó de oficialidad en el imperio romano, hubo peligro de mundanización de la Iglesia; como reacción profética, en los siglos III y IV, anacoretas y eremitas se retiraron al desierto llevando una vida contemplativa y de austeridad. Dando realce a la contemplación vino después el monacato. Más tarde surgieron congregaciones religiosas que trataron de articular contemplación y actividad. Y aún dentro de la misma inspiración carismática, como es el caso de las dominicas, hay mucho de vida contemplativa y de vida activa. Recientemente se habla de «contemplativos en la acción y activos en la contemplación». Además hay corrientes contemplativas orientales no cristianas.

Ante esta polivalencia del término contemplación, aquí entendemos la contemplación como una mirada sobre el espesor de la realidad que más allá de lo que aparece en la superficie vislumbra el sentido profundo de las personas, de los acontecimientos y de todas las

realidades creadas. Actitud vital que implica como punto de partida una forma de mirar en profundidad sin quedarnos en la cáscara de lo que a primer golpe vemos. En la búsqueda de ese sentido profundo de lo real, que de algún modo está al alcance de todos los humanos, podremos hablar después de la contemplación en el mundo religioso y en la vida cristiana. Por eso hablamos de la mirada contemplativa que puede tener una madre mirando a su hijo enfermo, el que goza delante de una bella pintura, el que, desde su experiencia, intuye un cambio de tiempo, y el que en su experiencia humana percibe la cercanía del Absoluto.

La mirada conforma no solo el modo de ver sino el modo de pensar, de sentir, de vivir, de relacionarnos con los otros y con todas las realidades creadas. La cultura en que vivimos favorece una mirada de las personas y de los acontecimientos que se queda en la superficie. Hay miradas de odio, indiferencia, desprecio e incluso de compasión humillante que entumecen a las personas, pues atentan contra su dignidad; y hay miradas que, intuyendo esa dignidad, hacen que las personas se sientan valoradas y salgan de su postración. Hay miradas depredadoras que acaban destruyendo el entorno creacional, y hay miradas de respeto que suscitan el cuidado de las realidades creadas.

En tres ámbitos

La mirada contemplativa se puede dar en el dinamismo del conocimiento, de la afectividad y de la acción.

En el ámbito del conocimiento, la mirada contemplativa se contrapone a una mirada fragmentaria de fenómenos observables pero sin llegar a las causas que los producen y a la realidad profunda que permite comprenderlos. Los sofisticados medios de comunicación nos cuentan lo que ocurre pero no el porqué y para qué de lo que ocurre; nos atiborran con noticias y fácilmente nos mantienen en la superficialidad. Un médico de larga experiencia en el diagnóstico y curación de enfermos, con su mirada contemplativa sobre un paciente, intuye la causa de sus dolencias. Es la mirada de la sabiduría popular que no define pero apunta certeramente la entraña de la realidad. Es también la mirada contemplativa sobre un cuadro que nos traslada espontáneamente a la trascendencia de «lo bello», identificado con lo bueno y verdadero.

La mirada contemplativa también tiene lugar en el ámbito de la afectividad. Tantos anuncios y tantas ofertas despiertan nuestros apetitos y fácilmente quedamos reducidos a marionetas en manos de las nuevas ofertas. La obsesión por estar al día comprando lo último que sale y gustar la nueva ocasión de placer que nos ofrecen, nos mantiene alienados y nos amenaza con el aburrimiento y la depresión. Una mirada contemplativa nos permite ser nosotros y mantener la serenidad necesaria para nuestra misma salud psíquica. Sirve de distracción mirar las delicias que presenta el Corte Inglés viendo que no se necesitan para vivir bien. Según nuestra forma de mirar a una persona, brotarán en ella la simpatía o el rechazo, la cercanía o el alejamiento.

La mirada contemplativa nos lleva a la acción; no es para quedarnos extasiados mirando al cielo. Implica un compromiso en la transformación de la realidad. Con esa mirada superamos los mareos, la crispación y el desgaste psicológico que conlleva vivir en esta cultura líquida para unificar y canalizar las energías que llevamos dentro. Esa mirada contemplativa sobre las personas, todavía sin alusión a lo religioso, inspiró la *Declaración de los derechos humanos* en 1948. La mirada contemplativa puede humanizar hoy nuestra conducta.

De ojos cerrados y de ojos abiertos

Es una distinción que se ha hecho frecuente. Una mirada contemplativa de ojos cerrados, para entrar en nuestra propia intimidad y encontrarnos con el misterio en que habitamos. Y una mirada de ojos abiertos para discernir ese misterio en los signos de nuestro tiempo y regular nuestra conducta.

Mirada de ojos cerrados, para entrar en el sagrario de nuestra conciencia y escuchar la voz que puede abrirnos a la trascendencia. Urge hoy esta mirada para buscar un sentido a la vida.

El neurólogo Viktor L. Frank, partiendo de su experiencia clínica, concluyó que la crisis actual es de sentido, un horizonte donde proyectar e inscribir la existencia humana con ilusión y sin sobresaltos. Y las personas sufren y acaban en neurosis porque no encuentran ese puerto seguro hacia donde conducir el barco. Esta falta de sentido –comenta Viktor Frankl– «bajo las condicio-

nes sociales de hoy, solo se frustra; y esto sucede porque en la sociedad de la abundancia, los grandes supermercados prácticamente satisfacen todas las necesidades del hombre, hasta algunas necesidades en realidad son creadas por la misma sociedad de consumo. Solo hay una necesidad que no encuentra satisfacción y esta es la necesidad de sentido en el hombre, esa es su voluntad de sentido como yo la llamo. Me refiero a esa necesidad que mora en lo más profundo del hombre, de encontrar un sentido en su vida o mejor dicho en cada una de las instituciones de su vida y así ir y colmarlo». La inagotable oferta de productos y tantas técnicas avanzadas, inspiradas en la lógica del mercado, están significando manipulación de las personas. Urge recuperar una mirada contemplativa más allá de la superficialidad en que flota hoy la persona productora, consumidora, depredadora y, al final, insatisfecha.

En el año 2019 salió un interesante libro con distintas colaboraciones referidas al campo educativo titulado *Teología de la interioridad*. En la presentación se dice: «Centrar la mirada en la interioridad suponía un giro antropológico necesario y una recuperación de la espiritualidad». Según una de las colaboraciones, «la mirada es una cuestión pedagógica y educativa de primer orden. La pedagogía de la interioridad es una pedagogía de la mirada interior o mirada del corazón. El zorro le dice al principito: lo esencial es invisible a los ojos; solo se pude ver con los ojos del corazón. Nuestro reto como educadores es encarnar esta metáfora, es decir, que los nuestros sean ojos del corazón que pue-

dan intuir, presentir y ver lo que se oculta tras las apariencias visibles, tras las conductas manifiestas y detrás o en el interior mismo de los hechos que acontecen».

Mirada de ojos abiertos, para vivir la experiencia mística o encuentro con el Misterio en que todo y todos habitamos.

En nuestra relación con los otros, la convivencia es necesaria para el crecimiento en humanidad, pero también incluye inevitables situaciones conflictivas porque el otro no piensa o no actúa como pensamos y actuamos nosotros. Con frecuencia pretendemos solucionar los conflictos eliminando al diferente con el descrédito ante los demás o exigiéndole que renuncie a su modo de ser y de pensar. La mirada contemplativa sugiere otro camino. Convencidos de que el diferente por lo que sea tiene la misma dignidad que nosotros, puede acceder a la verdad y sus derechos humanos tienen algo de divino, cambia nuestra posición. Bajamos del pedestal, entendemos que nuestros puntos de vista también son limitados, que la verdad es compartida y que solo el diálogo sincero es camino razonable. El conflicto se supera con esa mirada contemplativa que nos permite llegar al ser más profundo de la persona humana. Con esa mirada hasta podemos comprender a quienes incluso están contra nuestras mismas creencias más queridas, que a veces perciben no como ayuda para el bien de la humanidad sino como represión de la libertad humana.

Ante la injusticia y escandalosa pobreza en una sociedad donde hay riqueza suficiente para que todos vivan con dignidad, podemos mirar a los pobres, los inmigrantes, los de otro color o de otra condición sexual como inferiores y vitandos; una mirada superficial que no corresponde a la verdad de las personas. En cambio, una mirada contemplativa nos permite descubrir la dignidad ofendida y maltratada. Y la nueva forma de mirar inspira el compromiso para que esa dignidad, con sus derechos fundamentales, encuentre satisfacción en la de los organismos sociales. La mirada contemplativa fructifica en el amor que se hace compromiso por la justicia en situaciones de injusticia.

Mirada contemplativa también sobre la tierra que es nuestro hogar. La misma lógica depredadora, que causa la pobreza escandalosa en los seres humanos, trata de modo irreverente al entorno creacional. La madre tierra sufre los estragos de la fiebre posesiva que a tantos pobres deja en la cuneta y desfigura el rostro de la humanidad.

Concluyendo, la mirada contemplativa es un talante, una forma de situarnos y de caminar en la existencia. Un medio para ser nosotros mismos y hacer lo posible para que los otros vivan con dignidad. No es fácil mantener esa mirada en una sociedad tan agitada y en una cultura líquida donde las personas fácilmente quedan reducidas a una pieza más del mercado.

Fray Jesús Espeja, O.P.
Caleruega (España)

La humildad de Dios

y la humildad cristiana[1]

«Yo la voy a enamorar: la llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16). Evocando las palabras del profeta Oseas, en este tiempo de Cuaresma también nosotros somos llamados a ese lugar solitario, *el desierto*: lugar de prueba, como lo demuestra la experiencia de la marcha del pueblo de Israel, después de la salida de Egipto, como tiempo de amorosa intimidad. Esta experiencia aparece también como un drama vivo, incluso en la vida de Cristo, que se somete a la prueba y, por tanto, puede compadecerse de nuestras enfermedades o debilidades (cf. He 4,15). Cristo encarnado

[1] En la elaboración de estas páginas nos hemos basado en la siguiente bibliografía: A. Flores Colombino, *La Humildad*. http://www.smu.org.uy/elsmu/comisiones/reencuentro/lahumildad.pdf; D. Cavalca, *Lo specchio della Croce*, a cura di P. T. Sante Centi, Studio Domenicano, Bolonia 1992; R. Guardini, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo,* Cristiandad, Madrid 2018; B. Mondin, *Gesù Cristo salvatore dell'uomo. Cristologia storica e sistematica*, Studio Domenicano, Bolonia 1993; A. Grün, *Humildad y experiencia de Dios*, Desclée de Brouwer, Henao (Bilbao) 2015; J. Chittister, OSB*, La vida iluminada. Sabiduria monástica para buscadores de la luz*, Sal Terrae, Santader, Maliaño (Cantabria) 2001[2].

y crucificado, para nosotros es el modelo de una humanidad que ha logrado su pleno potencial. ¿Por qué? Porque todo está marcado por la humildad. Esta es el único camino que conduce al encuentro con el *Deus humilis*[2]. Al renovar nuestras propias vidas a la luz del Evangelio, bajo la acción del Espíritu Santo, podemos tener en nosotros «los mismos sentimientos que Cristo» (Fil 2,5). Junto a la caridad, Jesús identifica, como segunda virtud fundamental, la humildad. Pero para recorrer y vivir el camino del amor es condición indispensable, sobre todo, convertirse, es decir, abandonar la propia voluntad por la humildad.

San Bernardo descubre esta exigencia leyendo el pasaje evangélico donde Jesús dice a sus discípulos: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3). ¿Qué significa ser niños –se pregunta Bernardo– sino «hacerse humilde»?[3] ¡La conversión se reduce, por tanto, a aprender el difícil arte de la humildad!

> A la humildad se le llama camino que lleva a la verdad. La humildad es el esfuerzo; la verdad, el premio al esfuerzo. «¿Por qué sabes», dirás tú, «que este pasaje se refiere a la humildad, siendo así que dijo de un modo indefinido: *Yo soy el camino*?» Escuchando más concretamente: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29).

[2] Cf. B. MONDIN, *Gesù Cristo salvatore dell'uomo. Cristologia storica e sistematica*, Studio Domenicano, Bolonia 1993.
[3] Cf. D. CAVALCA, *Lo specchio della Croce*, a cura di P. T. Sante Centi, ed. Studio Domenicano, EDB, Bolonia 1992, p. 329.

> Se propone como ejemplo de humildad y como modelo de mansedumbre. Si lo imitas, no andas en tinieblas, sino que tendrás mansedumbre. Si lo imitas, no andas en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida (Jn 8,12). Y ¿qué es la luz de la vida sino la verdad? (Jn 8,12). La verdad ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9); indica dónde está la vida verdadera (1 Tim 6,19). Por eso, al decir: *Yo soy el camino y la verdad,* añadió: *y la vida*. Como si dijera: *Yo soy el camino*, que llevo a la verdad; *yo soy la verdad*, que prometo la vida; *yo soy la vida,* y la doy; pues dice él mismo: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo* (Jn 17,3). [...] Me parece que en el pasaje propuesto queda suficientemente claro que el conocimiento de la verdad es fruto de la humildad[4].

El Dios de Jesucristo es un Dios humilde

¿Quién es Dios? ¿Cuál es nuestra concepción de Dios? ¿Qué rostro de Dios nos representamos a nosotros mismos? La respuesta de un cristiano es: Dios no es otro que el revelado por Cristo: un Dios que se hizo niño, que se hizo hombre, que se hizo pobre. El prólogo del cuarto evangelio expresa esta verdad diciendo con fuerza: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14): el misterio de la Encarnación es «la columna vertebral» de su humildad. ¡Una bajada hasta el punto de la paradoja! Esta es la humildad de Dios. Un cristiano no puede dejar de responder a la pregunta: ¿quién es Dios?

[4] San Bernardo de Claraval, *Obras completas de San Bernardo*, t. I, BAC, Madrid 1983, pp. 173.175.

La respuesta de Romano Guardini a esta pregunta sigue siendo evocadora. En su célebre obra titulada *El Señor* afirma que «Dios no puede ser más que uno que ama»[5], y también: «yo creo que eso solo se pude expresar diciendo que "Dios es humilde"»[6] ¿Qué significa esto? Sigamos su razonamiento. A juicio de este autor no debe confundirse la humildad con la honestidad. Cuando reconocemos los méritos de otro, cuando nos inclinamos ante su grandeza, no hacemos otra cosa que reconocer la verdad; ser honestos con esa verdad; reconocer la verdad de una cosa, de una persona, de un acontecimiento. Pero cuando nos inclinamos ante algo más pequeño que nosotros, somos humildes. Dios es humilde en este sentido. El que era rico «se hizo pobre» (2 Co 8,9). La humildad desencadena un movimiento de arriba hacia abajo y no viceversa.

Romano Guardini pone el siguiente ejemplo:

> Cuando [...] Francisco de Asís se arrodilló a los pies del Papa, su gesto no fue expresión de humildad; ya que entendía y aceptaba el significado de la función de Papa, su actitud fue, más bien, de sinceridad. Humilde, lo que se dice humilde, era Francisco cuando se inclinaba reverentemente ante los pobres. No porque se rebajara hasta el nivel del desvalido para prestarle ayuda, o porque su fina sensibilidad lo llevara a reconocer en él a un ser humano, sino porque su espíritu, abierto a la iluminación de Dios, lo impulsaba internamente a inclinarse ante la desgracia del pobre como

[5] R. GUARDINI, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo,* Cristiandad, Madrid 2018, p. 397.
[6] *Ibíd.,* p. 398.

> ante un misterio majestuoso. El que no sea capaz de percibir esa dimensión considerará a Francisco de Asís como a una persona extravagante. Pero, en realidad, lo único que hacía era reproducir en su existencia el misterio mismo de Jesús[7].

Romano Guardini entiende la humildad de Dios como «su abajamiento hasta lo que frente a él no es nada. [...] Dios es el que ama desde la humildad»[8].

San Pablo se refiere también a ese misterio de humildad del Hijo de Dios, quien, siendo de naturaleza divina, «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,8), se hizo esclavo y asumió nuestra humanidad (cf. Fil 2,6-8). Su humildad revela todo el poder de la salvación y la carga de la humanización inherente a la misma humildad. Jesús se rebajó tanto, se hizo tan humilde que se encarnó y se dejó clavar en una cruz por nosotros. En efecto, la humildad es esencialmente una entrega como expresión de amor. El cuarto evangelista cantará este amor de Jesús y del Padre diciendo: «Siempre había amado a los suyos que estaban en el mundo, y así los amó hasta el fin» (Jn 13,1); y «Dios amó tanto al mundo, que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16). El misterio de la encarnación y el misterio pascual nos muestran el abismo de la *kénosis.*

[7] *Ibíd.*, p. 399.
[8] *Ibíd.,* pp. 400-401.

Un tesoro de inestimable grandeza

Toda la vida de Jesús, con su sensibilidad y atención, estuvo marcada por la humildad, vivida como obediencia al Padre, poniendo su vida enteramente en sus manos y al servicio de su voluntad. La conciencia de su identidad, así como su entera disposición a la obra del Padre se pone de manifiesto desde su misma adolescencia: «¿No sabéis que tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,49). Más tarde dirá: «Yo siempre hago lo que al él [al Padre] le agrada» (Jn 8,29). Jesús vivió la humildad con tal radicalidad que habló de sí mismo como hombre de corazón manso y humilde, y se propuso como modelo de humildad, de verdadera humildad. Sin duda la humildad es como la quintaesencia de las virtudes; en ella toda otra virtud encuentra su fundamento; sin ella las otras virtudes también pierden su sustancia. Por eso, Jesús se presenta como modelo de humildad, virtud inseparable de su manifestación, que es la mansedumbre. Todos los cristianos tenemos en la memoria esas célebres palabras de Jesús que en otro tiempo dirigió a sus discípulos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Otro ejemplo muy hermoso de humildad lo tenemos en la Última Cena cuando Jesús se arrodilló delante de sus apóstoles y les lavó los pies. A Pedro que, según su lógica, no podía aceptar que el Maestro y Señor le lavara los pies, Jesús le dijo: «Ahora tú no entiendes lo que estoy haciendo, pero después lo entenderás» (Jn 13,7). Según Guardini, «hay que decir que a Dios le deberá

causar una misteriosa alegría el hecho de encontrarse a sí mismo en el corazón de Jesús de Nazaret»[9].

Realmente la persona humilde termina apartando sus ojos de su propia miseria para contemplar más profundamente el misterio de Dios, al Señor misericordioso. El mismo san Agustín, poeta y cantor de la humildad, en una de sus cartas dirigidas a Dióscoro, hablándole de la misericordia, al mismo tiempo que le indicaba que la humildad es el camino más seguro para alcanzar a Dios Verdad, le dice así: «El primer camino es la humildad, el segundo es la humildad, el tercero es la humildad»[10]. Podríamos definir la historia de la santidad como la epopeya de los humildes bajo la guía del Espíritu, o como un tesoro de inestimable grandeza del Espíritu de Dios.

Humilde (*humus*, tierra) es el que se esfuerza por tener el corazón de Cristo mismo. La humildad no es un simple comportamiento exterior, fingido a veces, aprendido. Surge de la interioridad de cada persona que la posee, y se caracteriza por la capacidad de «asumir los errores y defectos propios»[11]. La persona humilde acaba apartando los ojos de su propia miseria, para contemplar más profundamente el misterio de Dios, al Señor misericordioso.

[9] *Ibíd.*, p. 400.
[10] *Epist.* 118,22.
[11] A. Flores Colombino, *La Humildad*. http://www.smu.org.uy/elsmu/comisiones/reencuentro/lahumildad.pdf

Humildad y Verdad

Entre los filósofos griegos la palabra «humildad» (*tapeinosis*) mantuvo siempre un significado predominantemente negativo, ignorando las dos piedras angulares que permiten asociar humildad y verdad: La idea de la creación y la idea bíblica de pecado. La idea de la creación funda la certeza de que todo lo que es bueno y bello del mundo viene de Dios; o mejor dicho, que todo lo que existe es porque Dios lo ama; la idea bíblica de pecado funda la certeza de que todo lo que es malo, en el sentido moral, no procede de Dios, sino que en ese mal interviene de modo decisivo la libertad humana. La Escritura introduce también la figura del tentador para señalar que el hombre es responsable del mal que hace, pero no es el único responsable; por eso su pecado se puede redimir.

Después de la caída original, el hombre bíblico es llevado a la humildad tanto por el bien como por el mal que descubre en sí mismo. En el Antiguo Testamento la motivación o razón que justifica la humildad es que Dios «humilla al orgulloso y salva al humilde» (Job 22,29; cf. Pr 3,34). El Salmo 137,6 afirma que Dios «ve al humilde y conoce desde lejos al soberbio». También los apóstoles predicaron la humildad en términos parecidos. Así san Pedro dirá a sus corresponsales: «Revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (1 P 5,5). Sin embargo, la Escritura no declara explícitamente el motivo por el que Dios eleva a los humildes y humilla a los soberbios. La verdadera

motivación está en la relación que tiene la humildad con la verdad. Dios ama al humilde porque está en verdad. Quienquiera que esté en la verdad es un hombre verdadero y auténtico. Todo lo que en el hombre no es humildad es soberbia, arrogancia o mentira. La antigua tentación: «Seréis como Dios» (cf. Gn 3,5), siempre ha estado latente en el corazón humano. El ser humano está habitado con frecuencia por el deseo de ser grande, de acumular riquezas, de ser importante, de dominar a los otros, de saber más, de disfrutar más, de vivir más,... Ser el primero y recibir honores es su gran sueño. En un mundo donde el viejo Adán nace de nuevo en cada hombre, Jesús viene como el hombre nuevo.

San Pablo les preguntó a los Corintios en una de sus cartas: «Pues ¿quién es el que te distingue? ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?» (1 Co 4,7). Las pruebas y experiencias de su propia debilidad pusieron a Pablo en posición de liberarlo de toda presunción. Fue capaz de aceptar el dolor causado por las resistencias y contrariedades que encontró en el ejercicio de su ministerio, esa humillación que luego expresó en su vida. Ante Cristo, san Pablo es un pobre pecador que recibe gracia, misericordia y salvación. San Pablo abre ante nosotros todo el vasto horizonte de la humildad: «No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. [...] Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría» (Rm 12,3.16). A continuación

afirma: «Tener más bien una sobria estima». Esta expresión equivale a decir: «Tended a las cosas humildes». Con estas palabras viene a decirnos que el hombre es sabio cuando es humilde, y que es humilde cuando es sabio. Al rebajarse, el hombre se acerca a la verdad. Por su parte, san Juan nos dice que «Dios es luz» (1 Jn 1,5), o sea, es la verdad, y no puede encontrarse con el hombre sino en la verdad. Él da su gracia a los humildes porque solo ellos son capaces de reconocerla.

Recordemos las célebres, veraces, sabias y profundas palabras de santa Teresa de Jesús: «Me preguntaba un día por qué motivo el Señor ama tanto la humildad y me vino a la mente de repente, sin ninguna reflexión mía, que esto debe ser porque él es la suma verdad y la humildad es la verdad»[12].

De humilitate: La *Regla* de san Benito

La *Regla* de san Benito es un precioso libro del cual voy a tomar aquí algunas ideas. Este escrito posee elementos útiles para todos los cristianos, no solo para los monjes benedictinos. De hecho, durante siglos muchos laicos lo tomaron como referencia de su ideal de santidad. Aquí nos centramos únicamente en la virtud de la humildad. La *Regla* comienza con la expresión: «Escucha, hijo», y termina diciendo:

> Tú, pues, quienquiera que seas, que te apresuras por llegar a la patria celestial, cumple, con la ayuda de Cristo, esta mínima regla de iniciación que hemos bosquejado, y así llegarás finalmente, con la protección

[12] SANTA TERESA DE JESUS, VI M 10, 8.

de Dios, a las cumbres más altas de doctrina y virtudes que acabamos de recordar.

De este modo, el santo de Nursia se hace eco de lo que dijo el mismo Señor: «Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca [...]» (Mt 7,24). Lo primero que Dios nos pide es la es*cucha*. Esta es una actitud que implica humildad. En el Salmo 34,3 el salmista une la escucha con la humildad y la alegría: «Que los humildes lo escuchen y se alegren».

Observemos dos cosas: la primera es que la humildad del discípulo se basa en la del Maestro, Cristo el Señor. En el capítulo VII de la *Regla*, san Benito habla de Jesucristo; con él debe configurarse el discípulo. La segunda es que la serie de indicaciones espirituales para vivir la humildad conduce a la caridad, que es el fin de todo camino cristiano. En los 70 versículos que componen el capítulo VII de la *Regla* está representada una realidad espiritual muy compleja. De modo particular, se traza un camino, ni fácil ni corto, que coincide con la totalidad de la vida humana. La enseñanza de este capítulo constituye un nudo doctrinal entre los más representativos de la espiritualidad monástica: la humildad. Para san Benito, la palabra «humildad» tiene una connotación completamente evangélica. El punto de referencia o el ejemplo a seguir es la humildad de Cristo mismo.

Desde el principio, el monacato ha reconocido la humildad como una de sus virtudes fundamentales. La *Regla* dedica un espacio muy largo y diseña el camino

articulado a través de 12 grados, como si fueran los 12 peldaños de una escalera que conduce a la caridad perfecta. De esta manera se traza el camino de la vida monástica. Paradójicamente, avanzamos a lo largo de la escala de la humildad, echando raíces cada vez más profundas en el camino de la obediencia seguida por Cristo.

El capítulo VII está estructurado en cuatro partes: la necesidad de la humildad (versículos 1-4); la escalera de Jacob (versículos 5-9); los 12 pasos de la humildad (versículos 10-66); el epílogo (versículos 67-70).

Inspirándose en la teología del hombre como imagen de Dios y en la *Regla* de san Benito, A. Grün habla de la humildad humana como un reflejo de la humildad de Dios: «Así como un sello imprime su imagen en la cera, del mismo modo Dios imprime como un reflejo de su presencia la humildad en la persona a la que le sale al encuentro»[13]: Y añade que «la experiencia de Dios es el origen de la humildad».

La *Regla* presenta la imagen de la escalera por la que se alcanza la humildad en los siguientes términos:

> Por eso, hermanos, si queremos alcanzar la cumbre de la más alta humildad, si queremos llegar rápidamente a aquella exaltación celestial a la que se sube por la humildad de la vida presente, tenemos que levantar con nuestros actos ascendentes la escala que

[13]A. GRÜN, *Humildad y experiencia de Dios*, Desclée de Brouwer, Henao (Bilbao) 2015, p. 41.

se le apareció en sueños a Jacob, en la cual veía ángeles que subían y bajaban. Sin duda alguna, aquel bajar y subir no significa otra cosa sino que por la exaltación se baja y por la humildad se sube. Ahora bien, la escala misma así levantada es nuestra vida en el mundo, a la que el Señor levanta hasta el cielo cuando el corazón se humilla. Decimos, en efecto, que los dos lados de esta escala son nuestro cuerpo y nuestra alma, y en esos dos lados la vocación divina ha puesto los diversos escalones de humildad y de disciplina por los que debemos subir.

Los doce pasos de la humildad

1. Temer a Dios.
2. Suprimir la propia voluntad.
3. Someterse a la voluntad de los superiores.
4. Obedecer a las cosas más difíciles y también a las cosas más fáciles.
5. Manifestar al abad los propios errores (o faltas).
6. Estar contento con todo lo que es vil y despreciable.
7. Creer no solo en palabras sino con el corazón que somos pecadores.
8. No hagas nada en contra de la regla y sigue los consejos de los ancianos.
9. Domina la lengua observando fielmente el silencio.
10. No te rías fácil y prontamente.
11. Exprésate con calma y seriedad, con humildad y gravedad.
12. Manifiesta la humildad interior en el exterior.

La amistad con Jesús genera la humildad en el discípulo, esa humildad que viene de un corazón sincero que sabe reconocer su pecado, que reconoce también la necesidad de la salvación y que la única fuente de amor que salva está en Jesucristo. Subir por esta escalera nos permite «subir» *del miedo al amor de Dios.*

Ser humildes ante Dios significa ser niños, asemejarse a los pequeños (*anawin*) del Evangelio, es decir, los pobres que no tienen a nadie en quien confiar sino solo en Dios. La humildad hacia Dios conlleva también la humildad hacia el prójimo, pues si no se es humilde con el hermano al que vemos, ¿cómo podremos decir que somos humildes con Dios al que no vemos? Si no le lavas los pies al hermano que ves, ¿qué significa lavar los pies al Dios al que no ves? ¡Los pies de Dios son tus hermanos!

Como vemos, de la humildad se puede decir lo mismo que san Juan dice de la caridad (cf. 1 Jn 4,20).

Redescubrir la humildad de María...

La humildad es «la regla de oro» de la vida cristiana. Para que un cristiano «progrese» en la vida espiritual es preciso «rebajarse» según aquello del Evangelio: «El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23,12). El miso Dios encarnado eligió este camino de la humildad como exigencia de su amor por nosotros. María, su Madre, vivió en la misma perspectiva, y así lo expresó en la Anunciación y lo cantó en el Magnificat. Refiriéndose al momento de la Anunciación, el papa Francisco afirma lo siguiente: «María se

rebaja: no entiende bien, pero es libre: solo entiende lo esencial. Y ella dice que sí. Es humilde: "Hágase la voluntad de Dios". Deja su alma a la voluntad de Dios. Y "José, su prometido —todavía no estaban casados— también se rebaja y asume esta gran responsa-bilidad"». «José —continúa diciendo el Papa— dice sí al ángel cuando, mientras dormía, le dijo esa verdad»[14].

¿Qué podemos hacer, entonces? Podemos imitar a María. Hacer el vacío que permite que el Espíritu Santo venga. ¿Qué significa crear vacío? Significa ponerse en actitud de profunda y sincera humildad ante Dios.

Concluyo diciendo que el humilde es mirado por Dios con los ojos de un padre, con ternura y simpatía. El profeta Isaías nos hace seguir la mirada de Dios, que se dirige aquí y allá por todo el universo en busca de un lugar para descansar, y no lo encuentra porque todo es suyo, todo ha salido de sus manos, hasta encontrar un «corazón arrepentido y humillado» donde descansar (cf. Is 66,2).

Según afirma R. Cantalamessa: «Como el Señor desde la posición en la que está no puede subir por encima de sí mismo [...] así podría decirse que no puede mirar por encima de sí mismo, no hay nada por encima de Dios para mirar. No puede hacer más que bajar la mirada hacia abajo»[15].

[14] *L'Osservatore Romano*, ed. Quotidiana, Anno CLIII, n. 82, Lun.-Mart. 08-09/04/2013.

[15] R. Cantalamessa, *La Humildad*. https://es.scribd.com/ document/217176020/La-Humildad-Raniero-Cantalamessa

El Dios humilde ama a los humildes. Por eso, san Agustín, con la agudeza y genialidad que le caracteriza decía comentando el Salmo 63,11: «Si tú te enalteces, Él se aleja de ti; en cambio, si te abajas, Él se inclina hacia ti»[16]. Es la misma actitud que mostró ante la humildad de María: «Miró la humildad de su sierva» (Lc 1,48).

Daniele Di Filippo, O. Carm.
Salamanca (España)

[16] SAN AGUSTÍN, *Ser*. 21,2.

Historia de una entrega: la pasión de Jesús

Relato novelado de inspiración bíblica

Jesús ha celebrado la Pascua, solo Él con sus discípulos, en el Cenáculo y, muy posiblemente, su Madre con las demás discípulas en una sala aparte, cercana al mismo, por lo que Madre e Hijo han debido de despedirse antes de esa Cena Pascual, con un terrible sabor a «Última Cena», que los discípulos no han sabido –todavía– captar.

Me imagino que esa última despedida entre Madre e Hijo habrá sido muy entrañable y especial, pues María, presintiendo en su corazón que no volverá a abrazar más a su Hijo, se habrá volcado en lágrimas y caricias hacia Jesús, al que no puede retener ni disuadir, aunque quisiera, pues aquella es su Hora y para eso ha venido. Y donde Jesús, sabiendo que no volverá a abrazar más a María, habrá estrechado a su Madre como para un viaje muy largo y muy difícil, tratando de llenarse del amor de su Madre antes de la prueba y de consolarla para cuando llegara el momento malo.

La cena ha transcurrido en paz. Jesús ha estado más solemne que otras veces, haciendo unas oraciones

nuevas sobre el pan y el vino –la Institución de la Eucaristía (cf. Mt 26,26-28)– y lavándoles los pies a todos –el servicio fraterno (cf. Jn 13,1-20)–, y María, que no ha abierto mucho la boca y que apenas ha probado bocado –al igual que Jesús–, trata de ser amable y servicial. Nadie parece notar nada, sin embargo, la melancolía en los rostros de Jesús y de María lo dice todo.

Tras la Cena, Jesús ha ido a Getsemaní con sus tres íntimos para orar y librarse de la angustia mortal que lo atenaza y que le hace sudar y llorar sangre (cf. Lc 22,39-46), pero está terriblemente solo, pues, mientras Él vela, todos los demás duermen... No lejos de allí, en el Cenáculo, María no duerme, parece velar con Él; encerrada en su cuarto, de rodillas y apoyada su cabeza y sus brazos en la cama, llora hasta agotar sus lágrimas, y cuando Jesús dice: «*Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22,42), Ella acierta a decir, nuevamente: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra*» (Lc 1,38)... y, agotada, se queda dormida en esa postura.

No sé qué hora era, pero llega Juan al Cenáculo, corriendo y llorando como un niño; golpea una y otra vez la puerta, pero nadie le abre... Con el ruido de los golpes, María despierta sobresaltada y dolorida por la postura, presagiando lo peor, y sale a abrir la puerta. Juan, nada más verla, se derrumba a sus pies, llorando de impotencia y le da la tan temida noticia: «¡Madre, perdónanos,... se han llevado a Jesús!».

Y, entre gimoteos y sollozos, le refiere todo lo sucedido: que eran muchos, que venían con espadas y palos, que les pillaron durmiendo, que Judas le dio un beso a Jesús para entregarlo, que Jesús no opuso resistencia, que todos le abandonaron... María llora queda, mientras acaricia, consoladora, la cabeza de Juan; ya casi no le quedan lágrimas, pero cada nuevo detalle del relato de Juan –que continuamente repite: «Perdónanos, Madre»– no hace sino clavar más y más en su alma aquella profética espada de la que un día le hablara el anciano Simeón (cf. Lc 2,35).

María, resuelta, se separa de Juan, que aún está arrodillado en el suelo, y quiere salir con lo puesto, en medio de aquella fría noche, sin miedo a nada ni a nadie, a socorrer a su Hijo, que tanto la necesita en esos momentos, pero Juan, a duras penas, consigue impedírselo y le hace prometer que no se moverá de la casa hasta que él vuelva a buscarla. Poco a poco, ante el ruido y las voces, va despertando toda la casa y van saliendo, una tras otra, el resto de las mujeres y, cuando son advertidas por Juan de lo sucedido, se echan a llorar alarmadas, abrazándose a María, lo que favorece que Juan salga corriendo para seguir a su Maestro y traer nuevas noticias a su Madre.

Juan regresa a media mañana del día siguiente para dar noticia del falso juicio celebrado clandestinamente por el Sanedrín durante aquella noche y de la injusta sentencia de muerte dictada por él contra Jesús, de cómo Jesús estuvo preso, durante toda la noche, en el interior de un agujero, y de cómo le tuvieron, una vez

amanecido, de un lado para otro, visitando a Anás y Caifás, a Pilatos y a Herodes (cf. Lc 22,47-23,25). También le dice que Jesús está, ahora mismo, por las calles, en un pelotón de ajusticiamiento, acompañado por dos malhechores y cargando el palo de una cruz y... Juan no puede contarle más, su voz se quiebra y se echa a llorar.

María no sabe con qué se va a encontrar, realmente, cuando ve a Juan en semejante estado, pero está decidida a salir al encuentro de su Hijo de inmediato. Magdalena la acompaña y la sostiene y, Juan, más repuesto ya, guía a las dos mujeres hacia un lugar seguro, cercano al paso de la comitiva. Desde aquel soportal, María pudo ver la comitiva acercarse renqueante hasta donde se encontraban. Instintivamente buscó a su Hijo entre los reos, pero solo lo reconoció por la túnica ensangrentada que llevaba puesta, ¡la misma que Ella le había tejido!, encogido y tambaleándose por el peso de la cruz y la fatiga... ¡Dios mío!, ¿qué habían hecho con Él...?

María sintió que se le quebraba el corazón y se dejó caer de la impresión, al ver a su querido Hijo, *«el más bello de los hijos de los hombres»* (Sal 45,2), convertido, todo Él, en una llaga sangrante, de tal forma, que, desfigurado, *«no tenía aspecto humano»* (Is 52,14). ¡Cuánta razón tenía Isaías al describir así al Siervo sufriente de Dios! María conocía esas profecías, ¡cuántas veces las había escuchado!, pero una cosa era escucharlas y otra, tenerlas delante, encarnadas en la figura de su Hijo.

Súbitamente, Jesús dio un tropezón y cayó de bruces, estrepitosamente, bajo el peso del madero, justo delante de ellos, y María, al verlo, se levantó de golpe y, con un gemido, corrió hacia su Hijo con los brazos extendidos y, burlando la guardia e ignorando al populacho, se puso de rodillas ante Él, tratando de abrazarle y de besarle, pero tuvo que desistir de su empeño por no añadir un mayor dolor a Jesús, pues en verdad que estaba completamente llagado y las espinas de su corona no permitían ningún acercamiento.

Tras aquel fallido intento, María, impotente, bajó su rostro, arrasada en lágrimas, y solo pudo decir angustiada, con todo el cariño del mundo: «¡Hijo mío!», y Jesús, abriendo sus hinchados ojos ante la voz amada de su Madre, tuvo solo el tiempo justo de responder: «¡Mamá!», antes de que María fuera echada a un lado por la guarnición romana. A partir de aquel momento, tanto Jesús como María encaminaron sus pasos, con su propia cruz a cuestas, camino del Calvario.

Tras este primer encuentro, la dulce María es, ahora, una mujer fuerte y débil a la vez: débil, porque está desecha de dolor y no tiene en quién reclinar la cabeza; fuerte: porque el Padre está con Ella y el dolor insoportable del martirio de su Hijo le da fuerzas para enfrentarse a lo que sea, con tal de estar consolando y dando fuerzas, o simplemente «estando», aún en silencio, a los pies de la cruz, hasta el último momento, ayudándole a ser el Redentor del mundo.

Juan aprovecha un atajo para llegar, con las dos mujeres, a la cima del Calvario antes de que lo haga el populacho y poder estar, así, lo más cerca posible de Jesús. Pasado un tiempo, María ve llegar, en medio de un tremendo griterío de insultos y amenazas, a su agotado Hijo; ya no lleva el peso de la cruz, alguien muy fornido la lleva por Él –no sin dificultad–, mientras que Jesús se esfuerza en no perder el contacto con Ella, lo que le hace tropezar continuamente.

Cuando la comitiva llega a la cima, María puede ver cómo, entre empujones e insultos, los soldados van desnudando a su Hijo en público y lo obligan a echarse sobre el leño de la cruz, ante el griterío general del pueblo, que goza con el espectáculo. En cuanto Jesús logra acomodarse junto al leño, los soldados tiran de sus brazos para alargarlos lo más posible sobre el madero y María se pone a llorar nuevamente, pues sabe lo que vendrá a continuación.

Comienzan la tarea de clavar a Jesús al madero y María se estremece de pies a cabeza con cada nuevo golpe de martillo sobre aquellos clavos romos, pues los golpes resuenan en su cabeza como si el verdugo se los diera a Ella misma, como si cada nuevo golpe cayera sobre el pomo de aquella espada de dolor de la que Simeón le habló, para que esta le atraviese antes y más profundamente su alma. Los martillazos son interminables, y María se retuerce de dolor en su interior pensando en lo que sufrirá Jesús si Ella sufre así; incluso

parece que han tenido que sacar uno de los clavos varias veces, pues han encontrado un nudo muy duro en la madera…

Una vez clavado, comienzan, por fin, la penosa tarea de izar la cruz y meterla en su agujero, para que se tenga derecha… María no puede por menos de recordar aquellas palabras de Jesús: «*Cuando sea levantado el Hijo del Hombre, sabréis que Yo soy*» (Jn 8,28) y «*atraeré a todos hacia mí*» (Jn 12,32)… ¡Ahora podía ver lo que significaban!… Y se acordó también de aquella serpiente de bronce en el desierto, que Moisés mandó poner en lo alto de un estandarte, para que los mordidos de serpiente –que simbolizaban a los mordidos por Satanás con el pecado– quedaran sanos al contemplarla con fe (cf. Nm 21,4-9)… ¡Sí, aquel árbol de muerte, que era la cruz, se convertiría, ahora, en el árbol de la vida, gracias a su Hijo Jesús!

Cuando los soldados se alejaron, cumplida ya su tarea, las dos mujeres y el discípulo amado pudieron acercarse a los pies de la cruz, pues el oficial a cargo se enteró de que una de ellas era la Madre del Nazareno ajusticiado y quiso premiar, así, su valentía. Jesús, en la cruz, no habló mucho; estaba febril y todo su esfuerzo se iba en conseguir, con un dolor extremo, una nueva respiración, para seguir viviendo un segundo más, durante algunas interminables horas; aunque Él se estaba desangrando y no duraría mucho más.

Y ¿de qué hablaba Jesús en la cruz? Nos han llegado hasta nosotros solo algunas cosas, las más inteligibles o las más relevantes, quizá, de cuantas Él dijera en

aquellos momentos de suplicio y que fueron recogidas como un legado espiritual, digno de ser pasado de generación en generación; un legado que acostumbramos a rezar en Semana Santa, bajo el título de «Sermón de las siete palabras». Otra vez el siete como número de totalidad; quizá no fueron solo siete las palabras que Él habló, quizá fueran muchas más, pero se ven perfectamente reflejadas en estas siete.

Tal vez, los más cercanos a Él, apretados a los pies de su cruz, le oyeron musitar entre dientes, entrecortado por la fatiga: «Mujer... ¡Cuánto estás sufriendo!... Pero he de pedirte algo más...: que acojas en tu corazón... a todos... los que me fueron confiados...; ya sé que son ellos... los que me hacen morir..., pero todos cabrán... en tu corazón de Madre..., como caben todos... en mi corazón de Dios...; Mujer..., te lo pido..., en la persona de Aquel... a quien más amo..., así no quedarás sola... ni ellos quedarán huérfanos...: *"Mujer..., he ahí a tu hijo...; hijo..., he ahí a tu madre..."* (Jn 19,26-27); ahora son... tus hijos, Mujer..., sé que los perdonas... y que los amas... como yo... lo hago...; Mujer..., *"todo está cumplido"* (Lc 19,30)... ahora».

Nadie puede ocupar el puesto del hijo perdido, del hijo único, del predilecto, en el corazón de una madre, pues cada hijo tiene su lugar y nada ni nadie lo podrá ocupar más que él, porque cada hijo es querido por sí mismo y nada ni nadie lo podrá sustituir. Imaginad, ahora, el dolor de María, cuando su Hijo moribundo, desde la cruz, le hace aquella petición y ni siquiera le llama «Madre», tan solo «Mujer», como si no fuera más

su Hijo; y no se sustituye con alguien de su igual, sino con nosotros, que con nuestro pecado le seguimos dando muerte cada día. ¡Qué momento más indicado para que María le diga a su Hijo: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra»* (Lc 1,38) y lo cumpla eternamente, para acoger, así, a todos los que habríamos de nacer.

Son, todavía, las tres de la tarde y el cielo está como si fueran las nueve de la noche: apenas se ve nada en la cima del Calvario, salvo por una violácea y mortecina luz, que nadie sabe de dónde viene, pero que lo domina todo. Se oye el rumor de una fuerte tormenta, que se acerca amenazante desde el horizonte y que es precedida por un viento gélido e impetuoso, que barre por momentos aquella explanada donde están las cruces.

Jesús acaba de dar un fuerte grito, tras haber anunciado que *«todo está cumplido»* (Jn 19,30) y haberle dicho a Aquel que le envió: *«Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu»* (Lc 23,46). Incluso se corre la voz de que ha habido un pequeño temblor de tierra en esos momentos, pero no ha sido tan pequeño ni ha sido el único, pues al temblor de la tierra le sigue el temblor de los corazones.

La gente comienza a irse, atemorizada, y los supersticiosos soldados, que no las tienen todas consigo, están nerviosos y quieren marchar de allí cuanto antes, por lo que, en cuanto el oficial da la esperada orden de quebrar las piernas de los crucificados –para que mueran por asfixia en pocos segundos–, salen corriendo, con mazas en las manos, a cumplir su cometido. Mas

uno de ellos, presintiendo que Jesús ya estaba muerto, quiso ahorrarle a la Madre de aquel reo el dolor de ver horriblemente fracturadas las piernas de su Hijo, aunque fuera a cambio del dolor de ver cómo atravesaban «*aquel Corazón que tanto había amado a los hombres*», en palabras de santa Margarita María de Alacoque…

Y, a pesar de la reprimenda del oficial al mando y de la amenaza de consejo de guerra, aquel valiente soldado quedó satisfecho con su acción, pues el «Rey de los Judíos» –como rezaba el título de su cruz (cf. Jn 19,19)– había muerto como un héroe: sin quejarse, sin maldecir, perdonando a todos, consolando a su familia y a los compañeros de suplicio, a quienes no conocía; posiblemente era verdad lo que había oído sobre Él y fuera realmente el «Hijo de Dios» (cf. Mc 15,39), alguien que no debía terminar como un criminal más, con las piernas quebradas a mazazos, sino como un valiente soldado en el campo de batalla, de una lanzada en el corazón, atravesando el costado del brazo que empuña en alto la espada… No, no la espada, la serpiente de bronce, que sanará y perdonará al mordido de pecado (cf. Nm 21,4-9), cuando este mire al que fue traspasado (cf. Jn 19,37) y se deje atraer por Aquel que, en alto, fue levantado (cf. Jn 8,27).

María, en cambio, no pudo entender aquel ensañamiento póstumo hacia su Hijo muerto, y aquella herida del costado fue quizá, para Ella, la más dolorosa de todas. Mas, aunque Ella lloró de impotencia aquel hecho, para Juan, a su lado, fue un motivo de fe, tal como reconocerá, después, en su Evangelio:

«Al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: "No se le quebrará hueso alguno". Y también en otra Escritura dice: "Mirarán al que traspasaron"» (Jn 19,33-37).

Todos, salvo los muertos que cuelgan de sus cruces y los que de dolor mueren con ellos, han abandonado la explanada del Gólgota, azotada ahora por aquella extraña tormenta. Pero, en aquel lugar de muerte y desolación, vive ahora una esperanza, la de María, y una promesa, la de Jesús, en la que esta esperanza se apoya y cobra sentido: «*Resucitaré*», «*al tercer día, resucitaré*» (Mt 20,19).

P. Juan José Cepedano Flórez, CMM
Madrid (España)

LITURGIA

LAS IMÁGENES:

UN CULTO DISCUTIDO Y NECESARIO

Hoy nos parece que el culto a las imágenes no tiene ninguna contraindicación fundamental dentro de la Iglesia. Es cierto que hay muy distintas sensibilidades en el seno de la comunidad eclesial y que no todo el mundo muestra la misma actitud ante esta manifestación de la piedad cristiana. Pero no se puede decir que no exista ninguna animadversión seria frente a ella. Más bien se la mira con simpatía y se vive en muchos casos con verdadero fervor.

Una historia de controversias

No siempre fue así. Hasta bien avanzada la historia cristiana persistió una fuerte resistencia y hasta una abierta hostilidad en ciertos sectores de la comunidad creyente frente al uso de las imágenes religiosas. Se invocaba la prohibición bíblica de hacer imágenes, por el peligro que suponían de hacer caer en la idolatría, que el Antiguo Testamento contempla como pecado gravísimo. Había que preservar la trascendencia de Dios y su espiritualidad. Dios no se manifiesta en su esencia,

sino solo en su «gloria» (teofanías). Pero ya en el AT Dios ordenó o permitió imágenes que conducirían simbólicamente a la salvación por el Verbo encarnado: la serpiente de bronce (Núm 21,4-9), el arca de la alianza y los querubines (Ex 25,10-12). Esto no va contra el primer mandamiento que proscribe los ídolos. «El honor dado a una imagen se remonta al modelo original» (san Basilio; cf. santo Tomás de Aquino, S. Th., II-II, q. 81, 3 ad 3).

El cristianismo, por su parte, se centra en la palabra y en los sacramentos, aunque pronto aparecen símbolos y figuras decorativas que recuerdan los misterios de la salvación en torno a Jesús y a los apóstoles. En los primeros siglos cristianos hay resistencia a las imágenes. Se considera que la verdadera imagen de Dios son las realidades primarias: la creación, el hombre, Cristo. Se trata también de tutelar el valor de los sacramentos. En Oriente, inicialmente, hay resistencia porque no se puede representar la divinidad de Cristo, y representar solo su humanidad es una especie de nestorianismo.

Sin embargo, precisamente la finalidad pedagógica de los sacramentos abre la puerta al uso catequético de las imágenes: son un elemento complementario a la palabra (se habla de la «biblia de los pobres», por ejemplo, al referirse a los capiteles y otras figuraciones en las iglesias de la época medieval). Es cierto que la imagen sagrada no puede representar a Dios invisible e incomprensible; pero la Encarnación del Hijo de Dios inauguró una nueva «economía» de las imágenes. La iconografía cristiana transcribe mediante la imagen el

mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra; imagen y palabra se esclarecen mutuamente, como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 1160), que recoge estas palabras de san Juan Damasceno:

> En otro tiempo, Dios, que no tenía cuerpo ni figura, no podía de ningún modo ser representado con una imagen. Pero ahora que se ha hecho ver en la carne y que ha vivido con los hombres, puedo hacer una imagen de lo que he visto de Dios... con el rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor.

Doctrina y práctica pastoral de la Iglesia

La doctrina de la Iglesia se esclareció, en medio de la lucha contra los iconoclastas, en el concilio de Nicea II (a. 787), del cual transcribimos un párrafo muy elocuente:

> Siguiendo la enseñanza divinamente inspirada de nuestros santos Padres y la tradición de la Iglesia católica (pues reconocemos ser del Espíritu Santo que habita en ella), definimos con toda exactitud y cuidado que las venerables y santas imágenes, como también la imagen de la preciosa y vivificante cruz, tanto las pintadas como las de mosaico u otra materia conveniente, se expongan en las santas iglesias de Dios, en los vasos sagrados y ornamentos, en las paredes y en cuadros, en las casas y en los caminos: tanto las imágenes de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo como las de nuestra Señora inmaculada la santa Madre de Dios, de los santos ángeles y de todos los santos y justos (Nicea II, DS 600).

Haciéndose eco de estas convicciones, el *Bendicional* de la liturgia posconciliar se expresa en estos términos (n. 1092), citando a su vez textos de dos concilios:

> Para que los fieles puedan contemplar más profundamente el misterio de la gloria de Dios, que fue reflejada en la faz de Jesucristo y que resplandece en sus santos, y para que estos mismos fieles sean «luz en el Señor», la madre Iglesia los invita a venerar piadosamente las imágenes sagradas. Estas, además, han sido realizadas a veces con gran arte y gozan de una religiosa nobleza, con lo que vienen a ser un resplandor de aquella belleza que procede de Dios y a Dios conduce. Las imágenes, en efecto, no sólo traen a la memoria de los fieles a Jesucristo y a los santos que representan, sino que en cierta medida los ponen ante sus ojos: «Cuanto mayor es la frecuencia con que se miran las imágenes tanto más los que las contemplan se sienten atraídos hacia el recuerdo y deseo de sus originales» (Nicea II, DS 601).
>
> Por todo ello, la veneración de las sagradas imágenes figura entre las principales formas de la veneración debida a Cristo, el Señor, y, en modo distinto, a los santos, «no porque se crea que en ellas hay alguna divinidad o poder que sean el motivo del culto que se les da», sino «porque el honor que se les tributa está referido a los prototipos que representan» (Trento, DS 1823).

Ya en nuestra época, el Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum concilium*, recoge brevemente la doctrina anterior:

> De acuerdo con la Tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas. Las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles (n. 111).

E inculca a continuación una práctica inequívoca del culto iconográfico, a la vez que pondera la labor de los autores que asumen una concepción cristiana del arte:

> Manténgase firmemente la práctica de exponer en las iglesias imágenes sagradas a la veneración de los fieles; hágase, sin embargo, con moderación en el número y guardando entre ellas el debido orden, a fin de que no causen extrañeza al pueblo cristiano ni favorezcan una devoción menos ortodoxa (n. 125; lo reproduce el *Código de Derecho Canónico*, can. 1188).

> Los artistas que, llevados por su ingenio, desean glorificar a Dios en la santa Iglesia, recuerden siempre que su trabajo es una cierta imitación sagrada de Dios Creador y que sus obras están destinadas al culto católico, a la edificación de los fieles y a su instrucción religiosa (n. 127).

En una apretada síntesis, otro documento más reciente de la Iglesia, con amplia repercusión pastoral, el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* (a. 2002), ofrece unas orientaciones iluminadoras sobre el culto a las imágenes (cf. nn. 238-244) que merece la pena registrar aquí muy rápidamente:

> El fundamento de este culto es Cristo, «imagen de Dios invisible» (Col 1,15). Se trata de un elemento relevante de la piedad popular. Las imágenes sagradas poseen

un valor innegable para alimentar la vida cristiana de los fieles: son traducción iconográfica del Evangelio, encarnado en aquellos que se ofrecen a nuestra contemplación; son representaciones de Cristo, último referente de su culto; son memoria de los hermanos santos, estímulo para su imitación, ayuda para la oración, recabando su intercesión por nosotros ante Dios; son una forma de catequesis sobre la historia cristiana y el cultivo de una vida santa. Porque la imagen no se venera por ella misma, sino por aquel o aquella a quien representa (de ahí que sea importante explicar el origen de su culto, a fin de conocer la razón que lo motivó, el seguimiento que tuvo tal iniciativa y la vigencia que mantiene todavía). Se insiste en que las imágenes sean realistas (es decir, que, en su configuración, respondan a la realidad representada), identificables (no difusas o anónimas), representativas de la vida humana (para que induzcan a la imitación concreta de quien aparece en ellas), no indecorosas ni decadentes (que tal vez irradian vulgaridad y poca ejemplaridad). El documento reprueba que se establezcan comparaciones entre imágenes o entre santos, todos ellos dignos intermediarios o acompañantes en nuestro trato con Dios. Y establece también que, en todo caso, la imagen, más que alimentar el sentimiento estético, debe introducir pedagógicamente en el misterio que representa. En cuanto a la bendición de las imágenes, que la Iglesia recomienda y regula, su propósito es instar a que a través de ellas los fieles caminen tras las huellas del Señor.

Diversa valoración de las imágenes y su culto en Oriente y en Occidente

El culto a las imágenes no es, sin embargo, uniforme en toda la Iglesia. Hay algunas diferencias notables entre el que se vive en Oriente y el de la Iglesia occidental o latina. El icono bizantino se considera portador de un valor dogmático, es epifanía de lo invisible en lo visible, de lo sagrado en el seno de la historia y de la naturaleza. Es complementario de la palabra, pero además tiene un valor litúrgico por sí mismo y hasta tiene primacía sobre la palabra, ya que «capta el elemento sensible del Verbo encarnado en la forma espiritual e impregnada de santidad que nos ofrece la energía del Espíritu Santo» (P. Mariotti, en *Nuevo Dicc. de Espirit*., v. «imagen»); proporciona una cierta percepción de la gloria futura y evoca ya ahora la belleza del reino celestial. Por eso, el pintor de iconos tiene que prepararse espiritualmente (con ascesis, con oración) antes de pintar.

La antropología de los Padres griegos, que subyace a estas representaciones sagradas, afirma que la naturaleza no está separada de lo sobrenatural, sino que contribuye a la divinización (*theiosis*) de los hombres (nosotros, occidentales, vemos quizá en ello un cierto riesgo: que se desvirtúe en alguna medida la consistencia ontológica de lo creado como realidad autónoma). El pintor ha de captar las estructuras espirituales escondidas, las «energías» divinas (el poder o potencia de Dios *ad extra*, no la esencia divina). La estilización que caracteriza a los iconos orientales «espiritualiza» en cierto modo las formas para permitir que estas revelen

la transparencia celestial de lo humano o de lo cósmico. Porque el icono no es retrato (le falta la expresión, el gesto, etc.) ni es arte abstracto (este no es capaz de captar las estructuras espirituales o «pneumáticas»).

Por el contrario, en la sensibilidad occidental la antropología es más secular, aunque no carece de espiritualidad: se da una tensión entre la «secularidad» de la imagen y la «santidad» concreta de la encarnación que debería inspirarla. En la Edad Media se desarrolla un simbolismo centrado en la cruz (a ello contribuyen las cruzadas y las peregrinaciones a Tierra Santa); es una piedad dolorista (se difunden la devoción a la Pasión, el Viacrucis, las Vírgenes dolorosas...) y es arte dramático y plástico (con objetos de madera y piedra, sobre todo el crucifijo). En las imágenes irrumpe la humanidad histórica y social de los temas religiosos; se expresa la tensión dramática entre lo humano y lo divino.

La Reforma del siglo XVI es enemiga de la imagen (se representan imágenes monstruosas, dando a entender que el hombre, como pecador que es, no conserva la imagen de Dios). Lo que salva es la palabra. El concilio de Trento, en cambio, admite que, si bien el pecado oscurece la imagen de Dios que hay en el hombre, no la destruye. Y sobre esa base dice que hay que mostrar veneración a las imágenes (lo hemos visto más arriba, en la cita del *Bendicional* litúrgico). Pero se mantiene la tensión entre mundanidad y misticismo; algunas imágenes presentan cierta ambigüedad (por ejemplo, el «Éxtasis de santa Teresa», de Bernini, pretende sin duda representar el arrebato místico del alma, pero

puede también insinuar un clímax puramente sensible; asimismo la pintura de Rubens aparece impregnada de una cierta sensualidad, aunque el contenido de muchas de sus obras sea de carácter religioso).

En general, Occidente reconoce el valor «propio» de la obra de arte, pero no tanto el valor teológico de la gloria que emanaría de ella. Lo trascendente tiene que representarse de manera especial, porque, de por sí, no irradia necesariamente de la imagen terrena, si bien ciertas representaciones muy cuidadas desprenden, dentro de su serena humanidad, una luz mística que invita a rezar (por ejemplo, hay quien piensa que la imagen del «Cristo de Velázquez» hace vislumbrar el misterio del sufrimiento por amor, inclinando espontáneamente a orar con aquella conocida súplica popular: «Alma de Cristo, santifícame,...»). Existen a veces, en la imaginería popular, algunas representaciones, incluso de valor artístico muy discutible, que transmiten sin embargo una comprensión cristiana de lo representado que mueve a devoción (por ejemplo, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, portadora de un valor dogmático y santificante, por reflejar la misericordia de Dios y la capacidad caritativa del corazón humano).

Conclusión

Para terminar, cabría decir, simplificando un poco lo que precede y siguiendo a santo Tomás (*Super Sent*., lib. 3, q. 1, a. 2, qla. 2 ad 3), que son básicamente tres las razones por las cuales la Iglesia instituyó el uso de las imágenes:

a. Instruir a quienes tienen una cultura muy limitada. Sin duda el Aquinate piensa en los que no saben leer –tan numerosos en su tiempo– y para los que las imágenes hacen el oficio de libros; también podríamos incluir aquellos a los que les resulta ardua esa ocupación; todavía hoy son muchos los que leen poco. «Una imagen vale más que mil palabras», como reza el aforismo popular, que –aunque referido originariamente a otro ámbito– podría aplicarse también a este de la iconografía religiosa.

b. Ayudar a grabar mejor en la memoria el misterio de la encarnación y los ejemplos de los santos (por tenerlos a diario ante los ojos). Las imágenes, sobre todo aquellas que llenan profusamente las iglesias de tiempos pasados (hoy existe a este respecto una mayor sobriedad, incluso extrema en ocasiones), permiten al pueblo de Dios tener presentes con facilidad escenas, personajes o verdades de la fe que jalonan la historia de la salvación y alimentan la vida de los creyentes.

c. Ser estímulo para la devoción (pues incita más a ella –a juicio de santo Tomás– lo que se ve que lo que se oye). Especialmente en el ámbito popular –aunque no exclusivamente–, las imágenes son un cauce privilegiado de expresión de la piedad cristiana; mantienen con frecuencia el fervor de la fe en torno a la figura de Cristo, de santa María, Madre de Dios, o de otros santos, particularmente aquellos que son patronos a lo largo de la geografía católica.

Fray Emilio García Álvarez, O.P.
Sevilla (España)

TESTIGOS

El Beato Engelmar por dentro: Urgido por el amor de Dios[1]

Estando para terminar la Segunda Guerra Mundial, moría en el Campo de Concentración de Dachau [Alemania], a la edad de 34 años, el joven sacerdote y misionero de Mariannhill, P. Engelmar Hubert Unzeitig CMM.

Allí había llegado a mediados de 1941 como *prisionero* y, durante los casi cuatro años que estuvo confinado, no dejó de ser *misionero*. Era *por fuera* un habitante más de aquella ciudad de muerte, identificado con el número 26.147; pero *por dentro* guardaba a un fiel religioso, a un celoso sacerdote, a un valiente misionero y a todo un gigante de la caridad cristiana.

[1] En el nº. 580 (julio-agosto de 1995) de Vida Sobrenatural publicamos un artículo sobre el Beato Engelmar: Misionero en un campo de concentración. Aquel artículo era un acercamiento al P. Engelmar por fuera: su vida, su prisión, su muerte. En este artículo presentamos sus motivaciones espirituales.

El testimonio de su vida y de su oración, su afabilidad y paciencia, la fidelidad a su consagración religiosa, su prudencia al hablar y su sabiduría al callar, su generosidad a la hora de compartir lo que tenía y su coraje para mendigar en favor de los más necesitados, dieron una eficacia insospechada a su presencia en el Campo.

Terminó sus días en coherencia con la que había sido la tónica de su existencia, ofreciéndose voluntario para atender a los enfermos, víctimas de una epidemia de tifus. En pocas semanas contrajo él la enfermedad y, amaneciendo el 2 de marzo de 1945, moría de tifus el que había ayudado a tantos moribundos a bien morir.

Le llamaban el *Ángel de Dachau*, porque así se comportó en medio de aquel infierno. Había dejado escrito: «El amor multiplica las fuerzas, inventa cosas, da libertad interior y alegría... El bien es inmortal y la victoria debe ser de Dios».

El P. Engelmar había nacido el 1 de marzo de 1911 en Greifendorf [Chequia]. Queriendo ser misionero, ingresó en 1934 en el noviciado de Mariannhill en Holanda. Después de realizar los estudios de filosofía y teología en Würzburg [Alemania], fue ordenado sacerdote el 6 de agosto de 1939. Sus cenizas, que salieron providencialmente del Campo, reposan en el altar mayor de la Iglesia de Mariannhill en Würzburg.

El 26 de julio de 1991 se abrió oficialmente la Causa de su beatificación. Años después, el 3 de julio de

2009, el Papa Benedicto XVI reconoció que el P. Engelmar vivió en grado heroico las virtudes cristianas, declarándole Venerable. El 21 de enero del 2016 el Papa Francisco firmó el decreto por el que se reconoce que el P. Engelmar murió por odio a la fe, declarándole así mártir cristiano. Fue beatificado el 24 de septiembre del 2016 en la Catedral de Würzburg [Alemania].

Realizamos ahora un acercamiento al Beato Engelmar buceando en su mundo interior, a fin de sacar a la superficie todo aquello que le movía y animaba *por dentro*.

Sin pretender agotar los rasgos de su fisonomía espiritual, se pueden identificar un conjunto de facetas, gracias a las cuales podemos hacernos una idea de la fuerza y belleza de su mundo interior.

1. Religioso fiel

Desde niño el Beato Engelmar fue integrando en su vida con la mayor naturalidad todo lo que su madre le enseñaba y oía en la parroquia y en la escuela acerca de Dios. Ya adulto, se consagró por entero a Dios, viviendo en pobreza, castidad y obediencia, llevando así hasta sus últimas consecuencias la consagración bautismal.

Confinado en Dachau, ciudad sin Dios, el Beato Engelmar vivió con coherencia su condición de religioso. Él, con los otros centenares de sacerdotes y religiosos allí prisioneros, dio testimonio de que Dios está siempre por encima de todo e –ironías de la vida– convirtieron a Dachau en el convento más grande del mundo. En medio

de la agitación, de la angustia y del sufrimiento de aquel lugar, Dios siguió siendo para él la estrella orientadora de su existencia. En sus cartas manifiesta que poder asistir cada día a la celebración de la Misa, tratar con Dios en la oración, rezar el Breviario y el Rosario era para él su cielo más anhelado. Los que le conocieron hablan de su silencio, de su recogimiento, de su piedad, que le impulsaba a pasar por la capilla cada vez que volvía del trabajo o antes de retirarse a descansar. Y así ocurrió que en el ateo e inhumano Dachau, la misma condición de consagrado del Beato Engelmar fue testimonio explícito de la primacía de Dios sobre los hombres y sobre todas sus cosas.

2. Sacerdote compasivo

El Beato Engelmar sintió de joven la llamada a participar en el sacerdocio de Jesucristo. Secundó dicha llamada y en un seminario de Mariannhill asumió con seriedad las exigencias de la formación sacerdotal, a fin de prepararse para ser un día sacerdote de Cristo en el seno de la Iglesia Católica.

El Beato Engelmar pasó la mayor parte de su corta, pero intensa, vida sacerdotal en Dachau. Allí fue conducido y allí sufrió humillaciones por ser sacerdote; allí vivió un sacerdocio escondido y aparentemente inútil, que con el paso del tiempo se revelaría de extraordinaria eficacia; allí, a tiempo y a destiempo, aprovechando oportunidades o careciendo de ellas, hizo por ser y vivir lo que era: sacerdote de Jesucristo. Fue en las últimas semanas de su cautiverio cuando, con entrañas de buen

pastor, pudo ejercer su sacerdocio de modo heroico entre los enfermos contagiados de tifus, que se encontraban confinados en barracones de aislamiento. Aprovechó la oportunidad que se le ofrecía de asistir a los enfermos y moribundos con el consuelo de la Palabra de Dios y de los Sacramentos de la Iglesia. Con talante tranquilo y apacible les hablaba de Dios, les oía en confesión y les ungía para el último viaje. Y así, siendo buen samaritano, vino a ser buen pastor y sacerdote compasivo entre aquellos prisioneros y enfermos del Campo de Concentración de Dachau.

3. Misionero entre prisioneros

El Beato Engelmar, leyendo de joven las revistas misioneras que llegaban a la casa de su abuela, se sintió impulsado a ser misionero. Y, dejando todo lo que para él era más querido, pidió ser misionero en el seno de la familia religiosa de Mariannhill, siguiendo las huellas del Abad trapense Francisco Pfanner y de sus monjes misioneros.

Durante los años de reclusión en Dachau, el Beato Engelmar nunca perdió la conciencia de su identidad misionera. Aquel inhóspito lugar se convirtió en su *África* y, siendo misionero entre prisioneros, vio cumplidos sus sueños. Él mismo nos ha confiado que su pasión misionera le llevaba a orar y sacrificarse detrás de las alambradas de Dachau, para que Dios bendijera a los hombres y mujeres que vivían fuera de ellas. Testigos de su entrega afirman que tenía una especial disposición para ayudar a los que alimentaban inquietudes

religiosas. Con alguno de ellos conversaba durante las horas de la noche, como Jesús lo hizo con Nicodemo. Su celo misionero y apostólico le llevó a estudiar la lengua rusa y a traducir a ella pasajes de la Sagrada Escritura, del Catecismo y de libros espirituales y piadosos, con el fin de ayudar a los prisioneros rusos allí confinados. Hizo en el Campo de Concentración de Dachau lo que hubiera hecho en África.

4. Ángel en un infierno

El Beato Engelmar fue un hombre bueno, que sin hacer ruido, amó a todos los que Dios ponía en su camino. No fueron muchos los años de su vida, pero los vivió cumpliendo el mandato nuevo del amor fraterno.

El Beato Engelmar fue confinado en Dachau por haber defendido en público a los judíos. Encerrado en aquel infierno, se comportó con todos como un ángel: con fraterna amabilidad daba consejos útiles y prácticos a los sacerdotes prisioneros recién llegados; con decidida caridad compartía con los que nada tenían los paquetes de comida que recibía; con eficaz solidaridad se hacía mendigo, pidiendo limosna a sus compañeros sacerdotes en el Campo, para repartirla luego a los prisioneros más necesitados. Y viviendo aquella máxima evangélica, según la cual nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos, se ofreció voluntario para atender a los prisioneros enfermos de tifus. Y así, asistiendo a los moribundos, se encaminó él hacia su propia muerte.

5. Hijo y hermano en la distancia

El Beato Engelmar nació en el seno de una familia cristiana. De sus padres recibió alimento, vestido, techo, cuidado y educación; pero también recibió la fe. Pasó su infancia y juventud amando a su madre viuda y a sus hermanas.

Sus cartas desde el Campo, llenas de delicadeza, tacto y amabilidad, testimonian este amor y cariño hacia los suyos. En ellas les da ánimo; les dice que se encuentra bien y que no se preocupen por él; les agradece los paquetes de ropa y comida que le envían, pero les pide que no se priven ellos de todo eso por mandárselo a él. Y, con el corazón dolorido al enterarse del fallecimiento de su madre, escribe a sus hermanas con palabras de ánimo para que sobrelleven el trance con fortaleza y esperanza cristianas. El amor hacia su madre difunta se refleja en el empeño que puso en conseguir permiso para celebrar una misa por su descanso eterno y en la promesa de rezar por ella, pidiéndole a Dios lo mejor y lo único necesario: un puesto junto a Él.

6. Manso y silencioso

El Beato Engelmar era de natural manso y silencioso. Los informes de sus formadores en sus años de Seminario hablan de él como un joven entregado al estudio, sencillo, discreto y serio, que hablaba poco y rezaba mucho.

Cuando fue conducido al Campo de Concentración de Dachau –ambiente nada propicio para la mansedumbre y el silencio– el Beato Engelmar pudo hacer de su carácter, virtud. Testigos de aquellos años afirman que, por su manera de ser, de comportarse y de hablar, transmitía calma y sosiego en medio de la terrible conmoción que cada día se vivía en el Campo, donde uno desconocía por completo lo que le iba a deparar el día que comenzaba, o la noche en la que entraba. Sus compañeros le elogian diciendo que era amable y que nunca le vieron perder los papeles. Cansado y agotado por el trabajo como todos los demás, él siempre seguía siendo el mismo hombre, servicial, acogedor y amable. Cuando otros tantos se quejaban y sentían nostalgia o cuando a él le parecía demasiado y creía que ya no iba a poder más, levantaba la mirada hacia el cielo y continuaba el camino de su existencia. Aunque pasando desapercibido, en las últimas semanas de su vida y en los días que siguieron a su muerte, sus compañeros comprendieron que habían vivido junto a un hombre bueno de verdad, que pasó por el Campo sin meter ruido y haciendo mucho bien.

7. Abandonado en las manos del Padre

El Beato Engelmar aprendió desde niño a abandonar en Dios cuidados y preocupaciones. Del hogar familiar salió convencido de que el gobierno de Dios sobre el mundo no está carente de sentido.

Y sobre estas convicciones se apoyó el Beato Engelmar cuando, sin buscarlo ni esperarlo, le llegó el

apresamiento y la reclusión en el Campo de Dachau. Allí se le manifestó la voluntad de Dios de manera muy diferente a como él se hubiera podido imaginar. Abandonado en las manos del Padre, el Beato Engelmar vivió los casi cuatro años de su cautiverio, rodeado de miseria y crueldad, sin jamás perder la confianza en la bondad y en la justicia de Dios. Cuando en sus cartas escribe que vivía seguro en las manos de Dios, en aquel contexto de miseria, muerte, odio y brutalidad, se expresa como un verdadero creyente. Y si habiendo experimentado la debilidad humana y la depravación inhumana, se abandona en las manos de Dios, no es por ello un conformista. Fue capaz de ello con el coraje, que solo puede nacer de la gracia de Dios. Vivió tan unido a Jesús, que terminó su joven vida como Él: encomendándola con libertad soberana al Padre.

8. Cargó con su cruz

El Beato Engelmar empezó a acudir a la escuela de la Cruz cuando todavía era un niño, y en ella se mantuvo toda su vida como fiel discípulo.

Así se encontró entrenado cuando la cruz se le hizo pesada sobremanera al llegar a la prisión de Dachau: aceptó la humillación de su detención, su reclusión indefinida en el Campo, la pérdida de todos sus derechos, la identificación por un simple número. Con el paso del tiempo comprobó que esto era solo un anticipo de la copa de sufrimiento que, en dosis mayores, tenía que ir bebiendo como habitante de aquella ciudad de muerte: amenazas, terror, miedo, hacinamiento,

suciedad, hambre, agotamiento, trabajos forzados e inhumanos, gritos y caprichos de los guardias, humillaciones por su condición de sacerdote... Obrando así, sabía que, si la alegría llegó al mundo por el madero de la Cruz, alcanzaría a todos los hombres, asociando la propia cruz a la de Jesús. Obrando así quiso ofrecer su cuerpo y alma al mismo Jesús para que pidiera seguir sufriendo por la salvación del mundo. Obrando así confiaba en el triunfo de la gracia y en que la última palabra en toda circunstancia la tiene Dios. Antes de salir de este mundo cargó de nuevo su cruz, aceptando la enfermedad de la que se contagió por atender y cuidar a los enfermos de tifus que en el Campo había. Salió de este mundo con la cruz a la espalda.

9. Alegre en la esperanza

El Beato Engelmar mantuvo encendida a lo largo de su joven vida la llama de la alegría y de la esperanza cristianas. Siendo niño y en los años de su juventud, al ver las dificultades en que se encontraba su familia o al sentir la fatiga del trabajo o del estudio, fue creciendo en la seguridad de que detrás de todo lo que ocurría, estaba Dios.

La tristeza y la desesperanza llenaban las horas y los días de los prisioneros en el Campo de Concentración de Dachau. El Beato Engelmar, metido en aquella desoladora situación, vivió alegre en la esperanza, consciente de que la última palabra sobre todo aquel sinsentido la tenía únicamente Dios. Los que le conocieron recuerdan cómo, con rostro sereno, todo lo

enfocaba en positivo. Nunca tiró la toalla ni abandonó la carrera, porque nunca se soltó de la mano de Dios. Sus compañeros entendieron su ofrecimiento para atender a los enfermos contagiados de tifus, porque eso era exactamente lo que a él le cuadraba. Aquel trabajo multiplicó sus fuerzas, dinamizó su esperanza y hasta en el semblante se le veía la alegría de poder ser sacerdote con aquellos moribundos. Su alegría era tal, que parecía ver a Dios en todo lo que pasaba, y su esperanza creció tanto, que parecía estar tocando ya con sus dedos el cielo. Las carcajadas del Diablo en aquel infierno de Dachau, fuertes como eran, no pudieron acallar la sonrisa de Dios, que el Beato Engelmar reflejada en su semblante. Así se entiende que, aunque en el Campo se movía de puntillas, dejara una profunda huella.

P. Lino Herrero Prieto CMM
Misionero de Mariannhill
Madrid (España)

ESCUELA DE VIDA

LOS SERMONES DE TAULERO EN VERSO

Divulgación poética de su doctrina mística por fray Tomás Madalena

El gran místico alemán medieval, fray Juan Taulero, O.P., no tuvo la suerte de ser conocido y leído en castellano. Sus obras fueron dadas al público por quienes llevados de un objetivo reivindicador quisieron defenderlo contra sus enemigos. La primera edición difundida por el célebre san Pedro Canisio, en 1543, tenía como propósito defenderlo de los luteranos que citaban a Taulero como ejemplo a imitar. Y su primera traducción al latín, la del cartujo Lorenzo Surio, en 1548, siguió en el empeño de reivindicar a Taulero contra sus impugnadores. Cuando se hizo la primera traducción al castellano, en 1551, a petición de fray Luis de Granada, se acentuó el valor de las *Instituciones,* hasta el punto de convertirlo en la obra por excelencia de Taulero. Se dejó en cambio en la oscuridad sus *Sermones*. Pero sucede precisamente que los *Sermones* es la única obra que la crítica moderna tiene por genuina de Taulero, mientas que todas las demás a él atribuidas son obras redactadas con fin apologético por sus defensores y reivindicadores de sus enseñanzas. El resultado de ello es que los grandes místicos españoles, como Teresa de Jesús, desconocieron al Taulero genuino y solo leyeron obras espurias atribuidas a él.

Solo recientemente en nuestros días podemos usar en castellano al genuino Taulero. Por ejemplo, la obra de Teodoro H. Martín, *Instituciones. Temas de oración* (Sígueme, Salamanca 1990).

Así se explica que un dominico del siglo XVIII intentara poner al servicio del pueblo y gentes devotas los *Sermones* como la obra a recordar de Taulero. Y además lo hiciera en verso para que pudiera darse a la memoria y, como dice en su presentación, «para que un predicador, que no está versado en teología mística ni ha manejado libros que traten esta materia delicada, halla mucha dificultad en formar un sermón, que sea propio de personas que llamamos espirituales. Y sucede alguna vez que acostumbrados a corregir a un pueblo, reprenden vicios donde aun no se permite el nombre de ellos, como pasa en las pláticas dirigidas a monjas, que alguna vez se desazonan con la risa por los términos de la enseñanza» (pról.).

Esto es lo que hizo el P. Tomás Madalena, O.P. Este era un religioso que ingresó de joven en la Orden Dominicana, en 1690, en el Convento de Predicadores de la ciudad de Zaragoza, y llegó a ser un teólogo renombrado y prolífico profesor. Estaba además dotado del carisma de la poesía, y por eso hizo el servicio de poner en octavas reales lo que él pensaba ser doctrina a recordar de los *Sermones* de Taulero, distribuido por temas en la obra *Farol de la noche oscura* (Zaragoza 1737).

Estos versos es lo que aquí recogemos y nos permitimos dar a conocer a los lectores españoles e interesados por el influjo de Taulero en la mística española. Estos versos habían sido ya publicados por el P. Getino en 1922, pero estaban olvidados. La versificación en octavas reales es propia

de escritores épicos, y fue muy socorrida en la Edad de Oro. Consta de ocho versos endecasílabos.

Mientras tanto, esperamos que algún día pueda hacerse una edición crítica genuina de los *Sermones* de Taulero, que definitivamente libere al gran místico de la lacra de ser tachado como luterano o también, en España, de estar infeccionado de las tesis de los alumbrados. Taulero alcanzará finalmente la justicia de la que es merecedor por su doctrina mística y por ser un gran predicador alemán en la primera mitad del siglo XIV.

Fr. Antonio Osuna Fernández-Largo, O.P.
Salamanca (España)

TAULERO DIVULGADO EN VERSO POR TOMÁS DE MADALENA, O.P.

Ya que la poesía ha servido tantas veces para el daño del alma, alguna vez ha de servir para el ejercicio de la virtud... espero que habiendo movido la arte poética tantas veces para el desorden del amor profano, sea vencido con este numen poético, explicado en octavas y otros metros, para mover al amor de Dios. Como lo practicó el Padre fray Antonio Panes[1] y otros autores.

[1] Antonio Panes, religioso franciscano, natural de Valencia, murió en el convento de Menores Descalzos de Torrente el 17 de febrero de 1676, a los 55 años. Es autor de la obra de espiritualidad *Escala mística y Estímulo de amor divino*. La segunda parte traduce

Por lo cual me ha perecido adornar el libro con algunos versos que trae el autor citado en *El estímulo del amor divino*, habiendo tenido yo el trabajo de mudar algunos para darles el corriente más expedito y añadir otros para comprender los más principales puntos de este libro.

Penitencia

1. Si hasta aquí mi obstinada rebeldía
me trajo tan perdido, loco y ciego,
ya mi Dios, mi pastor, mi luz, mi guía,
con todo el corazón a ti me entrego.
Desde hoy tu voluntad será la mía,
negándome a mi mismo, luego, luego.
Haz, pues, Señor que lo que quieres quiera,
que solo viva a ti y a todo me muera.

2. Confieso, Jesús mío, cuán errado
mis pasiones livianas he seguido;
ya, Señor, con dolor de lo pasado
vuelvo a ti, por tu gracia reducido.
Si te dignas, mi bien, de ser amado
de un aleve, que tanto te ha ofendido,
da en mi pecho virtud, con que te ame,
luz que me alumbre, fuego que me inflame.

las poesías de san Francisco y añade, en octavas poéticas, las vías purgativa, iluminativa y unitiva. Reconoce ser deudor de las ideas de Dionisio, santo Tomás, san Buenaventura y Taulero. Tomás Madaleno le imita en ese propósito de exponer la vida mística en versos.

3. Con torpe gusto de pasión lasciva,
te desprecié, Señor, bien infinito:
espero en tu piedad, que me reciba,
cuando me ves llorando mi delito.
Me quieres convertir para que viva:
múdame el corazón y, tan contrito,
que al ver mi vida abominable y fiera
tenga un dolor tan vivo que me muera.

Confianza en Dios

4. Sean diez, sean veinte, sean ciento,
mil, un millón, millares de millares:
más que las hojas, que remueve el viento
y la arena que ciñe tantos mares;
sean en fin, sin número, ni cuento
las veces que has pecado, o que pecares:
si vuelves a tu Dios, tendrás abiertas
de su noble piedad, todas las puertas.

5. Quien del oscuro caos de la nada
sacó su ser, de su bondad movido:
quien tomó sobre sí la cruz pesada
por levantarte, débil y caído:
quien se quedó en comida regalada
para que no le echases en olvido;
¿no te consolará, si en él arrojas,
tus deseos, tus penas y congojas?

Intercesión de María

6. Si pretendes hallar a Dios propicio
implora los auxilios de María;

porque es para evitar el precipicio
el norte más seguro que nos guía.
Es quien quebranta la cerviz al vicio,
es por quien el Señor su gracia envía
y, en fin, por quien dichoso el ser humano
tiene a Dios por amigo y por hermano.

7. Si con vehemencia la pasión te enoja,
si con rigor la tentación te oprime,
si cualquier dolencia te congoja,
de María a las puertas llama y gime:
con fe tus males a sus pies arroja
y a su piedad tu corazón se arrime,
que al devoto clamor de tu porfía
eco será el auxilio de María.

8. Si la madre sintió llorar al Hijo,
luego previene el néctar de su pecho,
y en su regazo lo detiene fijo
hasta que el niño queda satisfecho.
Aunque antes era esclavo, ya colijo,
que me adoptas por hijo, sin despacho.
Eres mi Madre, tu piedad imploro,
dame tus pechos, porque humilde lloro.

Reincidencia

9. Si combatido de pasión vehemente
has caído en la culpa miserable,
aparta luego la ocasión urgente
para tener a Dios con gracia estable
viviendo entre los riesgos permanente

te expones a una muerte inevitable;
que si es caída cometer el vicio
repetir el caer, es precipicio.

10. Son enemigos grandes las pasiones
en la vida, que es guerra continuada,
Dios ofrece las armas en sus dones
para huir de una muerte desgraciada,
pues eres temerario si te expones,
sin hacer una buena retirada.
¿Cómo has de estar seguro y con abrigo
si buscas cara a cara al enemigo?

[...]

PADRE ARINTERO

En comunión con su Iglesia local

Salamanca fue el espacio vital que ocupó el Padre Arintero por más dilatado tiempo. Estudió en su Universidad civil (1881-1886), en el Estudio General dominicano impartió clases durante dos cursos (1898-1900), tornó en 1903 y estuvo hasta 1909, volvió de nuevo en 1911 y permaneció asignado ya al convento de San Esteban Protomártir hasta su muerte, el 20 de febrero de 1928. Treinta años de su vida religiosa transcurrieron en la ciudad del Tormes. ¿Qué reflejo dejó tal permanencia en el *Boletín* de la diócesis salmantina? Dada la índole de esta publicación periódica, entregada particularmente a recoger y facilitar la consulta de documentos oficiales, no le quedaba apenas espacio para difundir noticias o crónicas relacionadas con instituciones o personas, aun relevantes. Con todo, el nombre de nuestro personaje apareció lo suficiente como para deducir que vivió en sintonía con la diócesis, guiada por seis obispos que la sirvieron desde finales del siglo XIX y primera parte del XX. Puede decirse que el Padre Arintero gozó de aprecio, se mantuvo en comunión y colaboró de varios modos dentro de la asamblea diocesana.

Todavía no cumplidos los 23 años, acudió como candidato a las órdenes generales que convocó el obispo *Narciso Martínez Izquierdo* (1874-1884), para los días 9 y 10 de marzo de 1883. En ellas recibió el *diaconado* (BOOS 3/2/1883, pp. 45-46). Meses después, aunque no apareciera anuncio de órdenes generales en el *Boletín* para el comienzo del otoño, es seguro que fue ordenado *presbítero*, igualmente por Mons. Martínez Izquierdo, el sábado de témporas de septiembre que, en aquel año 1883, caía el día *22.* (A. Cappelli, *Cronologia*..., ed. Milán 1969, p. 43).

Llegó por primera vez como profesor a Salamanca en 1898, tras seis años dedicado a la enseñanza superior de jóvenes dominicos en la región asturiana. Era en aquel tiempo *fr. Tomás de Cámara y Castro*, agustino (1885-1904), obispo de Salamanca. Para un año antes, es decir, para 1897, se encuentra documentada la estancia de nuestro maestro en Asturias. En concreto, en el convento noviciado y estudiantado de San Juan Bautista, fundado en 1860 en Corias, población perteneciente al concejo de Cangas de Narcea. Se trataba del mismo convento en que hizo su profesión en 1876. Volvió a él para tareas educativas en 1892. En 1897, como afirmábamos, el *catálogo* de la Provincia de España daba fe de que era *vicerrector o subprior* del centro y dictaba clases de filosofía, junto con el venerado hoy como beato mártir, *Alfredo Fanjul Acebal* (Oviedo 1867-Paracuellos de Jarama, Madrid 1936). Se contaban entre sus alumnos, el también *beato Juan Mendibelzúa Ocerín* (Bilbao 1878-Paracuellos de Jarama 1936) y el *venerable Manuel Fernández Herba* (Lisboa

1878-Almagro, Ciudad Real 1936), del que se espera una pronta beatificación. Al curso siguiente, en la primera parte de 1898, continuaba el Padre Arintero en Corias. Alcanzó entonces con su magisterio al hoy *beato Germán Caballero Atienza* (Castromocho, Palencia 1880-Montes de Saja, Santander 1936), predicador por largo tiempo en Centroamérica. Ayudó, pues, y convivió en Corias con cuatro personas veneradas como mártires del siglo XX en España.

Fue destinado a Salamanca —decíamos— para el curso escolar 1898-1899, y comenzó la docencia en un *Estudio General* apenas estrenado. Su ámbito de enseñanza fue la *teología fundamental*, pórtico para la dogmática y la moral, estudiadas por la *Suma de Teología* de santo Tomás de Aquino. También aquí compartió cátedra con un futuro mártir, el *beato Vicente Álvarez Cienfuegos* (Villamejín, Oviedo 1863-Madrid 1936) y sirvió como maestro al *beato Manuel Gutiérrez Ceballos* (Torrelavega, Santander 1876-Santander 1936).

Las clases, la celebración de la liturgia según el rito dominicano, el estudio, la oración, la vida regular, en suma, no le mantuvieron replegado en sí mismo, sino que proyectó su vida contemplativa, con discreción e intensidad, hacia el apostolado, en sintonía con los tres conjuntos integrantes de la vida cristiana: *jerarquía*, *laicado* y *estado religioso*. En esta ocasión presentamos pruebas de ello, extraídas del aludido *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca*. Venga, pues, la primera. El 16 de abril de 1899 —primer curso en el Estudio General— se desplazó hasta Alba de Tormes, a unos 20 km. de

distancia, para una gozosa celebración diocesana. Le acompañaba fray Félix López, que pronto será elegido prior provincial de la restaurada provincia Bética. Asistieron a la ordenación episcopal de un sacerdote diocesano, nombrado para la sede de Barbastro (Huesca). Su nombre: Juan Antonio Ruano y Martín (Guejuelo del Barro, Salamanca 1840-Lérida 1914), antiguo párroco arcipreste de Alba de Tormes (BOOS 1/5/1899, p. 159). La noticia del nombramiento pudo leerla en el *Boletín* de 27 de septiembre de 1898 (BOOS 27/9/1898, p. 340).

El nuevo profesor del Estudio General de San Esteban, junto con su comunidad, secundó los deseos del obispo fr. Tomás de Cámara, para que en toda la diócesis se celebrara de manera especial el mes de octubre de 1898. En la iglesia conventual de San Esteban se solemnizó la Fiesta principal del Rosario el día 2, precedida de una novena de preparación. El propio obispo presidió la misa de comunión general para los religiosos dominicos y una multitud de devotos. Por la tarde, rodeado de la comunidad y de todo género de fieles, condujo la procesión por las calles céntricas de la ciudad (BOOS 2/11/1898, pp. 374-376).

Una prueba más de su sentir en comunión con la Iglesia local se halla evidenciada en la «Estadística General del Obispado se Salamanca», correspondiente a 1908, y mandada publicar en el *Boletín* por el también prelado agustino, fray Francisco Javier Valdés y Noriega (Pola de Laviana, Oviedo 1851-Busot, Alicante 1913). Al informar sobre el Seminario Pontificio de San Carlos

se precisa que, un integrante del «Claustro de Doctores» y enmarcado en la «Facultad de Filosofía», era el P. Juan González Arintero, O.P. Por lo que se deduce de la consulta de esta parte de la estadística, no quiere decir que diera clases, sino que tenía reservados otros compromisos académicos en el seminario (BOOS 1/2/1908, p. 8).

En mayo de 1909 el *Boletín* ofreció nueva señal del aprecio en que tenían a nuestro siervo de Dios. Le dedicaron la recensión de un libro suyo apenas editado, composición que formaba parte de la obra: «Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia». Libro III, *Evolución Mística*, Salamanca, Calatrava 1908. El presentador, cuyo nombre no figuraba de manera explícita, hizo un resumen del contenido del volumen, que calificaba de *magistral* y *único* en el ámbito hispano. —«Va precedida [la obra] de jugoso y concienzudo prólogo del mismo esclarecido autor, vigorosamente nutrida de citas y de textos de la Sagrada Escritura, Santos Padres y autores eclesiásticos de primera nota, en términos que llega a asustarnos y abrumarnos la labor formidable del Padre Juan. Empapada de un sano criterio católico y piadoso, que jamás pierde de vista los dogmas y verdades de nuestra fe y las luces de nuestra sólida teología tradicional, y revestido todo ello de una forma externa, de un lenguaje que, si no es siempre todo lo transparente que fuera de desear, dado lo alto y escondido de la materia, con todo es lo suficiente para que nos entendamos con el autor y nos demos cuenta de sus ideas y sentimientos. —Enviamos al Padre Arintero nuestra enhorabuena y esperamos confiadamente tener pronto

nueva ocasión de hablar de los prometidos volúmenes primero y segundo que faltan» (BOOS 1/5/1909, pp. 166-167).

De 1911 es un informe concerniente al *Congreso Eucarístico de Madrid, XXII Internacional*, que iba a comenzar el 29 de junio. Se decía que suscitaba un enorme entusiasmo y la Junta organizadora central, entre los muchos preparativos, se ocupó del himno oficial, que por entonces estaba ya aprobado. Es el que se repetirá con tanta frecuencia en el ámbito hispano, y que tantas veces estuvo en boca de nuestros mártires: «Cantemos al Amor de los amores; cantemos al Señor». Previamente, se pidió un dictamen o parecer a Don Marcelino Menéndez y Pelayo. La letra pertenecía al agustino de Carrión de los Condes (Palencia) fray Restituto del Valle. Compuso la música el maestro vasco, Juan Ignacio Busca Sagastizabal (1868-1950). La Secretaría de Estado, con la aprobación del Papa san Pío X, concedió a los sacerdotes congresistas la facultad de comenzar la celebración de misas, desde la una de la mañana. El *Boletín* precisaba que, entre los *congresistas salmantinos asistentes* estaba anotado el Padre Juan G. Arintero y, junto con él, fray Emilio Colunga, O.P., profesor asimismo en el Estudio General (BOOS 1/6/1911, p. 174).

En 1923, el 24 de junio, se celebró en Salamanca la inauguración de un «Congreso de las Ciencias», en la

Universidad, que hacía el número IX en su género[1]. Presidió la apertura el rey de España Alfonso XIII. Las sesiones duraron hasta el 30 de junio: «La subsección de Teología ha sido una de las más fecundas y variadas, presentando trabajos hermosísimos los dominicos P. Arintero, P. [Santiago] Ramírez, P. [Vicente] Beltrán de Heredia; los jesuitas Padres [Antonio] Pérez Goyena, Dalmau, Bover, Fernández y Murillo; los benedictinos Padres Alameda, Rojo, Prado, Toribios y Pinedo; y los profesores de Universidades pontificias y sacerdotes de esta y otra diócesis: Toribio, Ramos, Delgé, Pumar, Ayala y Saladrigas. —Nos complacemos en manifestar, que a pesar del breve espacio de tiempo en que se ha preparado este Congreso, y de ser la primera vez que aparecen los estudios teológicos en estas magnas asambleas, el éxito alcanzado por la subsección de Teología ha sido brillantísimo y admirable, superando a las más halagüeñas esperanzas que se hubieran podido abrigar» (BOOS 2/7/1923, pp. 213-214).

Al año siguiente, 1924, Salamanca dio la bienvenida a un nuevo obispo, Ángel Regueras y López, que llegaba de la sede de Plasencia. Nació en Benavente (Zamora), fue profesor en el Seminario del Oviedo, donde colaboró estrechamente con el prelado diocesano fr. Ramón Martínez Vigil, O.P. Apenas si le dio tiempo para hacerse cargo de la nueva diócesis, porque falleció en

[1] Congreso de Salamanca. Tomo VIII. Ciencias Históricas, Filosóficas y Filológicas. Noveno Congreso celebrado en Salamanca del 24 al 29 de junio de 1923.

San Lorenzo de El Escorial, Madrid, en 1924. En su ingreso solemne en Salamanca, que fue el 25 de mayo de 1924, representaron a la comunidad dominicana de San Esteban, los Padres Juan G. Arintero y Sabino M. Lozano (BOOS 1/6/1924, p. 168).

Sin duda que la diócesis salmantina reconoció la estrecha vinculación que para con ella tuvo el Padre Arintero. Lo proclamó particularmente con motivo de su fallecimiento. El obispo fray Francisco Frutos y Valiente representó a la comunidad diocesana en las exequias y presidió el duelo en la mañana del 21 de febrero de 1928. Sacerdotes en gran número, seminaristas, religiosos de las diversas órdenes, se hicieron presentes. Acudieron igualmente catedráticos de la Universidad, de la Escuela Normal, del Instituto y, por descontado, muy numerosos seglares. Un día más tarde, Mons. Frutos volvió a la iglesia de San Esteban para predicar. Aprovechó entonces la oportunidad para manifestar sus sentimientos hacia el recién fallecido. «¡Parecía que mojaba su pluma de escritor —exclamaba— en el Divino Corazón de Jesús!».

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

JAVIER GARRIDO, *Introducción a la fe cristiana. Para personas que buscan,* Verbo Divino, Estella 2019, 432 pp.

Cuando nos encontramos con un libro que lleva ese título creemos vernos ante los procesos racionales que pueden acercarnos a la fe cristiana o que ayudan a conceder una consolidación racional de dicha fe. No es el caso de este libro de Javier Garrido. Acorde con otros libros que ha ofrecido, la búsqueda de la fe cristiana a la que alude el subtítulo es, sobre todo, no únicamente una búsqueda que se realiza a partir de sentir, de experimentar una necesidad interior que se ha de satisfacer. Los aspectos afectivos, el sentimiento, la necesidad de amor, de acogida, son tenidos más en cuenta que lo que sería una búsqueda puramente racional.

Conocemos que cuando se estudia la fenomenología de la religión se produce el debate sobre si lo que nos acerca a lo transcendente y a nuestra respuesta –la religiosa– se debe a satisfacer inquietudes intelectuales o a responder a un sentimiento interior de algo o alguien misterioso, que nos atemoriza y, a la vez, nos fascina. Garrido está más bien en esta segunda actitud.

Entre la búsqueda de la identidad de cada uno, que se mueve en el ámbito de lo psicológico, y la búsqueda de sentido del vivir, que tiene una carga más bien ideológica, Garrido entiende que preguntarse por el sentido

lleva a reconocer la propia identidad. Pero llega a afirmar que «para hacer esta búsqueda, la primera condición es desmontar la racionalización». Afirmación que creo que ha de entenderse a la vez que otra: «Hay una racionalidad necesaria para ser persona libre y para hacer un auténtico proceso de descubrimiento de Dios».

En cualquier caso, acercarse a Dios tiene que ver con ahondar en el propio ser, en la interioridad más que en búsqueda de cosmovisiones. Es así como Dios tiene sentido. Se consigue así que de Dios no tengamos solo creencias, sino fe. De este modo Dios es Algo, Alguien sentido en lo íntimo de nuestras aspiraciones, de la búsqueda de lo que somos y del sentido del vivir.

Esa búsqueda desde lo íntimo es lo que da razón de la espiritualidad. Garrido recorre diversas espiritualidades actuales, incluidas aquellas que parece que nada tienen que ver con lo religioso, para centrarse en la «oferta cristiana» de espiritualidad.

En el centro está la afirmación de que Jesús de Nazaret está vivo. Con él se hace presente su historia. Más que un sistema doctrinal es la historia de su vivir lo que constituye la fe cristiana. Una historia que Garrido enlaza con la historia del judaísmo anterior, con la historia de una promesa de Dios y de una infidelidad de «su pueblo». Surge con Jesús un nuevo pueblo por deseo del mismo Jesús, es la Iglesia. Ser cristiano es ser fiel de la Iglesia. En ella se encuentra lo esencial del mensaje de Jesús, en el que se ofrece una salvación y una sabiduría, así como una ética, fundada en la «centralidad de la figura de Jesús».

Al final encontramos la pregunta: ¿quién es Dios? La respuesta a esta pregunta tiene en cuenta a las distintas religiones, para luego quedarse en que en la fe cristiana Dios es lo que Jesús de Nazaret nos dice de él, lo que sabemos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. De ahí se deduce también la respuesta a las preguntas: ¿qué es el hombre?; ¿qué es el mundo? Este no es pura naturaleza, es creación de Dios, de un Dios que se hace presente en el mundo, no porque sea la explicación de los fenómenos, para eso está la ciencia, sí quien les da sentido; de un Dios providente.

El paso siguiente es situar a Jesús como el centro de la fe: Jesús sobre todo resucitado, pues la resurrección da sentido pleno a su vida y muerte. Junto a la vida está su mensaje. Sobre el mensaje dice: «Decididamente el mensaje de Jesús no es razonable». «La sabiduría que hay en el Sermón de la montaña no es razonable. La fuerza está en que es el único camino posible, si hay que transformar el mundo de raíz...». «Para transformar al hombre no te puedes inspirar en lo razonable, sino en el Sermón da la montaña. Hay muy pocas personas que crean que ese es el camino» ¿Qué es razonable para Garrido? Viene a ser lo que dicta la cultura dominante. Lo precisa en el capítulo siguiente que titula: ¿Es razonable la fe cristiana?

Su respuesta es: «Es razonable creer si las razones para creer tienen que ver con la historia y la experiencia del amor». Esto sucederá cuando la razón descubra que existen razones para vivir humanamente, razones que la misma razón nos descubre, las razones del corazón.

Es razonable que dos personas se enamoren, pero el amor de dos personas concretas no es consecuencia de una deducción racional –que habrá que tener en cuenta–, sino de otra fuerza, que es el amor, que tiene su «propia racionalidad». Esa es la racionalidad de la fe.

En el horizonte de la fe está Dios. Por eso el autor se detiene en señalar las imágenes que tienen de Dios; las relaciones con Él; el concepto de culpa, y la función de la norma en la culpabilidad... En capítulos posteriores abordará difíciles cuestiones como «el escándalo del mal». Su respuesta se resume en que Dios no quiere que suframos. Hay que buscar a través de un proceso «el sentido oculto del sufrimiento». «La sabiduría está en relacionar sufrimiento y amor».

Situados en la Sagrada Escritura, como referencia de la fe, Garrido dedica dos capítulos a cuestiones más bien de interpretación de los textos sagrados, cómo superar ciertos problemas que pueden presentar dichos textos. Pero sobre todo a cómo captar el mensaje de Jesús, ya que «una vez que ha descubierto que Jesús es la luz que penetra por dentro, es cuando puede hacer el acto de fe», dice de Natanael, cuyo proceso de acercarse a Jesús lo ve como modelo.

Un libro cargado de interés. Se ha de leer no para afirmar todo lo que dice, sino para repensar lo que dice y ver qué es lo que concuerda mejor con la psicología, la espiritualidad de cada uno, con su propio proceso hacia la fe, que se tiene, o que se busca.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

AÑO 100 – Núm 729 MAYO-JUNIO, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

«REVESTÍOS DEL HOMBRE NUEVO»

Estas palabras de san Pablo, tomadas de su carta a los Efesios, nos invitan a vivir intensamente la Pascua. Por una parte, nos hacen pensar en el rito del bautismo por inmersión, antes del cual el catecúmeno se despojaba de la ropa ordinaria, símbolo del hombre viejo marcado por la corrupción del pecado, y después de salir del agua recibía una vestidura blanca, vestidura de fiesta, símbolo de la nueva vida en la que era introducido, símbolo de Cristo mismo.

Todos los cristianos hemos vivido la experiencia del bautismo con todo lo que significa de acompañamiento a Cristo en su misterio pascual, misterio de muerte y de vida, misterio de resurrección. Pero sentimos la necesidad de renovar día tras días esta experiencia, pues el

hombre viejo no ha desaparecido completamente de la escena de nuestra vida, sino que reaparece sin cesar, adquiriendo un gran protagonismo y haciendo difícil nuestra vida de fe, esperanza y caridad, nuestro abandono total en las manos del Dios vivo. El hombre viejo es engañoso, nos promete la felicidad, pero nos trae la miseria; trata de ponernos en desacuerdo con Dios, con nuestro propio destino, con nosotros mismos; convierte nuestra vida en una mentira.

A veces podemos pensar que ya somos los hombres y mujeres del Evangelio, pero descubrimos con cierta sorpresa y perplejidad que el hombre viejo sigue aún muy vivo en nosotros y que a veces trata de pasar desapercibido para que no nos ocupemos de emprender acciones encaminadas a hacerle desaparecer. Todos los cristianos estamos involucrados en esta lucha constante entre el hombre viejo y el hombre nuevo. El papa Francisco habla de este hombre viejo utilizando la expresión «el hombre mundano» o la «mundanidad».

En la carta a los Romanos, san Pablo afirma que el hombre viejo fue crucificado con Cristo para destruir nuestro cuerpo de pecado y liberarnos así de la esclavitud del pecado. La acción de Cristo es capital. Sin ella no podríamos emprender nuestra propia lucha contra el hombre viejo. Por otra parte, Cristo sigue luchando a nuestro lado para hacer posible su aniquilación definitiva. Sin él la batalla estaría perdida de antemano. Pero la acción de Cristo no elimina nuestro esfuerzo.

Con mucha lucidez san Pablo les vuelve a recordar a los Efesios la necesidad de seguir luchando contra el

hombre viejo. Aunque en el encabezamiento de su carta les llama «santos», les hace una llamada a ser santos también por su comportamiento.

San Pablo recurre en varias ocasiones a la imagen del revestimiento, pero eso no nos debe hacer pensar que se trata de algo externo únicamente, sino que concierne a todo nuestro ser, desde lo más íntimo a lo más externo. El hombre nuevo es principalmente el hombre interior que se renueva cada día. En realidad, es sobre todo nuestro interior el que tiene que dejarse transformar profundamente por la acción del Espíritu de Jesús para poder llevar a cabo esta renovación, que es más obra del Espíritu que nuestra. Pero el Espíritu no nos suplanta, ni nos coacciona, sino que trata de persuadirnos de lo bueno que es dejarse conducir por sus inspiraciones. El Espíritu realiza en nosotros una nueva creación.

Es claro que revestirse del hombre nuevo no es lo mismo que ponerse una prenda cualquiera que se puede quitar y poner según las circunstancias. La vestidura del hombre nuevo permanece mientras nos aferramos a ella, mientras seguimos apostando por Dios, mientras él siga ocupando el primer lugar en nuestro corazón y en nuestra vida.

En la carta a los Romanos, san Pablo exhorta a sus corresponsales a revestirse de Cristo. Por su misterio pascual hemos sido recreados en él para ser lo que él es. Cristo es realmente el hombre nuevo al que tenemos que mirar constantemente. Él es la imagen perfecta del Padre. Sus rasgos son la encarnación de los

rasgos del Padre. Si Dios es Amor ante todo, para parecernos a él tendremos que vivir en el amor. Así lo hizo Jesús de un modo sublime. Ese es el rasgo fundamental que sobresale en su vida. Por tanto, revestirse del hombre nuevo es lo mismo que revestirse de Cristo, y revestirse de Cristo es vivir en el amor.

Amar es poner los intereses de Dios y del prójimo por encima de los propios. San Pablo dirá de Cristo que no buscó su propio interés; es uno de los pocos rasgos del Jesús histórico a los que hace alusión el Apóstol de los gentiles. Para amar tenemos que hacer morir en nosotros los deseos terrenos. El amor hace que la vida sea siempre nueva, siempre joven. No hay nada que revitalice tanto nuestro ser. Amar es participar de la misma juventud de Dios. El amor verdadero tiene un real poder terapéutico; sana las heridas más profundas de nuestra alma. El amor es siempre nuevo. Siempre puede crecer más. Siempre es creativo.

El hombre nuevo es sin duda el que está unido fuertemente a Cristo por los lazos de la fe, la esperanza y la caridad. De esa unión surge una gran renovación comparable a una nueva creación a imagen de Dios; se trata de recuperar esa imagen primera que Dios había plasmado en el hombre, pero que se había borrado por causa del pecado.

Todo lo que favorezca la unión con Cristo hará que se fortalezca en nosotros el hombre nuevo: ese es el caso de la vida sacramental, especialmente la Eucaristía, pero también la escucha orante de la Palabra de

Dios, la comunión fraterna, el compromiso con el momento histórico en el que vivimos, etc.

El texto de la carta a los Efesios que estamos comentando indica dos rasgos principales que caracterizan al hombre nuevo: la justicia y la santidad de la verdad. La justicia y la verdad están directamente relacionadas con el amor. También dan un rostro de novedad a nuestra vida de creyentes.

En otras cartas san Pablo detalla los rasgos del hombre nuevo en los que se refleja la imagen de Cristo, pues el mismo Cristo los vivió a la perfección. Así, a los Colosenses, dado que son elegidos de Dios, santos y amados, los exhorta a revestirse de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, a soportarse unos a otros y a perdonarse mutuamente cuando alguno tenga queja contra otro, pues el Señor nos ha perdonado a todos. Este perdón perdura en el tiempo y nos alcanza a todos. No hay nada que consuele tanto como el saberse amado y perdonado por Dios.

Que el Señor de la Vida nos encuentre siempre revestidos del hombre nuevo; que esta vestidura no se gaste ni se manche por malicia o por negligencia o por la indiferencia ni por flaquear en el espíritu.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN

3. CONTEMPLACIÓN EN EL ÁMBITO RELIGIOSO

La mirada contemplativa en el ámbito humano es como ir de lo superficial a lo profundo, de la dispersión y multiplicidad a las causas y unificación de todo. Pero en el ámbito religioso la contemplación frecuentemente se entiende como intuición, fruición. Es el acto con que el creyente entra y saborea ese misterio que nos envuelve como realidad divina personal o impersonal. Se refiere a una experiencia de lo divino, de lo absoluto.

Y esa contemplación mística se da en todas las religiones. En las tres religiones monoteístas –judaísmo, cristianismo e islamismo– y en las religiones orientales, aunque con distintos matices. La contemplación de Dios en la revelación bíblica tiene lugar en los acontecimientos de la historia; los profetas de Israel son contemplativos de la presencia y acción de Dios en los avatares del pueblo. Por su parte, los místicos musulmanes resaltan más la grandeza inabarcable de Alá. Los místicos o contemplativos cristianos tienen a Jesucristo como referencia y criterio de discernimiento.

Hay peligro de circunscribir esta contemplación mística solo a personas privilegiadas que serían de primera clase, como si todos los demás creyentes fueran de segunda y sin acceso a la experiencia del misterio. Ya dentro de la misma teología espiritual católica, en la primera mitad del siglo pasado, no era infrecuente afirmar que esa contemplación mística era solo para privilegiados. Admitiendo que no todos llegan a vivirla con el mismo grado de intensidad, creo que aquí el maestro dominico P. Arintero fue un profeta defendiendo que todos los cristianos –quizás habría que incluir a todos los seres humanos, pues también fuera de la Iglesia hay salvación– estamos llamados a la santidad y, por tanto, a la contemplación mística. Es la tesis avalada por el concilio Vaticano II. La contemplación mística es algo normal en la vida de fe o experiencia cristiana: esta fe significa libre apertura a la presencia de Dios que se da en la intimidad de todos los seres creyentes. Sin embargo, todavía dentro de la misma Iglesia se sigue pensando que esa contemplación es solo para los monjes alejados del mundo en sus monasterios o para las monjas de clausura.

No pretendo hacer un tratado sobre la contemplación mística basándome en los autores de las grandes religiones, ni siquiera en los de la religión cristiana. Dejo a un lado los fenómenos extraordinarios que cuentan los místicos. Mi única intención es sugerir algunos puntos de actualidad para los mismos cristianos. Como nota previa, la contemplación en el ámbito religioso no debe ir separada de la mirada contemplativa que fue

tema del artículo anterior. La contemplación es un hecho psicológico humano anejo a nuestra condición de personas ilimitadas en el deseo y limitadas en la satisfacción del mismo.

La contemplación mística del occidente europeo está marcada por la visión platónica, con sus luces y sombras; será un primer punto a dilucidar. Por otra parte, hay muchos cristianos, que deseando renovar su contemplación, acuden a gurús y métodos de corrientes orientales; este será también un tema de discernimiento.

Con inspiración de la filosofía platónica

Nuestro pensamiento sobre la contemplación es griego. Los autores bíblicos gustaron la sabiduría y fueron contemplativos, pero no hicieron teorías sobre la contemplación. En el mundo griego, y Platón en concreto, la trascendencia metafísica del Dios inaccesible al ser humano es la base de su teoría sobre la contemplación: el hombre que es espíritu podría llegar hasta Dios, espíritu puro, pero el hombre es espíritu encarnado y, por ello, si no se libera de la materia que le aprisiona, no puede lograr ese objetivo. Basta identificar la materia con el cuerpo y el espíritu con el alma, y tenemos el dualismo; el cuerpo es la cárcel del alma; esta tiene que liberarse por una catarsis de todo lo sensible y corpóreo, para, en un esfuerzo inhumano, retornar al Uno.

Por tanto, la contemplación es casi exclusivamente intelectual, y todo el esfuerzo humano para conseguirla

va en esa dirección. El amor sensible –eros– es solo una etapa, un obstáculo, hay que matarlo. Esa teoría platónica es recibida por el judío Filón y marcará de algún modo la forma dualista de entender la contemplación en la espiritualidad del cristianismo en el occidente cristiano. De este modo se ha entendido a veces que la contemplación es cosa del alma con sus acciones espirituales, mientras el cuerpo con las acciones corporales es un obstáculo para la contemplación. Se ha hecho de la contemplación un acto sublime de la inteligencia y del afecto, donde los sentidos quedan aparcados.

Somos cuerpo, no tenemos cuerpo. Pero en la visión platónica el cuerpo es como el burrito en que camina el alma; y el burrito es una cosa en sí misma e inferior al alma. Para el gnosticismo y el dualismo maniqueo el cuerpo no es simplemente inferior al alma, sino malo, radicalmente malo. Es verdad que la Iglesia rechazó el gnosticismo y el maniqueísmo dualista; todavía lo ha hecho el papa Francisco en su Exhortación «Alegraos y regocijaos». Pero esa corriente ha dejado su marca en la espiritualidad cristiana del occidente europeo y en la forma de entender la contemplación. Valgan como ejemplo dos versiones:

Una contemplación evasiva. En uno de sus libros el teólogo jesuita González Faus incluyó un atinado capítulo: *Mística del éxtasis y mística de la misericordia (el factor cristológico en la experiencia mística*). Se puede sustituir la palabra mística por contemplación. Ya nos hemos referido a la contemplación de ojos cerrados y a

la contemplación de ojos abiertos. La distinción es pedagógica, pero esas miradas tienen que ir unidas, son inseparables. Dios está en todas las cosas amándolas. La verdadera contemplación lleva sin remedio a este amor. El «Abba» revelado en Jesucristo se identifica con la misericordia que incluye una referencia de amor eficaz ante la miseria que sufren los seres humanos y el compromiso por erradicarla. Este fue el motivo de la encarnación.

El verdadero contemplativo de ese misterio que llamamos Dios, más que un espacio de reposo, encuentra un corazón misericordioso que le impulsa sin remedio a una compasión eficaz ante las víctimas, sean las personas, sea la misma tierra irreverentemente depredada. La noche más oscura tiene lugar cuando uno ve la pobreza escandalosa y la fiebre posesiva que oscurecen el rostro de la humanidad y no ve solución. El relato de la transfiguración es traído por el evangelista Lucas como una catequesis para la comunidad cristiana que ya está sufriendo persecución. Su peligro es huir del conflicto montando una tienda en el monte Tabor, y quedarse allí tranquilamente con una divinidad imaginada, evitando los líos que puedan surgir en la bulliciosa ciudad.

Con los cinco sentidos. Así se titulaba un interesante Pliego de la revista *Vida Nueva*. Y añadía un elocuente subtítulo: «las mediaciones corporales en el camino espiritual». También «camino espiritual» puede ser sustituido por «camino de la contemplación». Ángel Moreno, que es el autor del pliego, introduce el tema diciendo:

«abordo la necesidad que tiene el ser humano al relacionarse con Dios, no solo de atravesar las latitudes del desierto y de contar con el apoyo del acompañante o maestro espiritual, sino también de implicar la propia corporeidad como posibilidad histórica de su relación creyente y teologal, o como le oía decir a mi madre, en los momentos más importantes, de poner los cinco sentidos».

Y ofrece la alternativa: «ante quienes proponen la vía del silenciamiento somático, del sometimiento del cuerpo, no la conquista de la iluminación interior, la defensa de la mediación errónea, puede parecer prosaica, sin altura espiritual. Pero si se conociera la verdad cristiana acerca del cuerpo, la opción de Dios de hacer al hombre a imagen suya, la encarnación del Verbo tomando nuestra naturaleza, la sacramentalidad de todo ser humano, la dignidad a la que se eleva la carne en Cristo resucitado, la entrega generosa de tantos creyentes al cuidado de enfermos, llagados y doloridos en la sociedad, se descubriría la falta de fundamento de la esencialidad de lo corpóreo para una vida plenamente humana y cristiana, máxima posibilidad transfiguradora y luminosa de la persona».

La corporeidad «es integrante del ser personal; no se puede desarrollar la maduración humana al margen del cuerpo, como tampoco se logra la mayor capacitación intelectual y afectiva sin trabajar los sentidos interiores, ni la apertura al mundo del espíritu sin percibir lo que se describe como bueno, bello y verdadero». Después de hablar sobre la mediación del cuerpo entero, de los

cinco sentidos y de la calidad significativa del rostro humano, concluye: «a lo largo de la historia de la espiritualidad se ha caído con frecuencia en el dualismo del bien y del mal, del alma y del cuerpo, el espíritu y la materia, como lo atestiguan diversos movimientos espirituales, según dominen la abstracción mental o la implicación corporal. En principio parece más perfecto e iniciado en la vida del espíritu aquel que se desprende de lo corpóreo». Pero «espiritualidad no es igual que espiritualismo. La trascendencia no significa perder la perspectiva de la realidad visible; todo lo contrario, quienes alcanzan mayor grado en la virtud, se convierten en personas sensibles, atentas, respetuosas con todo lo que les rodea y saben mirar a la naturaleza, al ser humano y a Dios con el mismo amor».

Los distintos modos de orar de santo Domingo, con distintas posiciones de su cuerpo, han sido para mí lugar de meditación y salvaguarda del maniqueísmo. En la contemplación hay que convertir los sentidos. No es lo mismo mirar que ver, oír que escuchar, estrechar la mano en signo de amistad, que con la misma mano dar una bofetada; saborear con gratitud los alimentos, que engullir apresuradamente. La contemplación incluye a la persona entera situada y comprometida en este mundo.

En las corrientes orientales

Aunque sea brevemente a modo de introducción, merece la pena tocar el tema, pues en los últimos años esas corrientes orientales tienen su atracción en muchos cristianos de occidente. Hay que discernir.

En general esas corrientes son místicas más que proféticas. Acentúan el contacto con el Ser, la totalidad, con la naturaleza y sus latidos. Valoran el cuerpo y sus posturas. En el «zen» se busca una postura cómoda, relajada con la columna vertebral bien derecha, mientras el «yoga» proporciona una saludable respiración. Así se logra una relajación para ser uno mismo, y sin nerviosismos hacerse cargo de sus sensaciones.

Como experiencia del misterio y en sus métodos esas corrientes tienen mucho que aportar a los contemplativos del occidente cristiano. Hay sintonía profunda entre Suzuki, místico del Zen, y san Juan de la Cruz.

Pero se impone un discernimiento. En cuanto al método, el zen da serenidad y sosiego; uno se encuentra muy relajado y resulta incómodo volver a la conflictividad de lo real. También hay que discernir sobre «el silenciamiento del deseo». ¿Para quedarnos en el nirvana, o para construir la fraternidad en la tierra? Ya la reencarnación del alma o de la divinidad, en principio no son aceptables para la fe cristiana pero debemos escuchar los anhelos que pujan en el fondo de esas teorías. Finalmente, si bien esas corrientes orientales dan prioridad al lenguaje simbólico, no hay que minusvalorar la racionalidad para la buena salud del talante contemplativo. Quizás lo aclaremos algo con el capítulo siguiente sobre la contemplación cristiana.

Fray Jesús Espeja, O.P.
Caleruega (España)

La paz de Jesús Resucitado

La paz es un concepto muy repetido en el Antiguo Testamento. Basta recorrer sus páginas para comprobarlo reiteradamente. Era el saludo habitual de todo israelita como expresión de los mejores deseos de prosperidad y bendición por parte de Yahveh. Hasta la ciudad propiamente dicha llevaba en su nombre tejido este deseo, puesto que «Jerusalén» no significa otra cosa que «ciudad de paz».

La paz sería la característica de la era mesiánica tan anhelada por el pueblo judío. Ya había dicho Isaías que en aquellos días los hombres «*de las espadas forjarían arados; de las lanzas podaderas*» (Is 2,4), y que el Mesías sería llamado «*Príncipe de la Paz*» (Is 9,5).

Es bello este concepto de la paz que entraña, sin duda, todas las bendiciones que Dios haría descender sobre su pueblo. Pero la paz de Jesús Resucitado es algo más profundo. Algo que tiene que ver mucho con el perdón o la reconciliación.

Cuando después de salir victorioso del sepulcro se aparece a sus amigos, les saluda con la exclamación: «*¡La paz sea con vosotros!*» (Jn 20,19.26). ¡Qué hondo significado tiene esta expresión en labios de Jesús! En

su nuevo encuentro con los apóstoles, no quiere echarles en cara –ni siquiera para reprochárselo cariñosamente– su huida ante el vendaval desatado en las horas de la pasión (cf. Mt 26,56). No le recuerda a Pedro que ha sido un traidor negándole reiteradamente (cf. Lc Jn 18,12-27). No les pone ante la consideración aquella cobardía que les mantiene escondidos, con las puertas y ventanas bien cerradas por miedo a los judíos (cf. Jn 20,19). Jesús todo lo sumerge en el olvido, y ante estas mezquindades responde con un perdón amplio y total: «*La paz sea con vosotros*».

Esta paz, que es sinónimo de reconciliación, tiene desde entonces un eco distinto y un sentido nuevo.

«*El mismo Jesús es nuestra Paz*» (Ef 2,14), como dice San Pablo, y lo es por ser nuestra Reconciliación.

La Iglesia recoge este sentido en la liturgia, relacionando siempre paz con perdón. Durante la Eucaristía, antes del saludo de paz del sacerdote y del imperativo de darse la paz los asistentes, la liturgia ha insertado una preciosa oración rogando al Señor «*no mire nuestros pecados*». Y el gesto de fraternidad que pide a los componentes de la asamblea hace recordar la palabra de Jesús: «*Si tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, vete a reconciliarte con tu hermano y vuelve a presentar tu ofrenda*» (Mt 5,23-24). Ese perdón o paz es lo que se nos pide antes de acercarnos al banquete sagrado.

Otro ejemplo lo tenemos en la recepción del sacramento de la Penitencia: el sacerdote, después de perdonar los pecados, despide al penitente diciéndole: «*Vete en paz*», es decir, vete envuelto en el perdón amplio de Dios, totalmente reconciliado con Él.

Esta es la paz grandiosa que Jesús nos conquistó con su muerte y su resurrección gloriosa. Paz profunda y singular que transforma el alma desde lo hondo. Que esta paz llegue a todos nosotros en el hermoso tiempo de Pascua, cuando ya Jesús ha salido triunfante del sepulcro, venciendo la muerte para siempre, y que nada ni nadie pueda turbarla ya, puesto que Él nos la compró a un precio tan elevado como la Sangre de su Cruz.

Sor María Eugenia Maeso, O.P.
Salamanca (España)

La oración afectiva según el P. Juan G. Arintero, O.P., y el P. Cordeses, S.J.

La oración afectiva es una prolongación de la oración discursiva o meditación, y se produce cuando el alma, movida por el Espíritu Santo, realiza vivos y ardientes deseos de Dios. Constituye un estado intermedio entre la meditación y la contemplación sobrenatural o infusa. Las almas fieles constantes podrán gustar las ternuras y dulzuras del don de piedad. Estas inspiraciones y mociones del Espíritu Santo no podemos desaprovecharlas, y exigen por nuestra parte gran pureza de corazón y grandes deseos de Dios. A este propósito nos dice el P. Arintero:

> Por de pronto, este hambre ha de tener más hambre y sed de Justicia, nos hará tratar de andar siempre recogidos y en la presencia del mismo Dios, procurando traerle de continuo en el corazón y en la memoria para poder oírle y servirle con toda fidelidad y ofrecerle todo cuanto tenemos y cuanto hagamos y suframos sin cesar de conversar con Él o de suspirar por Él[1].

Al principio de la vida de oración suele predominar la vida asceta; pero si se es fiel a la gracia y se evitan los

[1] J. González Arintero, *Cuestiones místicas,* Madrid 1956, p. 126

pecados graves y no se entorpece con pequeñas infidelidades, ayudado a ser posible por un buen director, esta vida de oración se va interrumpiendo cada vez más con verdaderos actos místicos.

Estas dos formas de vida se van compenetrando cada vez más, dando lugar a la oración afectiva donde, a veces sin darse cuenta, irá el fiel cristiano pasando de la simple meditación a la verdadera contemplación.

A este propósito nos dice el jesuita P. Nouet, citado por el P. Arintero:

> Después de que el hombre de oración —advierte el P. Nouet—, ha hecho en la meditación un progreso considerable, *pasa sensiblemente a la oración afectiva*, la cual, por estar entre la meditación y la contemplación, como la aurora entre la noche y el día, *participa de una y otra.* Al empezar, aun tiene bastante de meditación, porque aun se sirve del discurso, aunque poco, en comparación del tiempo que emplea en los afectos... Luego, a medida que se perfecciona, deja el razonamiento y se contenta con una simple vista, un simple recuerdo de Dios y de su único Hijo, Jesucristo, y produce muchos afectos amorosos, según los diversos movimientos que el *Espíritu Santo la imprime*. —Mas, cuando ha llegado al punto culminante de su *perfección*, simplifica sus afectos lo mismo que sus luces; de suerte que el alma permanecerá a veces una hora y a veces un día o más en un mismo sentimiento de amor o de contrición, o de reverencia, o de cualquier otro movimiento *que se le haya impreso*[2].

[2] *Ibíd.*, p. 499.

Según otros autores, como el P. Meynard, el alma que entra en la oración afectiva suele gozar de la contemplación infusa o sobrenatural e incluso a veces con altos grados de contemplación. Esta oración afectiva infusa no está en nuestra mano tenerla, sino solo pedirla y disponernos para ella.

Practicando con fidelidad todas las virtudes nos disponemos lo mejor posible para ser movidos por los dones del Espíritu Santo. A esto ayuda mucho un buen director, y cuando este falta, ayudan mucho los buenos libros de mística. Si faltan estos dos factores escasean normalmente las almas místicas. Uno de los primeros discípulos de san Juan de la Cruz nos dice el método del Santo Carmelita para dirigir las almas a Dios. El P. José de Jesús María citado por el P. Arintero nos dice:

> Con estos medios —prosigue— va guiando nuestro santo Padre a sus discípulos por los pasos sensibles a los espirituales y *sazonándolos para pasar de la meditación a la contemplación*, y del manjar de niños, que dijo el Apóstol, al manjar y sustento sólido de los hombres fuertes en la vida espiritual. Y, como iban aprovechando, los iba mejorando en la misma meditación, haciéndolos caminar más de paso por lo más imperfecto de ella y detenerse más en lo más perfecto. Y de esta manera, aun sin haber dejado los medios sensibles, *eran ya contemplativos*, porque *acababan su meditación en contemplación* y antes de entrar de propósito en ella tenían ya vencida la mayor dificultad que hay en la vida contemplativa, y por cuyo defecto, dicen los maestros de la *sabiduría mística*, que hay pocos contemplativos, por no saber quietar el alma en Dios para ser *iluminada y movida de Él.* Y reprendía los largos discursos en la oración,

> aunque fuera para pensar en la utilidad de las virtudes, que es más propio ejercicio de otro tiempo; pues con estos discursos impiden la influencia divina, de donde las virtudes infusas reciben su aumento y perfección[3].

Por encima del director espiritual y de los libros de mística, insiste el P. Arintero en dejarnos llevar por las inspiraciones del Espíritu Santo como el medio más eficaz para llegar a la oración afectiva y a la contemplación perfecta. Nos dice el franciscano Fr. Juan de los Ángeles, citado por el P. Arintero:

> Advierta el contemplativo —dice Fr. Juan de los Ángeles— y guárdese cuidadosamente de poseer algún ejercicio tenazmente y con propiedad; pero en su introversión observe con atención el tracto o llamamiento o impulso del Espíritu Santo, el cual de muchas maneras trae a sí el espíritu del hombre y le inflama en su amor, ahora con este ejercicio, ahora con otro diferente. Cuando, pues, se sintiere el contemplante con alguna anterior aspiración o inspiración ser llevado a algún ejercicio, debe luego dejar los suyos propios, cualesquiera que fueren, y seguir con afectuosa y pronta voluntad aquella moción o atracción y ejercitarse en aquello que interiormente es enseñado. Pero, si no siente especial impulso del Espíritu Santo ni puede hallar entrada franca a Dios, entonces conviene que se esté y persevere en la presencia de Dios por aspiración del amor unitivo (oración afectiva), en la que se contienen cuatro modos principales para despertarse, como cuatro martillos de que se ha de servir para llamar a esta puerta para entrar a gozar de la

[3] *Ibíd.*, pp. 507-508.

simple unidad con Dios y en Dios. —Los modos son estos: *ofrecer, demandar, conformarse y unirse*[4].

Suelen ser pocos los que fielmente siguen las inspiraciones del Espíritu Santo, llamando y buscando al Señor en todo tiempo, por lo que no logran entrar en los estados místicos. Pero siempre hay almas que, dejando de ser tibias, procediendo en todo según el Espíritu Santo, van pasando de forma insensible de la ascética a la mística como se pasa sin darnos cuenta de la niñez a la adultez.

Para el P. Arintero «la oración afectiva» es un medio muy eficaz para hacer a las almas fervorosas.

El corazón rebosante de amor del P. Arintero y gran Maestro del espíritu supo quitar a la piedad su aspecto más áspero y austero y se inclinará hacia la vía afectiva que es más suave y más eficaz para llegar a la santidad.

Hay personas a las que les cuesta mucho el camino de la meditación, o por tener cortas luces intelectuales, o por ser de natural inquieto, o estar muy ocupadas, o ser personas muy afectuosas, etc., y se inclinan por la vía afectiva. Es esta la vía preferida por los místicos y por la que pueden caminar más fácilmente todos los cristianos de buena voluntad. Muchas veces los hombres sencillos y sin apenas estudios aman a Dios mucho más que los de mucha ciencia.

Ya santa Teresa recomendaba a sus monjas entrar en esta oración afectiva diciéndoles: «Use siempre cada

[4] *Ibíd.*, p. 505.

una muchos actos de amor, porque enternecen y encienden el alma».

Este conocimiento afectivo es tanto la causa como el efecto del amor. Por eso dice san Juan de la Cruz: «Nunca da Dios sabiduría mística sin amor, porque el mismo amor la infunde» (2 N 12). La experiencia amorosa tiene prioridad sobre el conocimiento.

El P. Antonio Cordeses, S.J., nació en Olot en 1518 y murió en Sevilla en 1601. Fue profesor, Rector, provincial de Toledo, y murió con fama de santidad en Sevilla.

Los primeros diez o doce años de su vida religiosa los pasó en Gandía en un ambiente cargado de recogimiento. Fue un entusiasta propagador de la oración de recogimiento y de la contemplación mística, lo que le supuso problemas con algún superior general de la compañía. De sus obras espirituales se pueden destacar tres: *Tratado de las tres vidas: activa, contemplativa y mixta, Tratado de la oración mental* y *Tratado de la vida purgativa.*

Por lo que respecta a la contemplación infusa o mística, habla de la oración intelectual y de la oración reposada y suspensa. Para este autor solo hay una oración infusa; y si esta contemplación la divide en seráfica y querúbica es porque en esta última predominan la luz y las noticas en el entendimiento, y en la primera el fuego del amor en la voluntad.

En cuanto a la oración afectiva, el jesuita de Olot tiene el mérito de haber sido uno de los primeros en

escribir metódicamente de la oración afectiva y en proponer reglas prácticas para su ejercicio.

Para este autor hay una oración afectiva que podríamos considerar ascética, donde predominan las aspiraciones jaculatorias y afectos del que ora, y otra que está producida por los dones del Espíritu Santo y es propiamente mística.

Estos dones son el don de temor, piedad y fortaleza. El don de temor nos hace temer y reverenciar a Dios como un hijo con su padre; el don de piedad enciende al hombre en un ardiente amor a Dios, buscando agradarle y servirle siempre; el don de fortaleza da grandeza de ánimo para servir a Dios. Estos dones son infusos y difieren y perfeccionan a las virtudes. Nos dice el P. Cordeses en el *Tratado de la oración mental*, capítulo trece:

> Todos los sobredichos afectos difieren de los mismos afectos que son adquiridos en cuatro cosas: la 1ª es que estos son infusos de la mano del Espíritu Santo y otros son adquiridos, y así cosa extraordinaria en el alma, a la manera de los sentimientos de las cosas divinas. De manera que cuando la persona los quiere, no los halla en sí, sino que se siente muy fría y lexos dellos; y, cuando no piensa en ellos, se los dan; que aunque no es cosa extraordinaria tener el hombre que está en la gracia divina los dones del Espíritu Santo y sus obras para lo necesario a la salvación, es empero cosa extraordinaria y gracia *gratis data* tener los dichos afectos cuando no son necesarios a la salvación. De aquí es que

llama Santo Tomás los tales efectos gracias *gratis datas*, porque los da Dios cuando quiere y como quiere, y los quita así mismo cuando quiere y como quiere.

La 2ª es que estos son grandes y vehementes, y los otros remisos y fríos respectos de estos; y así estos son más obra de Dios llevados como en brazos de otro, y somos estimulados a frecuentar los tales actos.

La 3ª que ellos son tan excelentes no solo por razón del obiecto dellos, que es Dios, pero aun por elevar el hombre a tanta perfección y alejarlo tanto de las imperfecciones y propio amor, que ellos mismos traen escrito en la frente que son cosa divina, y los acquisitos traen escrito que son cosa humana, acquisita o a fuerza de brazos.

La 4ª es que ponen al hombre en grande paz y quietud de su espíritu y lo llenan de gusto y suavidad, lo cual no tienen los otros.

El modo con que los tales afectos perfeccionan la oración afectiva es que, cuando Dios infunde en el hombre los tales afectos, lo traen en pos de sí con grande impulso y el hombre corre con grande facilidad tras el odor de sus ungüentos, esto es, con grande gusto y suavidad del mismo Dios, formando cien aspiraciones cada hora y gimiendo y suspirando, y se eleva de tal manera a Dios y a las cosas divinas que, a las veces, es necesario tener la rienda a su afecto, porque no corra demasiado por el daño corporal que podría incurrir[5].

[5] Cit. en A. Yanguas, *Obras espirituales del P. Antonio Cordeses, S.I.,* Madrid 1953, pp. 96-97.

Fue el P. Cordeses un jesuita ejemplar que supo combinar la vida activa y contemplativa con un equilibrio perfecto. Sus escritos son una guía teórico-práctica en el camino de la perfección cristiana, que estimula a alcanzarla vivamente, ya que es un autor que primero ha experimentado y vivido lo que escribe.

El P. Cordeses divide la oración «afectiva infusa» en «reposada» y «suspense». Por lo que toca a la naturaleza y efecto de esta oración afectiva equivale a lo que santa Teresa llama oración de quietud y de unión (simple y estática), lo que corresponde a las quintas y sextas moradas de su obra *Las moradas*[6]. Para el P. Arintero la oración afectiva mística puede llegar a altos grados del estado místico, sin especificar tanto como el P. Cordeses.

Tanto para el P. Arintero como para el P. Cordeses la oración afectiva, igual que la contemplación, es para todos y en concreto. El P. Cordeses da prioridad a la oración afectiva sobre la intelectiva y la considera más necesaria para llegar a la unión con Dios.

Concluyendo, la oración afectiva es para estos dos autores un camino intermedio entre la ascética y la mística. El objetivo es conseguir llegar a la oración afectiva infusa o propiamente mística donde predominan los dones del Espíritu Santo sobre las virtudes.

[6] Cf. A. YANGUAS, «La oración afectiva infusa del Padre Cordeses, S. I., y la contemplación infusa de Santa Teresa de Jesús», *Razón y Fe* (1941) 124.

Quiero acabar con un texto del gran teólogo, el P. Melquiades Andrés, que recoge ideas y textos del libro del P. Cordeses: *Tratado de la oración mental.*

> Esta oración afectiva es para toda suerte de personas puestas en uso de razón. En el modo de ver la vida espiritual, Cordeses considera la vía afectiva a veces como una necesidad para que el alma no quede paralizada en su ascensión hacia Dios: «Otros... hallan que por la intelectiva es retardado su espíritu para subir a Dios». El llamamiento a la oración afectiva se realiza a veces «cuando la persona es movida con tan vivo deseo della por muchos días, y cuando siempre que se pone en ella se halla bien». La oración afectiva es para él de mayor utilidad que la intelectiva y pone seis razones: está menos sujeta a errores, es menos trabajosa, es más vehemente y eficaz, es más breve, más pronta y más fácil, nos une más a Dios, y es de muchos. Y concluye sus razones basándolas en autoridades: «Esta manera de oración está puesta en práctica en los Cantares y en los Salmos, y es la que enseñó Dionisio Aeropagita en su Mística Teología. De la misma manera han escrito varones píos y doctos grandes cosas». La fecha de composición de este libro es anterior a febrero de 1573, ya que para entonces lo había entregado al General de la Orden[7].

Saturnino Plaza Aguilar
Madrid (España)

[7] M. Andrés, *Los recogidos,* Madrid 1975, pp. 485-486.

Historia de una esperanza: la pasión de María

Relato novelado de inspiración bíblica

Todavía continúa aquella luz mortecina que todo lo envuelve, pero la explanada del Calvario está vacía, todo el mundo ha ido a refugiarse en sus casas, incluida la guarnición romana; solo unas pocas figuras permanecen en escena: los tres crucificados y algunos discípulos de Jesús, incluida su Madre. Ya no se oyen voces vejatorias ni risotadas obscenas, tan solo el ulular del viento entre las cruces y algunos sollozos entrecortados de las mujeres. En verdad que la Pasión de Jesús ha sido terriblemente dolorosa...; también para los suyos, especialmente cuando fue vista por los ojos de una Madre. Para Jesús ya todo pasó, pues, una vez muerto, ya no sufre más; sin embargo, no podemos decir lo mismo de los que quedan en pie, con sentimiento de orfandad, especialmente de aquel guiñapo de mujer que se retuerce ahora de dolor y de impotencia a los pies de la cruz, pues ya no le quedan más lágrimas. Aquella cruz le ha quitado todo lo que más quería en el mundo, su Hijo único. Ahora, solo espera que le devuelvan lo que de Él quedó.

María ha estado preparándose durante toda su vida para aquel momento, el de la «Hora de su Hijo», el momento de la Redención, pues sabía que habría de llegar, y se lo ha estado ofreciendo continuamente al Padre por la salvación de los hombres, pero nunca imaginó aquella crueldad extrema con su pobre Hijo. Por muy preparado que se esté, nunca se está lo suficientemente preparado cuando llega el momento, máxime cuando aquel momento desborda toda previsión. Y allí está, ahora, la esclava del Señor, en Ella se han cumplido plenamente las palabras de Gabriel (cf. Lc 1,28-37) y del anciano Simeón (cf. Lc 2,29-32), pero a diferencia de su Hijo muerto, que ya no sufre más, para Ella comienza verdaderamente, ahora, «la Pasión de María», pues para Ella sigue existiendo el dolor, no se ha cumplido todavía la última palabra, pues aún queda desclavar a su Hijo y darle sepultura, y queda terminar la Pascua sin su presencia…

¡Qué largos esos tres días en que Él le prometió regresar!…, pero esperará, como solo el corazón de una Madre sabe esperar, y el Padre se lo devolverá… entonces se cumplirá su Palabra, pues la última palabra no la tendrá la muerte, como todo ahora parece hacerle creer, sino la vida.

Desde Jerusalén llega corriendo José de Arimatea, un discípulo clandestino de Jesús, al que ya no le importa ser reconocido como tal, abiertamente, pues abandonó el Sanedrín para no tomar parte en el inicuo juicio perpetrado contra Jesús, y ya no tiene nada que perder, libre de toda atadura humana, incluidas las de

la fama y el qué dirán, pues más se deshonraron ellos, haciendo lo que hicieron. Trae consigo a dos obreros con una escalera larga, a los que ha pagado por descolgar los tres cuerpos y dar sepultura, en la fosa común, a los dos malhechores, pues, posiblemente, nadie más lo hiciera. Lleva en la mano el permiso del gobernador Poncio Pilato para descolgar y enterrar el cuerpo de Jesús, pero ya no hay ningún soldado romano allí para entregárselo. Ha comprado, también, un lienzo de lino para envolver su cuerpo y una mixtura de mirra para embalsamarlo, y le ofrece a María la posibilidad de enterrar a Jesús en su tumba, una tumba nueva, hecha para él y su familia no lejos de allí; para él sería un honor inmerecido, y para Ella una preocupación menos, ahora que está tan afligida… María, llena de gratitud por toda aquella hospitalidad, acepta.

Comienza, ahora, la difícil tarea del desenclavo del Maestro. Y María está atenta al menor movimiento de los obreros para que no se le haga aún más daño a su pobre Hijo. Y cada vez que se le escapa la tenaza a alguno de ellos, y lacera con ella su cadáver, es un nuevo dolor añadido. Tampoco deja que se pierda ni una sola gota de la sangre que sigue fluyendo por las heridas del difunto con cada movimiento; José de Arimatea se encarga de esta misión. Finalmente, todo el cuerpo de Jesús queda liberado de la sujeción de los clavos y comienza a ser descendido suavemente, gracias a un gran trozo de lienzo que pasa por debajo de sus axilas. María no permite que su Hijo toque el suelo y lo recibe en su regazo… ¡Cuánto tiempo hacía… desde que Jesús

era tan solo un Niño, que no lo cogía en su regazo! ¡Tan lleno de vida entonces y tan lleno de muerte ahora...!

María va recorriendo con sus manos el cuerpo inerte de Cristo, limpiando y besando cada una de sus heridas, como cuando de pequeño le limpiaba y le besaba «las pupas» que se hacía jugando. Pero, ahora, su Hijo no curará y sus heridas no cerrarán con los besos de su Madre... Ella bien lo sabe, pero sigue besándole, sin importarle nada más... El tiempo, para Ella, ha dejado de existir... Y mientras limpia y besa sus infinitas heridas, le canturrea una canción, quizá sea una nana a su Hijo «dormido», para que pueda descansar, ahora que su Mamá está allí y todo lo malo ha pasado... Su Hijo ha estado lejos de Ella por tres largos años y ahora no se irá; ahora es su turno y nadie le impedirá consolarlo... Ella le dará todo el cariño que los hombres no le han sabido dar. Y sigue besando heridas, limpiando sangre, salivazos y otras inmundicias de su pobre y rota piel. Parece que haya enloquecido de dolor, pero no es verdad... Es tan solo el amor extremo de una Madre ante su Hijo muerto.

De repente, su pequeña mano de mujer se cuela hasta la muñeca, sin querer, en la herida del costado; imposible describir con palabras la cara de sorpresa y desolación de María en aquel momento, ante aquel macabro descubrimiento, pues le ha parecido tocar el corazón roto de su Hijo a través de las costillas. Ahora sí que las lágrimas acuden nuevamente a sus ojos, mientras estrecha contra sí el cuerpo de su querido Hijo y lo mece, impotente, como cuando era Niño, gimiendo y

llorando desconsoladamente. Parece que estuviera haciendo visibles, a cuantos la rodean, las palabras del Libro de las Lamentaciones: «*Venid y ved si hay dolor semejante al mío*» (cf. Lam 1,12).

José de Arimatea comprende muy bien a María y le gustaría dejarla tranquila con su Hijo todo el tiempo que fuera posible, pero está muy inquieto, porque atardece y se aproxima la hora del descanso sabático, en que ya no se podrá hacer nada sin quebrantar la Ley del sábado. Su tumba no queda muy lejos, pero todavía hay que trasladar el cadáver, embalsamar el cuerpo, rodar la pesada piedra de la entrada y volver a casa, y ya van muy justos de tiempo. Así se lo hace saber a Juan, para que le ayude a arrebatarle a María el cuerpo de Jesús, ya que Esta no quiere ni separase de su Hijo ni que lo entierren, pues dice que resucitará, que Él lo ha dicho y que Ella cree en su Hijo, y lo sigue abrazando y meciendo entre sus brazos, entre sollozos y gemidos, sin importarle nada más, ni siquiera el sábado, pues «lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha comenzado»... ¡También Jesús lo había dicho!

María se siente sola, sola sin José y sola sin Jesús... Ya solo le queda la «fe», pues sigue creyendo en el Padre y, lejos de revelarse contra Él, todavía es capaz de decirle: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra*» (Lc 1,38)... Y según la *esperanza*, pues, contra toda esperanza, espera ver otra vez a su Hijo Jesús vivo, tal como Él lo prometió: «*Al tercer día resucitaré*» (cf. Mt 17,23). Y... según el *amor*, pues quiere amar, por amor a su Hijo, a todos aquellos que Jesús le

encomendó. Y... afortunadamente, también le queda el *perdón*, sin el cual es imposible el amor.

Perdón, no para Juan y Magdalena, pobrecillos, bien fieles han sido, sino para todos aquellos que tan insidiosamente le condenaron y tan cruelmente lo mataron, aunque Jesús dijera que no sabían lo que hacían... Y también para todos aquellos, sus discípulos, los cobardes, los huidos, que por miedo le negaron y abandonaron cuando más les necesitaba y, muy especialmente, para el pobre e impulsivo Pedro, que, en su debilidad, le negó tres veces, aunque tuvo el valor de seguirle en la distancia hasta meterse en la boca del lobo, y que ahora estará deshecho en lágrimas en cualquier rincón... ¡Ay! Si Judas hubiera sido más humilde y hubiera llorado su traición en lugar de desesperarse... ¡Qué no hubiera perdonado una Madre!... y, a fin de cuentas, su traición fue el detonante de la Redención, pero su soberbia lo llevó a la desesperación, y la desesperación al suicidio, y el suicidio a la condenación, convirtiéndose, aquel al que Jesús tanto amó y al que tantas oportunidades dio, en el «hijo de perdición».

María es sacada de sus reflexiones y apremiada una vez más a levantarse para poder enterrar a Jesús; no es que a Ella le guste hacerse de rogar, siempre tan diligente en todo y con todos y procurando no dar molestias a nadie, pero es superior a Ella, necesita imperiosamente recuperar esos tres largos años en que ha estado sin su Hijo, preocupada con las escasas y confusas noticias que de Él le llegaban e imaginando el resto en su corazón de Madre. Y necesita recuperar, también,

esos tres largos días que aún habrá de estar sin Él hasta que resucite. Además, algo en su instinto materno la empuja a retrasar lo más posible el momento de dejarlo solo, encerrado en una lúgubre y fría tumba…

Y, mientras lo abraza, su cabecita le sigue dando vueltas a todas las zozobras y angustias de aquel día, que han quedado para siempre grabadas a fuego en su lacerado corazón: ¿Cómo puede quedar oculto en una tumba, rodeado de tinieblas, Aquel que es «Luz de Luz» y «Luz del mundo», cuando su Luz fue encendida, precisamente, para dar luz y calor a todos los de casa (cf. Mt 5,15)?, ¿cómo puede la oscuridad vencer al «Autor de la Luz», y la muerte al «Autor de la Vida», a Aquel que decía de sí mismo: *«Yo soy la Resurrección y la Vida»* (Jn 11,25)?, ¿cómo pudo aquel *«Torrente de Agua Viva»* (Jn 4,14) decir, en la cruz, que tenía sed?, ¿cómo pudo manar tanta agua, después de la lanzada, como aquel torrente que salía del lado derecho del templo?, ¿cómo pudo recibir vinagre y hiel quien fue capaz de convertir el agua en vino, por el bien de unos novios?, ¿cómo pudo…?

Y Magdalena que, más que nunca, es una hija para Ella en estos momentos de dolor, la llama por su nombre y la besa con toda la dulzura posible: «María…, María… ¡Madre!…» y, entre zalamerías y caricias, intenta convencerla, una vez más, con todo el cariño del mundo, de la urgencia y necesidad de levantarse ya de allí y dar sepultura a Jesús, conforme dicta la Ley de Moisés, antes de que sea demasiado tarde para ha-

cerlo, pues el sábado se echa encima a pasos agigantados. Y María, con un gran desgarro interior, cede ante la evidencia y llora desconsolada, abrazada a Magdalena, mientras los hombres se llevan el cuerpo de su Hijo en unas parihuelas improvisadas, hechas con el lienzo del descendimiento. María trata de seguirles, avanzando tan rápido como puede, pues quiere hacer Ella misma todas las tareas de embalsamar a su Hijo, pero no puede, está exhausta después de tanta angustia y de tanto sufrimiento. La espada de la que habló Simeón (cf. Lc 2,35), tan hondamente clavada en su alma, es un peso excesivo para Ella, y Magdalena tiene que cargar con María y con su espada de dolor, de la misma manera que el Cirineo tuvo que cargar con el peso excesivo de la cruz de Jesús, pocas horas antes (cf. Mc 15,21).

¡Es realmente bello el lugar donde está escavada la tumba del de Arimatea! Es un jardín frondoso y bien cuidado. No debe existir en toda Judea un rincón tan encantador y delicado como aquel; un rincón que le ayudará a María a mitigar el dolor de la separación, cuando recuerde a su Hijo reposando en tan bello lugar... Los hombres ya han llegado a la tumba y han depositado el cuerpo de Jesús sobre la mesa de los embalsamamientos, dispuestos a comenzar su labor, pero es muy tarde y no dará tiempo a realizar el ritual completo; tendrán que conformarse con lo fundamental y volver, pasado el sábado, a terminar su tarea. Poco después llegan las dos mujeres, exhaustas, a las que se les hace saber la decisión tomada. Aquello supone un nuevo sufrimiento

para María, que ni siquiera puede sepultar debidamente a su pobre Hijo; pero, resignada, acepta y le ofrece a Dios un nuevo sacrificio.

Rápidamente envuelven el cadáver de Jesús en la larga tela mortuoria, y aseguran la mortaja con tiras de tela que anudan en diversos sitios. Ni siquiera lo depositan en un nicho, pues la idea es volver lo antes posible a terminar el trabajo.

María se apoya en aquel bulto que es ahora su Hijo, se tapa los ojos con la mano derecha, en señal de oración, y empieza a entonar un salmo a Dios; todos la imitan. Después, es preciso arrancarla de allí. En su dolor, María no entiende que deba dejar a su Hijo tan pronto, pero nuevamente la insistencia y la ternura de Magdalena obran maravillas con aquella pobre Madre y, finalmente, los hombres pueden rodar la piedra de la entrada y todos regresan a la ciudad, camino del Cenáculo. Nada más irse, una guarnición de soldados herodianos procedente del Templo, que ha estado oculta aguardando, instala allí su campamento para evitar que nadie se acerque a la tumba, y han sellado la piedra para que nadie la mueva, pues también recuerdan la promesa del Nazareno de resucitar al tercer día, y no quieren que ningún discípulo listillo le dé cumplimiento robando el cuerpo de su Maestro y anunciando después que ha resucitado... Aunque, a decir verdad, en su abatimiento, ningún discípulo recuerda ya que Jesús prometiera tal cosa... ¡Solo María!

María está sumida en el dolor de no poder estar más tiempo con su Hijo muerto, porque el sábado se estaba

echando encima, ya pronto se vería la primera estrella que indicaría el comienzo del Shabbat. Además, el ruido producido por la piedra del sepulcro al rodarse, al igual que el sonido seco que produce la primera palada de tierra sobre el ataúd del ser querido, que siempre retumba en el alma y aviva nuestra conciencia de la pérdida sufrida, devolvió a María a la cruda realidad. Y Ella, agotada, se derrumbó... Su Hijo resucitaría, sí, pero tres días eran demasiado tiempo y no podría aguantar mucho más, pues se sentía morir de dolor... y la única verdad era que, ahora mismo, su Hijo estaba muerto, ya no tenía más Hijo, ya no podría abrazarlo ni besarlo ni mover aquella piedra para recuperarlo... Magdalena nuevamente abrazó a María y con dulzura la consoló.

El camino de regreso al Cenáculo transcurrió sin novedad. La ciudad no estaba lejos y, cuando llegaron a la casa, las otras mujeres, que esperaban ansiosas y angustiadas su regreso, abrazaron a María y a los demás, llorando a lágrima viva; pero María se hizo fuerte y las estuvo consolando y confortando a todas, como si el Hijo muerto fuera el de ellas y no el propio. Cuando todos se hubieron repuesto de la excitación del encuentro, comenzaron a sonar las novedades. María no tenía fuerzas para contar todo lo sucedido, por lo que Juan y Magdalena fueron contando los dramáticos sucesos que habían presenciado, deteniéndose más en la muerte y el entierro del Señor. María tan solo escuchaba, asentía y suspiraba.

Entonces hablaron las otras mujeres, diciendo que a lo largo de la tarde algunos apóstoles habían ido regresando, a escondidas, al Cenáculo y que estaban completamente abatidos y en un estado de lamentable abandono, en la sala de la Cena, tirados por el suelo, apoyados en las paredes, sin hablarse entre ellos, con rostros huraños, miradas perdidas y llorando la mayor parte del tiempo, sin querer comer ni beber, reprochándose lo sucedido: su cobardía, el haberse dormido, el no haber defendido al Señor ni haberse dejado apresar con Él, el haber huido... El último en regresar había sido Pedro, con el rostro desencajado, los ojos enrojecidos de haber llorado todo el día, hundido por la culpa y ahogado en llanto. De Tomás nada se sabía, y Judas ya no volvería más, pues habían encontrado su cadáver, con una soga alrededor del cuello. María no se hace esperar, recupera la diligencia de siempre y se dirige hacia la sala de la Cena, donde están los abatidos apóstoles de su Hijo y, al abrir la puerta, contempla un cuadro dramático: ya no son los altivos discípulos de su Hijo, que se comían el mundo con los milagros que hacían y que iban a todas partes, a la sombra de su Hijo, recibiendo los elogios y las adulaciones que su Hijo rechazaba y que a ellos les hacían sentirse tan distinguidos, que incluso porfiaban entre ellos para ver quién sería el primero y el más importante de todos en el reino de los cielos y el sucesor de su Hijo, cuando este muriera... ¿Ruindad, ignorancia, mezquindad... o tan solo el pecado y la debilidad humana?

¡Quién les vio y quién les ve!... Cada apóstol llora, ahora, su miseria, aislado del resto de sus compañeros.

Se han convertido en gente sin esperanza y sin consuelo; hombres rotos, deshechos, destruidos, que gimotean como niños... Realmente son «*como ovejas sin Pastor*» (Mc 6,34), pues muerto el Maestro, herido de muerte el Pastor, se ha dispersado su rebaño, a pesar de que estos pobres corderos, encerrados en su propia tragedia, hayan acertado a reunirse aquí. Ya nadie quiere ser el primero ni el más importante ni el heredero del reino, ya no quieren poder ni prestigio, sus sueños de grandeza se han esfumado. Ya solo saben que no saben vivir sin Jesús, ojalá que Él estuviera allí, pero Él no volverá, ha muerto... ¡muerto!... y eso les causa una terrible angustia y un hondo pesar, pues, en ellos ya no hay atisbo de esperanza, viven la desolación de la muerte; su mente está embotada y no recuerdan, para nada, la promesa del Maestro de resucitar al tercer día, tal vez nunca la entendieran y la rechazaron por absurda, yendo a lo práctico y palpable del aquí y ahora.

María siente lástima por todos ellos y, súbitamente, comprende su misión en esta hora de dolor, sabe que debe olvidarse de su dolor de Madre y de sus propias heridas, para abrirse al dolor y las heridas de aquellos otros hijos que ahora la necesitan; algo que no ha parado de hacer, desde entonces, por cada uno de nosotros, pobres discípulos de su Hijo, a través de los tiempos y de la geografía del mundo. Y se va acercando a cada uno de ellos, les llama por su nombre, les acoge, les escucha, les perdona y quedan reconfortados; especialmente Pedro, a quien el pecado de su triple negación le está destruyendo y a quien el perdón de la Madre le saca de su hundimiento y le abre nuevamente a

la vida. Después les reúne en torno a sí y con dulzura les repite la promesa del Salvador de resucitar al tercer día, pero es inútil, no entienden nada, no esperan nada; alguno, incluso, vuelve a su abatimiento.

¡Es el momento de dejar de hablar y de ponerse a orar!... María vuelve a su cuarto, cierra la puerta, y adopta la misma postura de la noche anterior, con la cara entre las manos, apoyada en su cama. Apenas ha probado bocado y no lo probará... ¡Qué sola se siente siendo la única que cree y espera, todavía, con fe y contra toda esperanza, en la resurrección de su Hijo!... Aunque todo la invite a «tirar la toalla» y a reconocer que todo acabó allí, tras aquella pesada piedra, en el interior de aquella lúgubre tumba;... pero de ahí a creer que jamás tuvo un Hijo y que ese Hijo jamás fue el Mesías, solo hay un paso... Debe resistir firme en la fe y orar, orar con fuerza... Ojalá acelerara, con su oración, la resurrección de su Hijo, para que los suyos crean, para que el mundo crea, para que la humanidad se salve. Y así, la noche primero, y el alba después, la sorprenden en aquella postura y en aquella oración. María: «Intercesora ante el Padre», «Auxilio de los cristianos», «Mediadora de todas las gracias».

Y con el primer rayo de la aurora que se filtra por su ventana, entra Jesús en su cuarto, glorioso, resucitado, majestuoso, bellísimo... y, apoyando su mano sobre la cabeza de su Madre, le dice con cariño: «¡Mamá!»

P. Juan José Cepedano Flórez, CMM
Madrid (España)

LITURGIA

«Psalterium meum, gaudium meum».

Los Salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (I)

«No hay ningún aspecto de la vida interior,
ningún género de experiencia religiosa,
ninguna necesidad espiritual del ser humano
que no este representada y vivida en los Salmos»
(Thomas Merton)

Introducción

Imaginemos que somos viajeros, que partimos por primera vez hacia un país desconocido (cf. Gn 12,1). Es normal que experimentemos un poco de ansiedad, mezclada con alegría. De hecho, en estos artículos trataremos de explorar algunos caminos nuevos con la misma confianza del salmista cuando afirma: «aunque pase por valles oscuros, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo» (Sal 23,4).

En este viaje nos adentraremos en el «libro de oración» por excelencia, el libro de los *Salmos*, que recoge

las oraciones diarias que tanto los judíos como los cristianos rezan, y de él reciben la savia para nutrir su fe en el Dios vivo. En particular, el Salterio es el canto que marca el ritmo de las horas de la noche y del día, acompañando en la oración personal y comunitaria a monjes, monjas, religiosos, religiosas, sacerdotes, laicos y laicas. Es el libro bíblico más cantado, leído, orado y comentado porque, «acostados, despiertos o caminando por el camino» (cf. Dt 6,7; 11,19), uno está siempre en compañía de una multitud de hombres y mujeres que cantan y rezan estas oraciones o poemas inspirados. ¡Nunca el cristiano está solo! En toda oración cristiana, y particularmente en esta, podemos experimentar la presencia del Cristo total, Cabeza y miembros. Esto ya lo intuyeron los Padres de la Iglesia, y a este propósito afirma el Papa Juan Pablo II:

> Los Padres de la Iglesia añaden que en los salmos se habla de Cristo, o incluso que es Cristo mismo quien habla. Al decir esto, no pensaban solamente en la persona individual de Jesús, sino en el *Christus totus*, en el Cristo total, formado por Cristo cabeza y por sus miembros. Así nace, para el cristiano, la posibilidad de leer el Salterio a la luz de todo el misterio de Cristo. Precisamente desde esta perspectiva se descubre también la dimensión eclesial, particularmente puesta de relieve por el canto coral de los salmos[1].

[1] JUAN PABLO II, *Audiencia General,* miércoles 28 de marzo de 2001.

El «arte de la oración»[2] es un ejercicio de belleza, un canto de liberación interior. Solo en el estudio de los salmos y en la vida de oración descubriremos el misterio de sus grandezas, para que todos puedan participar activa, consciente y fructuosamente.

¡Cuán importante y necesario es usar los salmos de una manera intensa y profunda!

«Psallite sapienter»[3] (Sal 47,8). Al presentar su valiosa colección de comentarios judíos tradicionales sobre el Salterio, Mello cita un versículo del Salmo 61: «Que yo habite en tu tienda para siempre, refugiado al amparo de tus alas» (v. 5). Recuerda que los dos gestos –habitar en la tienda del Señor y refugiarse al amparo de sus alas– terminan el acto del rey de dejar su palacio para ascender al templo:

> «Refugiarse a la sombra de las alas» del Altísimo es colocarse bajo la protección de Dios, así como «habitar en la tienda» indica la entrada al templo, ahora en piedra y ya no el simple pabellón móvil del éxodo. Luego afirma: «Estas dos expresiones, que se encuentran juntas en el Salmo 61,5, significan, ni más ni menos, «rezar los salmos»[4].

Hablando de la oración, la encíclica *Mediator Dei* afirma: «el ideal de la vida cristiana consiste en que

[2] Id., *Novo millennio ineunte*, n. 32.
[3] «¡Salmodiad a Dios con destreza!»
[4] A. Mello, *Leggere e pregare i Salmi* (Spiritualità biblica), Qiqajon, Magnano (BI) 2008, p. 5.

cada uno se una con Dios íntima y constantemente»[5]. El objetivo de toda oración es precisamente ese, entrar en contacto con Dios, ser conscientes de su presencia en nuestra vida, atender a esa presencia para que no pase desapercibida, pues se trata siempre de una presencia salvadora, sanadora. Después de haber rezado muchas veces los salmos, después de haberlos saboreado detenidamente, después de comprender hasta qué punto nos ponen en comunicación con el misterio de Dios, podemos exclamar con san Agustín: «psalterium meum, gaudium meum»[6] (*salterio mío, gozo mío*). Los salmos constituyen para nosotros una verdadera escuela de oración. El Papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Novo millennio ineunte* insiste con fuerza en que la oración tiene que ser una de las notas e incluso de las urgencias del cristianismo del nuevo milenio; es más, las mismas comunidades cristianas deben convertirse en verdaderas escuelas de oración para poder

[5] PÍO XII, *Enc. Mediator Dei*, 20.XI.1947, *AAS* 39 (1947) 572.

[6] SAN AGUSTÍN, *Enarrationes super Psalmos PL* 37,1775. El conocido teólogo y arzobispo B. Fuerte comentó esta célebre expresión de san Agustín diciendo así: «Estas palabras de san Agustín conmueven por dos razones. La primera es el uso del adjetivo posesivo en relación con el libro de los Salmos: parece que Agustín lo percibe como su posesión, algo que ama profundamente y por lo que se siente atraído, dejando salir de esta manera una nota de intimidad, revelando su profunda relación con Dios. Es precisamente esta relación de amor con el Señor, transmitida por el recurso a la oración de los Salmos, la que explica cómo son fuente de alegría para el santo obispo de Hipona: quien se ama y se reconoce como amado experimenta la alegría y la belleza de existir». *I Salmi: voce del dialogo fra Dio e il suo popolo*, Chieti, Scuola della Parola, 24 Febbraio 2011.

responder a la sed de Dios que albergan muchos de nuestros contemporáneos:

> nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «escuelas de oración», donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios»[7].

Los *Salmos* son nuestra oración diaria, una inmensa y maravillosa herencia que nos ha sido dada por la Iglesia. En tiempos más recientes, haciéndose un eco vivo de la tradición secular, Benedicto XVI afirmaba que en el Salterio «encuentra expresión toda la experiencia humana con sus múltiples facetas, y toda la gama de los sentimientos que acompañan la existencia del hombre. [...] Toda la realidad del creyente confluye en estas oraciones, que el pueblo de Israel primero y la Iglesia después asumieron como mediación privilegiada de la relación con el único Dios y respuesta adecuada a su revelación en la historia»[8].

[7] JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n.33.
[8] BENEDICTO XVI, Audiencia general, miércoles 22 de junio de 2011.

Recordemos que los Salmos, antes de ser la oración de la Iglesia, fueron la oración del mismo Jesús. El Señor recitó y meditó los Salmos, e incluso los vivió. Por eso, puede decirse con certeza que expresan algo de su misterio, y, por tanto, olvidarlos nos llevaría a mutilar el misterio mismo de la Encarnación.

En estos artículos dedicados al Salterio, o libro de los *Salmos,* trataremos: en primer lugar, *los aspectos más generales*; en segundo lugar, la multiplicidad de géneros literarios, es decir, *las diferentes formas de oraciones*; en tercer lugar, trataremos sobre la lectura cristiana-espiritual-litúrgica del Salterio; y, a modo de conclusión, ofreceremos un final de este viaje salmódico.

Daniele Di Filippo, O. Carm.
Salamanca (España)

TESTIGOS

Beato Buenaventura García Paredes, mártir (78 Maestro de la Orden de Predicadores)

Infancia y juventud

Fray Buenaventura de San Luis Bertrán García Paredes[1] nació y fue bautizado el 19 de abril de 1866 en Castañedo de Valdés, Luarca (Asturias). Recibió una óptima formación en el hogar paterno, en el que apuntaron signos de vocación religiosa. Tuvo un hermano sacerdote y también durante algún tiempo una hermana dominica en el convento de la Anunciación de Ávila. En la niñez pastoreó el rebaño de ovejas de sus padres, y realizó estudios primarios en el pueblo natal y en una preceptoría, aconsejado por el dominico fr. Esteban Sacrest, que había misionado en su parroquia. Ingresó, después, en la escuela apostólica o seminario menor de Corias (Asturias), donde cursó dos años, tras de los

[1] *Matritensis Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Bonaventuræ García Paredes*, O.P., Michaëlis Leibar e Societate Mariæ et quadraginta sociorum in odium fidei, uti fertur, interfectorum, Romæ 1995, vols. I – II (= *Positio*).

cuales sus maestros lo consideraron apto para comenzar el noviciado. Sin embargo, por problemas de salud, se restituyó a la familia, tal como le aconsejaron los superiores de Corias. Una vez restablecido, se dirigió a la escuela apostólica de Ocaña (Toledo), perteneciente a la Provincia del *Santísimo Rosario de Filipinas.*

Comenzó el noviciado el 30 de agosto de 1883, y ocupó en Ocaña la habitación que adjudicaron años antes a san Valentín de Berrio-Ochoa. Hizo la profesión simple el 31 de agosto de 1884, y la solemne el 8 de septiembre de 1887. Tuvo como maestro a fray José Trobat, que fue misionero en Vietnam. Estudió filosofía en Ocaña y teología en Ávila. Cumplido el tercer año del ciclo teológico lo enviaron a la Universidad de Salamanca, a cursar derecho civil, que luego continuó, junto con filosofía y letras, en las Universidades de Valencia y Madrid, donde consiguió el doctorado en 1897, con una tesis titulada: «Santo Tomás y la estética moderna. Necesidad de restaurar el pensamiento estético del Angélico Doctor en la ciencia de lo bello». Obtuvo el doctorado en derecho civil en 1898 con una tesis, que tituló: «La Iglesia y el Estado en la teoría jurídico-social de Santo Tomás, comparada con las teorías modernas sobre el mismo asunto». El orden del presbiterado lo había recibido en Salamanca el 25 de julio de 1891, de manos del obispo Juan Muñoz y Herrera.

Profesor y superior

En 1899, tiempo muy difícil para las Islas Filipinas, fue destinado a Manila y allí se examinó y le otorgaron el *lectorado en teología*, que le abría las puertas para

dedicarse a la docencia en los Estudios generales de la Orden. En 1900 le encargaron la cátedra de derecho político y administrativo en la Universidad de Santo Tomás. Escribió en el diario católico *Libertas*, del que fue director. Con feliz éxito abogó ante el tribunal supremo de Manila a favor del derecho correspondiente a determinados bienes eclesiásticos. En 1901 lo eligieron Prior del convento de Santo Tomás de Ávila. Mereció en alto grado el aprecio de los habitantes de la ciudad, así como de las autoridades civiles y eclesiásticas. Dio clases de derecho canónico en el seminario conciliar. Continuó la *Historia Eclesiástica* del P. Francisco Rivas, editada en tres tomos en Madrid en 1877. Recordaban que en Ávila ayudaba positivamente a los estudiantes, exigente con los que podían rendir más, sumamente caritativo con los enfermos y con todos. En Santa María de Nieva (Segovia) fundó en 1904 un colegio de enseñanza media, abierto al alumnado de la población y de otras localidades vecinas. Los colegiales internos llegaron pronto a 84, a los que se unían externos de primera y segunda enseñanza. En 1910 lo eligieron Prior del convento de Ocaña. Asistió al capítulo provincial de Manila y, el 14 de mayo del mismo año 1910, recayó en él la elección como Prior provincial.

Al frente de la Provincia del Stmo. Rosario de Filipinas

Se trataba entonces de la Provincia más numerosa de la Orden, con cerca de seiscientos hermanos. En una circular, de 10 de noviembre de 1910, comenzaba suplicando oraciones y colaboración. Señalaba como camino orientador las constituciones y el conocimiento de

la historia gloriosa de la Orden, llena de enseñanzas, a las que deseaba con toda el alma permanecer dócil y fiel. Las graves necesidades de los tiempos obligaban a trabajar con esfuerzo y constancia. Llevaban catorce años luchando con dificultades de todo género, que afectaban especialmente al territorio filipino, pero daba gracias porque el Señor sostenía en los esfuerzos. Albergaba la esperanza de alcanzar la deseada victoria. «En todas las grandes tribulaciones que en este tiempo hemos sufrido, la protección especialísima de nuestra Madre y Patrona la Virgen del Rosario ha estado siempre con nosotros y se ha hecho sentir claramente y la hemos experimentado con una eficacia victoriosa y consoladora».

Se esforzó grandemente en la promoción de las misiones. Se preocupó de los misioneros, de su salud y, para mantenerla, pidió determinadas dispensas a la Santa Sede, en septiembre de 1910. Visitó más de una vez regiones inmensas de China, Japón, Vietnam. Erigió hospitales, colegios para la formación de niños y jóvenes de ambos sexos. Se destacaron los colegios de Fochoow, en la provincia china de Fokien, el de Taipeh, en la isla de Formosa, y el de Pampanga, en la región central de la isla filipina de Luzón, donde se admitía a niñas pobres y huérfanas a partir de 1911. Cedió campos misionales en China a la Provincia de Teutonia, y en Vietnam a la de Lyon. Fundó en octubre de 1917 la revista «Misiones Dominicanas». Deseaba que fuera reflejo de cómo se propagaba el reino de Cristo en los muy vastos territorios confiados a su Provincia, y que la publicación periódica diera a conocer las fatigas de los misioneros,

así como el fervor de los nuevos cristianos. En el primer número se presentaba ya a santo Domingo como *modelo de misioneros*.

Planificó y construyó la sede central para la curia provincial en Manila. En 1911, al cumplirse los trescientos años de su fundación, adquirió 50.000 m² para la ampliación de la Universidad de Santo Tomás, y colocó la primera piedra de los nuevos edificios. Por mandato del capítulo provincial de 1910 fundó en 1912 una escuela apostólica en La Mejorada (Olmedo, Valladolid). Organizó los estudios y la dotó de un reglamento. Deseaba la «formación del corazón» y conseguir «el hombre de la gracia», sin destruir «el de la naturaleza». La salud y el estado robusto de las fuerzas corporales era condición indispensable para la vida espiritual de los niños y jóvenes, sobre todo para la vida propia de la Orden. Extendió la presencia de la Provincia hacia los Estados Unidos de América del Norte (Tangipahoa, y Centro de estudios teológicos de Rosaryville, Nueva Orleáns, Luisiana, inaugurado el 16 de noviembre de 1911).

Terminados los cuatro años de su servicio como provincial continuó en el cargo por voluntad explícita del Papa san Pío X y por el tiempo que la Santa Sede estimara oportuno. Concluido el encargo en 1917, todavía en tiempo de la primera guerra mundial, se encargó de la construcción y lo hicieron superior de una casa de la Provincia en Madrid (c/ Conde de Peñalver, entonces calle Torrijos, nº 28). Esta comunidad en 1921 contaba con seis frailes, de los cuales tres han sido inscritos en el catálogo de los beatos, y uno más está en proceso de

canonización. Además del beato Buenaventura puede recordarse a los beatos *Manuel Álvarez Álvarez* (Quirós, Asturias, 1871 - Madrid 14 de septiembre de 1936) y *José Luis Palacio Muñiz* (Tiñana, Siero, Asturias, 1870 – Algodor, Madrid, 25 de julio de 1936), que *fue uno de los pioneros en las Selvas Amazónicas dominicanas*. El cuarto, en la actualidad siervo De Dios, es *José Mira Lloret* (Alcoy, Alicante, 1872 – Ocaña, Toledo, 11 de agosto de 1936). Durante nueve años se entregó fr. Buenaventura al apostolado y dirección espiritual, tanto de seglares como de religiosas, dominicas o de otras Congregaciones. Entre las personas aconsejadas por él se contaba *D. Antonio Maura*, por cinco veces Presidente del Gobierno español.

Maestro de la Orden

El 22 de mayo de 1926 fue elegido como 78 sucesor de santo Domingo. En la primera carta a sus hermanos pidió colaboración sincera y ayuda en la plegaria, porque se atravesaban tiempos difíciles y hasta de persecución. La primera guerra mundial (1914-1918), entre otras causas, dejó desoladas o afectadas por graves heridas algunas Provincias: «¡Cuánto derramamiento de sangre!», exclamaba. Se proponía con la ayuda de Dios poner remedio. Anhelaba una Orden robusta en su constitución orgánica, rica en la acción sobrenatural por la santidad de vida y la observancia regular, con renombre por la firmeza y esplendor de la doctrina, incansable en el ministerio apostólico, abierta a las misiones, con aprecio por la vida espiritual —de manera velada se podía ver una alusión a la ingente obra llevada a cabo

por el siervo de Dios Juan G. Arintero[2]—, comprometida de manera habitual y permanente en la enseñanza de la sagrada doctrina, en ascenso continuo por la vía de la perfección, con celo apostólico proveniente de manera exclusiva de la caridad. Pretendía alcanzar una verdadera comunión con sus hermanos, acerca del modo de concebir y estimar la naturaleza, fin y medios esenciales propios de la Orden, y así manifestaba con claridad meridiana su pensamiento, deseos, objetivos y norma de gobierno[3]. En la primavera de 1927 dirigió también un mensaje a las monjas y hermanas, sustancialmente unidas al árbol de la familia dominicana. Entendía que la multitud de Congregaciones no quebraba la unidad original, ni cambiaba la naturaleza y cualidad de la sangre entre los seguidores de santo Domingo. Eran más de 4.600 religiosas de vida claustral, y sobre 20.000 las hermanas de vida apostólica, que se multiplicaban por todas partes: «Nos vivifica uno y el mismo espíritu de familia; late en todo corazón dominicano un mismo amor hacia el bien común de la Orden; el mismo

[2] Murió durante su mandato, el 20 de febrero de 1928. Al dar la noticia de modo breve, se escribió en la publicación *Analecta*: «En la muerte como en la vida brilló por su eximia virtud, impregnada de suave piedad y serenidad. Su continuo coloquio con Jesús no cesó sino con la muerte, que recibió alegre y con los ojos fijos en una imagen del Amor Misericordioso». AOP 18 (1927-1928) 459-460. Ver una nota necrológica en pp. 524-527.

[3] Carta del 25 de diciembre de 1926, en AOP 18 (1927-1928) 9-21.

ardor en el sagrado apostolado recibido del Santo Fundador, el cual arde como una llama en nuestras voluntades y aspira a lo mismo de manera unánime»[4].

Actividad como Maestro

Con el fin de adaptar las constituciones al nuevo código de derecho canónico nombró dos comisiones (1926); entre los miembros de la primera se hallaba el que ha sido elevado a los altares juntamente con él, es decir, el *beato Vicente Álvarez Cienfuegos*. El 10 de febrero de 1927 instituyó una nueva comisión para examinar las constituciones de las monjas y presentarlas a la aprobación de la Santa Sede. La presidió fr. Juan Casas, de la provincia de Andalucía.

Siguió con sumo interés la vida de la Orden. En 1927 promovió una solemne celebración en honor de santo Tomás de Aquino en la basílica de Santa María *sopra Minerva* de Roma. La fiesta académica de 1928 se celebró, no en la pequeña aula del «Angelicum», sino en el aula magna de la Cancillería apostólica, al frente de la cual se hallaba el cardenal Andreas Früwirth, O.P. Siguió con interés la marcha de los centros de estudio. Nombró director de *l'Ecole Biblique* de Jerusalén a fr. Paul Dhorme, y asistió personalmente a una conferencia que dictó en el «Angelicum» sobre *la sabiduría de los antiguos*. Se mantuvo cercano a los hermanos y hermanas de México en la dura persecución religiosa que padecieron, cuando algunas hermanas tuvieron que refugiarse en La Habana (Cuba). Lo mismo hizo cuando fue

[4] AOP 18 (1927) 122-127.

devastada la Santa Infancia de Foochow (China), en enero de 1927. Devolvió a sus primitivos límites la antigua Provincia de San Jacinto de Polonia (2 de julio de 1927), deseando que tal medida condujera a una renovación del espíritu en Cristo.

A principios de julio de 1927 había visitado las comunidades de Friburgo. En el mes de septiembre estuvo en España. En octubre nombró Regente del «Angelicum» a fray Mariano Cordovani, hasta entonces profesor de teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. El centro de estudios «Angelicum» contaba a principios de 1928 con 430 alumnos, de los cuales 80 pertenecían a la Orden. La Universidad de Friburgo, en Suiza, tenía matriculados algo más de 600. El 14 de octubre de 1927 envió una carta de apoyo al presidente del comité constituido en Siena para restaurar la basílica de Santo Domingo y deseaba en la misiva que volviera a florecer, bajo el cuidado de los dominicos, el esplendor del culto y la devoción a Santa Catalina. A finales de 1927 nombró a fray José Espina, de la Provincia del Rosario, como representante suyo para preparar una exposición misionera dentro de la magna exposición internacional de las industrias que estaba programada para 1929 en Barcelona.

En el mes de junio de 1927 dirigió una carta de aliento a los misioneros de Canelos, en el Ecuador, asegurándoles que cumplían con el fin de la Orden, que es la salvación de las almas mediante la predicación, empleada en alto grado por santo Domingo. Envió también

una carta de felicitación a fr. Ceslas Rutten, por la intervención que tuvo en el senado de Bélgica defendiendo la justicia social y la caridad evangélica, fines que con plena conciencia perseguía la Orden; aprobaba de corazón el apostolado social que llevaba entre manos, exhortándole a que lo prosiguiera. Rutten, en 1928, levantó también su voz en el mismo senado en favor de la paz en México y contra la persecución religiosa que azotaba al mencionado país. En tal circunstancia recordó la labor en el siglo XVI del hoy siervo de Dios *fray Bartolomé de las Casas*[5]. Estuvo en Valencia y presidió la apertura de curso del Estudio General el 17 de septiembre de 1928[6]; el 30 de octubre firmó las ordenaciones para el convento de Santo Tomás de Ávila[7]; el 1º de noviembre estaba en Francia con el propósito de hacer la visita y, desde allí, se reintegró a su sede en el «Angelicum». El 14 de noviembre le concedió una audiencia Pío XI.

El 9 de junio de 1928, tras superar no pocas dificultades, se consiguió del gobierno italiano que volviera a la Orden «pleno iure» el monasterio de Santo Domingo y San Sixto de Roma. Se deseaba trasladar allí el Colegio «Angelicum», que el Maestro de la Orden beato Hiacinthe Mª. Cormier había inaugurado en la *via San Vitale*. El P. Paredes venía trabajando para conseguir este objetivo desde hacía casi dos años. La misa de apertura del curso 1928-1929 se celebró ya en la iglesia de

[5] AOP 18 (1927-1928) 457.
[6] Archivum Generale O.P., XIII, 21075, *Relatio de studiorum statu* (1928-1929).
[7] *Copia Pública*, *Escritos*, pp. 228-232.

Santo Domingo y San Sixto, y tuvo la lección solemne fr. Reginald Garrigou-Lagrange. En este curso los alumnos llegaron a 490, de los cuales 77 eran de la Orden. El 20 de junio de 1928 firmó una carta dirigida a toda la Orden en la que declaraba a san Luis Bertrán patrono especial de los Noviciados.

El 30 de marzo de 1929 el cardenal Pietro Gasparri le comunicó, en nombre del Santo Padre Pío XI, la *aceptación de la renuncia* que había presentado. El Papa —se decía en la carta del cardenal— había aceptado la dimisión con mucha dificultad o desagrado —*ægerrime*. Pero en la aceptación había pesado sobre todo la consideración de su salud. Se reconocían sus méritos y se alababa el desempeño del oficio de Maestro a lo largo de casi tres años[8]. Unos días más tarde el Prefecto de la Congregación de Religiosos nombró Vicario general hasta el próximo capítulo al ya nombrado fr. Juan Casas, Socio del Maestro, nacido en Cataluña e hijo de la Provincia de Andalucía.

Tras una breve estancia en Madrid, a principios de junio de 1929 se dirigió al convento de Ocaña (Toledo), donde, en conformidad con las constituciones, eligió su domicilio. Fue su antiguo noviciado y casa de formación de tantos misioneros mártires en el Vietnam. Desplegó una actividad apostólica y así, por ejemplo, en julio de 1930, dirigió ejercicios espirituales a las hermanas dominicas de la Anunciata en Oviedo, entre cuyos miembros se hallaba la hoy *sierva de Dios Dominga Benito*

[8] AOP 19 (1929-1930) 136-137.

Rivas, quien consignó el hecho en la crónica de la comunidad. Se desplazaba con frecuencia de Ocaña a Madrid y, en la iglesia dominicana de Nuestra Señora del Rosario (Conde de Peñalver), se dedicaba a la dirección espiritual, al servicio del culto y a la predicación. Aconsejaba especialmente la oración mental. Traslucía un espíritu sobrenatural y un ánimo ecuánime y acogedor. Reflejaba las virtudes de un santo.

Persecución y martirio

Desde Ocaña vivió con especial preocupación las elecciones que se celebraron en España en febrero de 1936, y así escribía a una familia, un mes más tarde: «Habréis tenido que soportar las consecuencias de los malos tiempos para la vida, agravados con los acontecimientos lamentables de la pasada campaña electoral. En esto último también por acá pasamos lo nuestro. No sé lo que Dios tendrá para con nosotros. Es Padre y no abandonará a los hijos, aunque no lo merezcamos [...]. Mandad a este pobre viejo de cuerpo y alma. Y que Dios nos conceda tiempos menos duros de llevar. Sobre todo, que nos conceda vivir en su fe y en su gracia. Rogad por mí; yo ruego también por vosotros».

Se hallaba en Madrid a mediados de julio de 1936, en el convento ya mencionado de Nuestra Señora del Rosario, que fue asaltado el domingo 19 de julio de 1936. Se encontraban en la comunidad 15 religiosos, unos por asignación y otros de paso, de los cuales 11 han sido beatificados el 28 de octubre de 2007. El beato Buenaventura había salido del convento la víspera del asalto, invitado por D. Pedro Errazquin, que

ofreció refugio también a otros frailes. Un mes antes había escrito a esta familia Errazquin-Garmendia, a la que había comenzado a tratar en 1915 en Filipinas: «Yo ya no puedo sobreponerme a la abrumadora realidad que sufrimos. Solamente esperando en la misericordia de Dios cabe concebir alguna esperanza»[9]. Mientras estuvo refugiado en casa de D. Pedro Errazquin iba a celebrar la Eucaristía a un oratorio. Este hogar, sin embargo, estaba sometido a estrecha vigilancia policial. Por tal razón, le buscaron a finales de julio alojamiento en el «Hotel del Carmen», en la Plaza de Santa Bárbara. Al fin el señor Errazquin sufrió torturas en la *checa*, y fue asesinado en la Pradera de San Isidro de Madrid, porque le encontraron en casa el cáliz que pertenecía al beato Buenaventura. Convencido este último del cerco policial a que estaba sometido su refugio se trasladó a una pensión llamada del «Infante Don Juan», en la calle Recoletos.

En la clandestinidad se preparaba para la muerte. Rezaba el breviario y el rosario, administraba el sacramento de la confesión a algunas personas residentes. Pudo, incluso, celebrar la Santa Misa. Decía una testigo: «El P. Buenaventura estaba delante de una mesita con un panecito y un vaso, y yo creo que era que estaba celebrando la Santa Misa». Recibió por teléfono la noticia de la muerte de D. Pedro Errazquin, y entonces algunas personas presentes lo vieron llorar. El 11 de agosto de 1936 se presentaron unos milicianos preguntando por él para llevárselo a declarar. Se entregó

[9] *Positio*, p. 159.

como un cordero dispuesto al sacrificio. Afirman que dijo: «No tengo más delito que el ser sacerdote y religioso». La Marquesa de Diezma, testigo de vista, declaró: «En todo momento nos edificó con su virtud y buen espíritu [...]; nos confesó varias veces [...]. Siempre paciente y resignado».

Lo llevaron a un lugar de tortura, la ya nombrada *checa* situada en la madrileña calle García de Paredes. Al día siguiente, 12 de agosto de 1936, lo condujeron al pueblo de Fuencarral y, hacia las 10 de la mañana, lo ejecutaron mediante arma de fuego en el paraje denominado *Valdesenderín del Encinar*, entre Fuencarral y Alcobendas. Contaba 70 años. Conservó hasta el último momento el rosario y el breviario. Lo enterraron en el cementerio de Fuencarral, localidad en que la Orden tuvo convento durante siglos y cuya iglesia está dedicada a «Nuestra Señora de Valverde». Los restos fueron exhumados el 24 de octubre de 1940 y llevados a la cripta de la aludida iglesia de Nuestra Señora del Rosario, de Madrid. En 1967 los trasladaron de nuevo al convento de Santo Tomás de Ávila, donde siguen localizadas en la actualidad sus reliquias.

Fray Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

ESCUELA DE VIDA

LOS SERMONES DE TAULERO EN VERSO

POR TOMÁS DE MADALENA, O.P.

Novísimos

11. Si hacer quieres feliz tu llamamiento,
mira en todo lugar a Dios presente,
la eternidad pendiente de un momento
y de un aliento tu vivir pendiente.
Es humo, que se lleva un poco viento,
ese bien, que parece subsistente:
imprime para siempre en tu memoria
que hay eterno dolor y eterna gloria.

12. Al morir llorarás tiempo perdido,
cuando veas pendiente de un momento
la eternidad, que tienes en olvido,
perpetua gloria o inmortal tormento,
turbada la razón, torpe el sentido,
la voz perdida, el pecho sin aliento:
lo que no has hecho en término tan largo,
¿querrás hacer en trance tan amargo?

13. Si no se ha de callar palabra ociosa,
pensamiento o instante el más ligero
de que no pida cuenta rigurosa
el Juez terrible, en Tribunal severo,
¿cómo con una vida licenciosa
piensas atar su brazo justiciero?
Mira el fin y con él tu vida ordena,
¿a quién apelarás si él te condena?

14. ¿Ignoras, pecador, lo que es infierno?
Es tristeza, dolor, gemido, llanto,
blasfemia, rabia, hedor, gusano interno,
visión horrible, confusión y espanto,
inextinguible ardor y hielo eterno
hambre, desmayo, sed y tal quebranto,
que es castigo inmortal y prevenido
por todo un Dios airado y ofendido.

15. Es la gloria que espera el hombre justo
un estado feliz inalterable,
en donde el alma, sin temor ni susto,
se une a Dios con un lazo inseparable.
Saciado se verá y sediento el gusto
en un mar de delicias inefable,
y, aunque sea infinito aquel recreo,
avivará las ansias del deseo.

Camino de la virtud

16. Si hallaste ya la senda de la vida,
descárgate de todo lo que es tierra,
los afectos de carne circuncida,

la cruz abraza, tu pasión destierra,
lo eterno piensa, lo caduco olvida,
cierra los ojos y los labios cierra,
todo lo que no es Dios tenlo por humo
y deja todo bien por el bien sumo.

17. Si alcanzar la virtud, huir del vicio,
si el camino del cielo hallar derecho,
si a Dios quieres de tanto beneficio
dejar con fácil paga satisfecho,
no busques otro obsequio ni servicio,
sino abrazarle con amor estrecho;
dale todo tu amor, que de este modo
al que todo te debes, te das todo.

18. Del modo que al querer volar el ave
forma en plumas la cruz con que se excita,
así de nuestra carne el peso grave
con la cruz penitente se agilita:
niegue el sentido lo que bien se sabe,
aquello que apetece no permita
el que quiere gozar místico vuelo
hasta subir a la mansión del cielo.

Mortificación

19. Si paz pretendes, contra ti pelea;
si a Dios quieres vivir, al mundo muere;
si buscas gozos, en las penas sea;
niéguese a sí quien tras de Cristo fuere;
hágase pobre cuanto más posea;
humilde tema y animoso espere;

su nada abrace, para unirse al todo
y ame de modo a Dios que ame sin modo.

20. Quiero vivir a Dios y me confundo
no muriendo a groseras sensaciones;
el demonio, la carne y todo el mundo
me insultan con halagos y pasiones;
y siendo los sentidos lago inmundo
que entorpece las puras afecciones,
caiga en mi cuerpo golpe repetido
hasta dejar el alma sin sentido.

Auxilios

21. Conozco mi ser frágil, mi flaqueza
para vencer molestas tentaciones,
porque todo lo que es naturaleza
se rinde a indiscreción de las pasiones.
Busco en mi Dios la gracia con firmeza
pidiendo sus auxilios y sus dones;
si nada puedo en mi virtud que es corta,
todo lo puedo en Dios que me conforta.

22. ¡Quién obrara a la ley tan arreglado,
que jamás permitiera ni un desvío!
¡Quien tuviera el aliento sufocado
sin dejar respirar a su albedrío!
Quiero vivir a Dios tan atado
que yo a mi voluntad nada le fío;
y porque viva el alma con sosiego,
todo me doy a Dios y a mí me niego.

Amor propio

23. Como la sierpe, oculta entre la hierba,
esconde el amor propio su veneno,
muy natural se mete y se conserva
la propia inclinación, aun en la bueno;
y si el justo procede sin reserva,
cuando examine lo interior del seno
hallará, sin señales de delito,
que el celo más ardiente fue apetito

24. Si padeces del vicio dominante
la fatal, perniciosa tiranía,
repara que en tus obras, cada instante
arrastra tu pasión con su porfía.
No puedes conservar virtud constante,
aunque tenga ejercicios cada día,
y si llega a cegarte, en principio,
con actos de virtud sirves al vicio.

Afecto mundano

25. ¿De qué, ciego y mortal, te alegras tanto
cuando fiel desengaño, ya te avisa,
que siempre ocupa la aflicción, y llanto
los extremos livianos de la risa?
¡Oh con cuanta amargura, y aún espanto
verás, al dar cuenta tan precisa,
que todo el bien de la ambición humana,
es humo fugitivo y sombra vana!

26. Es el mundo un inmundo y torpe lago
de mil serpientes venenosas lleno,

que con astuto silbo y dulce halago
llaman para escupir fatal veneno.
Es áspid que cautela fiero estrago
oculto en flores de jardín ameno,
es luchador, que con aleve traza,
da una muerte infeliz a quien abraza.

27. Los hombres tratan de sus cortos bienes,
ponderan en el tiempo muchos males,
de la fortuna miran los vaivenes,
las riquezas las notan desiguales;
todo es conversación, con mil desdenes,
sobre el mal de los bienes temporales....
Y sabiendo que habrá gloria o infierno,
nunca se habla del bien o mal eterno...

Vicios

28. ¿Quién por dejarte, oh mundo, no suspira,
reconociendo en ti la infiel mudanza,
la soberbia, la envidia, la mentira,
la torpeza, la gula, la venganza,
el odio, el robo, la ambición, la ira?
Y cuando todo en ti fuera bonanza,
¿quién no ve que tus gustos, cual sirenas,
mueven fatal borrasca en las arenas?

Soberbia y envidia

29. Hay hombre, Lucifer soberbio y vano,
que el clarín de su fama busca en todo,
negando la igualdad, aun a su hermano,
que entre sus pies lo quiere, como lodo.

Apetece el honor del trato humano
y lo siente en el prójimo de modo
que en el sonido de alabanza ajena
se forma los clarines de su pena.

30. Puesto en la dignidad, obsequios goza,
el regalo, lisonja y cortesía,
y el interior gusano lo destroza,
sin permitirle al rostro la alegría.
Para ser singular, nunca se roza
con los iguales, que la ley envía
y, padeciendo el interior veneno,
forma todo su bien del mal ajeno.

31. El buscar la quietud es un deseo
que ha de tener cualquiera que se mueve
y es el descanso natural recreo,
sea del cuerpo grave o cuerpo leve.
Pero el hombre de afecto torpe y feo,
que no mira a su hermano como debe,
elige por descanso un movimiento,
que todo es inquietud, todo tormento.

[...]

PADRE ARINTERO

Aprecio por las reuniones de estudio

Fue nuestro maestro un hombre volcado personalmente al estudio y lo promovió a su alrededor con el máximo empeño. No es de admirar que, en un momento dado, se apresurara a inscribirse y comprometerse con una colaboración para el *Congreso de las Ciencias*, programado para finales de junio de 1923, en la Universidad civil de Salamanca, regida por Enrique Esperabé de Arteaga (1868-1966). Este fue el centro académico en que obtuvo la licenciatura en ciencias naturales (1886). Hacia él miraba con especial gratitud.

Los *Congresos de Ciencias* dieron comienzo en Zaragoza, en 1905. Continuaron después por diferentes ciudades, como Sevilla, Valladolid y también Oporto, porque en ellos colaboraba un buen número de profesores de Portugal. El proyectado para Salamanca llegaba en esta oportunidad a su IXª edición. La apertura estaba fijada para el 24 de junio de 1923 y la clausura para el 30 del mismo mes. El rey Alfonso XIII presidió el acto inaugural en el teatro Bretón, acompañado del ministro de instrucción pública Joaquín Salvatella, con la pre-

sencia del ministro portugués del mismo ramo, Juan Camoezas. A las comisiones de múltiples áreas científicas se incorporó por primera vez una *subcomisión teológica*, que resultó particularmente cuidada. Desde luego lo fue por parte del Padre Arintero.

En el Congreso se reflejó el fruto de un benemérito empeño asumido por Universidades de España y Portugal, enfocado a lograr el progreso de la ciencia en todos sus dominios, tal como pudo comprobarse a partir de la escucha de conferencias y diálogos que se siguieron en el interior de las diversas secciones. A la de ciencias, *en general*, se añadieron diversas especialidades: de *ciencias sociales*, *matemáticas*, *ciencias físico-químicas*, *ciencias naturales*, *astronomía*, *medicina*, *farmacia*, *arqueología*, *ciencias históricas, filosóficas y filológicas*. Los congresistas tuvieron oportunidad, asimismo, de visitar determinadas exposiciones por áreas. En el claustro dominicano de San Esteban, por ejemplo, colocaron la relativa al material construido por ingenieros militares. En el colegio de Calatrava, se instaló la sección de hidrología, del ministerio de marina.

La época de *restauración* que siguió a la proclamación del monarca Alfonso XII, tras la primera república (1873-1874), en todos los ámbitos, ayudó a elevar el nivel de la investigación y a dirigirlo al servicio y progreso de la sociedad. Se advertía, en particular, que las órdenes religiosas renovadas, tras los tiempos de prueba que vivieron a lo largo del siglo XIX, al igual que el clero diocesano, caminaban con entusiasmo hacia una superación bien orientada. Religiosos de diferentes

familias y eclesiásticos se mezclaron en la convención con intelectuales de diferentes secciones, convencidos de que la fe y la ciencia tenían que mantenerse en continuado diálogo. Pero donde más se advertían sus logros era en la prestigiosa *subsección de teología*, que se asomaba por primera vez a semejantes asambleas. Varios agustinos, jesuitas, franciscanos y otros eclesiásticos de diferentes diócesis disertaron sobre temas relacionados con la Sagrada Escritura, teología dogmática e historia de la teología.

Por lo que se refiere a la orden de santo Domingo, puede precisarse que destacó ya en el Congreso, todavía no cumplidos los 32 años, fr. *Santiago Ramírez*, profesor en el Estudio General de San Esteban, a no tardar catedrático en Friburgo de Suiza y, finalmente, perito conciliar en el Vaticano II. Expuso con elogio el tema de *la sobrenaturalidad del conocimiento teológico*. *Fr. Alberto Colunga*, por su parte, antiguo alumno de la Escuela Bíblica de Jerusalén y discípulo del siervo de Dios J. M. Lagrange, estudió *los sentidos del libro veterotestamentario del Cantar de los Cantares*. *Fr. Vicente Beltrán de Heredia* se refirió a *los dominicos españoles en la enseñanza universal de la teología*. Del Estudio General de Ávila acudieron *fr. José Mª Porta Busquets*, doctor en filosofía por las Universidades de Salamanca y Madrid, antiguo profesor por la región de Andalucía y colaborador de nuestra revista. Lo acompañó *fr. José Farpón Tuñón*, vinculado a la Universidad de Santo Tomás de Manila, y a los Estudios Generales de Ávila, Valencia y Almagro.

El Padre Arintero, que apenas había sobrepasado los 60 años, era como el patriarca y mentor del grupo dominicano. *Ramírez*, *Colunga* y *Beltrán de Heredia* fueron sus discípulos directos, al igual que otro congresista, *fr. Sabino Martínez Lozano*, que le sirvió para leer en la subsección la *conferencia* que compuso nuestro maestro. El estudio del P. Arintero versó sobre san Juan de la Cruz y, más en concreto, en torno a *la influencia de Santo Tomás en su doctrina mística*. Se trataba de una larga disertación, que puede *resumirse* en sus líneas fundamentales, porque la publicó, en dos entregas, en *Vida Sobrenatural* (n. 30, 1 marzo 1924, 165-182; n. 43, 1 julio 1924, 21-42).

1. Recibió el santo Doctor carmelitano una influencia inmediata de santo Tomás de Aquino. Además, un influjo de su doctrina le llegó, asimismo, a través de otros autores espirituales tomistas. Citaba, en particular, como un probable escritor de referencia al místico renano del siglo XIV, Juan Taulero. Advertía, sin embargo, que san Juan de la Cruz no era dado a manifestar erudición, excepción hecha de textos de la Sagrada Escritura. Pocas veces citó de manera explícita a santo Tomás.

a) Lo hizo cuando quiso precisar la *naturaleza de la contemplación*, que siempre *nace* y *termina* en el *amor de Dios*. Se apoyó en este caso en un texto de la *Suma de Teología* (II-II, q. 180, a. 7, ad 1). Escribía allí santo Tomás, que la vida contemplativa, aunque se establezca sólidamente en la *inteligencia*, brota, empero, del *afecto*, en cuanto el contemplativo es *impulsado*

por el *amor de caridad* a centrarse en la consideración de Dios. El *término y fin* de la vida contemplativa está en el *afecto*. El contemplativo se goza y deleita en la visión de lo que ama. El mismo deleite que produce la visión impulsa más intensamente hacia el amor.

b) Afirmaba nuestro autor que san Juan de la Cruz acudió a un pasaje de san Tomás para describir *los grados de amor que mueven al contemplativo*, aunque en sus libros no colocaba una llamada expresa a ninguna obra concreta.

c) Lo mismo cabía decir —siempre según Arintero— cuando el Doctor místico escribía sobre las *visiones*.

En estos dos últimos casos, al igual que en otros, no aducía explícitamente referencias al Doctor Angélico, porque lo tenía perfectamente asimilado en las escuelas salmantinas. «En todo parece inspirado y apoyado en él [en santo Tomás]. Así en todas sus muchas excursiones a "filosofar" o teologizar, escolásticamente, vémosle exponer la más pura doctrina tomista... Y no solo ahí, sino aun cuando más alto se eleva —casi hasta perderse de vista— en alas del don de inteligencia, con que tanto resplandeció, o parece derretirse en las dulzuras del divino amor, o fundirse y transformarse con los ardores de la caridad bien ordenada con el don de sabiduría, oirémosle explicarse, según vamos luego a ver, con expresiones tomadas en gran parte de labios del Doctor Angélico, aunque luego por él maravillosamente ampliadas e ilustradas con la elocuencia que nace del corazón lleno de Dios» (n. 30, p. 167).

2. Aparece un claro tomismo en la obra de san Juan de la Cruz, cuando pone de relieve las *diferentes etapas* del crecimiento espiritual y los *estados del alma* que las caracterizan. Lo mismo, cuando explica en qué consiste la *vida espiritual*, la verdadera *santidad* y la plena *perfección cristiana*. Todo lo cual se resume en estar *dirigidos por el Espíritu Santo*, en el camino hacia la *plenitud en Cristo*, siguiéndole con total fidelidad (n. 30, p. 167-170).

La llamada a la perfección hasta alcanzar las «aguas místicas» se dirige a todos. La senda para lograr saciarse en ellas está empedrada de virtudes en crecimiento heroico, que tienen como recompensa el tesoro de las bienaventuranzas, en las que está toda la perfección de las virtudes. Hacia ellas ha de tender *todo buen cristiano*, porque lo pide la plena *expansión de la gracia bautismal*. Se trata de *una sola vía ascendente*, que tiene diversos tramos, con sus marcadas peculiaridades, según la persona se halle en los *comienzos*, en la vía *iluminativa*, o en la *unitiva*. En esta última «predomina la firme adhesión a Dios y la fruición del Sumo Bien» (n. 30, p. 169).

3. Coinciden ambos autores cuando definen las *características* o cualidades de que debe estar dotado el *maestro* en los caminos del Espíritu. Santo Tomás lo esclarecía en el comentario al evangelio según san Juan (cap. V). San Juan de la Cruz, en los *Avisos espirituales*. Los guías de almas han de ser, sobre todo, *verdaderos hombres de espíritu*, y tener bien ejercitados sus místi-

cos sentidos. Proyectarán *luz*, en la medida en que *ardan*. Esto se consigue mediante la perseverancia en *estar más con Dios*. Santo Tomás ofrecía algunas reflexiones al respecto en el indicado comentario: la palabra humana ha de estar muy apuntalada por Dios para que esté llena de verdad. Algunos son luminarias solo en cuanto al oficio, pero están apagados en cuanto al afecto, pues la lámpara no puede lucir a no ser que esté encendida en el fuego. Del mismo modo, la lámpara espiritual no luce, sin antes arder e inflamarse en el fuego de la caridad. El ardor es anterior a la iluminación. Por el fuego de la caridad se consigue el conocimiento de la verdad. Para conducir hacia Cristo, la palabra ha de estar inspirada por Dios (*Super Io*. Cap. 5, lect. 6).

4. La animación de las obras por parte del Espíritu Santo es otro punto en que coincidían ambos Doctores. El objetivo de la perfección, a conseguir por todos, consiste en estar plenamente movidos por el divino Espíritu, con limpieza y coherencia total en el seguimiento del Señor. Es la meta de la sexta bienaventuranza. Las operaciones renovadas por el Espíritu dan frutos de vida eterna. Unificados los corazones, se conseguirá ver a Dios, contemplándole con el don de la inteligencia.

El estudio presentado dentro del *Congreso de las Ciencias* abundaba en gran manera en textos tomados de san Juan de la Cruz, sobre los que el Padre Arintero señalaba las raíces que profundizaban en la doctrina espiritual expuesta en las obras de santo Tomás de Aquino, en particular en los comentarios bíblicos. Con

entusiasmo y admiración concluía que la doctrina espiritual del Doctor Angélico, ha sido *maravillosamente desarrollada y expuesta por su fidelísimo discípulo san Juan de la Cruz* (n. 43, jul. 1924, p. 42).

La *subsección de teología* fue de la plena complacencia para sus participantes. Como colofón, reflexionaron sobre determinadas conclusiones que podían elevarse a la dirección del *Congreso*. Aprobaron, en primer lugar, que la teología figurara en lo sucesivo en los *Congresos de Ciencias* con rango de *sección*. Pasaron adelante con sus resoluciones y así pidieron que se fomentaran los *estudios místicos* conforme a la sana tradición española. Además, que en los certámenes públicos apareciera siempre algún posible estudio teológico-histórico «bien remunerado»; que se diera *más amplitud a los estudios bíblicos* en los Seminarios, con dedicación de tres cursos por lo menos; que se fomentaran especializaciones en Sagrada Escritura, en liturgia y arte sagrado; que se avivara el conocimiento y práctica del *rito mozárabe* y, en fin, que se formulara una «adhesión entusiasta a las fiestas centenarias de la canonización del angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, haciendo que en las de Roma figurara algún trabajo de Salamanca, tan deudora por su escuela al Santo Doctor». El informe de conclusiones lo recogió el hoy *beato Vidal Luis Gómara* (Monsagro, Salamanca, 1891-Paracuellos de Jarama, Madrid, 1936), discípulo del Padre Arintero. Se ordenó presbítero en Salamanca, en 1915 (cf. *La Ciencia Tomista* 28, n. 83, sept-oct, 1923, p. 277).

Como último apunte, concerniente al aprecio por la Sagra Escritura en las mencionadas *conclusiones*, puede repararse en que se juntaron en el *Congreso de Ciencias* estos grandes especialistas: *José María Bover Oliver* (Vinaroz, Castellón, 1877-Sant Cugat del Vallés, Barcelona, 1954), *Alberto Colunga Cueto* (Noreña, Oviedo, 1879-Caleruega, Burgos, 1962), y *Eloíno Nácar Fuster* (Alba de Tormes, Salamanca, 1870-Madrid, 1948). Millones de lectores de lengua castellana, especialmente en la segunda parte del siglo XX, han utilizado las versiones de la *Biblia*, de *Nácar-Colunga* (1ª ed. 1944) y de *Bover-Cantera* (1ª ed. 1947).

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

AMEDEO CENCINI, *Abrazar el futuro con esperanza. El mañana de la vida consagrada,* Sal Terrae, Maliaño 2018, 118 pp.

Quien presenta el libro se pregunta: «¿un libro más sobre el futuro de la vida consagrada?» Recordemos que el futuro se ha planteado con diversas formulaciones. Una, la más radical, es la pregunta sobre si tiene futuro la vida consagrada; otra, esperanzada en medio de la crisis, ¿cómo será en el futuro la vida consagrada? El libro está enfocado a cómo vivir estos tiempos de debilidad, apoyándose en cómo va a ser la vida religiosa del futuro.

Tras analizar el peligro de vivir mirando hacia atrás, sí hace suya una profecía de Ratzinger del año 1969 sobre cómo veía la Iglesia del 2000: Iglesia pequeña, que perderá adeptos, sin relevancia social, pobre...; pero que acabará siendo reclamada por quienes, hundidos en el secularismo, necesitarán un modo nuevo de entender la vida. Esta profecía sobre la Iglesia sirve para la vida consagrada. Se cumplirá algo tan cristiano como la *kenosis*/exaltación, muerte/vida.

Analiza la situación de la vida consagrada en sus aspectos negativos, que centra en el defecto de las relaciones. De las relaciones con el mundo, por verse en una situación de supremacía, por cerrase en sí misma, y, al enfrentarse con la sociedad, buscar prosélitos para

su propia fortaleza; o desarrollar unas relaciones de poder; o bien, de pura coexistencia hacia dentro. Ante esta visión propone unas nuevas relaciones: «Nuestro sueño en este momento nace de una certeza: *la vida consagrada solo tendrá futuro si es más relacional de lo que ha sido hasta el presente*». Que es mucho decir, pues parte de una *certeza* sobre *una única* posibilidad, la de ser más relacional. ¿Qué implica esto? Ante todo, abrazo, acercarnos a quienes nos dirigirnos desde el amor, expresado en el abrazo: lo que les decimos, lo que hacemos es por amor a ellos, no desde el paternalismo, sino como compañeros de camino.

Pero, ¿qué sociedad es la que abrazamos? El autor la describe en principio con tintes oscuros, la del «dogma del *pos*»: posmoderna, poscristiana; en fin, la sociedad de la posverdad. Si nos quedamos en el *pos*, en concreto caminamos hacia el *posvida* consagrada en el *poscristianismo*. Cuando en realidad nuestra sociedad no es *poscristiana*, sino *precristiana*. Una sociedad que ansía y desea lo que el cristianismo ofrece, verdadera comprensión de lo que nos somos, de la felicidad, en definitiva, de Dios; el ser humano es siempre «peregrino de lo divino». Sobre esta certeza construye en gran parte Cencini su discurso de que la crisis de lo religioso, de la misma vida religiosa, llevará a ser deseada, buscada.

Hay que abrazar el futuro porque no es necesariamente una continuación del presente. No es producto de inercia, sino de lo que se realice por construirlo. De buscar su construcción no podemos dimitir. Eso exige

confianza, esperanza. Que se mueve en el misterio. El misterio es algo positivo, lo es porque su luz, aunque nos deslumbra, nos atrae. No se puede renunciar al misterio que, por otra parte, es característica de nuestro ser, «vivimos en el corazón del misterio». Misterio, no enigma. El enigma es efecto de oscuridad que impide acercarnos a él. Ni lo deseamos. No es atractivo. Enigma es la existencia de tanto mal en el mundo. Misterio es el de la bondad de Dios, de su presencia en nuestra vida. Nos atrae siendo misterio, por eso no podemos manipularlo. Sería negarlo.

Estas reflexiones se ofrecen en orden a la formación de los miembros de la vida religiosa. Es necesario una mistagogía o formación mistagógica, precisa el autor. Vernos ante el misterio de Dios, desde nuestro propio misterio. Es necesario ahondar en lo que somos, en nuestra interioridad. Allí descubrimos las periferias del corazón humano, nuestras debilidades, por ejemplo. Hemos de abordarlas tras reconocerlas, a veces sorprendidos por ellas. Solo quien se atreve a acercarse a las periferias de su interior estará en situación de, como pide el Papa Francisco, acercarse a las periferias de nuestra sociedad. Son periferias interiores que necesitan ser evangelizadas. Es necesario formar la sensibilidad, o sea no tanto lo que hacemos, sino qué nos mueve a hacer: sentimientos, intereses...

Ya en el título aparece la palabra esperanza. El autor se apoya en la carta que el papa Francisco escribió a todos los consagrados con ocasión del año de la vida

consagrada. Esperanza que no se apoya en los números, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza, para quien «nada es imposible». Esta afirmación ya indica la situación nada fácil de la vida consagrada, cuando hay que acudir a quien puede realizar *lo imposible.*

Con un estilo de manifiesto, insta a que la vida consagrada no se limite a llorar los males reales del mundo, sino que sean lágrimas que hagan ruido, en la línea del Papa Francisco. La fuerza de la vida consagrada vendría de «una sensibilidad» misionera, en la que la prudencia no ahogue a la profecía. En que la indignación –no la resignación– ante lo que se percibe dentro –trata del tema de los abusos sexuales– y fuera de la vida consagrada lleve al compromiso. Una vida consagrada que no se refugie en una oración ajena a la realidad; o un modo de vivir seguro, que no entienda ni se preocupe por las inseguridades del vivir de tanta gente...

El último capítulo lo titula, «El futuro ya ahora». El título indica que es necesario introducir en la vida religiosa un estilo o modo que ayude a afrontar el futuro. En esa línea el autor insiste en que la vida consagrada ha de estar compuesta por hombres y mujeres libres, con su cierta autonomía, que no estén aplastados por una autoridad que es poder. La autoridad, como la de Cristo, dice Cencini, ha de apoyarse en la compasión, en sentir al otro, en especial al necesitado. Una fraternidad veraz e inteligente que no exija que «los jóvenes vivan como los ancianos, y los ancianos se muevan

como los jóvenes». Vuelve sobre la necesidad de un estilo de vida que sea nueva y profética. Vivida desde los sentimientos de Cristo, que son los de Dios hacia la humanidad. «Fuera de todo sueño de grandeza», con menos poder social, menos «rendimiento pastoral». En fin, hay que aceptar ser pequeños, como Jesús quería de sus discípulos. Precisa que es necesario controlar el peligro de la clericalización y la parroquialización. Denuncia que ciertos religiosos «son más sacerdotes que religiosos. Se encuentran todavía en un instituto, pero se han traslado a otro sitio». «Fidelidad creativa, no solo perseverancia repetitiva». Mejorar la implicación de los laicos y estar atentos a periferias viejas, pero también a las nuevas.

¿Qué decir del libro? Se lee con interés. Es sugerente. Es necesario hacer una precisión: lo que tiene ante los ojos el autor es la vida consagrada del mundo occidental, en la Iglesia occidental. Al lado de su reflexión queda la vida consagrada, por ejemplo en África o en Asia-Pacífico. Con características distintas. Es difícil des-occidentalizar nuestra visión de la Iglesia, ver más allá de lo que fue el núcleo del cristianismo.

Son consideraciones a tener en cuenta las que el autor ofrece. Aunque es realista en su diagnóstico y terapia; a veces parece arrastrado por la fuerza de ciertas expresiones, que parecen ser autónomas como expresiones, porque a la hora de aplicarlas a la realidad, flotan sobre ella. Es el peligro de los eslóganes.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

AÑO 100 – Núm 730 JULIO-AGOSTO, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

«GAUDETE IN DOMINO»

El magisterio de los últimos papas ha puesto con razón su mirada en la alegría cristiana, reflexionando sobre ella en varias ocasiones. El papa Francisco ha mencionado expresamente la alegría en varios de sus documentos. No nos podemos detener en este editorial a analizar con profundidad este tema, por eso nos vamos a limitar a extraer algunas líneas orientativas que encontramos en la exhortación apostólica del papa Pablo VI *Gaudete in Domino*, promulgada el 9 de mayo de 1975, con motivo del Año Santo de la Redención que se estaba celebrando entonces. Este documento, previo a la fiesta de Pentecostés de aquel año, era una exhortación a pedir al Espíritu Santo el don de la alegría. Don nada accidental que debe acompañar en todo momento y circunstancia la vida de los cristianos.

Pablo VI nos recuerda que hemos sido creados para la alegría. Dios mismo encuentra satisfacción y alegría por la obra de sus manos. Después de cada intervención creadora —nos dice la primera página del Génesis— «vio Dios que era bueno». La bondad de las cosas le llena a Dios mismo de alegría. Pero, además, al colocar al ser humano en el centro del universo, dispuso su inteligencia y su corazón para la alegría y para la verdad. Por eso —nos dice Pablo VI— hay que estar atentos a la llamada que brota del corazón, desde la infancia hasta la ancianidad, como un presentimiento del misterio divino. Es decir, tanto la llamada a la alegría como la verdad que experimentamos en nuestro corazón nos hacen intuir el misterio de Dios.

La alegría es la expresión más noble de la felicidad. Alegría que se produce por el conocimiento y el amor. Experimentamos esta alegría cuando nos sentimos en armonía con el universo y cuando nos relacionamos con los demás, pero sobre todo cuando conocemos y amamos a Dios.

Aunque mientras peregrinamos por este mundo nos damos cuenta de que nuestra alegría es siempre imperfecta, frágil y quebradiza. Esta experiencia de la finitud contrasta con nuestro deseo de infinito.

Esta paradoja y esta dificultad para alcanzar la alegría eran agudas en el momento que se escribió la exhortación, y esa fue la razón por la que fue escrita. La agudeza de sus análisis sigue siendo muy actual. Aunque la sociedad tecnológica ha multiplicado las posibilidades de alcanzar el placer, sin embargo encuentra

muy difícil engendrar la alegría, porque la alegría tiene un origen espiritual, es sobre todo un don del Espíritu Santo.

El papa Pablo VI presenta una lista de males que siguen apartando a los hombres de la alegría, y que no ha perdido su actualidad. A este propósito nos dice:

> en muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente: ¡tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados! Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; ellas abruman las conciencias, sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada (n.º 8).

Esta situación no debe impedirnos hablar de la alegría ni dejar de esperarla. Precisamente porque existen esas dificultades, «nuestros contemporáneos tienen necesidad de conocer la alegría, de escuchar su canto». Pablo VI pensaba de modo especial «en aquellos que se encuentran sin recursos, sin ayuda, sin amistad, que ven sus esperanzas humanas desvanecidas». Y quería aportar remedios capaces de iluminar. A su juicio esos remedios son de tres clases.

En primer lugar se trata de unir esfuerzos «para procurar al menos un mínimo de alivio, de bienestar, de seguridad, de justicia, necesarios para la felicidad de las numerosas poblaciones que carecen de ella». Esta solidaridad es ya obra de Dios, procura la paz, restituye

la esperanza, fortalece la comunión, dispone a la alegría a quien da y a quien recibe. En segundo lugar:

> es también necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de estas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos (n.º 12).

Pero el problema es sobre todo de orden espiritual. Por eso el tercer remedio se sitúa en este ámbito:

> Es el hombre, en su alma, el que se encuentra sin recursos para asumir los sufrimientos y las miserias de nuestro tiempo. Estas le abruman; tanto más cuanto que a veces no acierta a comprender el sentido de la vida; que no está seguro de sí mismo, de su vocación y destino trascendentes. Él ha desacralizado el universo y, ahora, la humanidad; ha cortado a veces el lazo vital que lo unía a Dios. El valor de las cosas, la esperanza, no están suficientemente asegurados. Dios le parece abstracto, inútil: sin que lo sepa expresar, le pesa el silencio de Dios. Sí, el frío y las tinieblas están en primer lugar en el corazón del hombre que siente la tristeza (n.º 13).

Cuando alguien no conoce a Dios, aunque sea de modo imperfecto, desconoce también la certeza de tener un vínculo con Él que ni la muerte puede romper.

Podemos entrar en la alegría acercándonos a Dios y apartándonos del pecado. Esta conversión es fruto de la gracia.

La intención de Pablo VI en esta exhortación es también la de invitar a todos a ir a las fuentes de la alegría cristiana.

Esta alegría es esencialmente «una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado». El secreto de la propia alegría de Jesús durante su vida terrena fue el saberse amado por su Padre. Todos sin excepción estamos invitados a participar de esta misma alegría. También en nuestro caso, la alegría de sabernos amados por Dios comienza en esta vida, pero se nos concede «a lo largo de un camino escarpado, que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo, y dar una preferencia a las cosas del Reino». El mensaje de Jesús promete la alegría, pero «esa alegría exigente». En esta tierra solo puede brotar de la participación en el misterio pascual, en su muerte y resurrección. Esta paradoja cristiana esclarece singularmente la condición humana: «ni las pruebas, ni los sufrimientos quedan eliminados de este mundo, sino que adquieren un nuevo sentido, ante la certeza de compartir la redención llevada a cabo por el Señor y de participar en su gloria» (n.º 28). Inspirándose en el pregón pascual, Pablo VI afirma que la plenitud de la alegría surge de la victoria

del Crucificado, de su Corazón traspasado, de su Cuerpo glorificado, y esclarece las tinieblas de las almas.

En el corazón de los santos encontramos un eco transparente de esta alegría, especialmente en el de la Virgen María, y luego, sobre todo, en el de quienes se han abrazado con un amor más fiel a la cruz de Cristo, es decir, en el de los mártires.

En la conclusión de la exhortación, entre otras muchas cosas, Pablo VI afirma que la alegría nace siempre de una cierta visión acerca del hombre y de Dios. Como dice Jesús en el evangelio, «si tu ojo está sano todo tu cuerpo será luminoso» (Lc 11,34). La educación para practicar esta visión sana no es solo cuestión de psicología, sino, sobre todo, un fruto del Espíritu Santo.

No nos cansemos de implorar ese mismo Espíritu para que nos colme de alegría y de todos los demás dones con los que enriquece el corazón de aquellos que se abren con confianza a su presencia y se dejan mover por su delicadas y respetuosas inspiraciones.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN

4. JESÚS CONTEMPLATIVO Y CONTEMPLACIÓN CRISTIANA

Dentro del ámbito religioso interesa ver en qué consiste la singularidad «cristiana». Lógicamente la referencia insustituible será la conducta histórica de Jesucristo, pues el cristianismo no es otra cosa que re-crear esa conducta en nuevas situaciones históricas. Antes vemos a grandes rasgos el panorama en la misma comunidad cristiana.

Una situación compleja

Muchos cristianos piensan que la contemplación es cosa de monjas de clausura, cartujos y otras congregaciones que se organizan en monasterios separados del mundanal ruido. Dado el bullicio y la propaganda de los medios en nuestra sociedad de consumo espontáneamente los mismos cristianos nos instalamos en la superficialidad de cada día, y eso de contemplación nos suena extraño.

Como por otra parte los seres humanos llevamos dentro un reclamo de trascendencia, no faltan quienes

identifican contemplación con momentos de paz, sosiego y tranquilidad que nos dispensan del ajetreo y compromiso en la transformación de las realidades sociales. Se pueden utilizar con este objetivo métodos de corrientes orientales, incluso el silenciamiento de todo deseo que propone el budismo. Si nos falta un sentido crítico esos mismos métodos pueden ser un narcótico; y la contemplación viene a identificarse con una especie de droga para dormir plácidamente mientras otros se juegan el tipo por defender la causa de los pobres y establecer la justicia.

Como reacción a ese peligro de una contemplación egocéntrica y evasiva, hace algunos años se absolutizó la acción comprometida por la liberación de los pobres y la justicia social. Se corrió el peligro de olvidar que antes y en el compromiso de los seres humanos por cambiar la situación, como inspiración y garantía hay una Presencia de amor gratuito que da consistencia y solidez a todos los empeños del ser humano.

Este panorama de visiones y prácticas distintas sugiere que algo nuevo puja por nacer. Ya de entrada se plantean sin remedio algunos interrogantes: ¿cómo recuperar ese clima de contemplación que nos permita ser libres? ¿Puede haber una contemplación cristiana que se desentienda de la realidad social? ¿Es posible un compromiso en la liberación de la humanidad y en la transformación de la sociedad que no se alimente y brote de un clima contemplativo? Necesitamos responder a estos interrogantes en una cultura líquida donde

sufrimos una falta de sentido u horizonte donde inscribir todos nuestros proyectos.

La contemplación en la conducta de Jesús

Sabemos muy poco sobre la vida y la conducta de Jesús durante la mayor parte de su existencia que transcurrió en Nazaret como un trabajador más. Seguramente como los demás tuvo que trabajar muchas horas para sobrevivir, recibir encargos y programar sus compromisos. Pero en esas mismas tareas, el evangelista vislumbra su interioridad: «tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre». Contemplativo en el quehacer de cada día.

«*El Padre está en mí y yo estoy en el Padre*». Un dato prioritario en los evangelios es la intimidad de Jesús con Dios, experimentado como amor gratuito, alguien en quien siempre se puede confiar. Cuando está sufriendo el fracaso, viendo que las autoridades religiosas judías rechazan su Evangelio y sus mismos seguidores le abandonan, manifiesta su intimidad: «no estoy solo porque el Padre está conmigo». Expresión de su profundidad contemplativa es la confesión: «mi alimento, lo que me sostiene y agrada, es hacer la voluntad del que me envió».

Desde esa intimidad Jesús descubre y celebra la presencia del «Abba» en los lirios del campo y en las insignificantes aves que cruzan los espacios. Hablando de la providencia, experimenta que Dios amor está presente y activo en todo lo que ocurre, si bien muchas cosas que ocurren Dios no las quiere. Jesús experimenta

que el «Abba» está en todos los seres humanos y en todas las realidades amándolas. Está en los enfermos como fundamento y fuerza de vida para superar las limitaciones. Está en los pobres afirmando su dignidad y reclamando la liberación de su miseria; está en los arrogantes llamándoles a la conversión; está en la samaritana sedienta de agua viva, y en la mujer cananea cuya confianza en cierto modo hace que Jesús cambie de actitud.

Jesús de Nazaret es un místico, gusta la presencia benevolente de ese misterio que llamamos Dios en todos sus pasos. Con sus tentaciones, sus crisis y noches oscuras. Pero sin perder ese talante contemplativo. Impresiona su oración, ya cuando ve cercana su muerte injusta: «Te doy gracias, Padre, señor del cielo y de la tierra porque has ocultada estas cosas a los soberbios y prudentes, y se las has revelado a los sencillos». Pero, ¿cómo da gracias, viendo que los soberbios y prudentes van a dictar sentencia de muerte contra él? Sencillamente por su mirada contemplativa sobre el porvenir: ocurra lo que ocurra su intimidad con el «Abba» nunca quedará frustrada.

Esa mirada contemplativa también se refleja en las parábolas. El publicano que no practica la religión judía y es considerado legalmente impuro, tiene sin embargo un corazón abierto incondicionalmente a la presencia misericordiosa del Padre. El hijo que, por su culpa, se ha echado a perder y vuelve a casa lleno de harapos, respira una confianza en el padre bueno. El samaritano que movido a compasión atiende con todo cuidado al

malherido por los ladrones, actúa con los sentimientos y realiza las obras del «Abba».

«*Pasó por el mundo haciendo el bien*». Porque Dios estaba en él. Porque vivía la intimidad del «Abba» que está en todas las personas y en todas las realidades creadas amándolas, la contemplación de Jesús fructifica en el amor que gratuitamente se da.

Jesús no huye al desierto. Ni entró en un monasterio. Fue contemplativo, vivió la intimidad con el Padre, «comiendo con los pobres», perdonando a los pecadores, animando a los hundidos, lamentando y denunciando la injusticia cometida por los soberbios arrogantes. Así fue contemplativo en los conflictos de la vida y en el conflicto final de su pasión y muerte.

En ese talante contemplativo, Jesús hace concreta en la sociedad humana la verdad de Dios amor, la verdad del ser humano cuya dignidad es inviolable, y la verdad de los excluidos ofendidos en esa dignidad. Su apasionamiento fue la fraternidad sin fronteras o reinado de Dios poniéndose al lado y defendiendo la causa de los echados fuera, víctimas del dinamismo social o del funcionamiento religioso. Al llevar a cabo ese proyecto en la realidad del mundo, campo donde crecen juntos el trigo y la cizaña, las fuerzas del mal eliminaron al Mesías de Dios.

Un proceso de conversión. En su actividad como profeta itinerante Jesús tiene que leer con mirada contemplativa conductas y acontecimientos que le obligan a cambiar de práctica. Escucha a Juan Bautista, recibe su

bautismo, y decide abandonar su clan familiar. Le informan que el Bautista ha sido apresado e intuye que ha llegado la hora de lanzarse a transmitir el Evangelio. Ve que le van a condenar a muerte y tiene que discernir qué sentido puede tener esa muerte injusta. En el ejercicio de su mirada contemplativa hay un proceso de conversión. Hay un primer momento de calar la superficie del acontecimiento. En un segundo momento percibe ahí la presencia del «Abba» amando; esa percepción exige discernimiento; cuentan los evangelios que cuando Jesús vio que le iban a matar se retiró unos días con sus discípulos para preguntarles y preguntarse sobre el sentido que podía tener tal injusticia. Una vez que se encontró con lo inevitable, viviendo al mismo tiempo la cercanía benevolente del «Abba», en un tercer momento emprendió la subida a Jerusalén donde las autoridades religiosas y políticas podían dictar contra él sentencia de muerte.

Oración para mantener el clima contemplativo. Oración es una forma de relacionarnos con la divinidad, que no es acción, discurso analítico ni trabajo externo. En esa relación intervienen la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad. La oración viene a ser como esos momentos fuertes donde la mirada contemplativa se rehace y se aviva. Donde nuestros proyectos y compromisos en las tareas seculares encuentran un sentido que los unifique y recuperan toda su hondura. Donde los éxitos reciben su justa medida, se procesan debidamente los conflictos, y se integran las distintas situaciones de la existencia humana. Expresión de la fe como apertura confiada y libre a la presencia de Dios que nos

ama. No se puede entender la oración como un martilleo a la divinidad para que despierte y nos conceda el cupón de la suerte. Pero como la oración es trato de amistad con alguien que nos ama, será de alabanza, petición o acción de gracias dependiendo de nuestra situación existencial.

Según los evangelios, Jesús fue hombre de oración. Con frecuencia «se retiraba a lugares solitarios para orar». Pero los evangelios destacan que oró en momentos en que debía tomar decisiones importantes: en su bautismo para iniciar la misión profética, a la hora de elegir discípulos, o tomar la decisión de ir a Jerusalén exponiéndose a la condena. Sobre todo insistentemente oró al enfrentarse con la muerte injusta.

Dos pasajes evangélicos tienen garantía histórica de ser oración de Jesús.

En uno (Mt 11,25-26) el Profeta del reino de Dios anuncia que llega la salvación y hace signos, pero los religiosos engreídos y soberbios rechazan su Evangelio. «En aquel tiempo tomando la palabra Jesús oró: te doy gracias, Padre, Señor de cielo y de la tierra porque, habiendo escondido estas cosas a los sabios y prudentes se las revelado a los pequeños».

Otro momento de intensa oración tiene lugar cuando Jesús se pregunta: ¿por qué siendo inocente debo morir cuando el pueblo necesita escuchar y convertirse al Evangelio? El discernimiento no es fácil y Jesús hace oración: «Abba, Padre, todo es posible, aparta de mí

este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieras tú» (Mc 14,33).

En los dos casos la oración brota como necesidad y exigencia para mantener la mirada contemplativa y confiada en la densidad inabarcable de la realidad.

La contemplación cristiana

Siguiendo la conducta de Jesús, la mirada contemplativa debe fructificar en confianza incondicional con el «Abba», en compromiso por construir la fraternidad y en la compasión eficaz ante las víctimas dentro de la organización social. Porque estas tres notas van inseparablemente unidas en la única experiencia, si falta una de ellas, ya no hay contemplación cristiana. La contemplación de Dios–amor pone en marcha el amor entre los seres humanos.

La contemplación no sólo es a ratos; tiene que ser un talante, un estilo, un clima imprescindible para todos los momentos de la existencia humana. Para mantener ese clima es imprescindible la oración.

En los últimos años se han distinguido como tres fases en la forma de entender la contemplación cristiana: «*ora et labora*» (benedictinos), «*contemplata aliis tradere*» (dominicos) y «*contemplativus in actione*» (congregaciones de vida activa). Esa distinción parece muy formalista además de reducir la contemplación a los religiosos.

Con frecuencia se interpreta «*contemplata aliis tradere*» como llenar el vaso de conocimientos para luego

impartirlos en la predicación. Pero originariamente la expresión tiene un significado más profundo: la vida comunitaria exige una mirada contemplativa pues ahí caen todas las máscaras, y esa mirada contemplativa es lo que lleva el dominico en su predicación.

Creo que esa mirada contemplativa es la versión de la fe cristiana. Por eso san Pablo pide para los creyentes de Éfeso: «que Dios ilumine los ojos del corazón» (Ef 1,18). Solo con los ojos del corazón se percibe la verdad de las personas y de los acontecimientos. Todos los creyentes han recibido estos ojos que, en distintas situaciones vislumbran y experimentan la presencia del Inefable amando y dando vida en todos y en todo.

Fray Jesús Espeja, O.P.
Caleruega (España)

Hacia una conversión ecológica

Desde la publicación de la encíclica «Laudato Si'. Sobre el cuidado de la casa común» del Papa Francisco, en diferentes diócesis y en distintos movimientos de Iglesia se ha asumido el compromiso por la ecología integral y el cuidado de la casa común como un objetivo prioritario de nuestra espiritualidad, pastoral y de nuestra acción evangelizadora.

Esta opción por una ecología integral parte de la experiencia de encuentro con un Dios que es creador, que da la vida y que quiere una vida digna para todas sus creaturas: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (Jn 10,10). Esta opción es producto también del propio mandato de Jesús, que nos impele a anunciar la buena noticia del evangelio (Lc 9,1-6; Lc 10,1-11) y a hablar las maravillas de Dios (Hch 2,11)

Para ser fieles a nuestro seguimiento y a nuestra misión no podemos dejar de tener en cuenta la relación existente entre la vida del ser humano, las demás criaturas y la casa común en la que habitan, y esto porque todo está conectado. Todos formamos parte de un todo, y si una parte se ve afectada por el maltrato, por el abuso o por cualquier tipo de mal todos nos vemos

afectados. Por este motivo es importante sentirnos y vivirnos como parte de todo lo creado y crecer en comunión. No podemos escuchar el grito de los pobres sin escuchar el grito del planeta; no podemos escuchar el grito del planeta sin escuchar el grito de los pobres. El papa Francisco nos lo recuerda en la mencionada carta encíclica: «todo está relacionado, y... el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (LS 70).

Esto nos tiene que llevar a una conversión ecológica. Sí, los primeros que tenemos que convertirnos somos nosotros. Llevamos mucho tiempo interpretando el relato de la creación desde el dominio de la demás criaturas: «sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla» (Gn 1,28). Y esto, junto con la mentalidad tecnocrática, nos ha llevado a donde estamos: miramos al ser humano y a las demás creaturas como una despensa. ¿Qué es lo que me pueden aportar? ¿Qué beneficios puedo sacar? ¿Cómo pueden serme útiles? Son fuerzas de producción los primeros, y recursos los segundos, que explotamos hasta que ya no podemos sacar nada más de ellos. Esto ya no puede seguir así. Los científicos nos advierten de que podemos estar ya en el punto de «no retorno» del cambio climático. No podemos ni debemos leer el texto anterior del Génesis al margen de la bondad creadora de Dios: «vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno» (Gn 1,31); no podemos ni debemos leerlo al margen del deseo de Dios, que no es otro que el cuidado de su

obra: «y lo puso en medio del Edén para que lo labrase y lo cuidase» (Gn 2,15).

En la bondad creadora de Dios nos encontramos a un Dios que desde el mismo acto creador actúa para que resplandezca su bondad en el cosmos. En sus creaturas, también en el ser humano, su bondad resplandece, su bondad se hace visible, y a todos nos es posible contemplar esta bondad si nos abrimos y nos sentimos en comunión con ella.

Pero en la bondad creadora de Dios también hay una intención: que el ser humano coopere con Dios. En la creación se encuentran las huellas de propio creador, de su bondad y de su belleza, y nosotros estamos llamados a cuidarla, a custodiarla, a protegerla.

No hay que olvidar o dejar a un lado esta especificidad del ser humano: «Creó, pues, Dios al Ser humano a imagen suya, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó» (Gn 1,27), o como se nos recuerda en el libro de los salmos: «Apenas inferior a un dios los hiciste, coronándolo de gloria y esplendor» (Sal 8,6) Esto es muy importante porque atañe a su cuidado y porque atañe a su responsabilidad. El mismo Jesús nos habla de la importancia del cuidado del ser humano, y en especial a los más pequeños cuando nos dice: «os aseguro que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). Él mismo no se acercó a los demás por lo que estos le pudieran ofrecer o dar sino por lo que eran: hijos e hijas de Dios. Y se acercó especialmente a los descartados

de su tiempo: leprosos (Mc 1,40-45; Lc 17,11-19), publicanos (Mc 2,13-17; Lc 19,1-10), mujeres (Mt 9,18-26; Lc 4,38-39), pecadores (Mc 2,16-17; Mt 9,4-7), extranjeros (Mt 15,21-28; Lc 7,1-10), etc. No solo se acercó a ellos sino que les dio la mano, les ayudó a levantarse, sanándoles de sus heridas, y les abrió de nuevo las puertas de la sociedad: «Id y presentaos a los sacerdotes» (Lc 17,14). Los sacerdotes son los que les podían declarar limpios y favorecerles la reinserción a la comunidad. Jesús pasó del descarte en el que vivían muchos seres humanos al encuentro con ellos, y favoreció el encuentro de estos con la sociedad.

Pero, a la vez que esta especificidad del ser humano atañe a su cuidado, atañe también a su responsabilidad. Esto lo olvidamos cuando queremos quitarle esta especificidad e igualarle a las otras creaturas. Aquello que lo diferencia del resto de las criaturas es lo que nos permite pedirle responsabilidades del trato que da a los demás seres humanos y a las demás creaturas, a la creación, a la casa común de todos. A los seres humanos, porque no podemos olvidar que son los pobres los que más sufren el desgarro de la tierra, y esto por la falta de recursos a la hora de enfrentarse a los desastres producidos como consecuencia de nuestra explotación, y porque generalmente viven en los lugares en los que estos desastres naturales más se dan. A las demás creaturas porque la contaminación y la sobreexplotación de los recursos están llevando a la destrucción de nuestro hábitat, al cambio climático y, por tanto, a la emigración producida por esta destrucción; está llevando a la desaparición de especies y, por tanto, a la

desaparición de la palabra de Dios viva en la creación. No podemos olvidar que en toda creatura nos encontramos con una parte de la belleza y la sabiduría de Dios, y que arramplar con esas criaturas es arramplar con la presencia de Dios en ellas. Esto nos vuelve a llevar a la invitación de labrad y cuidad la tierra, ya que el cuidado nos habla, como dice el papa Francisco, de proteger, de custodiar, de preservar, de guardar y de vigilar (LS 67).

Todo esto nos tiene que llevar a:

– Aprender una nueva manera de relacionarnos con las personas, con las demás creaturas y con Dios

– Aprender a contemplar lo creado viendo en todo ello las huellas del Hacedor y, a la vez, aprender a conservar esas huellas conservando todo lo creado.

– Aprender a crecer en comunión y en diálogo y, por tanto, favorecer el encuentro entre todos y con todo. Esto nos tiene que llevar a valorar a las personas y demás creaturas por lo que son y no por lo que nos pueden dar o dejar de dar. Nos tiene que llevar igualmente a respetar y cuidar la diversidad, y a luchar contra todo tipo de uniformidad.

– Aprender a ver nuestras relaciones con los demás, con lo creado y con Dios desde el encuentro y no desde el descarte; el cuidado y no desde el

dominio; desde la preservación y no desde la explotación, teniendo en cuenta que somos huéspedes en esta casa común y no propietarios.

– Aprender a sentirnos en comunión con las generaciones pasadas, presentes y futuras. Somos responsables del legado de las generaciones pasadas y somos responsables de conservar la naturaleza, no solo para las generaciones presentes sino también para las generaciones futuras.

– Aprender a valorar la simplicidad en la propia vida, y la importancia de los comportamientos cotidianos. Es decir, es importante aprender a vivir desde otro estilo de vida en el que vayamos despojándonos de necesidades que nos hemos creado nosotros mismos, y valoremos la importancia que tiene nuestra cotidianidad en el cuidado del planeta y de los más pobres.

– Aprender a ver a los demás seres humanos como hermanos y prójimos y a actuar con ellos desde esta fraternidad, especialmente a los más pobres, asumiendo su causa como propia.

– Aprender a colaborar con otras tradiciones religiosas y con otros saberes científicos, uniendo fuerzas, poniendo lo mejor de cada uno al servicio de un mundo más humano para todos y todas.

Nuestro seguimiento, nuestro discipulado, no nos puede alejar del mundo en el que vivimos sino todo lo

contrario, nos tiene que llevar al centro del mismo, abriendo nuestros ojos para encontrarnos con la realidad y afinando nuestros oídos para escuchar su clamor, tanto el de la humanidad como el de la creación o casa común. Igualmente hemos de abrir y extender nuestras manos, al igual que Jesús, para transformar dicha realidad y acercarla al Reino que Dios quiere; un Reino en el que todas las personas y el mundo entero tengan vida y la tengan en abundancia. Es importante que nos dejemos configurar con Cristo; que nos dejemos convertir por Él. Necesitamos de una conversión que nos lleve a una nueva relación, tanto con la humanidad como con el cosmos; una relación que pase de una visión individualista a una visión en la que todo esté interrelacionado, de una lógica del dominio a una lógica del cuidado, de una primacía del beneficio a una primacía de la dignidad de la persona, especialmente la de los más pobres.

Fray Luis Javier Aguilera Fierro, O.P.
Sevilla (España)

El ideal monástico de Santa Teresa de Jesús en las fundaciones de doña Beatriz Ramírez de Mendoza (1556-1626), Condesa de Castellar (I)

El ideal contemplativo en Teresa de Jesús

Santa Teresa escribió una extensa obra, donde queda reflejada su experiencia contemplativa personal, sus fundaciones y las recomendaciones para que los conventos fundados a partir de su reforma fueran casas donde su ideal monástico se hiciera plena realidad. Es bien conocido cómo esta ideología se fraguó en su celda del monasterio de la Encarnación (Ávila), donde un grupo de monjas se reunían con la Santa, en coloquios espirituales; allí, se aspiraba a una vida de soledad y silencio, «como de ermitañas», en añoranza de los primitivos padres del desierto, y en aquel momento opuesta al bullicio de visitas y gentes que frecuentaban el monasterio de La Encarnación.

Para llevar a cabo este objetivo, entre sus recomendaciones vamos a señalar:

En cuanto a su número, la comunidad no debe estar formada por más de trece monjas. En tal sentido, Teresa de Jesús hablaba «de lo que son muchas mujeres juntas».

Las candidatas deben ser personas de oración, pretender la perfección evangélica y el desprecio del mundo. Es necesario que tengan salud y entendimiento, y una edad mínima de 17 años.

No es necesaria dote. Esto constituye una importante novedad con respecto a la tradición monástica femenina. El trabajo manual es la fuente de los ingresos de la comunidad, sin que este sea tan absorbente o complejo que aparte a la religiosa de su retiro. Los oficios y tareas las hacen todas las monjas, desde la priora hasta la última novicia.

La vida comunitaria tiene como centro la oración. La pobreza debe ser absoluta; se prescribe que ninguna monja tenga nada propio. Se favorece un ambiente de máxima soledad individual para propiciar el recogimiento, la lectura espiritual y la oración personal.

En comunidad hay igualdad entre las hermanas, sin distinción de estratos sociales, en todos los aspectos de la vida común: «la tabla de barrer... comience desde la madre priora».

En cuanto a las constituciones, se hicieron varias redacciones desde la primera para San José de Ávila, hasta el texto definitivo de Alcalá; se observaron con-

juntamente la regla y las constituciones. El texto definitivo se fijó en 1581 en Alcalá, y fue revisado y redactado por el gran colaborador de Teresa de Jesús, el maestro fray Jerónimo Gracián, siguiendo el pensamiento, espíritu y directrices de la Santa para sus carmelos. En sus veinte capítulos se recogen las ideas que ya se vivían en los conventos fundados en los últimos veinte años:

- No comer carne sin necesidad y ayunar durante ocho meses.
- Hacer la recreación todas las monjas juntas.
- Mantener estricta clausura y estar cada religiosa en la soledad de su celda.
- Excluir la sala de labor en común.

Teresa de Jesús se ocupó de los confesores que prefería fueran «letrados», en este sentido ella siempre buscó a los más insignes teólogos, los dominicos de Santo Tomás (Ávila) o eminentes padres jesuitas que actuaron de confesores y consejeros. Y así encomendó al P. Gracián que hiciese lo necesario a fin de conservar la santa libertad para que sus monjas «*pudiesen buscar los siervos de Dios que las guiasen a la mayor perfección»,* siendo el propio Gracián quien contribuyó a este empeño: «*todo el tiempo que las goberné, yo mismo iba a buscar Padres de la Compañía y religiosos de otras Ordenes y clérigos siervos de Dios y espirituales para que las predicasen y confesasen*»[1].

[1] J. GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, *Escolias a la vida de Santa Teresa compuesta por el P. Ribera,* Instituto Histórico Teresiano, Roma 1982, pp. 36-37.

Perfil de dos fundadoras: Teresa de Jesús y Beatriz Ramírez de Mendoza

Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582) ingresa, por decisión paterna, en plena adolescencia, en el convento de agustinas de Santa María de Gracia de Ávila para ser educada junto con otras jóvenes de su edad y condición social, y, años después, esta vez con la oposición de su padre, entra como novicia en la Encarnación, donde toma el hábito el 2 de noviembre de 1537.

Así pues, Teresa de Jesús llevaba ya veintiún años como monja profesa en la Encarnación, cuando un 6 de marzo de 1556 nace en Madrid, Beatriz Ramírez de Mendoza. Teresa de Jesús contaba ya, en esta fecha, con largos años de vida contemplativa, experiencias místicas y madurez espiritual, base de lo que serán después sus años fundacionales.

Las doctrinas y enseñanzas de Teresa de Jesús llegan a doña Beatriz a través de un intermediario, un personaje singular y carismático, fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, amigo y confesor de la Santa, que, con su carisma, diplomacia y elocuencia, se convirtió en un promotor de la reforma teresiana por toda España.

Hay importantes diferencias, en cuanto a su origen, entre doña Teresa de Cepeda y doña Beatriz Ramírez de Mendoza; el pertenecer por nacimiento a una familia noble, marcó desde un principio la vida de doña Beatriz. Tanto por el ambiente familiar, como por su carácter, todo nos manifiesta su tendencia a la vida religiosa. Estamos en los primeros años del reinado de Felipe II; la

familia de doña Beatriz, por su linaje, prestaba servicio directo al rey, razón por la cual su infancia y juventud se formaron en un ambiente cortesano, aunque hay que tener en cuenta el carácter de la corte de los Austrias, rígido, austero y profundamente religioso. Como tal, además de las amistades de palacio, doña Beatriz frecuentó desde muy joven el monasterio de las Descalzas Reales, donde ingresaban reinas viudas, infantas y señoras nobles. Parece ser que doña Beatriz tuvo intención de ingresar en este célebre cenobio, aunque su madre, Ana de Mendoza, y aya del futuro Felipe III, no era partidaria de esta vocación. Y así, por razones de intereses familiares, contrae matrimonio en 1585 con el conde de Castellar, del que nacen seis hijos durante los diez años que estuvo casada, quedando prematuramente viuda en 1595.

Doña Beatriz oiría hablar mucho de Teresa de Jesús, la monja andariega. Cuando pasaba por Madrid se alojaba en casa de doña Ana Dantisco, madre de los Gracianes, dama conocida y seguramente con lazos de amistad con los Ramírez de Mendoza, pues ambas familias prestaban servicio en Palacio.

Es fácil imaginar que doña Beatriz tenía noticias de las numerosas fundaciones de Teresa de Ávila. Los años en que Teresa de Jesús estaba ocupada en sus tareas fundacionales corresponden a los años de juventud de doña Beatriz, cuando vivió en palacio y antes de su matrimonio (1585).

No tenemos noticia de que Beatriz conociera personalmente a Teresa de Jesús cuando esta pasó por Madrid, pero sin duda, para la joven y piadosa noble, la monja abulense constituía un ejemplo a emular, y a la cual admiraría profundamente. Sí, es cierto que Teresa de Jesús pasó en varias ocasiones por la villa de Madrid, y se alojaba en casa de los Gracianes, de los cuales, Jerónimo y sus hermanos Antonio y Tomás son los más relacionados con la condesa de Castellar.

Así se manifiesta Tomás Gracián, en el proceso de canonización de la Santa:

> tenía gran trato y comunicación y amistad con doña Juana Dantisco, madre de este testigo, y con su padre, y Antonio Gracián su hermano, secretario que fue de Su Majestad, como dicha comunicación consta por muchas cartas originales que mostró de la dicha madre Teresa, escritas a los dichos sus padres, y de otra al rey don Felipe II, aprobando la persona del padre Gracián, hermano de este testigo en las cosas de la dicha Orden de Carmelitas Descalzos, como se refiere en la dicha carta, y este testigo la conoció ocho años, poco más o menos, antes que muriese la dicha madre Teresa; la cual resplandecía mucho en todo género de virtudes y santidad, y de que este testigo no se acuerda en particular, porque era muchacho, y esto era público[2].

Tomás Gracián continúa su declaración narrando una anécdota de la humildad de la madre Teresa y su

[2] S. DE SANTA TERESA, *Santa Teresa de Jesús, Procesos de Beatificación y canonización,* Biblioteca Mística Carmelitana, Burgos 1935, pp. 287-289.

madre Juana cuando asistieron a misa en San Martín y pisó, sin querer, el velo de otra dama. Y también señala el don de la profecía sobre las persecuciones que padecería el padre Gracián, hermano del testigo. Y continúa con los milagros obrados por santa Teresa en una enfermedad de su madre y otra aparición cuando murió su padre. Detalles que nos indican el grado de amistad entre la santa de Ávila y esta familia

Así pues, Tomás Gracián Dantisco conoció a la madre Teresa de Jesús de vista, en trato y comunicación en la villa de Madrid y en Ávila, y así consta en los documentos del proceso. Más adelante veremos su relación con la condesa de Castellar.

Por su parte, al quedarse viuda en 1595, la IV condesa de Castellar siente de nuevo su inquietud vocacional y renace el antiguo deseo de la vida religiosa.

El P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios impulsor de la reforma teresiana y su colaboración con doña Beatriz Ramírez de Mendoza

Vamos a hacer un breve esbozo de la vida de este gran religioso carmelita, que destacó por sus escritos, su ciencia y vida azarosa. Y, dicho en palabras de santa Teresa, fue «hombre de muchas letras y entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida»[3].

[3] SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid 1974, 4ª ed. rev. capít. 23.

Jerónimo Gracián[4] nació en Valladolid el 6 de junio de 1545. Estudio en Valladolid, Toledo y Alcalá de Henares, donde sobresalió en las materias de griego y teología, siendo ordenado diácono (23-09-1569) y, unos meses más tarde, presbítero. Un joven sacerdote de 24 años, que ejercía ya el oficio de púlpito y confesionario. En Alcalá, continúa sus estudios de doctorado, pero antes de finalizarlos, en abril de 1572, entra en el convento de Pastrana, en la nueva orden de los carmelitas descalzos. Su nombre religioso, Gracián de la Madre de Dios, lo toma del colegio alcalaíno donde estudiaba, dedicado a la Virgen: Colegio de la Madre de Dios. Gracián había tratado a Teresa de Jesús por carta, y conocía bien su proyecto de reforma de la vida monástica. Una vez dentro de la Orden, la Madre Teresa de Jesús puso bajo su obediencia a las carmelitas de Pastrana; este fue el primer signo del mucho aprecio con que fue distinguido por parte de la Santa.

Dado su talento y capacidad organizativa y de trabajo, es nombrado pronto visitador de calzados y descalzos. Y, unos años más tarde, es elegido provincial de Andalucía. Es en esta etapa cuando conoce personalmente a Teresa de Jesús; fue en Beas de Segura (Jaén),

[4] En el archivo del Carmelo de Consuegra (Toledo), se conserva un manuscrito anónimo del *Romance al P. Maestro Gracián de la Madre de Dios,* que evoca, en tono laudatorio, la vida de este carmelita tan unido a la reforma teresiana. El fragmento que contiene este título dice así: «El señalado de Cristo / con cruz en el pie descalzo,/el lucero de Teresa,/luna de un cielo estrellado./La estrella de un claro cielo,/planta del Carmelo santo,/ perdido por honrar buenos/y en sus pérdidas ganado».

un encuentro que marcará la vida de ambos y los unirá en la tarea fundadora y reformadora emprendida por la abulense. La Santa le prometió obediencia y así, aunque ella quería fundar en Madrid, puso rumbo hacia Sevilla por consejo del P. Gracián.

La vida del P. Gracián, una vez fallecida Teresa, también conoció las sombras. Tras un proceso difamatorio, es expulsado de su propia orden en 1592, decreto firmado por el P. Doria.

Gracián, entonces, marcha a Roma en busca de auxilio. En el viaje de Gaeta a Roma es apresado por piratas turcos que lo llevan a Túnez, donde padece dos largos años de cautiverio. En 1595 es rescatado y de vuelta a Roma, Clemente VIII, apiadado de él, le manda vestir el hábito del Carmen Calzado.

Hacía 1600 regresa a España, como una etapa de su viaje a Marruecos, a donde el papa le había enviado para predicar el jubileo. Estaba en Madrid en 1601, cuando fallece su madre Ana Dantisco. En estas fechas conoce a la condesa de Castellar, ya viuda, dedicada a la educación de sus hijos, a la administración de sus bienes y obras de caridad, y sobre todo a una profunda vida espiritual, razón por la cual, por su palacio pasaban los más destacados predicadores y confesores de la ciudad. Debió de tratar al P. Gracián de forma epistolar a partir de 1598-99, siendo en 1600 cuando tuvo lugar el encuentro personal; para esas fechas el antiguo carmelita descalzo había vivido las glorias y miserias de su carrera eclesiástica.

Sus encuentros con Gracián son habituales y surge entre ellos una gran amistad, tanto a nivel religioso como personal. En los escritos de doña Beatriz hay testimonios de este intercambio espiritual. A través de Gracián conocerá a mercedarios y trinitarios que buscaban la reforma en sus propias órdenes y encontraron en la condesa apoyo espiritual y material para llevar a cabo sus proyectos. En 1601 el P. Gracián estaba en Madrid en el convento de los carmelitas calzados y permaneció hasta octubre, predicando en varios conventos de religiosas: Bernardas, Dominicas, a las del Sacramento, a las del Corpus Christi, Agustinas y Comendadoras de Santiago.

Gracián y doña Beatriz Ramírez de Mendoza

La amistad y colaboración entre estos dos personajes podemos seguirla a través de los escritos de Jerónimo Gracián, donde, tanto en sus cartas como en su obra más famosa, *La peregrinación de Anastasio,* la condesa es citada en repetidas ocasiones. Es evidente también que se relacionó con sus padres y hermanos. Este es el caso de su hermana, sor Adriana del Espíritu Santo (1544-1631), monja desde 1574 en la Concepción Jerónima, cuyo patronato ejercía la condesa de Castellar. También tuvo cercanía con los hermanos que prestaban servicio en la Secretaria Real, Antonio y Tomás. Será Tomás el que más relación mantenga con la condesa, al convertirse en albacea de Jerónimo a la muerte de este en 1614. La condesa se convierte en la depositaria y la salvaguarda de los documentos y memoria de Gracián, y la que ayudó a la publicación de sus

obras. Como ocurrió en la primera edición en Madrid, en 1616, en que fueron dedicadas a «Sor Juana del Corpus Christi, fundadora y priora del monasterio de Corpus Christi de la Villa de Madrid de Descalzas Jerónimas», dos ideas destacan en esta dedicatoria: la primera, el estar dirigida a la hija de la condesa, que era priora del mismo monasterio donde había profesado su madre; la segunda subraya que esta casa está adherida a la recolección o descalcez. También hay otra dedicación implícita en la decoración de la portada: la adoración Eucarística, de la parte superior, advocación del monasterio, y en la inferior el escudo con las cinco Llagas, claro homenaje al nombre de religión de la condesa de Castellar, sor Beatriz de las Llagas.

En cuanto a su amistad con el Padre Gracián, era ya plena en 1601, si tenemos en cuenta el testamento que redactó antes de partir a su misión en Marruecos. El documento enumera cómo se han de repartir sus libros y propiedades, todos ellos de carácter religioso, entre los beneficiarios está la condesa de Castellar, «los ornamentos para decir misa que le fueron regalados por la Duquesa de Sessa, y que dejó en poder de la condesa de Castellar, se entreguen al convento de frailes o monjas que la dicha señora acordase».

Se acuerda también en este documento de la hija carmelita de doña Beatriz, sor María Ana del Sacramento a quien deja «la imagen de Nuestra Señora del Pópulo que le dio doña Ana de Castro, monja de Santa Cruz, en Valladolid».

Doña Beatriz tuvo en cuenta las recomendaciones de Teresa de Jesús para pensar que habría de hacer un convento para pocas monjas, dado que en la Concepción Jerónima, cuyo patronazgo tenía, llegaron a ser más de ochenta monjas. Hay un paralelismo con el convento de la Encarnación –y sus ciento cincuenta monjas– como monasterios masificados y los nuevos aires de los reformados, y su reducido número de monjas como en la primera fundación de la Santa. La reforma teresiana implicó muchos cambios a favor de las clausuras femeninas, favorables a una vida espiritual más intensa y plena. Y, esta cuestión del número de monjas, sería a partir de entonces una adecuación más, y el fin de los grandes monasterios medievales y sus numerosas monjas profesas; la adhesión de doña Beatriz a la descalcez y su proyecto fundacional no gozó del beneplácito de la Orden Jerónima, que no la admitió ante el temor de que la Orden se dividiera en dos como había ocurrido en las demás órdenes religiosas.

Gracián redactó la escritura fundacional y la presentó al cardenal–arzobispo de Toledo[5] a finales de 1603. También por esas fechas, en carta conservada en las carmelitas de Consuegra, el P. Gracián da consejos y advertencias a doña Beatriz Ramírez de Mendoza acerca de sus planes fundacionales:

[5] C. DE LA CRUZ ARTEAGA, *La condesa de Castellar doña Beatriz Ramírez de Mendoza, fundadora de las Jerónimas del Corpus Christi vulgo «Carboneras» de Madrid,* Studia Hieronymiana, Madrid 1973, p. 589.

> estando por este tiempo en la misma ciudad de Toledo –donde había ido a concertar la compra de una casa que habían dejado vacía los Carmelitas Descalzos para fundar allí las Bernardas Descalzas– solicité con el Arzobispo y con los de su Consejo la licencia para fundar la Condesa de Castelar su monasterio de Corpus Christi de Madrid, con lo que se dio principio a la reformación de Jerónimas Descalzas, que antes habíamos tratado los dos para introducir en aquella Orden el modo de la madre Teresa.

Advierte Gracián a doña Beatriz de los contratiempos y oposición que va a encontrar si funda nueva religión «con hábito de jerónimas, regla de san Agustín y constituciones de Carmelitas Descalzas», distinta por tanto a todas las que había hasta ese momento y, por tanto, necesitar la aprobación del Papa.

Los padres jerónimos se opusieron firmemente a cualquier reforma, ante el temor, bien fundado que llegara a plasmarse en una división interna entre reformados y observantes, como había ocurrido ya para esas fechas en otras Órdenes.

La condesa de Castellar en el texto de la Peregrinación de Anastasio

Este libro es considerado la autobiografía del P. Gracián de la Madre de Dios, donde en forma de diálogo narra su azarosa vida, tanto los trabajos y tribulaciones como las mercedes que de Dios recibió.

A través de esta narración la figura de la condesa de Castellar aparece en varias ocasiones y nos sirve para

seguir su relación y la ayuda que el padre carmelita le prestó en forma de consejos y asesoramiento a la condesa en aras a las fundaciones emprendidas por esta[6]. Gracián, después de haber sido liberado y estando en Roma ocupado en conseguir fundar el primer convento de Carmelitas Descalzas, encontramos la primera cita: «Escribí a la Condesa de Castellar, que me consultó en que buena obra emplearía ciertos dineros, para que fundase el monasterio de San José de Carmelitas Descalzas de Alcalá»[7]. Consejos y parecer que da a doña Beatriz Ramírez de Mendoza acerca de sus planes fundacionales, tratados asimismo de forma epistolar.

En una segunda mención:

> Después de este tiempo, cuando yo iba a la comisión de África, estando en Madrid procurando cartas del Rey, se ofreció a venir hablar con la Condesa de Castellar un sacristán del convento de los Mercedarios de Madrid, llamado fray Juan, y le pidió le favoreciese porque quería comenzar la reformación de la Orden de la Merced. Llamome la Condesa, y concertamos que se hiciese confianza de su mismo General y se le pidiese licencia para fundar casas de Mercedarios Descalzos; y allí se le ofreció para fundarle dos en dos pueblos suyos. Yo leí su Regla –que es de San Agustín- y sus Constituciones; y juntando las de los Carmelitas, Agustinos y Trinitarios Descalzos que les hacían más al caso, se ordenaron

[6] J. L. ASTIGARRAGA, *Peregrinación de Anastasio,* Monumenta Historica Carmeli Teresiani, Roma 2001.
[7] *Ibíd*., p. 127.

> Constituciones reformadas, y así tuvo principio la Reforma de los Mercedarios Descalzos[8].

En estas dos citas el asunto tratado son los proyectos fundacionales de la Condesa y las gestiones que a este proyecto realizaba el P. Gracián.

La condesa de Castellar apoya el movimiento de la descalzez y promueve nuevas fundaciones conventuales

La primera fundación que acometió doña Beatriz fue el monasterio del Corpus Christi de carmelitas descalzas de Alcalá de Henares, en 1599. Un proyecto, en parte motivado para que profesara allí su hija Ana María, como así fue; pero resultó un intento fallido, por un lado, debido a la vida rigurosísima que comenzaron a llevar las monjas y, por otro, a la falta de acuerdo entre la fundadora (que pedía a cambio se criasen en el convento las huérfanas de su casa hasta que tuvieran edad de elegir estado), y los superiores de la Orden del Carmen Descalzo. La condesa de Castellar se retiró de este proyecto, y su hija pasó a las carmelitas de Madrid.

Pero de esta experiencia bien debió de aprender, pues en las fundaciones que emprendería en los años siguientes buscó ayuda y consejo de los más destacados religiosos, que tuvieran gran conocimiento de las leyes eclesiásticas, y fueran ágiles en sortear los obstáculos que una empresa de este tipo requiere. Sin duda cuando proyecta crear un monasterio de monjas jerónimas descalzas, nadie mejor que el P. Gracián de

[8] *Ibíd*., p. 260.

la Madre de Dios para asesorar y redactar las constituciones y obtener los permisos necesarios, tanto del cardenal-arzobispo de Toledo como del rey Felipe III. Asuntos estos bien urgentes, ya que intentar introducir la reforma en la Orden Jerónima era algo a lo que se oponía la propia Orden, temerosa de verse divida en dos, como ya había ocurrido en otras. Así el camino no era fácil.

La austeridad, silencio, ascetismo conventual y estricta clausura pregonados por Teresa de Jesús encontraron en doña Beatriz Ramírez de Mendoza una de sus más firmes admiradoras. Y no solo de una manera teórica de ideal ascético, sino que veinte años después de muerta la Santa, dedicó todas sus energías y gran parte de su patrimonio para apoyar el movimiento de reforma llamado descalcez o recolección que, iniciado en la Orden del Carmen, pasaría después al resto de órdenes conventuales.

Así, por su palacio de Madrid, en los últimos años del siglo XVI y principios del seiscientos, se acercaron aquellos religiosos entusiasmados con los nuevos aires de reforma producidos por el espíritu teresiano. Doña Beatriz representó para trinitarios y mercedarios que ansiaban la descalcez el mismo papel que otras damas nobles habían tenido para santa Teresa, como fueron doña Guiomar de Ulloa en Ávila, o doña Luisa de la Cerda en Toledo, que desempeñaron un papel fundamental al contribuir con sus bienes y hacienda en la parte material que necesitaba la empresa de constituir un nuevo convento.

La recolección mercedaria (8 de mayo de 1603) se gesta en la Concepción Jerónima, donde residía la condesa de Castellar.

Aunque este estudio se centra en el monasterio del Corpus Christi de Madrid, no podemos dejar de mencionar la ayuda que doña Beatriz prestó a la recolección de los trinitarios y mercedarios en los inicios de sus respectivas reformas en los años iniciales del siglo XVII. El objetivo de todos ellos era vivir con mayor austeridad –de ahí el nombre de *descalzos*– y más estrecha observancia los primitivos ideales.

La condesa de Castellar recibe la petición de ayuda –presentada por el P. Gracián– de fray Juan Bautista de la Concepción, promotor del primer convento de recolección trinitaria fundado en Valdepeñas. La condesa era muy devota de la Virgen de los Remedios, y cada sábado entrega una cantidad de dinero para sufragar los gastos de su capilla.

En cuanto a la Orden de la Merced, entre septiembre de 1603 y mayo de 1604 interviene en la fundación de tres conventos de descalzos en villas de sus mayorazgos: La Almorayma de Castellar (Cádiz), El Viso del Alcor (Sevilla) y Rivas (Madrid).

[...]

Vicente Benítez Blanco
Madrid (España)

LITURGIA

«*Psalterium meum, gaudium meum*». *Los Salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia* (II)

Los primeros pasos en el camino...

El primer paso de esta peregrinación espiritual que nos permite hacer el libro de los Salmos lo vamos a dar retomando una bella reflexión del poeta judío A. Chauraquei, gran conocedor del Antiguo Testamento, que dice así refiriéndose a los creyentes israelitas:

> Nacemos con este libro en las entrañas. Un libro muy pequeño: 150 poemas, 150 espejos de nuestras rebeldías y de nuestras fidelidades, de nuestras agonías y de nuestras resurrecciones. Más que un libro es un ser vivo que os habla, que sufre, que muere y que gime, que muere y resucita y que canta en el umbral de la eternidad[1].

[1] Joan M. Vernet, *22 Salmos para vivir,* Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1991[3], p. 5.

Los Salmos nacieron en un ambiente judío marcado por la fe de este pueblo. Poseen un estilo poético propio. En ellos se expresa toda el alma humana, todos sus sentimientos, incluso la rabia, la queja, pero sin apartarse nunca de su confianza en el Señor. El pueblo elegido vuelve constantemente sobre los Salmos porque en ellos hay de todo[2].

Pero el libro de los Salmos es también cristiano, y de cada hombre y mujer. Tradicionalmente se atribuye al rey David, aunque sabemos que su composición duró varios siglos. El libro se abre con estas palabras: «Dichoso el hombre» (Sal 1,1), y termina con las siguientes: «Todo ser que alienta al Señor» (Sal 150,6). El *Salterio* nos acompaña siempre en el camino de la vida hasta al final. Según afirma un gran promotor de la oración, Ignacio Larrañaga, orar los salmos es como «navegar en sus mares, sondear la riqueza de sus abismos, llenarse los ojos de luz, contagiarse de vida, y después salir a la superficie con las manos llenas de toda su riqueza y novedad»[3]. Por su parte, san Bruno Bonifacio de Querfurt, obispo camaldulense y mártir (+1009), en su conmovedora historia de la vida y la muerte de los así llamados «hermanos polacos», escribe lo siguiente en relación al rezo del Salterio:

[2] Parafraseo libremente lo que se dice en la Torá en la *Mishná*, Abot 5,22, p. 689. Cf. *Detti di rabbini. Pinè Avot con i loro commenti tradizionali*, a cura di A. Mello, Magnano 1993, p. 184.
[3] Ignacio LARRAÑAGA, *Salmos para la vida,* San Pablo, Madrid 2003, p. 6.

> Juan [...] había recibido del maestro Romualdo esta sencilla regla, que guardó con cuidado durante toda su vida: «...La única manera, el Salterio: nunca te separes de él. Si no puedes llegar a todo... trata de cantar en espíritu y entender en inteligencia ahora un punto ahora otro; y cuando leas comenzarás a distraerte, no te detengas, sino corrígete inmediatamente tratando de entender»[4].

El papa san Juan Pablo II en su catequesis sobre los Salmos nos dice que san Romualdo, el fundador de la Camáldula, llegó a sostener que los Salmos son un camino para orar profundamente («una via in psalmis», *un camino en los salmos*)[5]. Los Salmos nos permiten hacer una oración, una meditación que inevitablemente reverbera en el camino de la vida.

1. «Tocad en su honor el arpa de diez cuerdas» (32,2)[6]

El *Salterio* recibe en la Biblia hebrea el nombre de *Tehillim,* «alabanza» o «himno de alabanza», o bien *Sefer Tehillim*, «libro de las alabanzas», para enfatizar la razón principal que lo atraviesa: celebrar y alabar a Dios. Aunque no todos los Salmos son de alabanza; lo que en ellos predomina son las súplicas o peticiones. El

[4] Bruno di QUERFURT, *Vita dei cinque fratelli* 32, ed. Camaldoli 1951, p. 83.

[5] Cf. JUAN PABLO II, *Cantad al Señor un cántico nuevo. Catequesis sobre los salmos de Laudes,* Palabra, Madrid 2004, p. 23.

[6] Para este punto véase: http://verbodivino.es/hojear/2604/para-comprender-y-vivir-los-salmos.pdf; Bruno FORTE, *I Salmi: voce del dialogo fra Dio e il suo popolo*.

hecho de que la compilación fuera llamada *Tehillim* indica la importancia primordial de la alabanza, porque es lo que mejor caracteriza al conjunto de oraciones contenidas en este libro. Sin embargo, sería mejor hablar de *mizmor* –forma substantivada del verbo *zamar*–, que significa cantar acompañando el canto con un instrumento de cuerda.

La traducción griega de la Biblia llamada de los *LXX* los denominó *Psalmoi* («Salmos») o *Biblos Psalmon* («Libro de los Salmos»). Solo el códice *Alejandrino* le da el nombre de *Psalterion*, que propiamente es el nombre del instrumento de cuerda con que se debía acompañar el canto de los Salmos. Además, los Salmos, como todos los poemas, utilizan símbolos, metáforas, que dan la posibilidad de comprender a niveles cada vez más profundos el texto y la fe que los anima.

Para rezar los Salmos debemos entrenarnos con el uso, la práctica, para entrar más y más en el espíritu de un Salmo, donde se mezclan diferentes sentimientos, desde la confianza hasta la acción de gracias, desde el gemido hasta... la súplica. Todos se dirigen a Dios o son cantados ante Dios. Alguien ha llamado al Salterio el corazón íntimo del Antiguo Testamento (E. Beaucamp).

Se podría decir que el Salterio es una escuela poética simple, pero eficaz, que permite aprender a poner la vida en poesía en todos sus momentos, situaciones y dramas, para poder transformar el cuerpo en «un arpa de diez cuerdas» (Sal 32,2): toda la vida puede verse como una cuerda hecha para la oración. Hablando del significado del Salterio en la vida de san Agustín, B.

Forte escribe lo siguiente: «el Salterio es un recuerdo del amor recibido de Dios, un vehículo para corresponder a él, diciendo a los Amados palabras de amor, un anticipo de la alegría que acompañará al diálogo de amor que no tendrá fin»[7]. Y continua diciendo: «según la tradición judía, en efecto, el Salterio es un verdadero y propio Pentateuco de oración, un conjunto de cinco libros, en analogía con los de la Torá: una especie de Torá orada en respuesta al don divino de la Torá»[8].

2. Los Salmos: no solo poemas sino también oración

Quien ora con los Salmos debe tener muy presente que cada salmo es un poema literario y una oración con un trasfondo común de sentimientos y emociones, y el *Sitz im Leben* (el contexto vital) individual o comunitario de la que procede. Por lo tanto, el poema exige contemplación, como cualquiera otra forma de arte. A ello se junta que los Salmos son oración. Sin embargo, están delante de nuestros ojos las palabras aún preciosas del Concilio Vaticano II que afirman en la *Sacrosanctum Concilium*: «por eso se exhorta en el Señor a los sacerdotes y a cuantos participan en dicho Oficio, que al rezarlo, *la mente concuerde con la voz, y para conseguirlo mejor adquieran una instrucción litúrgica y bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos*» (n.º 90).

Con otras palabras el documento conciliar nos está proponiendo los Salmos como una oración eficaz para

[7] *Ibíd.*
[8] *Ibíd.*

la Iglesia. La oración siempre será un dialogo interpersonal entre el «yo» del orante (personal o comunitario) y el «Tú» divino. Esto vale sobre todo cuando hacemos oración con los libros sagrados. A este propósito leemos en *Dei Verbum* 21:

> en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: «Pues la palabra de Dios es viva y eficaz», «que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados».

Un gran filósofo del siglo XIX, el danés S. Kierkegaard, que vivió una experiencia de intensa intimidad espiritual, hablando de la oración afirmaba: «con justicia los antiguos decían que rezar es respirar. En esto se ve lo necio que es hablar del porqué de la oración. ¿Por qué respiro yo? Porque de otra manera, moriría; así es la oración»[9]. De este hontar profundo del «santuario» de la oración, o sea del corazón, brota la salmodia convertida en auténtica oración, tal como pasaba en las primeras comunidades cristianas: «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Dad siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,19-20). El orante, necesita añadir, es un ser

[9] Giorgio LAMBERTENGHI, *La oración, medicina del alma y del cuerpo*, Narcea, Madrid 2009, p. 58.

construido en Cristo y, en este lugar teológico, su intimidad humana se modula mediante una fe en Dios alimentada, confiada y llena de esperanza.

3. Los Salmos oración de Israel

«A la tarde, a la mañana, al mediodía me quejo y gimo: él oye mi clamor» (Sal 55,18). El judío piadoso rezaba «tres veces al día» (Dn 6,11), pero cada momento o cada circunstancia era también una oportunidad para rezar. El israelita rezaba en cualquier tiempo, en cualquier ocasión. De hecho, recordamos cómo Zacarías, el día de la circuncisión de su hijo Juan, «hablaba bendiciendo a Dios» (Lc 1,64). El judío piadoso rezaba dejando que la oración fluyera de su corazón, al mismo tiempo que se dejaba llenar de la palabra de Dios. Se trataba de una oración que nunca fue solo privada, y por eso siempre terminaba en el Templo, en la reunión del pueblo.

La oración litúrgica avalaba la oración personal y espontánea, es decir, la oración litúrgica daba una norma que modificaba y corregía la oración personal, libre. El paso de la vida y la persona al culto y a la comunidad estaba garantizado precisamente por los Salmos. El judío piadoso aprendía el método del diálogo con Dios sobre todo en el Templo. La oración hecha en el Templo se convertía en oración personal, y cuando volvía a la vida cotidiana, podía reanudar su oración con libertad y espontaneidad usando el Salterio como punto de partida para todas sus oraciones.

A partir de los trece años, todos los varones estaban obligados a practicar la oración. El historiador judío Flavio Josefo dice: «dos veces al día, al amanecer y cuando es hora de ir a dormir, testimoniarán a Dios los dones que les ha concedido desde la salida de Egipto, al ser cosa justa por naturaleza el agradecimiento y tener su razón de ser en corresponder a los beneficios ya obtenidos y en invitar a la concesión de otros en el futuro»[10].

En Israel las oraciones personales traídas al templo por los orantes eran acogidas por el sacerdote, y posiblemente usadas en la liturgia y guardadas. Así es como se formó el tesoro litúrgico de Israel: los Salmos, el Salterio. En el pueblo de Israel los Salmos experimentaron un desarrollo notable. Estas composiciones poéticas se usaban en el culto, sobre todo con acompañamiento musical. El hecho era de tal importancia que se le atribuyó al Rey David[11]. La tarea de alabar a Dios a través del canto de los Salmos se le encomendó a algunos cantores (1Cro 16,7-43). Por último, la oración del judío es una oración visible, o sea, donde se participa con todo tu cuerpo; es decir, se trata de una fiesta. El israelita, recordando esta fiesta litúrgica, podía exclamar: «Oh, qué bueno, qué dulce, habitar (sentarse) los hermanos todos juntos!» (Sal 133,1).

[10] Flavio JOSEFO, *Antigüedades de los judíos*, libro 4, n. 212, ed. Akal/Clásica, Pinto (Madrid) 2009, p. 217.
[11] Para profundizar en la Escritura véase: 1Cro 25.

4. Los Salmos oración de Jesús

¿Por qué entonces la oración de los Salmos se ha vuelto una oración cristiana? En primer lugar porque el mismo Jesús los rezó. Jesús nació en un pueblo que sabía rezar y era en su tiempo ya una costumbre orar tres veces al día[12]; una costumbre consolidada tanto en Palestina como en la diáspora judía.

Jesús aprendió desde niño los Salmos de memoria. La madre y la abuela se encargaban de enseñarlos (cf. 2Tim 1,5; 3,15). Jesús había sido educado en la fe y oración de los padres; se mantenía observante en todo, especialmente en su constante oración al Padre. En medio de su actividad itinerante cuidó siempre su comunicación con Dios, el Padre, en el silencio y la soledad. Las fuentes cristianas han conservado el recuerdo de esta costumbre de Jesús: se solía retirar a orar. Jesús buscaba los lugares desérticos o solitarios, se levantaba temprano para orar o incluso oraba durante toda la noche. No se contentaba con rezar en los tiempos prescritos para todo judío, sino que trataba de buscar otros momentos para conversar con su Padre.

¿Cómo era esa oración? Como cada judío piadoso empezaba su jornada con la liturgia vespertina, y antes de acostarse solía repetir el Salmo 4,9: «Me acuesto en paz y en seguida me duermo, porque solo tú, Señor, me haces descansar confiado». A la mañana decía con su familia reunida los salmos de alabanzas (cf. Sal 146-

[12] Cf. Sal 55,18; Dn 6,11; Esd 9,5; Jdt 9,1; Dt 11,19; Sal 3,1-2; 6,4-5; Lc 1,10; Hch 3,1.

150) y las bendiciones prescritas. Los Evangelios apenas recogen las oraciones de Jesús, aunque nos señalan que la oración tenía para él una gran importancia. Cabe preguntarse: ¿no es acaso Jesús, según la definición de san Agustín, «este admirable cantor de los salmos» («*iste cantor psalmorum*»)[13] cuyas horas de oración eran las de su pueblo, a través de la alabanza salmódica (cf. Mc 1,35; 6,46; etc.)?

Por tanto, no es necesario mostrar que Jesús conocía y practicaba la oración de los Salmos. A la edad de doce años, cuando se hizo adulto, «hijo del mandamiento» (*bar mizwà)*, inauguró su vida como miembro de la alianza con la peregrinación al templo (*ver:* Lc 2,41-42), en la fiesta y la alegría de la subida a Jerusalén expresada por el Salmo 122.

Cada año era fiel a esta fiesta y, desde entonces, en la Pascua recitaba el himno de las maravillas de Dios, el *Hallel* (Sal 113,118 y 136), como atestiguan los evangelistas (Mt 26,30 y Mc 14,26).

La mayor evidencia del uso del Salterio nos llega en sus últimas horas, narradas con más detalle. Desde lo alto de la cruz pronunció las palabras del Salmo 21,2: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado»; y las del Salmo 30,6 a las que le añadió la invocación «Padre»: «en tus manos entrego mi espíritu».

[13] San Agustín, en sus *Comentarios a los salmos*, le da una riqueza de sentido extraordinaria a esta fórmula, que utiliza al comentar el Sal 122.

Una vez resucitado, el mismo Jesús les dice a sus discípulos, antes de su ascensión al cielo, que era necesario que se cumpliera todo lo que estaba escrito acerca de él en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos (Lc 24,44). Por consiguiente, es posible hacer una lectura cristiana de los Salmos, leerlos y meditarlos encontrando en ellos referencias a Jesús (Mc 12,35-37; Mt 21,16; cf. Hch 14-36)[14].

Jesús los recitó, los meditó, los rumió, los hizo suyos y los vivió. No repudió los Salmos como algo formalista, al contrario, los usó con gran libertad; muchas expresiones de los Salmos se refieren a él.

Daniele Di Filippo, O. Carm.
Salamanca (España)

[14] San Hilario escribe: «Todo lo que está escrito en los salmos es una revelación de la venida de Jesucristo, de su encarnación, pasión resurrección, de su reino y de nuestra resurrección». *Tract. superpsalmos*, prol. 5, PL 9,235.

TESTIGOS

Madre María de las Mercedes de la Santísima Trinidad

(Morelia, México, 1862 – Ciudad de México, 1931)

Las vísperas de la Inmaculada en la Morelia de 1862, traen al hogar de la familia Méndez Pérez Gil, el anuncio de su sexto hijo, una niña a quien llamarán María Concepción.

En la casa y en la escuela de pequeña era el alma de todos los juegos infantiles. Inquieta como ninguna de sus hermanos, se apañaba para quebrantar las reglas y normas de la sociedad mexicana en que nació.

Adolescente se acerca al confesonario del P. Esteban Mendoza, que logra encauzar su ímpetu tras el seguimiento de Cristo. En 1878 ingresa en el internado de las MM. Dominicas en Morelia, una fachada para mantener la vida de comunidad suprimida por las Leyes de Reforma. Allí descubre que Dios le llama a una vocación distinta a la que conoce.

Por lo cual, después de dos años de búsqueda y renuncia a su voluntad, cuando parecía que todo indicaba que debía vestir el hábito dominico, su Director espiritual, el Deán Pbro. Julián M. Vélez le permite expresar su verdadera llamada. Deja Morelia, y seguida de su hermana menor y de una prima ingresa en una comunidad de Brígidas Sacramentarias que se ha fundado en 1879 en la Ciudad de México.

El 12 de junio de 1884 toma el hábito de Brígida, con el nombre de sor Mª de los Dolores de la Santísima Trinidad. Su llegada a la comunidad coincide con un momento de quiebre entre el deseo de adorar al Santísimo Sacramento de algunas monjas y la falta de observancia religiosa que sin darse cuenta propiciaba la fundadora, una monja recoleta de Santa Brígida. Aquella situación llegó a oídos del Arzobispo de México, Mons. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos que intervino hasta tres veces para lograr la separación de la comunidad según sus aspiraciones.

La novicia sor Mª de los Dolores permaneció con el grupo de religiosas que deseaban adorar el Santísimo Sacramento. En una casa prestada y lejos de la ciudad continuó su noviciado e hizo sus votos religiosos el 12 de mayo de 1885. Se le nombró maestra de novicias y en septiembre de 1887 se le eligió superiora. Siendo maestra de novicias, se le cambió el nombre religioso por el de sor Mª de las Mercedes de la Santísima Trinidad, con el cual se le conocerá desde entonces.

Entre 1887 y 1890 vio crecer la comunidad en medio de nuevas dificultades: el Padre Director, Pbro. Ismael A. Jiménez, exigía la observancia religiosa hasta el heroísmo o la necedad, lo que exigía un día, al siguiente lo desestimaba. En 1890 la volvieron a elegir superiora, se necesitaba practicar una norma de vida propia, lo cual lograron poner por escrito con aspectos que observaban de la Regla de San Agustín con las Constituciones de las Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento y las propias de las recoletas de Santa Brígida, reformadas por Marina de Escobar.

En julio de 1890, para hacer frente al empuje de la educación laica en México, el P. Director dispuso que la comunidad, además de la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, se dedicara al apostolado educativo.

Después de algunos incidentes, en 1894 la comunidad se traslada a la Villa de Guadalupe; la Madre Ma. de las Mercedes inicia con la ayuda del canónigo presbítero Samuel Argüelles los trámites para lograr la agregación canónica a la Orden de las Adoratrices Perpetuas de Roma. Se rehúsan en Roma a conceder la agregación, la cual consiguen con el apoyo del Delegado Apostólico, Mons. Nicola Averardi. El 27 de abril de 1897 logran la anhelada agregación, aunque la Casa Madre de Roma las desconoce.

A partir de 1900 se da una serie de fundaciones en el centro de México: León (1902), Guadalajara (1903), Dolores Hidalgo y Lagos de Moreno (1904), Colima (1906), y se da la agregación al beaterio de Sacramentarias de Ejutla (1908). Providencialmente en ese año

la Casa Madre de la Orden reconoce las comunidades mexicanas como verdaderas Adoratrices Perpetuas. Tras estas primeras casas se da un nuevo periodo de fundaciones: Mixcoac y La Piedad (1911), Sahuayo (1912), que se interrumpe con la llegada de la Revolución mexicana. Como un huracán terrible deshace todas las casas religiosas, dispersa la monjas y solo se sostiene la casa de la Villa de Guadalupe.

En medio de tanta adversidad surgen varias fundaciones breves como son Querétaro (1915), Irapuato (1915), Santa María la Ribera (1915) de corta duración, para fundarse en ese mismo año el Asilo de la Luz para niños huérfanos en Lagos de Moreno; San Miguel Allende y Tlalpan (1916).

Entre 1916 y 1917 la Madre viaja a cada comunidad, busca a cada religiosa en donde se encuentra, y logra con gran fe restaurar la observancia religiosa. Sin embargo, tras estos años, los lazos de la caridad se habían quebrado entre las comunidades.

Desde 1902 algunos obispos mexicanos habían visto que el mejor modo de sostener la observancia religiosa entre las comunidades de Adoratrices era nombrar a la M. Mercedes como superiora mayor. En 1910 el Delegado Apostólico propuso a las diversas superioras establecer una superiora general como modo de gobierno. Indecisas estas, pidieron nuevas orientaciones a la Sagrada Congregación de Religiosos. Hacia 1914 hubo nuevas solicitudes a esa Congregación por parte de algunos obispos para fusionar los monasterios en una comunidad religiosa bajo una superiora general,

pero la Revolución mexicana demoró la correspondencia. Dios escribía derecho en aquellos renglones torcidos.

Hacia 1918 las diferencias en los monasterios se fueron acentuando cada vez más. La Madre Mercedes se convierte en el centro de todas las humillaciones y mentiras por parte de un grupo de religiosas que no deseaban la unión entre los monasterios. La correspondencia de estas exalta las cosas una y otra vez. Las cartas llegan a la Delegación Apostólica, a la Sagrada Congregación de Religiosos. La Madre pide disculpas por sus errores y no se defiende, sencillamente calla.

La Sagrada Congregación de Religiosos nombra, en 1918, Visitador Apostólico a Mons. José Mora y del Río, Arzobispo de México, que pide a la Madre que envíe una circular a los monasterios de Adoratrices para saber quiénes aceptan o se oponen al generalato. Optan por el generalato las casas de la Villa de Guadalupe, León, Dolores Hidalgo, San Miguel Allende, Tlalpam, Santa María de Amealco y San Pedro de los Pinos. Se opusieron abiertamente las dos comunidades de Guadalajara (1º y 2º), Colima, Ejutla y Sahuayo. Mientras la comunidad de Lagos permanece dividida entre las que desean y no desean el generalato.

En estos años se fundan Santa María de Amealco (1919), San Pedro de los Pinos (1920) y Allende (1921).

Entre 1920 y 1921 tres religiosas de la Villa viajan a Roma para solicitar el generalato al Papa Benedicto XV.

A su regreso, la Madre se hace a un lado y deja que la mano de Dios trace con sus rasgos los caminos para la unión de las casas que desean el generalato.

En 1922 la Sagrada Congregación de Religiosos concede unas nuevas Constituciones a las Adoratrices mexicanas que desean el generalato, pero invita a que se lean en todas las comunidades. Se hacen nuevas votaciones sobre la elección de estas, y son aprobadas por las comunidades de la Villa de Guadalupe, León, Dolores Hidalgo, Lagos de Moreno, San Miguel Allende, Tlalpam, Santa María de Amealco y San Pedro de los Pinos. El 29 de enero de 1924 se concede finalmente el reconocimiento canónico por parte de la Santa Sede.

En el primer capítulo general celebrado el 7 de mayo de 1924 es electa superiora general la M. María de las Mercedes de la Sma. Trinidad. El primer año de su generalato visita todas las casas del nuevo Instituto.

Con la llegada al poder del presidente Calles, la situación de la Iglesia se torna imprecisa hasta concluir con una persecución abierta hacia toda expresión de fe. En este ambiente se fundan las casas de Santa Ana Chiautempan y la Clinic Saint Martha's en Los Ángeles, California (1925). A través de esta última fundación, logra en abril de 1926 poner el Noviciado a salvo, en San Gabriel, California.

El 31 de julio de 1926 se suspenden los cultos litúrgicos en México y las comunidades religiosas se dispersan y viven tres años de catacumbas. En octubre de ese año visita la comunidad de San Gabriel, California.

A raíz de la situación política mexicana logra fundar, en 1927, otras casas en las poblaciones de Watts y Maravilla, en Los Ángeles, San Antonio (Texas) y Sale Lake, en Utah.

Tras los acuerdos de junio de 1929 entre la Iglesia y el Estado mexicano, la Madre logra regresar en diciembre de ese año. A sus espaldas algunas religiosas tratan de separar el noviciado y erigir un monasterio independiente de la Orden. Celebra el segundo capítulo general y queda libre de todo oficio o cargo. Estalla la separación de las superioras del noviciado y se convierte nuevamente en el centro de todas las humillaciones y diatribas de aquellas.

El Arzobispo de México no cree prudente su presencia en la misma casa donde se aloja el Consejo General de la congregación, por ello pide ser destinada a la casa de Santa Ana Chiautempan. Allí trascurre menos de un año de vida humilde y escondida. Se siente feliz, despojada de todo título. En marzo de 1931 su estado de salud, que en los últimos años se había deteriorado, se agudiza cada vez más; además, el clima le afecta.

Le traen a San Ángel, en la Ciudad de México, parece que el clima le asienta y mejora un poco. Sin embargo, le quedan apenas unos cuantos meses de vida.

El 2 de septiembre de 1931 se duerme en el Señor. Sus restos permanecen expuestos hasta el día 4, que son llevados al Panteón Tepeyac, en la Villa de Guadalupe. En 1939 se le traslada a las Criptas de la antigua Basílica de Guadalupe donde descansaron hasta el

2006 que se colocan en la capilla Emperatriz de México, de la Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe.

Dos grandes rasgos señalan su vida espiritual, el anonadamiento y la oblación eucarística, que le hace vivir en una actitud de adoración al pie del Altar y, por otra parte, una experiencia mariana que se identifica con Santa María de Guadalupe, mujer de la nueva evangelización que conduce a los nuevos pueblos al encuentro con Cristo, Señor de la Historia.

Manuel Bonet Ochoa
México (México)

ESCUELA DE VIDA

LOS SERMONES DE TAULERO EN VERSO
POR TOMÁS DE MADALENA, O.P. (III)

Vida religiosa

32. Si con fiel atención se mira y pesa
la vida secular y religiosa,
aquélla en males la verás opresa,
ésta con el bien sumo muy gozosa.
Allí la libertad con hierros presa,
que ella misma los fragua cuidadosa;
aquí una esclavitud, que en alto modo
de todo libre, lo posee todo.

33. Calla el súbdito humilde y obediente
cuando el prelado con furor le oprime,
y, aunque sea en sus modos insolente,
el voto de obediencia le comprime.
La repugnancia el apetito siente,
y con alto motivo se reprime;
pero viéndose solo y sin abrigo
recurre a Dios para tenerle amigo.

34. Aquel que manda mal, siempre obedece;
quien obedece bien, siempre domina;
y en la misma humildad tanto merece,
que Dios para exaltarlo se avecina.
Así en obedecer su mando crece
y cuanto más en la humildad se inclina,
Dios, que quiere aumentarle los blasones,
le corona por rey de sus pasiones.

35. ¡Oh tú, que eres pastor y con reposo
sólo el regalo y el obsequio ganas,
y con procedimiento desidioso,
en la voz y el ejemplo no te allanas!
¡No miras a los súbditos, celoso,
para apartarlos de las cosas vanas!
Y sin vara, sin báculo y sin palos,
¿aún no quieres silbar contra los malos?

Los votos

36. La virgen que del mundo se destierra,
elige por retiro la clausura;
en la frase común «viva se entierra»,
cuando busca en Jesús la sepultura,
pierde la libertad, y haciendo guerra,
por que muera el sentido en la amargura;
está más libre del amor cautiva,
muerta la carne pero el alma viva.

37. Formada con los votos, religiosa,
a Cristo sus afectos sacrifica
y en las acciones, como fina esposa,

con respetos mundanos no se implica;
en solo Cristo y en su amor reposa,
pero si al mundo su afición aplica,
mire a Jesús, esposo delicado,
que pide para sí todo el cuidado.

38. La hermosura del mundo aquí se acaba,
porque a Dios se consagra la hermosura
y siendo virgen de Jesús esclava,
lo ha de mirar esposo, con fe pura.
La nobleza del siglo no se alaba
y superior nobleza se asegura,
pero es llevando cruz en su fineza
como señal de la mayor nobleza

39. Buscas el sueño de la noche oscura
en la vida mortal, preciso empeño,
el sueño de la muerte es la figura,
atada la razón del mismo sueño.
En la quietud la vida se asegura
para observar las leyes de tu dueño,
porque es ley de virtud, y aún obra pía,
dormir de noche por velar de día.

A Cristo con la cruz

40. Quiero aliviar tus hombros de la carga,
con que se inclina tu semblante feo;
permíteme, Jesús, la cruz amarga
que, sin razón, en tus espaldas veo,
¡oh, si lograse yo la dicha larga
de ser en tu camino cirineo,

porque el peso del leño tan sagrado
quite la gravedad de mi pecado!

41. Eres el sumo bien, redentor mío,
y por eso entre culpas tan oscuro,
buscando tu piedad, en que me fío,
el perdón de mis yerros aseguro.
No atiendas mi malicia con desvío,
mira tu noble ser, tu afecto puro,
y que el peso de culpas que me abruma
nunca puede quitar tu bondad suma.

Oración

42. Si a Dios de la alabanza el sacrificio
quieres hacer con modo muy perfecto,
huye de la tibieza el torpe vicio
y junta, en devoción, la voz y afecto.
Siendo de ángeles santos el oficio,
¡cuán enorme será cualquier defecto!
Si con voces de Dios en otro piensas,
transformas los obsequios en ofensas.

43. Recoge tus potencias y sentidos,
a Dios dentro de ti con fe mira,
gime por los pecados cometidos,
por el rocío celestial suspira;
con las ansias de afectos encendidos
a la unión de Jesús, del todo aspira,
y si percibes que su amor te inflama,
logra la dulce paz de tanta llama.

44. ¿Qué cosa puede haber más excelente,
que la oración mental pura, afectiva?
Uniendo el alma a Dios íntimamente
hace que Dios en ella, ella en Dios viva;
cuanto en la unión experimenta y siente
es una suavidad tan excesiva,
que, absorta la razón con el sentido,
tiene el gozo y la paz en dulce olvido.

45. Entra dentro de ti, y allá en tu centro
verás cómo el Señor, que en él habita,
sale de tus afectos al encuentro
y son su amor tu caridad excita.
La gloria de este rey toda es adentro
donde está la escondida margarita,
y si en Dios con la fe te reconcentras
donde quieres buscarla, allí la encuentras.

46. Es norte la oración que el mal destierra,
para el puerto feliz segura nave,
arma con que el infierno se hace guerra,
para las llagas bálsamo suave,
escala que une al cielo con la tierra,
del tesoro de Dios la mejor llave,
con que si en ella humilde te ejercitas,
tienes fuentes de gracias infinitas.

[...]

PADRE ARINTERO

MENSAJE A LOS SEMINARISTAS, ESPERANZA DE RENOVACIÓN EN LA IGLESIA

En noviembre de 1924, a la madura edad de 64 años, escribió nuestro autor un artículo dirigido a los candidatos al sacerdocio ministerial[1]. Con toda humildad, en tono eminentemente positivo, les abrió su corazón para ofrecer cuanto le resultaba que era esencial en su formación. No diseñaba, desde luego, un programa académico de contenidos a incluir en el plan de estudios. Tampoco descendía a consideraciones relativas a pedagogía educativa. Por descontado que no desdeñaba lo anterior. Él mismo estuvo inmerso durante años en un contacto con jóvenes aspirantes al sacerdocio y escribió sobre algunos aspectos de psicología. Enseñó ciencias, que por entonces se incluían en el ciclo filosófico con el nombre de «naturales». Explicó, sobre todo, Sagrada Escritura, teología fundamental y eclesiología. En la presente circunstancia, se dirigía al alma

[1] «Ideal que se ha de proponer en la formación de los Seminaristas», *La Vida Sobrenatural* 8, n. 47 (1924) 308-330.

bautizada y confirmada de los seminaristas, para animar a emprender una sólida *formación espiritual*. Como no podía ser menos, algo sugería también para los formadores.

Sus convencimientos se forjaron a partir de una prolongada experiencia y, muy señaladamente, de un contacto con abundantes «fuentes», en las que bebía sin cesar. Sus hontanares se encontraban, sobre todo, en el campo de la Sagrada Escritura. Apenas si hay libro del Nuevo Testamento que no venga a corroborar su doctrina. Del Antiguo, aducía pasajes de los proféticos y sapienciales. Recurrió varias veces a los Salmos y al Cantar de los Cantares. No faltaron tampoco sentencias procedentes de los Padres de la Iglesia, de san Agustín, san Gregorio Nacianceno, san Gregorio Magno. De los teólogos, el centro lo ocupaba santo Tomás de Aquino, muy señaladamente en sus comentarios bíblicos. La teología espiritual se asomaba en algunos apoyos que extraía del «Doctor melifluo», san Bernardo, de santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Bartolomé de los Mártires y, abundantemente, del jesuita Luis de Lapuente (Valladolid, 1554-1624), que estudió teología en el colegio dominicano de San Gregorio de Valladolid, y del que dirá, en las referencias que alega, que coincidía con el pensamiento del Doctor Angélico (p. 319).

La comunicación o mensaje del Padre Arintero a los seminaristas puede sintetizarse en los siguientes puntos:

1. *Son los seminaristas hermanos de todos los fieles, por la común participación de la gracia bautismal y de la confirmación*. La meta y medios propios de todos los cristianos, lo son igualmente de los candidatos al sacerdocio. El término es Cristo. Todo creyente está llamado a ser *otro Cristo*. En la iniciación cristiana se reciben de Dios muchas e inestimables gracias. Su expansión normal conduce a la perfecta imitación del modelo humano-divino, Jesucristo. Todos los bautizados están obligados a tender hacia la perfección, a recibir la plenitud el Espíritu, a subir a las sublimes alturas de la perfección cristiana. Dios ofrece generosamente a todos las gracias necesarias «para llegar hasta la cumbre de la verdadera santidad» (pp. 323-324).

2. *Urgidos a escalar las cumbres más elevadas*. Quien ha sido llamado al orden presbiteral en la Iglesia recibe una invitación, no solo a trabajar a fin de santificarse personalmente, sino también para ser instrumento de santificación en bien de los demás. La vocación lo convertirá en pastor, guía, maestro espiritual para que todos «lleguen a ser y parecer verdaderos y fieles hijos de Dios y, por tanto, *dioses* por participación» (p. 309).

3. *En el camino hacia la santidad se distinguen tres etapas, vías o edades, todas ellas en subida*. Recordaba a los formandos las clásicas fases o vías que se han de vivir en ascenso, es decir, las etapas de *principiantes*, *aprovechados*, y *perfectos*. El *principiante* se empeña en buscar el bien y huir del mal. Ha de realizar un discernimiento constante acerca de lo que es un

bien auténtico para la voluntad, en la que, como en el entendimiento, está plasmada la imagen de Dios, advirtiendo que el mal no se presenta con «mala cara», sino que, en tantas ocasiones, aparece «enmascarado» de atractivas apariencias. El *aprovechado*, además de optar por el bien real, se propone dar con lo que es *más grato a Dios*, entre diversos bienes legítimos. El *perfecto* está pronto a colaborar en todo con el Espíritu divino, para que *Dios reine y sea glorificado en él* (p. 315).

Al explayarse en la *vía de los perfectos*, citaba a santo Tomás, que repite varias veces la definición de *perfecto*: es aquel a quien *nada falta*, según el modo de la *perfección que debe tenerse* (I-II, q. 4, a. 1, co; I, q. 73, a. 1, arg. 3).

4. *En la formación ha de entrar lo que es esencial para el sacerdote*. Desde luego, es esencial a todo presbítero, cuanto lo es, asimismo, para el cristiano en general: cultivo de la gracia, de la que brotan las virtudes, los dones y frutos del Espíritu Santo, hasta llegar, en la vivencia de las bienaventuranzas, a la perfecta unión con Dios, cumpliendo en todo su voluntad. Esencial es cuanto convierte al cristiano en verdadero retrato de Jesús (p. 316). No basta con que el que se prepara para el sacerdocio reciba una formación *regular*, casi de mínimos o de cortos vuelos. Es decir, no debe proponerse como meta una de las vías o edades *previas a la perfecta*. Esto es lo que dictaría la *prudencia humana* (Rm 8, 6). La prudencia del espíritu, por el contrario, enseña a colocar «escalas en el corazón para subir de virtud, en virtud» (p. 317).

Esencial para el sacerdote —y hacia ahí ha de orientarse el adiestramiento— es la *oración*, *estudio*, *estímulo comunitario*, *consejo de los maestros*, *anuncio del nombre de Jesús*, *obrar con su poder y representarle*, *ser digno ministro*, *delegado*, *plenipotenciario y enviado por Cristo*. Los candidatos al sacerdocio han de leer con atención, respeto y deseos de aprovechar a los autores místicos.

No puede formarse el sacerdote para *figurar*, sino para hacerse todo de todos, a fin de ganar a todos. Para que sea capaz de sacrificarse en todo por la gloria de Dios y el bien de las almas. A fin de que un presbítero consiga ser *sal de la tierra* tendrá que condimentar los corazones con saludables ejemplos de vida santa. Para ser *luz del mundo* su vida ha de resplandecer, inflamada en amor, *aventajado en la contemplación* y *en la acción*. Ha de saber acomodarse a la capacidad de todos, de los pequeñuelos y de los adelantados. La preparación es necesaria para cultivar y no destruir (pp. 310-311).

Cuanto viene expuesto hasta aquí condujo al Padre Arintero a formular nueve *conclusiones* realmente luminosas, dirigidas a discípulos y maestros de espíritu. Aparecen tan pensadas, que procede reproducirlas literalmente:

> 1ª. Según la doctrina del Venerable Padre Lapuente, del todo conforme con la del Doctor Angélico, puesto que no basta para la buena formación cristiana en general el procurar ejercitar con dili-

gencia las virtudes, o sea la práctica de la vida *ascética*, sino que es menester también cuidar de cultivar los dones del Espíritu Santo, —disponiéndose el alma así para la *vida mística*, a la que todos deben, por lo mismo, aspirar para poder ser perfectos—; mucho más necesaria ha de ser esta aspiración para la buena formación de los seminaristas.

2ª. Importa, pues, mucho, según la conocida frase de santa Teresa (*Vida*, cap. 18), tratar de *engolosinarlos de un bien tan alto*, por todos los medios posibles, y de un modo especial con lecturas, pláticas y discusiones sobre tan hermosas y palpitantes materias. Y así es menester:

3ª. Inculcarles una ferviente piedad viva, sólida y bien sentida, no reducida a fórmulas y práctica rutinarias, sino bien cimentada y reanimada con la frecuente consideración del inefable misterio de nuestra filiación divina adoptiva y de la consiguiente necesidad de configurarnos en todo con Jesucristo y vivir como dignos hijos de Dios.

4ª. Recomendarles muy principalmente el procurar mucha pureza de corazón y de conciencia, y gran fidelidad a la gracia y docilidad a las inspiraciones divinas; y por lo mismo mucho amor a la oración y recogimiento, mucho trato y familiaridad con Dios, y muchísimo cuidado de andar siempre en la divina presencia y renovarla con frecuentes y fervientes aspiraciones y místicas introversiones.

5ª. Insistirles en las instrucciones y puntos de meditación sobre la alteza de la vida cristiana y la excelencia de la vocación sacerdotal, y la correspondencia que exigen.

6ª. Hacerles sentir muy al vivo con ardientes exhortaciones y palpitantes ejemplos de siervos de Dios, cómo son templos vivos del Espíritu Santo y han de ser preciosas literas del divino Salomón, o tronos portátiles de Cristo, para llevarlo siempre consigo y comunicarlo a cuantos traten (*Cantar de los Cantare*s 3).

7ª. Procurar que en todas sus lecturas y estudios y clases y conversaciones respiren un ambiente sobrenatural, para que así de veras aspiren a ser «santos en todo a imitación de Aquel que los llamó» (I Pe 1,16).

8ª. Desvanecer tantas prevenciones y engaños como hay acerca de la vida interior mística, y evitar frivolerías que ofuscan y fascinan para no reconocer el verdadero bien (Sb 4, 112).

9ª. Finalmente, procurar, en resumen, que vivan según el espíritu de su vocación y de que deben estar siempre animados, para que así florezcan con hermosas virtudes que les hagan exhalar el buen olor de Cristo, y sus almas se enriquezcan con los doce preciosos frutos del Espíritu Santo y sus corazones sean, fuentes de huertos y pozos de aguas vivas (*Cantar de los Cantare*s 4, 15), para bien de muchas almas sedientas de justicia.

El *concilio Vaticano II* ha venido a ratificar algunos mensajes destacados que ofrecía el P. Arintero, en particular cuanto respecta a la *formación espiritual de los seminaristas*. Como es bien conocido, lo ha hecho en el decreto «Optatam totius», de 28 de octubre de 1965. Pide la asamblea conciliar que «los alumnos aprendan a vivir en continua comunicación con el Padre por su Hijo en el Espíritu Santo. Puesto que han de configurarse por la sagrada ordenación a Cristo Sacerdote, acostúmbrense a unirse a Él, como amigos, en íntimo consorcio de vida» (n. 8). No es su cometido el de *figurar*, reclamo en que se esconde el amor propio: «Entiendan los alumnos con toda claridad que no están destinados al mando ni a los honores, sino que se entregan totalmente al servicio de Dios y al ministerio pastoral [...]. Han de formarse para una vida espiritual que hay que robustecer al máximo por la misma acción pastoral» (n. 9).

En conclusión, puede afirmarse que las reflexiones del Padre Arintero continúan vigentes en el momento actual, aun cuando fueron escritas hace casi cien años. La razón está en que acudió a fuentes vivas y eficaces, que están llamadas sin cesar a proporcionar «agua viva» que salta hasta la vida eterna.

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

VIKTOR FRANKL, *Llegará un día en el que será libre. Cartas, textos y discursos inéditos*, Herder, Barcelona 2018, 256 pp.

Como se anuncia en el subtítulo, el libro contiene «cartas, textos y discursos inéditos», del prolífico y bien conocido neurólogo, psiquiatra y filósofo austriaco Viktor Emil Frankl. El conjunto más relevante es el que constituye el apartado titulado: «Textos y artículos 1946-1948», que cubre unas cien páginas. El resto, sobre todo las cartas, son un testimonio de una vida que ha pasado por los campos de concentración y exterminio nazis (de septiembre de 1942 a 1945).

En esos tristes lugares —como él mismo dice— perdió a toda su familia, menos a una persona. Vio como sus compañeros eran condenados a la cámara de gas. Sin saber por qué él se libró. Superó incluso un tifus en el último campo previo a su liberación. Una vida con esa experiencia podía haberle destruido. Superó incluso las dificultades que hubo de sufrir al volver a su ciudad de Viena, y verse solo sin su esposa y sin su madre; y no ser siempre acogido con la consideración que merecía el largo y hondo sufrimiento pasado.

En el libro, sobre todo en el apartado al que me he referido de textos y artículos, que también recoge varias conferencias pronunciadas en esos años del 1946 al 1948, refleja su manera de pensar, tan interesante

rica, tal y como aparece en sus libros ya clásicos. En ellos defendió con insistencia un humanismo que supera la reducción naturalista de Freud y Adler. Se relacionó con estos dos personajes, aunque acabó separándose de ambos, precisamente porque, resumiendo, solo veían en el ser humano lo biológico, lo que la ciencia puede captar, prescindiendo de cuestiones tan defendidas por él, como las del sentido. El sentido de la vida es un tema que aparece insistentemente en sus conferencias. Esa cuestión del sentido responde a una visión más filosófica del ser humano, y en parte se ve reflejada en el existencialismo. Esa fue la lucha de su vida intelectual.

Aparece también la cuestión de la trascendencia, de Dios —él es judío creyente—, como un refuerzo por encontrar sentido al vivir. No hace apologética de ello. Sí lo presenta como alternativa. Lo que le interesa esencialmente es hacer ver que ni el biologismo, ni el sociologismo, o cualquier consideración del ser humano que no rebase lo propio de la ciencia experimental y empírica, ofrece una visión de lo que es el ser humano. La manifestación de esa concepción «naturalista» del hombre es para Frankl la búsqueda de sentido del vivir y la libertad como característica esencial de la condición humana.

No es fácil resumir textos de carácter tan variado, como son las cartas —a veces confidenciales—, pequeños discursos de homenajes o conmemorativos, mezclados con conferencias y artículos más elaborados. Pero en sus textos se ve reflejada la magnitud de su

biografía y su visión elevada de la condición humana, que, por otra parte, le impide clamar venganza contra los que tanto sufrimiento infligieron; o rechazar en conjunto todo lo alemán, porque alemanes eran los verdugos.

A lo largo de la lectura de los textos más densos y desarrollados parece que uno está leyendo a un cristiano, empapado en el mensaje de Jesús de Nazaret, aunque Viktor Frankl haya sido siempre judío. Tras leer algunas de sus conferencias, la conclusión a la que llegué es que he de volver sobre ellas, por lo que dice y por lo bien que lo dice. Tan interesante como el contenido es la forma de expresarlo, con referencias frecuentes a su experiencia en los campos de exterminio nazis. Libro en verdad aconsejable.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

Jesús Espeja, Jesús D. Sariego, *Palabra de Dios en lenguaje humano*, Edibesa, Salamanca 2019, 206 pp.

Estos dos relevantes teólogos han unido su saber y sus esfuerzos para presentarnos este libro. Señalan como objetivo de él «transmitir el evangelio en una sociedad cada vez más emancipada de la tutela religiosa, donde la seducción de lo sagrado rebrota en movimientos, grupos multiformes y nuevas formas no institucionales».

En varios capítulos se aborda el complejo problema de cómo leer los textos de la Sagrada Escritura, más allá de una lectura literal. Y también más allá de una lectura no religiosa de ellos. En la base está entender que son textos inspirados, no dictados, en los que el hagiógrafo o autor incluye el mundo en el que se mueve, la cultura de su pueblo, lo que es propio de su subjetividad. Cultura, circunstancias históricas distintas de las de quien hoy los lee. Dios inspira, pero escribe el ser humano para que le entiendan, y desde lo que él entiende del ser humano y de Dios. La mejor expresión de esa complicidad entre Dios y el hagiógrafo es Jesús de Nazaret, en él Dios se manifiesta como ser humano. Jesús, su vida, es desde ese momento la referencia para saber leer, entender los textos sagrados

Junto a la Sagrada Escritura, dándole sentido, reinterpretándola esta la Tradición de la Iglesia. No como fuente distinta de la Sagrada Escritura, de la revelación de Dios, sino formando con ella el modo de la auto-comunicación de Dios, que es la Revelación. Tradición apostólica y tradición del sentir de la fe a lo largo de la historia.

Son capítulos densos que es necesario leer con detenimiento. Pero son necesarios para luego saber qué comunicar cuando se quiera presentar hoy la Palabra de Dios.

Los otros capítulos están dedicados a la aplicación concreta de lo que en los otros se desarrolla. ¿Quién es el Dios que nos habla a través de la Sagrada Escritura

y la Tradición? ¿Cómo ha de ser nuestra fe? En respuesta a esta pregunta la fe en el texto va unida al término «experiencia». La fe no es pura aceptación de verdades objetivas, sino experiencia de un Dios que nos ha hablado y cuya palabra la hacemos nuestra. De ahí el protagonismo del ser humano en su vida, que Dios mismo exige.

El último capítulo se centra en el objetivo del libro: lo titulan los autores «De la Escritura a la Predicación». Con el término «predicación», que es el que usamos los dominicos, se refiere a la transmisión al hombre de hoy, en sus circunstancias históricas concretas, con su modo de pensar propio de la postmodernidad, con pocas referencias a la Iglesia..., de la Palabra de Dios.

El libro es ambicioso en lo que pretende: conocer e interpretar la Palabra de Dios revelada y proponerla a una sociedad que se mueve ajena a esa Palabra. Sin duda puede ser verdadera ayuda para conseguir lo que se pretende. Ayuda bien fundamentada para interpretar la Revelación de Dios, para cómo hemos de entender la fe que profesamos, que vivimos y cuál y cómo es nuestra tarea a la hora de transmitirla.

Hemos de felicitar a la editorial Edibesa por facilitar que nos llegue este magnífico trabajo de los dominicos Jesús Espeja y Jesús D. Sariego. Felicitación con agradecimiento que se extiende de manera especial a los autores.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

MIGUEL ÁNGEL SAN ROMÁN, *Formosa, Campo de Dios. Historia de la Iglesia católica en Taiwán (1859-1950)*, San Esteban, Salamanca 2019, 793 pp.

El autor de este libro es un fraile dominico de la Provincia misionera de Nuestra Señora del Rosario; es Doctor en Misionología por la Universidad Gregoriana de Roma, y ha vivido cuarenta años en Taiwán como misionero con las comunidades aborígenes y también chinas, pasando algunos períodos en Hong Kong. Desde el año 2010 reside en Roma, donde colabora con la Congregación de la Evangelización de los pueblos, en asuntos relativos a las comunidades católicas de China. Es autor de diversas publicaciones.

Esta obra fue publicada originalmente en chino, pensando primeramente en los habitantes de la isla de Taiwán; ahora ha sido adaptada para los lectores de lengua española. Su provincia dominicana le encargó al autor este trabajo en el año 2005 para conmemorar el 150 aniversario del comienzo de la segunda evangelización llevada a cabo por los misioneros de esta provincia (aniversario que se cumplía en el año 2009). No obstante, el período aquí estudiado abarca poco más de noventa años, desde 1859 hasta 1949 o 1950. Desde el año 1949 la misión de Taiwán experimentó un profundo cambio, porque un gran número de congregaciones y de sacerdotes chinos, expulsados de China por el régimen comunista, decidieron establecerse en este país, iniciando así una nueva etapa. El autor no pretende ofrecer a los lectores en estas páginas un trabajo de investigación exhaustivo, sino hacer una primera

presentación global, imperfecta e inconclusa de este período de las misiones dominicanas en Taiwán. A esta investigación ha dedicado cuatro años. Gracias a esta labor ha descubierto nuevos matices, y llegado hasta las raíces y las profundidades de la fidelidad de las comunidades católicas de las que se habla aquí; ha descubierto el estilo taiwanés de ser cristiano, «algo que pasa a engrosar el tesoro de la Iglesia universal» (p. 14).

El autor establece una cronología, ofrece biografías, relata sucesos, pero sobre todo quiere dar a conocer el modo en el que el alma taiwanesa recibió la fe cristiana, la aceptó y la vive como el eje y el centro de su vida. La historia que encontramos en estas páginas está hecha de retazos tomados de la vida cotidiana de oyentes y predicadores, de fiestas y celebraciones, de dolor, enfermedad y muerte.

El libro consta de dos partes. La primera está dedicada a presentar el marco geográfico, social, humano y eclesial de la historia que aquí se narra. El autor quiere hacer una lectura contextual, es decir, leer los textos con sentido histórico y geográfico. Esta primera parte consta de ocho capítulos. En el capítulo séptimo se presenta de forma abreviada el primer período de la misión dominicana en Taiwán, que abarca dieciséis años únicamente: de 1626 a 1642. El capítulo octavo cuenta la segunda etapa de esta evangelización, que comenzó 120 años después de la primera, es decir, a partir del 18 de mayo de 1859, cuando un primer grupo de frailes dominicos llegó a la ciudad de Dagau. Si la primera evangelización había comenzado en el norte, en este

caso, por las circunstancias, se comenzó por el sur, y desde ahí se pasó al centro, y desde el centro al norte, hasta cubrir poco a poco toda la geografía de la isla.

La segunda parte del libro es la más extensa: abarca desde el capítulo nueve al veintidós. En ella se presenta la historia de las misiones particulares, generalmente cabezas de distrito, que fueron creándose en la isla de Taiwán. El autor ha optado por seguir aquí un orden cronológico en atención a la fecha o el momento de la fundación de cada misión o distrito. Después de presentar cada una de ellas, añade algunas misiones o *estaciones secundarias*, que dependían en muchos aspectos de la misión principal. La misiones *cabezas de distrito* estaban dotadas habitualmente de una iglesia o templo y de una casa misión; y en ellas residía al menos un fraile sacerdote. Tenían también una residencia para catequistas (hombres y/o mujeres). A partir de 1903, en algunos lugares había asimismo una residencia de religiosas.

En el epílogo el autor recuerda que los protagonistas de esta historia no son solo los misioneros y los agentes de la misión, sino toda la iglesia local. No obstante, lamenta haber caído en el defecto de centrar la atención en aquellos. También aquí anuncia que este primer tomo irá seguido de otros dos que se centrarán en la presentación de los agentes de la misión: los padres dominicos y catequistas. En ellos tendrá más importancia la presentación elaborada de temas históricos y misioneros: biografías de los personajes más importan-

tes; reflexión sobre temas como método misionero, relaciones con la autoridad civil. Se centrarán sobre todo en el estilo de vida de los cristianos y misioneros, así como en los rasgos de su espiritualidad y su manera de vivir la fe.

El libro cuenta también con cuatro apéndices, una bibliografía, un vocabulario y un pequeño álbum fotográfico.

El libro nos acerca una historia apasionante, desconocida para una gran parte del público de lengua española; aunque en los orígenes de la evangelización de Taiwán estuvo implicada la corona española, a pesar de la distancia geográfica y cultural que nos separa; y sobre todo estuvieron implicados muchos frailes dominicos nacidos en la península ibérica. En definitiva, nos abre a un mundo diferente que puede enriquecer nuestra visión de la realidad y de la misma fe.

Fray Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

AÑO 100 – Núm 731 SEPTIEMBRE-OCTUBRE, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

REDESCUBRIR LA BELLEZA DE REZAR EL ROSARIO EN CASA

El pasado mes de abril el papa Francisco escribió una breve carta dirigida a todos los fieles para exhortarles a rezar el Rosario durante el mes de mayo, mes dedicado tradicionalmente a la Virgen María, así como el mes de octubre. La carta está fechada el 25 de marzo de 2020, fiesta de san Marcos, desde San Juan de Letrán (Roma).

En esta misma carta nos propone a todos redescubrir «la belleza de rezar el Rosario en casa durante el mes de mayo». Para ello es fundamental, ya sea que lo recemos en familia o individualmente, que lo recemos

con «sencillez». Ese es su «secreto». Se trata de «contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre», como decía el papa Juan Pablo II en su carta sobre el Rosario. Rezar el Rosario en casa «nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba» de la pandemia del Covid-19.

La belleza del Rosario no está solo en el método, es decir, en su sencillez, sino también en su contenido. En el Rosario contemplamos los misterios de Dios, que son «recintos de belleza»[1]. El dominico Miguel Iribertegui, que es uno de los autores que más han reflexionado sobre la belleza de María y del Rosario, afirma que cuando se contemplan los misterios del Rosario, el orante se introduce en ellos «y queda envuelto y afectado por el orden de Dios; su experiencia es también misterio, pues no ocurre sino por la intervención del Espíritu, por eso "contempladlo y quedaréis radiantes" (Sal 33,6)»[2].

La belleza tiene su origen en Dios. Así como la Escritura afirma que Dios es Amor, podríamos añadir también que Dios es Belleza. La belleza que contemplamos en este mundo es un destello de la belleza de Dios. La belleza se asocia con la luz, la claridad, el colorido, la integridad o perfección, la sencillez, el orden armonioso, la proporción adecuada, el ritmo,... Lo bello es al

[1] Miguel IRIBERTEGUI, *El Rosario. I Misterio de la oración y método de orar* (Biblioteca dominicana 43), San Esteban, Salamanca 2003, p. 153.
[2] *Ibíd.*

mismo tiempo deleitable; resulta siempre agradable. Según el conocido filósofo M. Heidegger, «la belleza es un modo de ser de la verdad»[3]. En toda oración se da belleza, pues toda oración es contacto con el misterio de Dios. Cada oración es como un momento de creación, de bondad y de belleza que nos recuerda las palabras de Dios después de la creación de cada realidad: «Y vio Dios que era bueno», o que era «bello»[4], pues la bondad y la belleza son intercambiables. Pero en el Rosario esta belleza se encuentra en muchos de sus aspectos y con trazos originales[5].

La belleza de la oración es «difícil», porque incluye también la experiencia de la cruz. Compartir la cruz de Cristo en nuestra vida significa dar muerte a lo que en nosotros todavía se opone a la luz, al bien, a lo bello, para poder participar plenamente de la luz y de la belleza de su resurrección.

La belleza nos remite a la «gracia», pues la palabra griega «*charis*» de la que proviene la palabra «gracia» designa la seducción de la belleza así como la irradiación más interior de la bondad.

Como toda oración, también rezar el Rosario embellece nuestro ser y nuestra vida. Aunque este embellecimiento no se aprecia con los ojos del rostro, sino únicamente con los ojos de la fe y del corazón.

---

[3] *Arte y Poesía,* FCE, México 1988, p. 90. Tomado de Miguel IRIBERTEGUI, *El* Rosario, p. 155.
[4] Cf. *Ibíd.*, p. 160.
[5] Cf. *Ibíd.*, p. 154.

La oración del Rosario es bella también por su humildad. El rezo del Rosario nos acerca a la humildad misma de Dios, que por amor se humilló y se encarnó, despojándose de su rango y ofreciendo su vida por nosotros en una cruz.

El papa Benedicto XVI afirmaba que «para ser apóstoles del Rosario es necesario tener experiencia en primera persona de la belleza y profundidad de esta oración, sencilla y accesible a todos». Y añadía a continuación: «Es necesario ante todo dejarse conducir de la mano de la Virgen María a contemplar el rostro de Cristo: rostro alegre, luminoso, doloroso y glorioso. Quien, como María y juntamente con ella, conserva y medita asiduamente los misterios de Jesús, asimila cada vez más sus sentimientos y se configura con él»[6].

Queremos recordar aquí también la decisión del papa Francisco de añadir tres nuevas invocaciones a la letanía Lauretana que se recita habitualmente después de la meditación de los misterios del Rosario. El Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, escribió una Carta dirigida a todos los presidentes de las Conferencias Episcopales para informarles de esta decisión. En dicha Carta recuerda en primer lugar que la Iglesia peregrina por este mundo recorre los caminos de la historia hasta llegar a la Jerusalén del cielo, donde podrá gozar plenamente de la comunión con Cristo, su Esposo

[6] Visita pastoral al Pontificio Santuario de Pompeya. Rezo del Santo Rosario. Meditación del Santo Padre Benedicto XVI. Pontificio Santuario de Pompeya, domingo 19 de octubre de 2008.

y Salvador, encomendándose a la Virgen María. Y luego alude al testimonio de los primeros cristianos a este respecto diciendo: «Sabemos por el Evangelio que los discípulos de Jesús aprendieron, desde el principio, a alabar a la "bendita entre las mujeres" y a contar con su intercesión maternal. Son innumerables los títulos e invocaciones que la piedad cristiana, a lo largo de los siglos, ha dedicado a la Virgen María, camino privilegiado y seguro para el encuentro con Cristo. También en el tiempo presente, atravesado por motivos de incertidumbre y desconcierto, el recurso devoto a ella, lleno de afecto y confianza, es particularmente sentido por el pueblo de Dios». La Carta está fechada el 20 de junio de 2020, coincidiendo con la memoria litúrgica del Inmaculado Corazón de la Virgen María.

El papa Francisco ha introducido estas tres nuevas invocaciones: «Madre de la Misericordia», «Madre de la Esperanza» y «Consuelo de los migrantes», como intérprete del sentir del pueblo de Dios y acogiendo los deseos expresados por los fieles. Por otra parte, estas advocaciones, además de responder a las necesidades del momento presente, expresan algunos de los mensajes más importantes del pontificado del papa Francisco, especialmente la defensa de la dignidad de los migrantes y refugiados.

ESTUDIOS

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN

5. DISTINTAS FORMAS DE CONTEMPLACIÓN CRISTIANA

No hay más que una espiritualidad cristiana, si bien recibe distintos enfoques o matices en distintos carismas y tradiciones dentro de la Iglesia. De modo análogo no hay más que una contemplación cristiana; pero de acuerdo con las distintas vocaciones se destaca uno u otro matiz. Vamos a fijarnos en dos vocaciones: contemplación en el claustro y contemplación en la calle, para terminar insistiendo en la necesidad de la contemplación para caminar hacia una fe madura. Como fraile predicador de algún modo participo de la contemplación en clausura sobre todo cuando me ha tocado vivir en comunidades de estricta observancia, y también de contemplación en la calle por mis varias experiencias de comunidad inserta en barrios periféricos.

La contemplación en clausura

La clausura conlleva una limitación elegida en cuanto al espacio, profesiones y actividades seculares,

incluso tareas dentro de la misma Iglesia. Supone orientar toda la capacidad de la persona en el ansia y en la búsqueda de Dios. Según la Regla de San Benito el criterio de discernimiento vocacional para el claustro es la búsqueda de Dios como lo único absoluto, la inquietud del corazón por encontrarse y experimentar la presencia de ese misterio de amor en que todos habitamos. Una experiencia que se mueve desde el deseo, al encuentro que nunca termina. En orden a esa búsqueda debe organizarse la vida contemplativa.

Se comprende que la vida en el claustro supone una vocación. Una sensibilidad especial. El sentimiento de que los dioses de la tierra no satisfacen y solo merece la pena gustar esa presencia de lo divino nunca definido pero sí barruntado, y de algún modo experimentado. Una intuición de que todos los pensamientos y afectos apuntan y tienden sin descanso al encuentro con Dios. Ese anhelo amplía el mundo interior y reduce la necesidad del mundo exterior. Cuando falta esa vocación, la persona que ha entrado en el claustro está fuera de lugar. Seguirá empeñada en ampliar como sea su mundo exterior y al final quedará decepcionada.

Tengo idea de que Pablo VI en alguna ocasión recordó a los cartujos que no eran monjes del Qumram sino cristianos. En consecuencia tenían que vivir la contemplación actualizando la experiencia espiritual de Jesucristo: intimidad con el *Abba*, apasionamiento por la fraternidad, y compasión ante el sufrimiento de las víctimas y el deterioro de los seres humanos.

1. La intimidad con el «*Abba*», que debe ser continua en la vida del claustro, se mantiene en *la oración*. No solo en la oración litúrgica, que nos introduce en el misterio de Jesucristo y en el corazón de la Santa Madre Iglesia, signo de vida en el mundo. También la oración particular, que muchas veces será silenciosa y no menos fecunda. He tenido la suerte de visitar y pasar unos días en la abadía muy querida de Santo Domingo de Silos, llevando el ritmo de vida que llevan los monjes; y notaba que la campana, una y otra vez, con mucha frecuencia llamaba a la oración litúrgica, sin dejar mucho tiempo seguido para estudiar, reglamentado con preferencia en la organización de la comunidad dominicana. El carisma de los benedictinos es contemplar y celebrar la gloria de Dios en una vida que encuentra su fuente y expresión en la oración litúrgica.

Cuando en la organización de la vida contemplativa prevalecen sobre la oración el trabajo manual u otra actividad profesional, la desviación parece inevitable.

2. *El apasionamiento por la fraternidad o reinado de Dios* es otra dimensión que debe encontrar cabida e impulso en la vida cristiana del claustro.

Es verdad que la persona contemplativa, al ampliar el mundo interior, reduce el mundo exterior y desea la soledad para entregarse a lo único necesario. Pero en ese mundo interior se encuentra con una Presencia de amor que a todos y a todo da vida y aliento. Desde esa experiencia se comprende que la vida cristiana del claustro es verdadera si es fraterna.

En primer lugar, fraternidad o sororidad con aquellos o aquellas que hemos sido llamados; solo desde la contemplación se puede garantizar una convivencia comunitaria humanizadora y gratificante. Frecuentemente, y parece natural, el clima contemplativo ha favorecido entre miembros con una misma vocación amistades a nivel y de calidad insospechados.

La vida contemplativa del claustro debe participar los anhelos y sufrir los fracasos de la Iglesia llamada en sus orígenes fraternidad. Y el espíritu fraterno debe ampliarse a todo lo que sucede en el mundo que, según nuestra fe, sigue acompañado y bendecido por el Dios revelado en Jesucristo. Desde la soledad que conlleva la vida del claustro, también se puede escuchar el latido silencioso de la creación. En este sentido la ampliación del mundo interior que incluye la vida contemplativa del claustro abre a la fraternidad universal.

3. Finalmente *la compasión eficaz en favor de las víctimas,* pues no es separable de los pobres la fe o experiencia cristiana. Por el voto de pobreza la contemplativa o contemplativo que vive en el claustro renuncia a tener propiedad privada porque quiere compartir todo con los demás. Pero la fraternidad, ese proyecto no se ciñe solo a la comunidad contemplativa. Siguiendo a Jesucristo, exige compartir cuanto se es y se tiene con todos, pero atendiendo en primer lugar a los pobres, desheredados, excluidos. En esa opción y en ese compromiso se anuncia el Evangelio para todos.

Contemplativos en la vida secular

Ahora me refiero de modo especial a los seglares o laicos cristianos que están llevando en el mundo, con sus tareas seculares, la misión de toda la Iglesia. También para ellos el talante contemplativo debe ser habitual en el trabajo, en la diversión, en la vida familiar y en todas las relaciones sociales.

Es importante insistir en que la contemplación no es más que la vida de fe que no existe en los libros sino en el estilo de vida que llevan los creyentes. Por eso, como la fe, la mirada contemplativa es de todos los creyentes, no solo de los que se retiran a un claustro. Pero quede claro qué entendemos por contemplación. No es huir a un mundo ficticio e ideal en que sueñan algunos seglares cuando en el fin de semana se retiran a un monasterio, y viven unas horas de fervor que se diluyen y queda como nostalgia cuando el lunes vuelven a las tareas de siempre. Contemplación aquí significa una forma de mirar la vida y realizarla desde la fe o experiencia de que todos y todo se fundamenta y camina en la presencia de Dios.

Si partimos de que todos y todo «en Dios existimos, nos movemos y actuamos», espontáneamente tenemos que estar abiertos a la escucha de todos los sonidos, y con nuestro corazón libre para amar lo bueno que vaya surgiendo. Para ello necesitamos discernimiento: «examinadlo todo y quedaos con lo bueno», recomienda san Pablo.

«El que pierda su vida, jugándosela por el bien de los otros, la ganará, se realizará de verdad». Hay un criterio seguro de verdad en nuestra mirada: si respira fiebre posesiva, o si ofrece apoyo para que el otro sea él mismo. Solo en este segundo caso nuestra mirada es contemplativa según la fe cristina.

Este criterio vale para las relaciones familiares y para toda relación de convivencia. Pero resulta muy iluminador en una sociedad desfigurada por la lógica del mercado que solo busca el máximo beneficio económico, postergando y atropellando la dignidad de las personas. La lógica del descarte que genera escandalosa pobreza en la humanidad daña también a la pobre madre tierra depredada irreverentemente.

Para una fe madura

Ya hemos indicado varias veces que hoy, en esta cultura consumista y líquida, fácilmente los ciudadanos son manipulados desde fuera y funcionan en la superficialidad de cada día como marionetas. Entre esos ciudadanos estamos también los cristianos. Todos necesitamos una mirada contemplativa para no quedarnos en la superficialidad. Pero ahora llamo la tentación sobre tres puntos que están pidiendo una madurez en la fe, imposible sin fomentar esa mirada.

Hubo un tiempo en que se dio prioridad a la organización visible de la Iglesia sobre la comunión de vida; pero el Vaticano II recordó la identidad original: en la Iglesia todo lo visible es para la comunión invisible. Y

esta comunión implica que cada bautizado viva con intensidad su fe o experiencia cristiana. Para ello necesita interpretar y procesar desde la fe todos sus pasos. En otras palabras, ser contemplativo.

Necesitamos también esa mirada contemplativa para mirar con amor y fe a la Iglesia que continúa en búsqueda de su propia identidad durante los últimos cincuenta años. Debemos mirarnos unos a otros con ojos limpios, escuchar y tratar de discernir los nuevos caminos del Espíritu. Esa búsqueda en paz y fraternidad requiere una mirada contemplativa sobre nosotros mismos, que no somos poseedores absolutos de la verdad, y sobre los otros que también son portadores de verdad.

En una globalización con exclusión, el clamor de las víctimas es llamada ineludible para desterrar la fiebre posesiva y pasar a la lógica de la compasión y gratuidad. La opción evangélica por las víctimas tiene aquí toda su actualidad. Los cristianos debemos ofrecer este Evangelio con nuestra forma de ser, de vivir y de actuar. Pero esa opción supone una mirada contemplativa sobre la víctima humillada y ofendida en su dignidad.

Fray Jesús Espeja, O.P.
Caleruega (España)

La evolución de la Teología según el Padre Arintero

Introducción

a) Teología y razón

La teología nace de un esfuerzo del hombre por pensar y expresar su fe, utilizando los recursos de su razón. Tiene necesidad de construir sus conocimientos, según un encadenamiento lógico y jerarquizado. De esta forma, la luz de la teología no es ni puramente divina como la luz de la fe, ni meramente humana como la filosofía, sino una empresa divina y humana.

> Apoyándose así por la fe en la solidez absoluta del conocimiento de Dios, pero también en la razón humana y sus adquisiciones ciertas, el teólogo tiene esta audacia: intentar ordenar e interpretar los datos múltiples de la creencia católica de modo que se vean sus encadenamientos o sus enraizamientos tal como Dios los ha dispuesto, y, por tanto, como aparecen en la ciencia que él mismo tiene de ellos. Encontrar de nuevo la arquitectura de la obra de Dios... ¿Temeridad? No, si todo está dominado por lo positivo de la fe[1].

[1] Y. M. Congar, *Fe y Teología*, Barcelona 1981, p. 181.

De ello se deduce que los resultados o conclusiones de la teología vienen determinados por dos motivos o iluminaciones: la luz de la fe, que incide en los principios o puntos de partida, y la luz de la razón, que dirige el salto desde los principios a las conclusiones. A este encuentro lo llaman revelación virtual.

Las funciones teológicas sobre cada uno de los temas teológicos son las siguientes:

1. La investigación sobre las fuentes es una función positivo-inductiva y corresponde a la Teología Exegética-Bíblica, Teología, Patrística y Teología positiva.

2. Explicación directa sobre la verdad revelada y que tiene una función analítica-deductiva, sobre las virtualidades del dogma y una función apologética o explicación del dogma de cara a los no creyentes (Teología Fundamental).

3. Función moral o reguladora del comportamiento humano (Teología Moral).

4. Reflexión sobre la misma teología, su génesis, naturaleza y propiedades (Epistemología teológica).

Como preparación de la fórmula dogmática, la Teología tiene los siguientes cometidos:

1. Indagación del sentido auténtico de la Sagrada Escritura y de la Tradición.

2. Estudio histórico-dogmático de la interpretación que el Magisterio y el pueblo creyente ha dado a una determinada verdad.

3. Comparación con el conjunto de las verdades dogmáticas y con las verdades de orden natural.

4. Elaboración de la fórmula más adecuada a la verdad revelada y al modo de entender la comunidad creyente.

El progreso en Teología se mueve en el plano de la profundidad, es decir, en una mejor compresión de los datos revelados y de su contenido interno, y progresa también conectando las verdades y los misterios particulares con el misterio central de la Revelación, que no es otro que el misterio de Dios. En todo caso se trata siempre de un progreso homogéneo, ya que las conclusiones son homogéneas con los principios.

b) Teología y vida

Decimos a veces que la teología tiene que ser algo vital, que debe acomodarse a la vida. Efectivamente, la teología es una ciencia teórico-práctica. Es un saber teórico en cuanto contempla y especula los misterios divinos a la luz de la fe; es práctica, en cuanto ordena y dirige las acciones humanas hacia su fin último.

Si nos fijamos en la teología como vida interior y contemplación, pone en tensión a todo el hombre; no puede ser una especulación fría únicamente, y por eso es más correcto hablar de vida contemplativa más que de especulación, teoría a secas. La teología entonces es asunto de la mente y también del corazón, y juega un papel no solo de clarificación de la fe, sino también de actualización de la vida contemplativa.

Este pensamiento teológico se puede desarrollar por dos vías o métodos. Los métodos positivos racionales, que ya algo se ha dicho al hablar de las funciones de la teología y de los métodos afectivo-experimentales. Aquí hay que distinguir entre lo que es el «sentir común» del pueblo cristiano acerca de alguna verdad religiosa, y que constituye un argumento válido para el teólogo, por ejemplo, se puede ver en el dogma de la Inmaculada, la Asunción de María, etc., de lo que es el uso del sentimiento o del corazón como vía o método para hacer teología.

Sobre esto último hay que decir que la vía afectivo-experimental no es un método propio de hacer teología científica, pero puede contribuir como estímulo exterior al avance de la teología. El sentimiento puede mover a la mente a buscar en las fuentes el apoyo que necesita un dogma. A veces el corazón va más rápido que la inteligencia. Esta vía sola no posee garantía de verdad científica, por eso las opiniones o creencias del sentimiento de los fieles deben estar pasadas por el tamiz de la crítica teológica.

En nuestros días, ante el deterioro de los caminos tradicionales para anunciar el evangelio, algunos teólogos proponen el itinerario del testimonio o de la experiencia, pensemos en J. P. Jossua, *Teología y experiencia cristiana*; J. B. Metz, *Teología como biografía*. Es un tipo de teología que se puede apoyar en los Santos Padres, san Buenaventura, santo Tomás, etc. Se trata de una corriente de pensamiento más cuidada por los franciscanos. La teología es la ciencia de una realidad

religiosa y salvífica, y el contacto con dicha realidad por medio de la fe es el fundamento de su valor científico.

La evolución de la teología según el P. Arintero

La teología nace y vive del esfuerzo del hombre por pensar su fe, utilizando los recursos de su razón. Sería esta la tesis central del P. Arintero, que es básicamente tomista. Se trata de una comunión entre fe y razón. Sin la fe no habría en absoluto teología, sino un juego dialéctico bastante inútil. El teólogo intenta ordenar e interpretar los datos de la creencia católica, desarrollando lo implícito del dato revelado. Así nos dice:

> Mas el estudio consiste en descubrir, examinar, confrontar y refundir esos variados aspectos de la verdad revelada, en expresarla en un lenguaje claro y capaz de excluir todo error, en coordinar las distintas verdades según sus relaciones lógicas, y disponerlas sistemáticamente en un cuerpo de doctrina, donde se vea bien la armonía interna que entre todas ellas existe, y se haga resaltar a la vez la que no puede menos de existir entre la verdad dogmática y la racional, poseídas ambas y asimiladas por la misma inteligencia creyente[2].

Por eso, la teología es una verdadera ciencia, parecida en muchos casos a las ciencias racionales que se derivan de principios y axiomas ciertos. Pero es sobre todo una ciencia sagrada y misteriosa, pues sus grandes principios están basados en la revelación. Se trata de una ciencia, cuyas conclusiones sin tener el valor de

[2] J. G. ARINTERO, *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, t. 2 *Evolución Doctrinal*, Madrid 1975, p. 4.

un dogma deben ser aceptadas por un asentimiento que participa de la fe divina.

La teología tiene la misión de ordenar y esclarecer la verdad revelada, expresándola de forma técnica con ayuda de la razón natural, guiados por la fe.

Esta poética intelectual siempre ha existido en la Iglesia, desde los Santos Padres, siendo:

> Una tradición constante de la Iglesia; y lo que a esas investigaciones nos mueve es el mismo interés vital que esas verdades excitan en nosotros, interés que nos hace recibirlas con alegría[3].

El desarrollo teológico exige mucha cultura intelectual y grandes progresos filosóficos para perfeccionar nuestras ideas. Pues la razón filosófica no sirve para resistir las objeciones, sino también para demostrar los preámbulos de la fe. La fe preside, pero no suprime la razón; por eso, las conclusiones teológicas son verdades religiosas, más que deducciones científicas.

Pero la verdad cristiana se coloreó a veces excesivamente de opiniones y condiciones individuales, en contra del sentir común cristiano, dando lugar a las herejías. Se determinan dos grandes tendencias filosófico teológicas: los gnósticos, que reducen la fe a la filosofía y la ortodoxia representada por el «*fides quaerens intellectum*».

[3] *Ibíd*. p. 9.

> Si a los ataques del paganismo respondieron los grandes apologistas del siglo II, a los del gnosticismo responde en parte San Ireneo, confundiéndole con el simple principio de la Tradición; y respondió más completamente la Escuela alejandrina, –representada por Clemente y Orígenes– oponiéndole la gnosis católica[4].

Los Apologistas, al querer adaptar demasiado la fe a la cultura, vienen a desfigurarla. Así la trascendencia divina, tal como la entendía Platón, les llevó a sostener la generación temporal del Verbo y el subordinacionismo.

La teología propiamente dicha empieza con san Ireneo, Clemente, Orígenes y Tertuliano. Aquel que es el gran teólogo de la tradición, que logra establecer sólidamente el principio de autoridad, con el cual se corrigen todos los extravíos; Clemente pasa más allá, tratando de oponer a la extravagante «pseudognosis» la mesurada y cristiana gnosis, compartiendo así su incomparable discípulo –Orígenes– la gloria de fundar la ciencia teológico-filosófica; Tertuliano es el gran teólogo jurista, que precisa las leyes y estereotipa las fórmulas eclesiásticas, así como san Agustín será el gran teólogo sintético y equilibrado, que resume todos los anteriores trabajos y los corrige y contempla con un tacto delicadísimo.

La teología tiene una historia y en esta historia ha recibido grandes ayudas de las ciencias humanas. Este

[4] *Ibíd*. pp. 34-35.

progreso teológico no altera el fondo de la doctrina, sino que manifiesta su perfecta homogeneidad.

Los modernistas afirman, en línea con Sabatier, que la teología ha contaminado las verdaderas enseñanzas de Cristo con doctrinas extrañas tomadas de Aristóteles, Platón, etc. Pero, aunque pueda haber error en la sistematización y en las técnicas empleadas por los teólogos, estas no afectan al dogma, por lo que los modernistas confunden el vestido con el cuerpo y el tecnicismo con el fondo.

La teología aspira a desvelar los aspectos oscuros y diversos de la revelación. Camina atesorando sobre sus logros: «Si no creyéreis, no entenderéis (Is 7,9)».

Dice el P. Arintero, citando a Gardeil:

> Tal es –advierte el P. Gardeil– la idea madre de toda la verdadera teología. A la positiva pertenece, pues, comprender la fe, a la luz de los documentos sagrados, científicamente establecidos, el mismo Dato revelado tal como sale de la enseñanza oficial de la Iglesia. Igualmente a la teología especulativa o escolástica pertenece el comprender en fe, con ayudas de la filosofía racional, ese Dato, no ya en sí mismo, sino en sus virtualidades; no ya en lo que tiene de formalmente revelado, sino en lo que contiene de «revelable», para emplear el vocablo enérgico de santo Tomás, demasiado enérgico quizá para nuestros oídos modernizados...[5]

Las distintas fases de la teología, condujeron en la época del P. Arintero al desarrollo crítico-exegético.

[5] *Ibíd*. p. 60.

Esta moderna crítica es positiva, pero tiene el peligro de convertir los documentos, que son medios, en fines, olvidándose de la sana tradición teológica.

La teología se renovará si junta el respeto a la tradición, con una mayor escrupulosidad en emplear siempre razones sólidas y textos auténticos y bien comprobados; así como de la misma severidad en rechazar o eliminar todo lo apócrifo y lo insubsistente, reemplazándolo por otros buenos materiales.

Muchos escolásticos de su época, que miraban estas aportaciones con recelos, según el P. Arintero, confundían la Tradición con el tradicionalismo. Pues debido a una estrechez de pensamiento y de pereza de espíritu no renovaban sus opiniones ya formadas; mientras que los verdaderos teólogos saben que esta no es una ciencia muerta, sino que está llena de actividad y progreso.

Los desarrollos de la teología pueden influir en el Dogma y al revés, como muy bien ha demostrado el P. Gardeil. Dentro de la teología hay que distinguir los diversos sistemas fundados en hipótesis más o menos probables, y las sistematizaciones sólidas bien demostradas y contrastadas por los teólogos. Las opiniones teológicas difícilmente podrán participar del carácter propio del dogma; mientras que las sistematizaciones pueden llegar a formar parte del dogma.

Será necesario también distinguir en las conclusiones teológicas, entre las que tienen su valor en un buen raciocinio lógico, de las otras fundadas en dos premisas reveladas, o bien en una sola premisa revelada.

Estas dos últimas conclusiones teológicas, implícitamente contenidas en la revelación, guardan una perfecta homogeneidad con los datos revelados y pueden llegar a ser creídas y definidas como dogmas de fe.

Sin embargo, las proposiciones teológicas que desde la razón natural parecen ciertas, deben ser bien aquilatadas para poder ser definidas por la Iglesia como dogma, ya que la Iglesia define no en virtud del raciocinio humano, sino de la asistencia del Espíritu Santo. Pero una vez definida por la Iglesia equivale a una revelación que debe ser aceptada por los fieles.

En las conclusiones teológicas que llegan a admitirse como dogma, hay que distinguir bien entre la dialéctica y la lógica-vital del dinamismo de la Iglesia, que en último término es la que manda. A este propósito nos dice muy bien el P. Gardeil, citado por el P. Arintero:

> En el terreno puramente dialéctico –añade (pp. 174-177)–, una conclusión teológica nunca pasará de tal. Pero llevado ese trabajo a otro terreno, podrá desplegar un valor de otro orden que nos permita explicar el hecho, casi innegable, de la definición de verdades obtenidas por vía de conclusión teológica. Y ese terreno es el de la fe viva y socializada en la Iglesia católica, en la Iglesia toda, docente y discente[6].

Conclusión

El Padre Arintero como teólogo estuvo muy influenciado por el dominico A. Gardeil, que a comienzos de

[6] *Ibíd*. pp. 300-301.

siglo estableció la orientación de la Escuela teológica de Le Saulchoir. Esta Escuela se abrió al método histórico-crítico en la teología, lo que también se puede llamar el método positivo.

Para estos teólogos dominicos, la fe en la Revelación es la madre de toda verdadera teología. A la teología positiva le corresponde comprender la fe estudiando los documentos sagrados. A la teología especulativa, con la ayuda de la filosofía racional, le corresponde desarrollar las virtualidades del Dato revelado en lo que tiene de revelable.

La ciencia teológica ha ido evolucionando en la historia, desarrollando los principios y verdades que se conocen de forma implícita y con la confrontación con los errores que proponen los adversarios de la doctrina.

El P. Arintero supo servirse en teología de los métodos más modernos y apropiados a un tiempo. Así dice, citando al teólogo Hogan:

> Hoy –dice Hogan en *Les études du clergé*– la experiencia parece imponernos la conclusión de que, fuera del dominio de la abstracción pura (matemáticas, metafísica, lógica), el método *a priori* nunca es del todo seguro, ni puede prestar reales servicios, si la observación directa no viene a comprobar y verificar los resultados[7].

La teología escolástica y la teología positiva se deben complementar. La teología escolástica debe empezar por la teología positiva, y esta necesita ponerse en

[7] *Ibíd*. p. 64.

relación con las ideas racionales. La teología no puede ser ciencia muerta, sino que progresa en la crítica y en la historia dogmática eliminando los elementos heterogéneos que se apartan de la verdadera tradición.

El P. Arintero supera en su concepción de la teología el dualismo entre «intelectualismo» y «misticismo»; puesto que la teología no es un proceso meramente especulativo, que se puede separar de los recursos espirituales y afectivos del sujeto. De esta manera se restituye la teología como «ciencia de la fe». No se mueve el P. Arintero dentro de una teología barroca, abstracta e intemporal. Sigue la propuesta de su maestro el P. Gardeil. Nos dice el P. Gardeil en este texto:

> La fe extiende su luz por todas partes; no solo la *fides ex auditu*, como obediencia al Magisterio, del cual se reciben, en el momento de iniciación la especulación, una serie de principios, ya definidos, sino la fe de luz, luz formal y formalmente penetrante, iluminación interior del Espíritu Santo en el uso de las premisas menores de la razón. Sin ello, la teología no es otra cosa que una agilidad estéril del espíritu, al margen de la vida creyente[8].

La teología nace de una fe viva que quiere comprender mejor la Revelación de Dios, sirviéndose de la razón para llegar a un conocimiento más profundo del Misterio de Dios.

Saturnino Plaza Aguilar
Madrid (España)

[8] Cit. en A. Franco, *Marie Dominique Chenu*, Madrid 2007, p. 26.

El ideal monástico de Santa Teresa de Jesús en las fundaciones de doña Beatriz Ramírez de Mendoza (1556-1626), Condesa de Castellar (II)

Una fundación singular: El monasterio del *Corpus Christi* de Madrid, la descalcez en las monjas jerónimas

Doña Beatriz, al promover un convento de recoletas descalzas, eligió para este monasterio, en el momento de la fundación y previa aprobación del cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, las constituciones de las dominicas descalzas de Nuestra Señora de la Laura de Valladolid, convento fundado por la IV duquesa de Alba, doña María Álvarez de Toledo y Colonna (1554-1612)[1], gran amiga de doña Beatriz. Hay un paralelismo en muchos aspectos de las vidas de estas dos damas, su pertenencia a la nobleza, su temprana viudedad (María a los 33 años y Beatriz a los 39), su admiración por la obra de santa Teresa y una profunda religiosidad, acorde a los principios tridentinos,

[1] Doña María Álvarez de Toledo quedó vinculada a la biografía de santa Teresa, por haberle pedido que estuviera presente en Alba de Tormes en 1582, cuando iba a dar a luz. Postrero viaje de la mística de regreso de la fundación de Burgos, y que fallecería poco después en esta misma localidad.

vinculada a los movimientos de renovación espiritual que se vivieron en las últimas décadas del seiscientos. También tuvieron directores espirituales vinculados con la santa de Ávila. Doña María al padre Diego de Yanguas, dominico de Santo Tomás de Ávila, y doña Beatriz al padre Gracián, carmelita descalzo. Este hecho es bien significativo para entender sus planes fundacionales y ver reflejados en estos el pensamiento teresiano. Ambas se sintieron cautivadas por la reforma carmelitana. Y esto les costaría no pocos contratiempos; si doña María se vio desatendida de la Orden dominica y se sometió a la jurisdicción y obediencia de su obispo, otro tanto ocurriría con la fundación de doña Beatriz y el rechazo de la Orden Jerónima a dar cabida a la reforma de la descalcez, teniendo que buscar la protección del cardenal de Toledo y poner bajo su jurisdicción el nuevo cenobio.

Los ideales teresianos en las constituciones del monasterio del *Corpus Christi*

De las constituciones que rigieron durante las primeras décadas en el monasterio del *Corpus Christi*, se conserva el ejemplar enviado por la duquesa de Alba a su buena amiga doña Beatriz Ramírez de Mendoza, se trata de una valiosa reliquia bibliográfica publicada en 1605. Sigue la regla de san Agustín, que rige en todos los monasterios de la Orden Jerónima, y en su articulado podemos encontrar cómo era la vida claustral en las jerónimas descalzas del *Corpus Christi*. Años más tarde, en 1658, y después de haber experimentado los

pro y contras de una intensa vida penitencial, se escribieron unas constituciones propias para este convento, editadas el 18 enero de 1658, cuyo original impreso también se conserva y ha regido hasta los años cincuenta del siglo XX.

En unas y otras constituciones se recoge el sentido penitencial y contemplativo que había propugnado Teresa de Jesús en su reforma, así como el espíritu eucarístico de este monasterio y sus monjas. En este punto debemos recordar la gran devoción de santa Teresa al Santísimo Sacramento. Y sor Beatriz de las Llagas dedicó al *Corpus Christi* varias de sus fundaciones, como el convento de carmelitas descalzas de Alcalá, los de mercedarios y trinitarios descalzos.

La condesa de Castellar expresó su devoción al Santísimo Sacramento en las Constituciones, que recogen en el capítulo I, «Del Oficio Divino y repartimiento del tiempo», la obligación de descubrirlo durante su octava y los jueves de todo el año, así como durante la Misa Mayor, y el uso del órgano y el canto llano romano, con mucha perfección y propiedad.

Sor Beatriz de las Llagas pasaba largas horas de la noche en oración, abandonaba su celda, la más próxima a la tribuna –ventana abierta en la clausura, desde donde se puede ver el sagrario del templo– para acompañar con su oración al Santísimo. Esta devoción a la Eucaristía la reflejó también en sus fundaciones, tres de las cuales fueron dedicadas al *Corpus Christi*; así, tenemos los conventos de carmelitas de Alcalá de

Henares, el de mercedarios descalzos en el Viso del Alcor y el de jerónimas en Madrid.

La humildad fue una de las virtudes de Teresa de Jesús, y queda recogida en las Constituciones del *Corpus* en gestos tan significativos como que al entrar y salir del coro las monjas «postradas han de besar el suelo con el velo "*Omnis terra adoret et psallat tibi*" que esta profunda reverencia está destinada a la grandeza de Dios» (Cap. I). En el *Corpus* se realizaba genuflexión doble al entrar o salir del coro.

Mucho amó Teresa de Jesús la humildad en palabras y obras. Considerando sus defectos y culpas, huyó siempre de cualquier vanagloria. Es famoso que algunas veces entraba en el refectorio con una albarda sobre los hombros, pidiendo perdón por sus culpas y rogando oración a las monjas por ella. En muchas ocasiones ella servía a las hermanas en el refectorio o en las tareas de cocina. Acostumbraba a limpiar y barrer el monasterio como servicio a su comunidad y, así, en los más humildes ministerios daba ejemplo.

El ayuno penitencial. Se recoge en el capítulo IV de las Constituciones del *Corpus Christi* con una cita de san Basilio: «El ayunar a las mujeres, les conviene tanto, cuanto le es natural el respirar y es el ornato que mejor parece en ellas, especialmente es la guarda, y el ayo de las vírgenes, conforme a esta doctrina». El ayuno se extendía desde el día de la exaltación de la Cruz a Pascua de Resurrección, excepto fiestas (las fiestas de san Jerónimo, los Santos, Natividad de Nuestro Señor y Reyes) y domingos. Y aun se mantenía el resto del año

ya que permitía cenar a las monjas solo cuatro días a la semana. Las restricciones se incrementaban en Cuaresma y en Adviento, y las vigilias de las fiestas. El Viernes Santo las monjas ayunan a solo pan y agua durante todo el día.

El silencio riguroso y el retiro claustral las convierte en ermitañas conventuales, aunque en este caso sin ermitas donde retirarse a orar en soledad, la función de este espacio queda suplida por el retiro en la propia celda para subrayar la soledad.

La descalcez en Las Carboneras

Pero es la propia doña Beatriz, al fundar y profesar como novicia en el monasterio de monjas jerónimas del *Corpus Christi* de Madrid (1605), quien vivirá las reglas de la descalcez y dará ejemplo ella misma y sus monjas jerónimas, distinguiéndose por su pobreza, trabajo, silencio, vigilias y ayunos. Como nombre de religión, doña Beatriz tomó el nombre de sor Beatriz de las Llagas.

La pobreza se manifestaba en sus hábitos, capa corta incluso cuando las monjas tenían que salir a la calle. Alpargatas de esparto en vez de zapatos, sin calcetines ni medias durante todo el año. Austeridad también en el refectorio, la carne estaba excluida y la aspereza y sobriedad reinaban en la mesa, con el uso de cucharas y tenedores de madera.

Estas formas de vida claustral se han mantenido durante siglos, hasta el Concilio Vaticano II, a partir del

cual las clausuras jerónimas crean una federación y se unifican hábitos y vida comunitaria.

Los cronistas e historiadores escriben sobre el monasterio del *Corpus Christi* de Madrid como de jerónimas descalzas; así León de Pinelo en sus Anales de Madrid, refiriéndose a esta fundación de la condesa, nos dice: «Es este el primer monasterio de Jerónimas Recoletas o Descalzas, la aspereza, el recogimiento, el silencio, la mortificación y la oración que en él se ejercita le hacen venerable entre todos los de la corte»[2].

La descalcez de esta casa quedó registrada notarialmente: «debajo de la regla de San Agustín e con las constituciones de la madre Teresa de Jesús que están confirmadas por el papa Sixto Quinto»[3].

Y así siguieron titulándose, a tenor de lo que vemos en los libros de elección de prioras: «Libro de Santas Visitas y elecciones de Priora en el monasterio del Corpus Christi de monjas jerónimas recoletas», Año 1638. El segundo libro introduce alguna variante: «Segundo libro de visitas y elecciones del convento de señoras recoletas del Corpus Christi». Registra desde 1753. El tercero desde 1795: «Libro de visitas y elecciones del convento de Sras. Religiosas Jerónimas Recoletas del Corpus Christi».

[2] R. Martorell Téllez-Girón, *Anales de Madrid de León de Pinelo, Reinado de Felipe III. Años 1598 a 1621*, Madrid 1931.
[3] Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Prot. 2619, f. 417v.

Como podemos comprobar, se mantuvo la idea original de pertenecer a la descalcez o recolección también en los documentos internos, y esto, a pesar de la oposición de la propia Orden Jerónima.

La relación de doña Beatriz con el P. Gracián continuó después de 1605, una vez fundado el Corpus y haber ella ingresado como novicia, un noviciado *sui generis* autorizado por Roma, que le permitía ocuparse de sus asuntos patrimoniales y familiares. La correspondencia entre ambos se puede ver por las cartas que escribió Gracián desde Flandes; allí residió desde 1607, y pasó los últimos siete años de vida. En estas misivas Gracián plantea el problema de la división creada en Europa, y en los Países Bajos en concreto, debido a la expansión del protestantismo. Por esos años el hijo menor de la condesa, don Baltasar Saavedra estaba por esas tierras al servicio de Isabel Clara Eugenia, y recibe apoyo del padre Gracián, tanto espiritual como al parecer material, pues narra la dificultad de vender una joya para pagar una deuda. En otras cartas el contenido es completamente espiritual, no faltan las confesiones personales como cuando manifiesta sus deseos de regresar a España y acabar sus días en algún convento.

Expresiones artísticas, documentos y relicarios de santa Teresa en *Las Carboneras*

La primera imagen que encontramos de la santa abulense es en el retablo mayor, dedicado a la institución de la Eucaristía, y cuyo programa iconográfico in-

cluyó una serie de santos y santas fundadores de órdenes religiosas; aspecto este a tener en cuenta, pues seguramente doña Beatriz, ya para las fechas que se encarga este retablo convertida en novicia y con el nombre de sor Beatriz de las Llagas, veía en estos santos fundadores el ejemplo a seguir y a emular en sus propias fundaciones conventuales, y más en concreto en este del *Corpus Christi*, su propia casa palacio, convertido ahora en convento. En el banco de este retablo se representa a santo Domingo, santa Clara, san Joaquín, santa Ana y san Lorenzo y otros santos relacionados con la familia de la fundadora. En los intercolumnios del cuerpo principal a san Francisco arrodillado ante el Buen Pastor, y en lado del evangelio, sobre la imagen de san Jerónimo, a santa Teresa en la conocida visión de Cristo atado a la columna, era previsible que su admirada carmelita figurara en tan notable lugar y representado una de sus más conocidas experiencias místicas.

En el coro está *Cristo Nazareno con la cruz a cuestas*, es una preciosa reliquia de la santa abulense, ya que pasa por ser la imagen que santa Teresa vio en 1553 estando en el monasterio de la Encarnación: «Era un Cristo muy llagado y tan devota que en mirándola toda me turbó de verle tal que representaba bien lo que pasó por nosotros». Este cuadro lleva por detrás una leyenda en la que se asegura perteneció a la santa, y formaba parte de los recuerdos que de la Santa Madre poseía el padre Gracián en el momento de su muerte en 1614. Fue entregado a la condesa de Castellar por su

hermano Tomás Gracián, según se recoge en carta a la condesa del 22 de abril de 1616:

> El P. fray Bernardino, mi sobrino, dixo ayer que él sabe que ese devoto Christo fue la imagen a cuya presencia la Santa Madre postrada se rindió del todo, dexando las cosas de acá; él lo dirá más particularmente, que como hijo de Pedro Gracián sabe de este caso[4].

En la misma misiva le detalla Tomás Gracián otros contenidos de este envío: un manuscrito de «La vida de Anastasio», escritos sobre revelaciones del espíritu, de la confesión y comunión. Además de varios libros impresos.

En carta de 21 de abril de 1616, de Tomás Gracián, hace referencia de la imagen del Cristo de Santa Teresa, esta vez contestando a una carta de Dª Beatriz por una visita de un fraile para copiar dicho cuadro: «El fraile que V.Sª dize ha venido para licencia de copiar el Christo, no lo he visto, ni tal me á pedido ni yo lo diera; y V.Sª le embíe con Dios, que yo no tengo parte en nada deso». La misiva sigue refrendando que todo lo que ha depositado en el convento no es sino propiedad y que no lo considere depósito, «no es nada mío y no es depósito sino eterna jurisdicción y propiedad de todo que se la doy a V.Sª», a la vez que le anuncia nuevos envíos de documentos y papeles del P. Gracián.

En el coro de Las Carboneras continúa venerándose esta reliquia tan relacionada con santa Teresa, se trata

[4] J. GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, *Cartas,* edición preparada por J. L. Astigarraga, Teresianum, Roma 1989, p. 644.

de un cuadro con la imagen de un «Cristo muy llagado» en palabras de la propia santa[5]. Son varias las imágenes que se atribuyen ser la verdadera que inspiraron a santa Teresa esta visión mística, además de este de Las Carboneras se rivalizan este honor una talla de Cristo *Ecce Homo*, en el monasterio de la Encarnación y un cuadro en el convento de San José de Ávila.

Santa Teresa fue muy partidaria de las imágenes, cuestión por otro lado contemplada en el Concilio de Trento a cuyos principios se ajusta; en sus éxtasis y arrebatos místicos describe con detalle cómo veía a Cristo, la Virgen y los santos. La imagen cumple para la santa una función devocional, y animaba a las monjas su contemplación: «procuren traer una imagen o retrato de este Señor que sea de vuestro gusto, no para traerle en el seno y nunca mirar, sino para hablar muchas veces con Él». Como en otras ocasiones la Santa habla desde su propia experiencia, pues para ella las imágenes ayudan en la oración e impulsan el ánimo a la contemplación.

Son de gran importancia los documentos que conservaba el P. Gracián a su fallecimiento (21-09-1614),

[5] «*Acaecióme que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbo de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo redamamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle...*».

tanto manuscritos originales como libros ya impresos, muchos propios, y además los que poseía de santa Teresa, el tan citado lote de cartas *del grosor de cuatro dedos* despertó un gran interés entre sus familiares, siendo su hermano Tomás Gracián Dantisco el albacea de dicho fondo documental. Gran parte estuvieron depositados en el convento de las carmelitas de Consuegra (Toledo), donde era profesa su hermana María de San José, y después de su muerte en 1611, fueron confiados a Tomás Gracián, quien a su vez hizo donación de todos ellos a la condesa de Castellar.

Hay una carta de su hermana, Adriana del Espíritu Santo, monja profesa en la Concepción Jerónima, fechada en octubre de 1614, estando todavía reciente la pérdida de su hermano, le pide a Tomás:

> me ynbíe todos los papeles de la Santa Madre y de mi hermano y en particular las cartas que la Santa Madre le escrivía, ...y estarán los papeles de la Santa con suma reverencia en un rico relicario que se le hace y seguras en él de que no se darán, lo cual no estarán en Consuegra ni Sevilla ... en esta casa es como si el P. Gracián los tuviera, y ansi le suplico que e haga este placer y que me envíe todos los papeles...[6].

Es evidente que Tomás Gracián atendió esta petición, así como que tuvo en cuenta el interés que los escritos de la madre Teresa despertaban y, en particular, cuan querida era por Dª. Beatriz Ramírez de Mendoza, que quería formaran parte de su relicario y estuvieran

[6] J. GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, *Cartas,* p. 642.

depositadas en su convento del *Corpus Christi* de Madrid, como se asegura en repetidas ocasiones.

A falta de las cartas originales que donó el P. Gracián, y que entregadas por su hermano Tomás a la condesa de Castellar en 1616, aún han podido conservarse letras originales de santa Teresa en el relicario del claustro alto. En este importante conjunto de relicarios, Las Carboneras guardan varios dedicados a la Santa. El primero del que nos vamos a ocupar es un relicario de mano, con base cuadrangular en madera, que sostiene un óculo oval forrado en terciopelo de color arena, contiene un grabado de santa Teresa como escritora mística, enmarcado por cortinajes de cordoncillo dorados (vitrina mayor del relicario) . En la tercera vitrina hay un cuadrito-relicario visible por las dos caras, en el anverso en la teca central en forma cuadrangular puede leerse «sudario de Santa Teresa», en las otras cuatro tecas ovales reliquias de otros santos. En su reverso «una poquita letra de nuestra Venerable Madre», un autógrafo de la firma del P. Gracián de la Madre de Dios. En la parte alta del reverso se muestran dos recortes de papel: el superior un papel recortado con letra de santa Teresa del que solo está original un fragmento de la firma con el nombre «Jesús» (Santa Teresa de) y el otro es una dedicatoria incompleta «al muy reverendo padre...», tal vez dirigida a Gracián[7].

[7] V. BENÍTEZ BLANCO, *Evocación de la santidad: los relicarios del convento madrileño del Corpus Christi, vulgo Las Carboneras.* Actas del Simposium «El culto a los santos: cofradías, devoción, fiestas y arte», San Lorenzo del Escorial 2008, pp.740-757.

Hay otras reliquias menores como es el caso de un pequeño cuadro que contiene «raspaduras de la mesa de santa Teresa de su fundación de Malagón en 1567», y algunos más en la que la Santa aparece ilustrando un cofre o una cajita.

En cuanto a las cartas originales de la santa que conservaba Gracián a su muerte y que encomendó a su hermano las depositara en el convento del *Corpus Christi* de Madrid, fundado por la condesa de Castellar, y que se repartieron entre los dos conventos fundados por doña Beatriz con esta advocación: el de carmelitas descalzas de Alcalá y el de Madrid de jerónimas. Se inicia así la dispersión de la colección del P. Gracián, en 1643 aún estaban en Las Carboneras las cartas de santa Teresa, según narra el historiador carmelita Francisco de Santa María[8].

De esta colección se conservan todavía once cartas en el Carmelo de Alcalá. Sin embargo, ya a mediados del siglo XIX no quedaba ninguna de estas cartas en el archivo de las jerónimas del *Corpus Christi*, según testimonia Vicente de la Fuente en su edición de las *Cartas teresianas* de 1862: «Por lo que hace a las cartas depositadas por la fundadora de las Carboneras en este su

[8] «Gran parte (de las cartas autógrafas de la Santa) veneran las Descalzas Jerónimas de Madrid. Habíaselas dado el P. Gracián a Doña Beatriz Ramírez de Mendoza, condesa de Castellar. Su hija también monja jerónima en Madrid (y priora del monasterio cuando se publica este texto), las tiene en tan grande estima que es uno de los preciosos relicarios de Madrid». F. de Santa María, *Reforma de Descalzos,* Madrid 1644, libro 5, capítulo 37, p. 886.

convento (de religiosas jerónimas de Madrid), han desaparecido todas, sin quedar una sola... puede calcularse que las religiosas tenían medio centenar de cartas. Treinta y tantas de ellas eran para el p. Gracián»[9].

En el siglo XVIII las jerónimas habían regalado el autógrafo de la carta 282 al obispo Antonio Sánchez Caminero, carta que luego llegaría a los jesuitas de Huesca. Esta carta la dirigió santa Teresa a doña Juana Dantisco, madre de Gracián, para consolarla de las persecuciones que por esas fechas sufría su hijo. Fechada en Ávila el 28 de Diciembre de 1578. Se encuentra en la iglesia de San Vicente Mártir, de Huesca en la comunidad de jesuitas, contenida en un cuadro-relicario de madera. Un escrito nos informa de su contenido: «este capítulo es de una carta de su misma letra la M Sta Teresa de Jesús escribió a Doña Juana de Antisco, madre del P. maestro frai Jermo. Gracián de la mdre de Dios, consolándola en los trabajos de su hijo. Sacose del Combto. De Corpus Xpti de Madrid». En aquel momento Gracián había sido sentenciado y penalizado por el Nuncio Sega[10].

Entre las representaciones artísticas que poseen Las Carboneras sobresale un importante grupo escultórico formado por las figuras de san Pedro de Alcántara, sentado en un sillón frailero, y a santa Teresa, de rodillas y la mano en el pecho. Ambos santos dirigen sus miradas

[9] V. de la Fuente, *Escritos de santa Teresa,* Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1862, p. 8.
[10] T. Alvarez y R. Pascual, *Estudios Teresianos,* Burgos 1973, vol. V, p. 173.

a la paloma del Espíritu y sus rostros y actitudes semejan un estado de éxtasis. El artista ha querido recoger el encuentro que tuvo lugar en casa de doña Guiomar de Ulloa o tal vez en alguna de las iglesias de Ávila donde se reunieron, durante la estancia de Fray Pedro en Ávila, en agosto de 1560. Doña Guiomar consiguió que la Santa pudiera estar durante ocho días en su casa y que así tratara personalmente al asceta franciscano, le pidiera consejo, se confesara con él y le planteara sus dudas. De él recibiría «grandísima luz» (*Vida* 20.4) en dos asuntos decisivos para la Santa. El primero fue cuando Teresa le confesó sus fenómenos de visiones, transverberación y arrobamientos, y él serenó y tranquilizó su alma. «Enseguida vi que me entendía por su experiencia, que era lo que yo necesitaba. Quedamos muy amigos». El segundo, la intervención a favor de la Santa ante el obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza, que se negaba a autorizar la fundación del convento de San José; el santo asceta venció la resistencia del obispo en su residencia del Tiemblo (Ávila).

Estas imágenes se ubicaban en la iglesia conventual, en el ático del retablo de la Virgen de las Tribulaciones, hasta 1969. Después se guardaron en la celda prioral donde permanecen actualmente. De nuevo aparecen aquí dos personajes sumamente venerados por doña Beatriz: Teresa de Jesús y san Pedro de Alcántara en diálogo espiritual y en actitud levitativa, sus pies no parecen tocar el suelo y sus miradas dirigidas a lo alto, al igual que sus brazos, como firme expresión de su amor por lo más excelso y sublime, por la gloria de Cristo. Teresa y Pedro de Alcántara unidos en una obra

de arte, al igual que lo estuvieron en vida por unos mismos ideales de pobreza, recogimiento, silencio y oración.

Conclusiones

La intensidad y dinamismo con los que se difundieron los ideales teresianos fue proverbial e inundó con un nuevo espíritu las órdenes religiosas que deseaban vivir una vida más evangélica y un estilo más auténtico de la vocación monástica. De este modo, la reforma iniciada por Teresa de Jesús en el Carmelo fue propagándose a las demás órdenes.

En este estudio, hemos analizado cómo el P. Gracián, consejero, amigo y colaborador de la reforma, valedor de su espíritu, impulsó y facilitó a mercedarios y trinitarios para que pudieran acceder a la generosidad de la condesa de Castellar en su labor de mecenazgo y patrocinio a los descalzos.

En el pensamiento y vida de doña Beatriz queda reflejado el ideal teresiano. La doctrina de san Juan de Ávila, los escritos y obra del P. Gracián; de uno y de otro patrocina la publicación de sus obras y sus primeras ediciones están en su biblioteca.

Doña Beatriz Ramírez de Mendoza vivió intensamente este espíritu de recolección, convirtió su casa en un nuevo cenobio y profesó como novicia en el monasterio de jerónimas descalzas del *Corpus Christi* de Madrid; allí, sorteando toda suerte de oposiciones y recha-

zos a la reforma, vivieron ella y su comunidad una clausura de la descalcez, el único caso en la Orden Jerónima, y su fama de santidad se extendió por aquel Madrid en los albores del siglo XVII, tan lleno de la religiosidad y de las huellas de santa Teresa.

Las Carboneras han querido testimoniar su cercanía con la celebración del V Centenario del nacimiento de la Santa, mostrando en el coro bajo las imágenes de san Pedro de Alcántara y santa Teresa en espiritual dialogo, un signo más de adhesión a los ideales postulados por la gran mística.

Vicente Benítez Blanco
Madrid (España)

LITURGIA

«*Psalterium meum, gaudium meum*». *Los Salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia* (III)

La dimensión antropológica de la Liturgia de las Horas

La oración de los Salmos es una de las expresiones de la fe de la Iglesia que se apega a la misma Escritura. La evolución de esta oración a lo largo de los siglos posee este raro privilegio de haberse mantenido siempre cercana de la revelación. Se trata de orar con las palabras que Dios nos da para dirigirnos a Él. Por su carácter secular, cuando recitamos la Liturgia de las Horas unimos nuestra voz, nuestra inteligencia y nuestros sentimientos a un sinfín de orantes que nos han precedido haciendo suyos estos bellos poemas dirigidos a Dios, a veces como dardos que tratan de interpelarle y urgirle a que intervenga en nuestro socorro, o en ayuda de las personas que conocemos y amamos, para sanar y salvar.

En nuestra vida a veces pasamos por situaciones en las que no encontramos las palabras oportunas para expresar lo que nos ocurre. También en esos casos el libro de los Salmos viene en nuestra ayuda para poder dirigir a Dios una palabra que nos permita reanudar el diálogo con Él. No obstante, es importante caer en la cuenta de que Dios se nos adelanta; Él es el primero en dirigirnos su palabra y en invitarnos a dialogar con Él. Cuántas veces hemos experimentado que verbalizar un problema o compartir nuestra angustia y nuestros miedos nos ayuda a renovar nuestra mirada sobre la realidad y sobre nosotros mismos. Pero ante Dios podemos verbalizar también nuestras esperanzas y alegrías. Todo eso está contenido en los Salmos. Nadie como Dios tiene la infinita paciencia de escucharnos, de levantarnos de nuestras caídas y de darnos la gracia y la fuerza que necesitamos para emprender cada jornada, hasta que nos conceda entrar en el domingo sin ocaso.

Además de ser la oración del Hijo de Dios, cuando rezamos los Salmos están implicados algunos elementos de nuestra experiencia humana, como su dimensión temporal, la santificación de los orantes, la participación de la mente y del corazón,... Nos vamos a detener brevemente en algunos de ellos.

1. La dimensión temporal

El modo más habitual de «santificar el tiempo» entre las religiones de la cuenca del mediterráneo consistía en dedicar varios momentos del día a la oración. Así, por ejemplo, a lo largo de la historia el paganismo griego practicaba la oración de la mañana y la de la

tarde. En tiempos de Jesús los judíos oraban tres veces al día: al salir el sol, a las tres de la tarde y al ponerse el sol. El ideal de los cristianos en los tres primeros siglos era orar sin cesar, siguiendo así la recomendación de Jesús expresada con estas palabras en el tercer evangelio: «Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre» (Lc 21,36). San Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses repite esta misma recomendación: «Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (5,17-18)[1]. Como los paganos y los judíos, los cristianos oraban a la salida del sol y al ocaso. Y con mucha frecuencia oraban también a ciertas horas de la jornada, marcadas en todo el imperio romano por el sonido de algún instrumento, como a tercia, a sexta y a nona. Esto mismo hacían también algunas sectas paganas. Los cristianos se levantaban incluso durante la noche para orar personalmente. De estos seis momentos de oración, unos eran comunitarios y otros personales[2].

[1] En Ef 5,20 podemos leer las siguientes palabras: «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo». Y en 6,18: «Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos».

[2] Estos datos históricos los tomamos directamente de G. DORIVAL, «Les heures de la prière (à propos du psaume 118,164)», *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest* 83/2 (1976) 281-301.

A partir del siglo IV, con la aparición del monacato cenobítico, se instaura lo que hoy llamamos la «liturgia de las horas». Más tarde, también los musulmanes tendrán su liturgia de las horas, que consiste en orar en cinco momentos al día.

A partir de Juan Casiano, a comienzos del siglo V, la literatura monástica pone constantemente en relación el número de horas canónicas con el Salmo 119,164: «Siete veces al día te alabo por tus justos juicios». La interpretación monástica de este versículo tiene sus antecedentes tanto en Orígenes como en Hipólito de Roma, quienes entendían que el rey David y los grandes personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento oraban realmente siete veces al día.

Desde antiguo no cabe duda de que el cristiano es alguien que ora, que quiere consagrar su tiempo a Dios. El tiempo es uno de los bienes más preciosos, pero que tiene un límite desconocido; es decir, no sabemos cuándo se pondrá fin a nuestro tiempo sobre esta tierra. El tiempo se entrega a aquellas actividades y a aquellas personas a las que se valoran. Dedicar tiempo a Dios en la oración no es darle algo que Él no tenga. El encuentro con Dios en la oración y en el tiempo hace posible que nuestro tiempo cobre una densidad nueva. Por otra parte, dedicarle tiempo a Dios, incluso los me-

https://www.persee.fr/doc/abpo_0399-0826_1976_num_83_2_2812 (consultado el 25 de junio de 2020).

jores momentos del día y de la vida es una de las mejores formas de afirmar que Él ocupa el primer lugar en nuestro corazón.

Rezamos en el tiempo y aprovechando la oportunidad que el tiempo nos ofrece. La Liturgia de las Horas, con su oración sálmica, une nuestro tiempo a la vida del Hijo de Dios. Cada una de las horas de la liturgia está relacionada con un momento de la vida de Cristo. Así, las Laudes están unidas a su Resurrección; las Vísperas a la consumación de su sacrificio; las Completas a su reposo en la tumba, etc. Por esta razón, la reforma de la Liturgia de las Horas exige un esfuerzo para que en la medida de lo posible «las Horas correspondan de verdad al momento del día»[3] establecido para cada una de ellas. De este modo se santifica todo el curso del día y de la noche[4]. A este respecto afirma el concilio Vaticano II que «ayuda mucho, tanto para santificar realmente el día como para recitar con fruto espiritual las Horas que la recitación se tenga en el tiempo más aproximado o verdadero tiempo natural de cada Hora canónica» (*Sacrosanctum Concilium* 94).

En su carta apostólica *Tertio Millennio adveniente*, el papa Juan Pablo II nos recuerda este deber de santificar el tiempo, fundamentándolo en la encarnación del Verbo por la que Dios estableció una nueva relación con el tiempo. El texto que nos interesa dice así: «*En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a*

[3] *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* (en adelante OGLH), n. 11.
[4] OGHL, nº. 10.

ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno [...] De esta relación de Dios con el tiempo nace *el deber de santificarlo*» (nº. 10).

Santificar el tiempo es vivirlo en la presencia de Dios, es hacer del tiempo una ofrenda a Dios, ofrenda a veces dolorosa, porque el corazón se apega espontáneamente otras actividades, ideas o personas consideradas como más atractivas que la silenciosa y misteriosa presencia de Dios. Santificar el tiempo es también reconocer que todos los instantes, horas, días, semanas, meses y años le pertenecen a Dios; es vivir para Dios con un sentido de gratitud. La Liturgia de las Horas constituye una herramienta ideal para alcanzar este objetivo. El tiempo dedicado a la oración, dedicado a Dios, lejos de ser un tiempo baldío se convierte en la actividad más fecunda de nuestra vida. La oración auténtica está penetrada de un dinamismo vigoroso que tiene su origen o fuente en Dios mismo.

La *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* afirma que el fin propio de la Liturgia de las Horas es «la santificación del día y de todo el esfuerzo humano» (nº. 11).

2. Santificación humana[5]

En número 14 de la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* está dedicado al tema de la «santificación humana». En él se comienza afirmando que «la

[5] Cf. *Ibíd.*, nº. 14.

santificación humana y el culto a Dios se dan en la Liturgia de las Horas de forma tal que se establece aquella especie de correspondencia o diálogo entre Dios y los hombres, en que "Dios habla a su pueblo... y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración"».

La Liturgia de las Horas está tejida por la palabra de Dios. Por eso, en el mismo número podemos leer: «Los que participan en la Liturgia de las Horas pueden hallar una fuente abundantísima de santificación en la palabra de Dios, que tiene aquí principal importancia. En efecto, tanto las lecturas como los salmos, que se cantan en presencia del Señor, están tomados de la sagrada Escritura, y las demás preces, oraciones e himnos están penetrados de su espíritu».

El número concluye diciendo: «Por tanto, no solo cuando se leen las cosas que "se escribieron para enseñanza nuestra", sino también cuando la Iglesia ora y canta, se alimenta la fe de cuantos participan, y las mentes se dirigen a Dios presentándole un culto razonable y recibiendo de él su gracia con mayor abundancia».

La santificación es, en primer lugar, un don de Dios, algo que Dios hace en nosotros por medio de su Hijo y de su Espíritu Santo. Por nuestra parte, esta santificación no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en dejarnos penetrar por el Espíritu Santo para que nuestros pensamientos, palabras y obras sean cada vez más semejantes a las de Jesús. Pero la santificación es inseparable de nuestro esfuerzo de conversión

y de purificación constante. Es decir, se trata de un proceso progresivo en el que Dios interviene de forma decisiva, pero que requiere nuestra implicación personal. Por su carácter progresivo, la santificación se desarrolla a lo largo de toda nuestra vida. Por nuestra parte, la santificación es un combate a favor de la santidad. La santificación está orientada a glorificar a Dios con toda nuestra vida.

Numerosos pasajes del Nuevo Testamento aluden a esta santificación que se relaciona unas veces con el Padre, otras con Cristo y otras con el Espíritu Santo. Por poner algún ejemplo podemos citar los siguientes textos: «[Padre] Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad» (Jn 17,17); «Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 5,23); «en virtud de esta voluntad [la del Padre] somos santificados, gracias a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo» (Hb 10,10); «también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta» (Hb 13,12).

3. Concordancia de la mente con la voz

La participación del hombre en la oración debe ser total; en ella están implicados sentimientos, pensamientos, afectos, voluntad… ojos, manos, brazos, piernas, postura… todo debe involucrarse para una verdadera participación. Pero es capital que nuestra mente y nuestro corazón concuerde con nuestra voz. Para ello es preciso hacer nuestras las palabras que recitamos,

que no se queden solo en nuestros labios, sino que sean interiorizadas, asimiladas, que estén en nuestra mente. En el número 20 de la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* podemos leer las siguientes palabras:

> Para que se adueñe de esta oración cada uno de los que en ella participan, para que sea manantial de piedad y de múltiples gracias divinas y nutra al mismo tiempo la oración personal y la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la mente concuerde con la voz. Muéstrense todos diligentes en cooperar con la gracia divina, para que esta no caiga en el vacío. Buscando a Cristo y penetrando cada vez más por la oración en sus misterios alaben a Dios y eleven súplicas con los mismos sentimientos con que oraba el Divino Redentor[6].

Incluso podríamos añadir que no es suficiente con que la Palabra de Dios que recitamos en los Salmos o en la Liturgia de las Horas esté en nuestra mente, es preciso también que descienda a nuestro corazón, es decir, que impregne el núcleo de nuestro ser donde entablamos nuestro diálogo con Dios y tomamos las decisiones de nuestra vida. En este sentido, quizás algunos Salmos nos resulten difíciles de rezar, sobre todo los que hablan de violencia. ¿Cómo hacer descender a nuestro corazón esas palabras? Pero en todo momento

[6] *Ibíd.*, n. 19.

debemos seguir el ejemplo de Jesús, quien también los rezó. En este sentido debemos rezarlos con la mentalidad evangélica.

La belleza de la liturgia, de la que nos hablan tanto el Papa Benedicto XVI como el Papa Francisco, no es solo una cuestión estética en la que podemos apreciar la armonía del gesto y del canto, sino también una cuestión ética, de la sinceridad del gesto y del canto, porque es la expresión unánime de todas las facultades y dimensiones del hombre que celebra a su Dios.

Daniele Di Filippo, O. Carm.
Salamanca (España)

TESTIGOS

Santa Teresa de los Andes

vista por su prima

Este año 2020, estamos celebrando el centenario de la muerte e ingreso al Cielo, de santa Teresa de los Andes. Ofrecemos esta contribución deseando hacer más conocida la obra de Dios en la Santa. Su vida es un testimonio que, con el curso de los años, se ha hecho más valioso y que no ha sido publicado. El *domingo 5 de febrero de 1995* tuve la posibilidad, junto a Fray Guillermo Juárez, de visitar y conversar con *Anita Rücker Solar*. Ella es religiosa de las Hermanas del Sagrado Corazón y prima hermana de la santa.

La santa le escribió el 17 de febrero de 1920:

> *Sobre todo sé muy fiel en aquello que el Señor te inspire, más aún si son pequeñeces, pues la vida religiosa es una serie de cosas pequeñas, las cuales obradas a la perfección, engrandecen el alma. Todo esto que te digo es solo lo que oigo y veo en mis hermanitas, pues todavía no sé nada. Quisiera seguir, pero tocan a maitines. Saluda a tu*

mamá y a todos. Y recibe, querida Anita, desde ésta mi pobre celda, un cariñoso abrazo de tu prima carmelita que vive más en el cielo que en la tierra[1].

Pasamos la tarde de ese domingo conversando y ofrezco aquí a los lectores algunos pasajes de los recuerdos que trasmitió. Compartir ese momento con ella fue muy relevante para mí. Ella era la única persona viva que había conocido a Juanita y había convivido con ella, con la que pude tomar contacto.

Así lo relataba Anita:

«Ya toda su familia ha muerto, sus papas, sus hermanos, todos han muerto. No quedan más que sobrinos y no la conocieron. Así que, de la familia, la única que queda, que la conoció, soy yo. Incluso contemporáneas de ella quedan muy pocas… las hermanas del p. Lyon… Incluso Panchito la conoció, pero era chiquitito en esa época. La Rosario, es decir, todas sus hermanas estaban con nosotras, estábamos juntas en el colegio, internas en el Sagrado Corazón. La Teresa Lyon estaba más arriba. Y la Lucha, que era la compañera de ella, yo no creo que se haya fijado mucho. No sé si tenga recuerdo como para darlos. Porque la Lucha era muy distraída y era un poquito enferma, así que no creo que haya percibido el carácter de la Juanita».

[1] SANTA TERESA DE LOS ANDES, *Diario y Cartas,* Ed. Carmelo Teresiano, Santiago de Chile 1993, p. 370.

¿Respecto de Lucho, su hermano, se notaba la aflicción por la pérdida de fe de Lucho[2]?

«Mire, yo creo que con Lucho han exagerado un poco, porque Lucho era un muchacho que jamás dejaba el rosario. Decían que era ateo. Pero no podía ser ateo un muchacho que rezaba el rosario. Lo que tenía era que no iba a misa, no quería nada con la Iglesia. Se rebeló contra la jerarquía en general, con la Iglesia».

¿Por la entrada de Juanita al Carmelo?

«La entrada de la Juanita... el cambio de la Juanita[3]. Porque eran muy unidos, muy unidos. Y gracias a la Juanita es que Lucho era piadoso antes. Y cuando entró la Juanita, Lucho se separó totalmente de Nuestro Señor, ya no quiso ir más a misa... pero como la Juanita

---

[2] «S*i se me permite opinar sobre mi hermana, diré que ella influyó en mi juventud, época turbulenta de mi vida, porque al comenzar a dudar de la fe, cuando estudiaba filosofía y apartarme de Dios, o mejor dicho olvidarme de ÉL, tuve asistencia espiritual de Juanita. Ella fue misionera en su casa. Con su vida intensamente virtuosa a la par que natural, actuaba por presencia, por la excelencia de su alma entregada a Dios*». M. PURROY, *Teresa de los Andes vista por su hermano Lucho,* Ed. Carmelo Teresiano, Santiago de Chile 1990, p. 19.

[3] «T*odo se me ha ido con ella, todo. Parece que por segunda vez se me hubiera muerto la Juanita. Para mí su muerte ha sido peor que para nadie, porque es una separación definitiva a la que no alimento ninguna esperanza ultraterrena. Jamás he necesitado tanto creer. Y desde que se ha ido, voy como un ciego que busca en la sombra. Llamo, pido, pero el Dios de ellas está mudo para mí, ¿hasta cuándo?» (escribió ante la muerte de Rebeca).* Cf. Ana María RISOPATRÓN, *Teresa de los Andes. Teresa de Chile,* Paula, Santiago de Chile 1988, p. 197.

rezaba tanto por él, murió bien. Pero vivía mal. Vivía con una Señora que no era su mujer, mal casado».

¿Qué diferencia notaba entre Rebeca y Juanita?

«Es que era un carácter muy distinto el de la Rebeca. Rebeca era muy viva, muy fogosa. Tenía el mismo carácter que su mamá, mi tía Lucía. Era muy extremosa. ¡Huy! Yo creo que por eso los niños, los hombres, le salieron tan difíciles, porque era muy exagerada. La Juanita no era exagerada. La Rebeca sí. La Rebeca tenía un carácter muy fuerte... muy viva y muy simpática. Más simpática, tal vez, que la Juanita. Bueno, por lo mismo que era más viva, ¿no? Tal vez por eso. Yo la encontraba muy "dije" a la Juanita, me encantaba. Tenía muchas amigas, y vi después que conservó las mismas amistades. Desde muy niñas fueron amigas...».

¿Y su vida espiritual en la infancia?

«Lo *que yo sé es de una entrevista que tuvo ella con Nuestro Señor cuando tenía como siete años*[4]*. Estaba enferma y la mamá había salido a hacer compras o algo así. Y se quedó con la Ofelia. Y la Ofelia, a la hora de almorzar fue a buscar la comida. Y ella se puso a llorar porque se quedaba sola. Tenía un cuadro del Sagrado Corazón detrás de ella. Y dice que oyó perfectamente que le dijo "Juanita no llores, tú no estás sola. Yo estoy siempre contigo". Y fue tal la felicidad que tuvo que, cuando fue Ofelia con el almuerzo le dijo: "Mira*

[4] Cf. SANTA TERESA DE LOS ANDES, *Diario*, 7, p. 34. El abuelo murió cuando tenía 7 años y esto sucedió en vida del abuelo, por lo que tendría 6.

Ofelita, te puedes ir porque yo no le necesito ya; yo tengo a Nuestro Señor que me acompaña". Fue la primera vez que ella tuvo un encuentro con Nuestro Señor. Tenía menos de nueve años. Y ese Sagrado Corazón lo conservan todavía. Porque se puede decir como que revistió de vida Nuestro Señor para hablarle. Por lo menos fue lo que ella oyó y repitió. Después... yo no sé si sería visión o sería nada más que intelectual. Muchos dicen que fue visión».

Anita tiene más recuerdos de Juanita del Colegio Sagrado Corazón. Juanita era un año menor que ella, aunque ambas cumplen años el 13 de julio. Anita tiene 95 en el momento de esta conversación, es el año 1995.

¿Dónde compartieron más tiempo juntas fue en el colegio verdad?

«Sí. Más que todo la conocí en el colegio. Es que vivíamos más en el colegio que en la casa. Porque nosotras salíamos una vez al mes no más, fíjese. Y cuando salíamos no estábamos para ir a hacer visita. Estábamos para nuestros padres todo el tiempo. Así que la conocí en el colegio. Sí, nos conocimos a fondo allí. Ella ingresó al externado del Sagrado Corazón y yo también. Pero ella es un año menor que yo. Porque yo ya tengo noventa y cinco. Fíjese qué curioso: cumplimos años el mismo día, 13 *de julio. Entonces, naturalmente, estaba un año más atrás que yo en el colegio.*

Así nosotras fuimos creciendo juntas. Después yo entré interna, y ella al año siguiente entró interna tam-

bién. Y allí fue donde más nos conocimos porque el internado era una vida de familia totalmente. Éramos nada más que ochenta alumnas. Y había como treinta madres francesas que habían venido después de la expulsión de Francia, y estaban haciendo su apostolado con la juventud».

Conocemos a Juanita, gracias a que escribió su diario y se han conservado las cartas. También a que su madre no obedeció el deseo de su hija de quemar el diario o que fuera censurado por el Padre Blanch[5].

¿Era costumbre escribir un diario personal?

«Sí, *todas lo teníamos... bueno, las que queríamos. Era uno de los consejos que nos daban siempre. Que tuviéramos nuestro diario. Las que teníamos paciencia. Yo alcancé a escribir pocas veces. Se me acabó la paciencia de estar escribiendo lo que yo hacía...».*

¿Cómo la describiría a alguien que no la conoce?

«Físicamente yo describiría a la Juanita como una jovencita alta, un poquito fuerte, un poquito gorda, rubia (pero pelo castaño, más bien), muy bonita. Unos ojos azules muy puros tenía, muy pura la mirada que tenía, una nariz aguileña, unos dientes muy bonitos también, finitos, una boca ni grande ni chica, como está en el retrato»[6]*.*

[5] *Ibíd.*, *Cartas*, 90, p. 256.

[6] Se refiere a la foto tomada antes de ingresar con el hábito carmelitano y de seglar, en el Carmen Alto. Es la foto más conocida de ella.

¿Pensaban sus compañeras que era santa?

«Mire, en realidad, Juanita no llamó nunca la atención por su santidad. Ni yo pensaba que la Juanita podía ser santa. Era como corriente, una cualquiera de nosotras. Se acostaba con todas, se levantaba con todas... Lo que llamaba la atención era su conducta, su exterior, diríamos, su manera de estar. Todo se lo ofrecía a nuestro Señor. Pero exteriormente ella no llamaba nada la atención. Era muy humana.

Yo *me acuerdo un día que estábamos jugando –y jugábamos nosotros a matarnos– y de un empujón que me dio una niña fui a dar yo contra un árbol y me pelé la cara. Se me peló toda la cara. ¡La preocupación de ella fue terrible! porque le parecía que ya me iban a saltar los ojos. Y fue varias veces a la enfermería a preguntar cómo estaba. Porque me pusieron agua oxigenada en la cara, así que casi me volví loca del dolor, pero, en fin, lo aguanté.* Y *ella bajó, entonces, al patio adonde estaba la Maruja (la que me había empujado): "no te preocupes –le dijo–, la Anita no tiene nada grave, así que quédate tranquila, no llores más (porque lloraba más la otra niña creyendo que me había poco menos que roto toda la cara). Y... tenía esas delicadezas, ¿comprende? Porque a ninguna se le ocurrió ir arriba a preguntar cómo estaba y llevar el recado a la que me había golpeado. No. A ella se le ocurrió inmediatamente. Tenía muchas delicadezas con nosotros. Cuando estaba enferma una se preocupaba de que le dieran de comer cosas aparte, que estuviera tranquila, que no la molestaran. Esas delicadezas tenía.*

Pero ella no nació santa. Ella se hizo santa. Porque nosotras veíamos el esfuerzo que hacía por vencerse. Tenía un carácter fuerte, y cuando se presentaba la ocasión se veía que ella luchaba para no sucumbir. Yo digo que Juanita se hizo santa, porque no nació santa».

Juanita dice de sí misma que era «rabiosa»[7], ¿lo era?

«Era de un carácter un poco impetuoso. Rabiosa yo no diría que era rabiosa. Porque rabiosa propiamente es otra cosa ¿no? No era irascible. Pero era impetuosa, un poquito violenta, diría yo, porque se le pasaba inmediatamente. Se ve que ella estaba acostumbrada a hacer su voluntad en la casa. Cuando ella estaba en la casa todo el mundo le acataba. Después, se notó que ella se vencía en eso, no lo dejaba... Pero el primer movimiento de ella era luchar... imponer su voluntad. Tenía su personalidad y quería ser ella la que mandaba. Era lo más notorio en ella».

A las niñas, compañeras de Juanita, les llamaba la atención que muchas veces estando en la sala de estudio, venía y decía una hermana: «*Juanita Fernández al salón*». Esto era porque había venido alguno de los sacerdotes con que se entrevistaba, y eso les daba mucha curiosidad a sus compañeras que se preguntaban: ¿de qué hablarán?

«*La veíamos un poquito, como llamábamos en esa época, "patera", es decir, "chupamedia"*[8] *que llaman*

[7] *Ibíd.*, *Diario*, 39, p. 81.
[8] «Persona que intenta ganar el favor de otra comportándose de forma zalamera y servil».

hoy. Un poquito así, ¿no? Pero no es que ella lo fuera. Sino que nosotras la notábamos así. Porque, claro, ella tenía reuniones especiales con la Madre Superiora, con la Madre Izquierdo, que era la Maestra General. Siempre estaba con ella. Y a nosotras no nos gustaba eso. Como éramos internas, estábamos deseosas de estar con alguien con quien pudiéramos conversar. Y *a veces ella nos quitaba el rato de estar con la Madre Izquierdo para estar ella.* Y *entonces así, a nosotras, nos daba un poquito de fastidio. Pero, en general, era muy unida a nosotras. Éramos muy compañeras. Muy buena era…».*

¿Cómo la recuerda hoy?

«Exteriormente era muy bonita. Mire que se le veía en los ojos algo muy piadoso, tenía muy transparente la mirada. Ustedes habrán visto su retrato[9]*. Es exactamente igual al retrato. Exacta. No ha cambiado. Yo, a veces, suelo conversar con ella (tengo el retrato ahí), converso con ella y me siento como cuando estábamos riéndonos. Sí, yo la quería mucho…».*

Me dice Anita que impresionaba su vida de oración[10]:

«Sí, era muy piadosa. Eso sí. En la capilla daba gusto verla cómo se unía a nuestro Señor. Para ir a la capilla nos ponían siempre en la fila de a dos. Y entonces a mí, porque era del mismo tamaño que ella (un poquito más

[9] *«Me fui a retratar y, al parecer de todos, el mejor retrato es el de carmelita». Ibíd.*, *Carta*, 92, p. 259.
[10] Cf. *Ibíd.*, *Carta*, 116, p. 299; *Carta*, 145, p. 348; *Carta*, 122, p. 309.

alta yo, tal vez), me ponían a su lado. Y yo la veía en la capilla. Una vez yo la moví para ver si se movía... ¡perdida en el Señor! Tenía una gran devoción a la Eucaristía. Yo *diría que el amor especial de la Juanita fue la Santa Eucaristía, porque siempre estaba pidiendo permiso para ir a la capilla a hacer adoración. Y eso también era extraordinario, porque nosotras a la hora de recreo queríamos jugar, y ella, en cambio, a la hora de recreo muchas veces se iba a la capilla.*

Eso y el amor a la Virgen. Dos grandes devociones, sí... A la Mater Admirabilis, a la Stma. Virgen de la Salud del Sagrado Corazón (a ella le tenía una devoción muy particular). Siempre yo la veía en la capilla rezando. En la tarde, cuando ya se oscurecía, ella se iba a rezarle a la Mater».

Le pregunto ¿cuándo hablaron el tema vocacional entre las dos? Anita me dice que eran ya grandes, tal vez cuando recibieron la medalla de Hijas de María, que ella le confesó sería hermana del Sagrado Corazón, y ella le dijo sería carmelita.

Anita me confiesa que la familia de Juanita no se opuso a que ingresara. Su mamá estaba muy contenta. Los hermanos sufrieron, pero no se opusieron. Lucho fue el que más sufrió por lo unido que era a Juanita. En cambio, Anita Rücker sufrió la oposición de su familia.

¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

«Yo *pude ir porque yo estaba en Panqueue que está casi al lado de Los Andes. Teníamos el fundo en Panqueue, entre San Felipe y Los Andes. Entonces era muy fácil ir, ¿no? Fíjese, yo la vi a ella una semana antes de que muriera. Soy la última que la vio. Porque, justamente, mi tía me quiso llevar. Me preguntó si quería ir a verla. Yo no sabía ni que estaba enferma. No parecía enferma. Pero debe haberlo estado porque, fue un lunes santo y el viernes santo cayó ya para no levantarse, y el martes de Pascua murió».*

¿Se dio cuenta en esta visita que estaba enferma?

«No, *porque ella se veía tan alegre, tan contenta. Me decía "si estoy en el cielo"; me decía "si es un pedazo de cielo ser carmelita". "Porque yo rezo tanto ya que tú no tienes vocación para acá, pero que te puedas ir pronto a las monjas". Ella rezó mucho para que yo pueda irme.*

Pero su enfermedad no se notaba. Al contrario, y yo le pregunté cómo estaba y me dijo que estaba regio. Esa era su respuesta: "Estoy regio, estoy cada día más feliz". Y tiene que haber tenido el germen del tifus porque el tifus no se declara en un día. Yo la vi unos seis días antes de morir. Fui la última de la familia que la vio.

Ella me prometió que iba a rezar mucho, mucho para que yo pudiera entrar. Y la oración de ella fue tan oída... Yo entré en abril de 1921. Porque mi papá se conmovió mucho cuando supo de la muerte de ella».

¿Algunos parientes y amigos decían que la santa era Rebeca, qué piensa?

«Porque la Rebeca tenía un carácter muy vivo. Ella era más *atrayente. Eso era lo que tenía, todo el mundo estaba contento con ella. Porque era una persona muy conversadora, muy viva... Y la Juanita no, más bien era tranquila. Ella se excitaba para jugar, todas esas cosas así de la vida, pero no para conversar y todo eso, no. En cambio, la Rebeca era un rayo. Se hizo conocer más, era más abierta. Pero yo creo que en el convento quisieron más a la Juanita que a la Rebeca. Porque una carmelita me dijo: "No, la Rebeca no, si tenía el carácter muy fuerte". ¡Una carmelita me lo dijo!»*

¿La Rebeca no tenía vocación cuando usted la conoció verdad?

«Sí, la Rebeca no tenía vocación antes. Cuando murió Juanita, la misma noche dice que oyó que le dijo: "Rebeca, tú tienes que ir al carmelo a tomar mi puesto". Entonces ella despertó y dijo: "yo quiero ser carmelita". Murió muy joven la Rebeca también. Tendría 40 años cuando murió».

Finalmente le pregunto, ¿Ha leído la vida de ella? (el diario)

«¿Me creerá que yo no me he acabado de leer nunca la vida de ella? Porque me la conocía, no necesitaba».

Fray José María Cabrera, O.P.
Tucumán (Argentina)

ESCUELA DE VIDA

LOS SERMONES DE TAULERO EN VERSO
POR TOMÁS DE MADALENA, O.P. (y IV)

Alma puesta en Dios

47. Alma que a Dios adora con fe viva,
como se apoya en la verdad desnuda,
con sombras de su luz nunca se priva,
con el vano temor nunca se muda.
Aunque en ninguna cosa a Dios perciba,
de tenerle presente jamás duda;
con que por alto y soberano modo,
sin que en nada lo vea, lo halla en todo.

48. Quien busca en Dios a Dios con fe amorosa,
del discurso y sentido independiente,
cubierto de la niebla luminosa,
dentro y fuera de sí le halla presente.
Como es ser inmutable en quien reposa,
sin límite, sin modo ni accidente,
descansa en aquel bien sumo y amable
y de Dios participa lo inmutable.

Alma asfixiada

49. ¿Cuándo, dulce Jesús, oiréis mi ruego
por ser de amor siquiera, no por mío?
¿Y de mis ansias el activo fuego
de vuestra gracia templará el rocío?
¿Por qué, siendo mi luz, me tenéis ciego,
y por qué, siendo imán, mostráis desvío?
Si amor tenéis, doleos de un amante,
que se os quiere acercar y os ve distante.

50. ¿Cuántas veces, Señor, estando muerta
la lumbre de mi fe, con pecho helado,
venías a tocar mi esquiva puerta,
de tu amor solamente motivado?
Y ahora que, entre suspiros muy despierta,
te abre el alma su pecho enamorado,
no sólo no me buscas, aun parece
que por crecer mi amor, tu rigor crece.

51. Alma en pena que vives desolada
entre los sustos de terrible guerra,
con fe sencilla del amor bañada,
toma el rocío que la gracia encierra;
y, aunque de Dios, al parecer dejada,
eres en lo interior árida tierra,
la misma sequedad del campo enjuto
es el mejor cultivo para el fruto.

52. Buscas en oración con reverencia
a tu Dios por dulcísimo contrato
y no puedes lograr la complacencia
de tenerlo en quietud un breve rato;

calla humilde, suspira con paciencia,
no pierdes tiempo, ganas en el trato,
que el mérito más noble te asegura
refinando tu amor en la amargura.

53. Es todo el mundo mar, la Iglesia nave,
timón la cruz, la penitencia vela,
el Espíritu Santo aire suave,
que mueve, que conduce, que consuela.
La fe como fanal el rumbo sabe
del puesto, a donde el alma ansiosa anhela;
¡ea! pues, alma mía, naveguemos,
y si calmare el viento, asir los remos.

Escrúpulos

54. Alma enredada en vanas inquietudes,
con el temor que causa turbaciones,
sosiégate con Dios y nunca mudes
escuelas donde tomes las lecciones:
si quieres ejercicio en las virtudes,
obedece y desprecia tus pasiones;
que, aunque cabe el error en la conciencia,
nunca puede haber culpa en la obediencia.

55. La angustia que padeces de afligida
es recelo fantástico que tienes,
y en el mismo temor de la caída
las culpas anticipas y previenes;
hace la voluntad recta la vida
y tú con apetito y sus vaivenes,
juzgas que es voluntad para el delito
lo que no es la voluntad sino apetito.

Beneficios de Dios

56. Si todo a tu Señor, hombre, te debes
por haberte criado y redimido,
¿cómo a negarle el corazón te atreves,
que su amor tantas veces te ha pedido?
No su paciencia temerario pruebes,
que un amor grande, mal correspondido,
en celo se convierte rigoroso,
y hace terrible juez al tierno esposo.

57. ¿Qué, pude, dice Dios, que no haya hecho?
El darte ser, mi imagen imprimirte
aún no dejó mi amor bien satisfecho
y quise con mi sangre redimirte;
al fin dejé rasgar mi amante pecho,
porque así el corazón pudiera unirte,
pero tú, despreciando el dulce nido,
me pagas, alma, con ingrato olvido

58. ¡Ved si hay dolor igual al dolor mío!
A mí, que soy la fuente de agua viva,
de los deleites abundante río,
del hombre despreció la sed lasciva.
¡Ah, si cesando ya tu desvarío,
quedases, alma, de mi amor cautiva,
o si oyeras la voz con que te llamo
o si amases como yo te amo!

Correspondencia en el amor

59. Con la ley que explicó Sagrada Historia
quiso el Señor al hombre hacer perfecto
y que para alcanzar eterna gloria

se fuese a Dios por el camino recto:
intimóle a su amor y su memoria,
lo que era natural para su afecto.
¡Buen Dios! que solamente mandar quiso
un amor, que sin ley, era preciso.

60. Sólo Dios es quien vive en mi memoria,
sólo el amor conozco, al amor quiero,
porque, aun en esta vida transitoria,
prendas me da a gozar de lo que espero;
el que es todo mi bien, toda mi gloria,
amor es por quien vivo y por quien muero.
¡Oh si en fuego de fénix encendida
en ti expirase mi amorosa vida!

61. ¡Que leve peso y yugo tan suave
es para el fino amor la ley divina!
Más veloz que a su centro piedra grave,
el amante a su amado se encamina;
no se sabe quietar, temer no sabe
quien a Dios, como imán, luego se inclina.
¡Oh si en amor divino me encendiera!
¡Quien viviera de amor y del muriera!

62. Si es un acto de amor de Dios bastante,
muriendo en él, a darte eterna gloria,
¿qué grado alcanzarás si cada instante
renuevas el amor en tu memoria?
No pases punto sin afecto amante,
en la vida mortal y transitoria,
que muriendo de amor, Dios te convida
a la amorosa unión de eterna vida.

63. Aunque me aflijo, mi Jesús, de veros
en esa cruz, también vuestra figura
de alcanzaros, bien mío, y no perderos,
presa de pies y manos me asegura:
ya, Señor, (perdonad) no hay que temeros
sino llegar a vos con fe muy pura;
no podéis estorbar mi tierno lazo
ni retirar el rostro si os abrazo.

Alma sin dulzuras

64. El ave que volaba por el viento
y en el betún descanse sin cautela,
pierde la agilidad del movimiento
y entorpece las alas con que vuela.
Así el alma que está con asimiento,
aun de los dones con que Dios consuela,
pegada a las dulzuras celestiales,
se entorpece en los vuelos espirituales.

Ansia de visiones

65. No apetezcas, orando, las visiones,
aun en dulce quietud de amor divino;
intérnate con puras afecciones
para evitar los riesgos del camino;
una sencilla fe te da instrucciones
porque puedas lograr feliz destino,
pues la fe que te rige, como oscura,
aunque no es mayor luz, es más segura.

PADRE ARINTERO

RECORDADO POR SU DISCÍPULO
EL PADRE GETINO, O.P.

A los nueve años de la muerte del Padre Arintero, tuvo ocasión, en 1937, el P. Luis G. Alonso Getino (1877-1946) de transmitir para la posteridad una testificación, que fluyó espontánea al hilo de la lectura que hacía de la primera biografía documentada, escrita y editada en Cádiz por el P. Adriano Suárez, en dos volúmenes y un año antes, es decir, en 1936.

Dada la autoridad del testigo, parece oportuno sacar a plena luz sus principales puntos de testificación. El P. Getino ingresó en la Orden dominicana animado por el P. Arintero, de su mismo pueblo natal y diecisiete años mayor que él. Después, fue su alumno, tanto en ciencias naturales, como en teología. Compartió con él la docencia en Salamanca, lo tuvo como colaborador destacado en la revista que fundó, titulada *La Ciencia Tomista* y, finalmente, fue durante cuatro años su prior provincial. Estas pinceladas biográficas pueden servir

para informar sobre la fuente de conocimiento y ascendencia que tenía para testimoniar sobre nuestro autor[1].

Destacaba como aspectos de su fisonomía humana una robusta salud física, aunque afectado por la sordera desde joven, una voluntad inquebrantable, laboriosidad, plena dedicación al estudio, la enseñanza y escritura. En los últimos años empleó muchas horas en la dirección espiritual, de palabra y por escrito.

Del cultivo de la ciencia pura pasó a la apologética, o defensa de la fe cristiana, a estudios bíblicos, a la teología, particularmente a la mística. «Fue uno de los hombres más prodigiosos por su labor en nuestra patria». Transcurrió una vida de casi 68 años en ascenso continuado de perfección, dentro de una vida religiosa ejemplar, que entró en un momento determinado por los cauces del *heroísmo de la virtud*. Alcanzó la estatura del «hombre de Cristo, del hombre transformado por la gracia de Dios, depurado por ella, santificado y espejo de cuantos le contemplan».

Nadie le regateaba su encarnación del ideal dominicano, «hasta la médula de los huesos» y, sin embargo, puesto a colaborar en una *fundación* religiosa lo hizo en Cantalapiedra (Salamanca), convento de monjas clarisas, «espejo, eso sí, de una espiritualidad que tenía que llenar las exigencias de un espíritu dominicano», naturalmente que desde su propio carisma.

[1] Puede consultarse *La Ciencia Tomista* 46, n. 163/164, enero-abril 1937, 152-154.

Fue muy devoto de santo Tomás y hasta añadió su nombre al suyo propio en la profesión religiosa. Pero, procedente del mundo de las ciencias exactas, veía excesivo el juramento que se pedía normalmente de seguirlo en todo. En la última etapa de la vida, empero, trató de «encuadrar sus conclusiones con las del Angélico Maestro». Se esmeró, igualmente, por «fortificar sus tesis doctrinales con textos de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz», sobre la unidad de las vías de la contemplación.

Destacaba, en fin, el P. Getino, «la prodigiosa propaganda de los últimos años por medio de las hojas volantes repartidas por cientos de millares y seguidas de influjo manifiesto en las costumbres públicas y privadas».

Se desprende de la declaración anterior el convencimiento que tenía el testigo de la fama de santidad de que gozó el P. Arintero en vida, opinión de santidad de que continuaba gozando tras la muerte.

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

Bruno Cadoré, *En tiempos de COVID-19. Sobre el ahora y después*, San Esteban–Edibesa, Madrid 2020, 30 pp.

Este folleto consiste en una entrevista que se realiza al que fue Maestro de la Orden de Predicadores, fray Bruno Cadoré. Es doctor en Teología moral, pero lo es también en Medicina. Por lo tanto, está bien cualificado para ver las vertientes distintas de esta pandemia.

Comienzo reseñando las primeras preguntas que se le plantean a Fray Bruno. Conocerlas lleva a buscar en el folleto las respuestas. Como primera valoración se le pregunta sobre la enseñanza de la pandemia. ¿Era predecible o impredecible su aparición? ¿Qué explicación o explicaciones encuentran los científicos? Se pregunta también que, dado el relieve que ha adquirido la ciencia, puedan haber caído en olvido otras consideraciones sociales. Por ejemplo, es necesario que el acontecimiento sea interpretado a la luz de la historia del mundo y de la salvación. ¿La crisis sanitaria que conlleva la pandemia, ha sido bien gestionada en Francia, en Europa desde una perspectiva ética? ¿Por qué ha surgido una fuerte desconfianza respecto a la acción y la palabra de las autoridades sanitarias?

Desde su condición de médico se le pide la opinión sobre cómo ha actuado el personal sanitario. Fray Bruno entiende que ha obligado a cambios sustanciales, que él va precisando. El cambio implicaría ver lo

que sucede desde perspectivas no solo médicas, sino filosóficas sobre la dignidad de la persona, la combinación de lo local y lo universal, sobre la acción del virus y la reacción bien medida, no a costa de desequilibrios sociales.

Pensando en el futuro. Fray Bruno exige primero adquirir conocimientos científicos interdisciplinares. Pero no quedarse solo en lo científico, no se pueden olvidar las consecuencias sociales, políticas incluso, que han de tenerse en cuenta, siempre en un ámbito democrático, en especial en las decisiones políticas. Pero lo que interesa sobre todo es cómo la pandemia puede favorecer un futuro más humano, fomentar la cooperación internacional, una atención especial a las regiones en situación de pobreza. La globalización ha favorecido la extensión de la epidemia. En el futuro, no se ha de suprimir la interdependencia entre naciones, pero se ha de acentuar a base de tejer una red solidaria, no competitiva, de modos de vida, en la producción y en el consumo... La epidemia ha de ser también como *un Kairós* para ampliar la generosidad que existió en el cuidado de los enfermos a «una creatividad generosa para cuidar, juntos, la casa común». Para ello hay que globalizar, «desconfinar», dice el autor, el trabajo intelectual de reflexión sobre lo acontecido, que fray Bruno, en la línea del carisma de dominico, llama contemplación. Esa «contemplación» ayudará a superar lo que llama el confinamiento de la tecnología, como único valor, junto a un consumismo como motor de la economía; y considerar otros aspectos del pensar y actuar humano. Es

necesario romper confinamientos como el de Pentecostés en el origen de la fe cristiana; para luchar por el mensaje humanizador del Evangelio. Esto supone que se reconsideren equilibrios en la misma Iglesia, por ejemplo, entre el rito y la vida real, entrar la privatización de la fe y la comunión, la relación entre «la valoración local y la centralización institucional» y también «entre la vida interna y la irradiación externa...»

En poco espacio, a veces quizás de modo demasiado «apretado», se dice mucho y de máximo interés. Es muy recomendable este folleto. Me atrevería a recomendar más de una lectura para aprovechar el mensaje que nos deja fray Bruno Cadoré.

Por ello hay que felicitar a la editorial que haya puesto a disposición del pueblo fiel este folleto de manera gratuita. Es un gran servicio a todos.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

PETER KREEFT, *¿Símbolo o sustancia? Un diálogo sobre la eucaristía entre C. S. Lewis, Billy Graham y J. R. R. Tolkien*, Ed. Homo Legens, Madrid 2020, 283 pp.

Libro tan peculiar como interesante e instructivo. La peculiaridad procede de que el texto es un largo diálogo, entre los tres personajes del subtítulo: El anglocatólico, como se reconoce C. S. Lewis; el protestante evangélico Billy Graham, y el católico J. R. R. Tolkien. Se

añade a ellos Guy, que es el mayordomo de Tolkien, anfitrión de los amigos, pues en su casa se desarrolla el diálogo. Los tres personajes del subtítulo son bien conocidos. Billy Graham por lo que en pocas palabras diríamos, su santidad; Lewis y Tolkien como escritores bien de fama. En especial Tolkien, el autor de *El Señor de los anillos*. Guy representa al pueblo sencillo de profunda fe.

El tema del diálogo es la presencia real de Cristo en el pan y el vino consagrados. O expresado de otra manera, si se puede adorar la forma consagrada, la «adoración al Santísimo», tan extendida en el ambiente católico. Con esa presencia que permite la adoración están de acuerdo Lewis y Tolkien, mientras que no lo están, pues para ellos no pasa de ser un símbolo el pan y el vino consagrado, para Graham y Guy. Todos son cristianos de profunda fe.

A veces el diálogo se vierte sobre la preeminencia entre la Biblia, la Iglesia y los sacramentos. Los protestantes pondrán siempre en primer lugar la Biblia. Como sobre el tema clásico de la fe y las obras, la *sola fides* de los protestantes y la fe con obras de los católicos. No dialogan sobre algo que les podía distanciar más, como el primado del Papa.

El autor del libro es un profesor de filosofía, católico converso. Hace un alarde literario al crear el diálogo entre personas reales, pero sin su presencia ni palabra, interpretando lo que dirían. El prólogo de Eduardo Segura manifiesta el interés del libro. Sin duda que ayuda a católicos a situar mejor la eucaristía en relación con

la vida. Ofrece además y, sobre todo, un estilo ecuménico de confesar a Cristo. Pues todos lo consideran lo esencial de su fe. Son profundamente cristianos. De una fe admirable, siendo como son personas de alto nivel intelectual. Ojalá se pudiera hablar con la libertad, el respeto que se tienen, la insistencia en lo que les une, sin tener que abandonar sus creencias sobre asuntos concretos.

Puede que a lo largo de sus páginas resulte un tanto reiterativo en los asuntos que aborda, en los matices teológicos y en las actitudes de los interlocutores. Quizás con algunas menos páginas el lector quedaría más satisfecho. Se ahorraría también parte del esfuerzo que exige seguir el diálogo. Sobre todo si no se está habituado a reflexionar sobre lo que cree y por qué lo cree, como sucede en no pocos creyentes.

En cualquier caso, es un libro espiritual. La espiritualidad centrada en Cristo al estilo de san Pablo, tantas veces citado, emerge con fuerza a lo largo del texto como expresión de algo que viven intensamente los que dialogan.

Esa espiritualidad que brota de la Palabra de Dios, no cuenta con interpretaciones que realizan exégetas modernos sobre no pocos textos. Interpretaciones que se basan en el análisis de los diversos estilos de los escritos bíblicos, en análisis científicos de textos y consideraciones sobre los contextos en que están escritos. Ellos se mueven en una exégesis tradicional.

Mucho más se podría decir de este original libro si se quisiera realizar un sesudo análisis teológico de las opiniones de unos y otros. Como por ejemplo, ya que aparece en el título, qué se entiende por sustancia. Pero no es el objeto de esta recensión.

Libro, pues aconsejable a quien quiera repensar lo que la Eucaristía representa en su vida. Y no solo la Eucaristía, sino también lo que llamamos Palabra de Dios o del Señor, la Sagrada Escritura.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

ALBERTO DE MINGO KAMINOUCHI, *La Biblia de principio a fin. Una guía de lectura para hoy,* Sígueme, Salamanca 2019, 444 pp.

El autor, nacido de padre español y madre japonesa, es misionero redentorista, sacerdote desde 1993, y profesor actualmente de teología moral bíblica en la Saint Louis University (Campus de Madrid) y en la Academia Alfonsiana (Roma). Su propósito en este libro es ayudar al lector a percibir el hilo conductor que enlaza armoniosamente todos los libros que forman esa biblioteca variopinta que es la Biblia. Este monumento cultural, patrimonio indiscutible de la humanidad, para el creyente es también el relato de una historia concreta que le invita a hacerla suya y encontrar en ella su lugar y su misión.

Para ello, en un lenguaje límpido y ameno que se lee con fruición, va comentando las diversas etapas que recorrieron, primero, el pueblo de Israel y, después, Jesús de Nazaret y sus discípulos, y ofreciendo en su contexto histórico y literario el contenido esencial de cada uno de los libros que fueron apareciendo en esas sucesivas etapas. Desde el Génesis al Apocalipsis se van presentando protagonistas, escenarios geográficos, acontecimientos históricos, culturas, géneros literarios y otras numerosas informaciones complementarias que ilustran en buena parte el pasado de nuestra propia cultura y constituyen la base de la fe cristiana multisecular. Muy sobria en sus citas, para no abrumar al lector, la obra refleja un conocimiento muy amplio de los estudios más recientes sobre la Biblia y de sus resultados más compartidos, expuestos con sencillez y claridad para un público interesado pero no especialmente versado en las Escrituras. Al final de cada capítulo se insertan unas sugerencias fáciles de seguir que orientan al lector para aprovechar mejor lo que acaba de leer.

Divide el estudio del AT, después de una luminosa introducción al mismo, en cuatro partes: *Orígenes* (donde trata del origen de todas las cosas, del origen del mal y del origen de la fe bíblica en la época de los patriarcas); *Éxodo y Alianza* (con Moisés, la Ley y los orígenes históricos del pueblo de Israel); *En posesión de la Tierra* (la realeza y su esplendor, su decadencia y la época de los primeros profetas escritores); *Exilio y retorno* (los profetas de la esperanza, el período persa y la influencia griega). Asimismo, después de una introducción, aborda el contenido del NT en dos grandes

partes: *Jesús* (con el estudio de cada uno de los cuatro evangelistas y el acontecimiento determinante de la resurrección); y *Los primeros cristianos* (Hechos de los Apóstoles y cartas, personalidad y misión de Pablo, comienzos de la primera comunidad y su influjo en el entorno, mensaje del Apocalipsis). Queda sobradamente satisfecha la preocupación del autor por mostrar, a creyentes y no creyentes, la unidad de la que llamamos historia de la salvación, que se concreta en esta afirmación capital: «Dios libera al mundo del mal, no con la violencia, la imposición o la amenaza, sino mediante el ofrecimiento de su amistad» (p. 429). Es una discreta invitación a introducirse en la lectura de este libro, como quien se interna en el descubrimiento de una espléndida civilización antigua, de la mano de un guía experto en su conocimiento y en la comunicación con sus visitantes.

Fray Emilio García Álvarez, O.P.

AÑO 100 – Núm 732 NOVIEMBRE-DICIEMBRE, 2020

Vida Sobrenatural

Revista de Espiritualidad

EDITORIAL

«FRATELLI TUTTI»

Con la mirada puesta en el proyecto de Dios sobre la humanidad, que consiste en hacer de esta una única familia de hermanos que habiten en la misma casa común, el Papa Francisco nos ofrece su tercera encíclica[1] en la que recoge muchos elementos esparcidos a lo largo de su magisterio pontificio situándolos en un contexto más amplio de reflexión. No podemos detenernos aquí a recorrer y a analizar con detalle la riqueza de las

[1] Las dos primeras fueron *Lumen fidei* (29 de junio de 2013) y *Laudato si'* (24 de mayo de 2015). La encíclica *Fratelli tutti* se firmó en Asís, ante la tumba de san Francisco. Es la primera vez que un papa firma una encíclica fuera de Roma.

enseñanzas de esta nueva encíclica de carácter social[2]; por eso, nos fijaremos únicamente en algunas ideas que tocan más de cerca la vida espiritual cristiana, aunque en el fondo todo tenga que ver con ella. Además de poner de relieve el sentido social de la existencia humana, el Papa Francisco alude a la dimensión fraterna de la espiritualidad.

«Fratelli tutti» («Hermanos todos») es una expresión tomada de san Francisco de Asís, el santo que inspira desde su comienzo el pontificado del papa Francisco. La encíclica se inspira, además, en otros muchos personajes, tanto cristianos como no cristianos. El Papa Francisco confiesa haberse sentido especialmente estimulado por el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, con quien se encontró en Abu Dabi para recordar que Dios «ha creado todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos».

Como se indica en el subtítulo de la encíclica, su tema es la fraternidad y la amistad social, que son dos polos «inseparables y coesenciales» (nº. 142). El Papa

[2] La encíclica se divide en ocho capítulos precedidos de una introducción. El primer capítulo está dedicado a señalar las sombras de nuestro mundo; el segundo es un comentario de la parábola del Buen Samaritano; el tercero reflexiona sobre cómo pensar y gestar un mundo abierto; el cuarto lleva por título «Un corazón abierto al mundo entero»; el quinto reflexiona sobre la mejor política; el sexto se centra en el diálogo y en la amistad social; el séptimo está dedicado a los caminos de reencuentro; y el octavo a las religiones al servicio de la fraternidad universal.

Francisco afirma que durante los últimos años se ha referido a estas cuestiones reiteradamente y en diversos lugares. Se trata de ahondar en la dimensión universal del amor fraterno. Hemos sido creados para una plenitud que solo se alcanza en el amor.

La *fraternidad* no se entiende aquí como en la Revolución francesa, sino desde una perspectiva creyente, pero también humanamente muy abierta. El proyecto de fraternidad está inscrito en la vocación de la familia humana, y es único. Se trata de una fraternidad que abraza a todos los hombres, los une y los hace iguales, una fraternidad que es particularmente golpeada en nuestro mundo por las políticas de integrismo y división y por los sistemas de ganancia insaciable y las tendencias ideológicas odiosas, que manipulan las acciones y los destinos de los hombres.

El papa Francisco señala la estrecha relación que existe entre la fraternidad, la igualdad y la libertad. La fraternidad tiene que traducirse en una educación para la fraternidad, para el diálogo, para el descubrimiento de la reciprocidad y el enriquecimiento mutuo. Sin fraternidad verdadera la libertad «enflaquece», deriva en soledad o en autonomía para poseer y disfrutar. En cambio, la verdadera libertad está orientada sobre todo al amor. Por su parte, la igualdad es el resultado del cultivo constante y pedagógico de la fraternidad. «El individualismo no nos hace más libres, más iguales, más hermanos» (nº. 105). Para el Papa Francisco, «el individualismo radical es el virus más difícil de vencer. Nos hace creer que todo consiste en dar rienda suelta a las

propias ambiciones, como si acumulando ambiciones y seguridades individuales pudiéramos construir el bien común» (nº. 105). Por otra parte, los sueños de libertad, igualdad y fraternidad, cuando no son efectivamente para todos, se quedan al nivel de meras formalidades.

La *amistad social* consiste en buscar juntos, incluso desde posturas muy diversas, lo más conveniente para todos, es decir, en buscar el bien común. Esta amistad trata de integrar a todos, sin ninguna excepción, en la misma humanidad. Pero todo esfuerzo en esta dirección requiere un ejercicio supremo de caridad, que se traduce en acciones concretas, como acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, en resumen, se trata de «dialogar».

Hoy se suele confundir el diálogo con algo muy diferente, como el febril intercambio de opiniones en las redes sociales, muchas veces orientado por información mediática no siempre confiable. Tal intercambio no es sino un monólogo que no compromete a nadie, y cuyos contenidos son con frecuencia oportunistas y contradictorios.

Para dialogar de verdad es preciso vencer la tentación de la rápida descalificación del adversario, aplicándole epítetos humillantes, en lugar de enfrentar un diálogo abierto y respetuoso, donde se busque alcanzar una síntesis superadora.

También hoy existe realmente un diálogo paciente de muchas personas generosas que de este modo

mantienen unidas a familias y comunidades, diálogo que ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, aunque no siempre seamos conscientes de ello. Como afirma el Papa Francisco, «un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación» (nº. 199).

El diálogo auténtico se sustenta en una búsqueda sincera de la verdad. A su vez, esto conduce a la búsqueda de los fundamentos más sólidos que están detrás de nuestras opciones y de nuestros logros. Para ello hay que creer que la inteligencia humana es capaz de captar algunas verdades que no cambian. «Indagando la naturaleza humana, la razón descubre valores que son inmutables porque derivan de ella» (nº. 208). Esta afirmación tiene importantes consecuencias, si se toma en serio, para desmontar ciertas ideologías imperantes en nuestra cultura.

El Papa Francisco afirma que aceptar que existen algunos valores permanentes, aunque no siempre sea fácil reconocerlos, proporciona solidez y estabilidad a una ética social: «Aun cuando los hayamos reconocido y asumido gracias al diálogo y al consenso, vemos que esos valores básicos están más allá de todo consenso, los reconocemos como valores trascendentes a nuestros contextos y nunca negociables» (nº. 211). Tales va-

lores son en sí mismos estables por su sentido intrínseco. Tener en cuenta los principios éticos básicos no negociables puede impedir nuevas catástrofes.

El diálogo nos lleva a una «cultura del encuentro». El Papa Francisco cita a este respecto las palabras del escritor, poeta y compositor brasileño, Vinicius de Moraes: «La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida». El propio Papa, en reiteradas ocasiones, ha invitado a desarrollar una cultura del encuentro que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan a unos con otros. Se trata de que los pueblos hagan del encuentro un deseo y un estilo de vida.

La amistad social conduce a integrar a los diferentes. Esta es una labor lenta y difícil, pero es también la garantía de una paz real y sólida. Nadie debe quedar excluido, tampoco las periferias, pues quienes viven en ellas tienen otro punto de vista, ven otros aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más importantes. Con muchos otros autores, el Papa Francisco comparte la convicción de que de todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible.

Los líderes religiosos están llamados a ser auténticos «dialogantes», a trabajar en la construcción de la paz no como intermediarios, sino como auténticos mediadores. Pues los intermediarios buscan agradar a todas las partes, con el fin de obtener una ganancia para ellos mismos, mientras que el mediador, no se guarda

nada para sí mismo, sino que se entrega generosamente, hasta consumirse, sabiendo que la única ganancia es la de la paz.

Para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal es esencial el reconocimiento básico del valor de un ser humano siempre y en cualquier circunstancia. La persona humana tiene un valor no cuantificable. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Esto nos ayuda a reconocer que no siempre se trata de lograr grandes éxitos, que a veces no son posibles. El Papa Francisco sostiene con firmeza que «el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad». Este es un principio elemental de la vida social que suele ser ignorado de distintas maneras por quienes sienten que tal principio no aporta nada a su cosmovisión o no sirve a sus fines.

La Iglesia trabaja sin tregua en todas partes a favor de la promoción del hombre y de la fraternidad universal.

En esta encíclica destaca el comentario a la parábola del Buen Samaritano, que constituye el fundamento teológico de toda la reflexión. El Papa Francisco afirma que todos somos como los personajes de la parábola. En realidad solo hay dos tipos de personas en el mundo: los que cargan con el dolor y los que pasan de largo. Hay muchas maneras de pasar de largo. La

historia que se narra en la parábola se repite constantemente. La parábola nos exhorta a alimentar lo bueno y a ponernos al servicio del bien, a hacernos presentes al que necesita ayuda; nos interpela a dejar de lado toda diferencia, y acercarnos a todo el que sufre. También en esto debemos seguir el ejemplo de Jesús, que tenía un corazón abierto que hacía suyos los dramas de los demás.

El Papa, sin pretender ser exhaustivo, hace un recorrido por las sombras de la humanidad, sobre todo las de nuestra época; sombras que muestran el lado oscuro del corazón humano. Y aunque son tan espesas, sabe descubrir las luces de esperanza reales que también están presentes en nuestro mundo actual.

En esta encíclica está muy presente, como en todo su pontificado, el tema de los inmigrantes, con todo el drama que acarrea y la complejidad que entraña.

El Papa Francisco nos habla de algunas virtudes cristianas y dones del Espíritu Santo sobre los que hay que volver a insistir, como la *benevolencia*, que es la actitud de querer el bien del otro; la *solidaridad*, entendida «como virtud moral y actitud social, fruto de la conversión personal», que exige el compromiso de todos aquellos que tienen responsabilidades educativas y formativas; en primer lugar, las familias, llamadas a una misión educativa primaria e imprescindible, pues constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro.

El Papa nos propone también el cultivo de la *amabilidad*. Las personas amables se convierten en estrellas en medio de la oscuridad. La amabilidad es definida aquí como una liberación de esa crueldad que a veces penetra las relaciones humanas; liberación de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. El Papa Francisco reconoce que hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir «permiso», «perdón», «gracias». Pero de vez en cuando aparece el milagro de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia. «Este esfuerzo, vivido cada día, es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprensiones y previene los conflictos. El cultivo de la amabilidad no es un detalle menor ni una actitud superficial o burguesa. Puesto que supone valoración y respeto, cuando se hace cultura en una sociedad transfigura profundamente el estilo de vida, las relaciones sociales, el modo de debatir y de confrontar ideas. Facilita la búsqueda de consensos y abre caminos donde la exasperación destruye todos los puentes» (nº. 223).

Es muy sugerente la reflexión sobre la «memoria», el «perdón» y la «reconciliación». El Papa Francisco comienza hablando de la memoria en los siguientes términos:

> A quien sufrió mucho de manera injusta y cruel, no se le debe exigir una especie de «perdón social». La reconciliación es un hecho personal, y nadie puede imponerla al conjunto de una sociedad, aun cuando deba promoverla. En el ámbito estrictamente personal, con una decisión libre y generosa, alguien puede renunciar a exigir un castigo (cf. Mt 5,44-46), aunque la sociedad y su justicia legítimamente lo busquen. Pero no es posible decretar una «reconciliación general», pretendiendo cerrar por decreto las heridas o cubrir las injusticias con un manto de olvido. ¿Quién se puede arrogar el derecho de perdonar en nombre de los demás? Es conmovedor ver la capacidad de perdón de algunas personas que han sabido ir más allá del daño sufrido, pero también es humano comprender a quienes no pueden hacerlo. En todo caso, lo que jamás se debe proponer es el olvido (nº. 246).

El recuerdo de las atrocidades de la historia es garantía y estímulo para construir un futuro más justo y más fraterno. Hay que recordar una y otra vez estos hechos, «sin cansarnos ni anestesiarnos». El Papa insiste en la importancia de la memoria de estos hechos, incluyendo también las acciones positivas:

> Es fácil hoy caer en la tentación de dar vuelta a la página diciendo que ya hace mucho tiempo que sucedió y que hay que mirar hacia adelante. ¡No, por Dios! Nunca se avanza sin memoria, no se evoluciona sin una memoria íntegra y luminosa.

> Necesitamos mantener «viva la llama de la conciencia colectiva, testificando a las generaciones venideras el horror de lo que sucedió» que «despierta y preserva de esta manera el recuerdo de las víctimas, para que la conciencia humana se fortalezca cada vez más contra todo deseo de dominación y destrucción». Lo necesitan las mismas víctimas —personas, grupos sociales o naciones— para no ceder a la lógica que lleva a justificar las represalias y cualquier tipo de violencia en nombre del enorme mal que han sufrido. Por esto, no me refiero solo a la memoria de los horrores, sino también al recuerdo de quienes, en medio de un contexto envenenado y corrupto fueron capaces de recuperar la dignidad y con pequeños o grandes gestos optaron por la solidaridad, el perdón, la fraternidad. Es muy sano hacer memoria del bien (nº. 249).

Por lo que se refiere al perdón, el Papa Francisco afirma con rotundidad que este no implica necesariamente el olvido de la ofensa. El perdón libre y sincero rompe el círculo vicioso de la violencia, frena el avance de las fuerzas de destrucción y es una grandeza que refleja la inmensidad del pendón de Dios. Dado que el perdón es gratuito, se puede perdonar incluso a quien se resiste al arrepentimiento y es incapaz de pedir perdón. Se puede recordar la ofensa, pero sin dejarse poseer por la misma fuerza destructora de quienes la cometen, rechazando así el deseo instintivo de venganza que tarde o temprano termina perjudicando al ofendido, pues «la venganza nunca sacia verdaderamente

la insatisfacción de las víctimas». El Papa Francisco sostiene que «hay crímenes tan horrendos y crueles, que hacer sufrir a quien los cometió no sirve para sentir que se ha reparado el daño; ni siquiera bastaría matar al criminal, ni se podrían encontrar torturas que se equiparen a lo que pudo haber sufrido la víctima» (nº. 251).

El perdón no significa necesariamente impunidad de los que cometen injusticias. «Pero la justicia solo se busca adecuadamente por amor a la justicia misma, por respeto a las víctimas, para prevenir nuevos crímenes y en orden a preservar el bien común, no como una supuesta descarga de la propia ira. El perdón es precisamente lo que permite buscar la justicia sin caer en el círculo vicioso de la venganza ni en la injusticia del olvido» (nº. 252).

¿Qué ocurre cuando las ofensas o las injusticias son mutuas? A esta cuestión el Papa Francisco responde lo siguiente:

> Cuando hubo injusticias mutuas, cabe reconocer con claridad que pueden no haber tenido la misma gravedad o que no sean comparables. La violencia ejercida desde las estructuras y el poder del Estado no está en el mismo nivel de la violencia de grupos particulares. De todos modos, no se puede pretender que solo se recuerden los sufrimientos injustos de una sola de las partes. Como enseñaron los Obispos de Croacia, «nosotros debemos a toda víctima inocente el mismo respeto. No puede haber aquí diferencias raciales, confesionales, nacionales o políticas» (nº. 253).

El Papa Francisco es consciente de que en el mundo se están creando nuevamente las condiciones para la proliferación de guerras. Con ese motivo recuerda que la guerra es la negación de todos los derechos.

Otro punto importante que toca esta encíclica, y al que dedica el último capítulo, es el del papel de las religiones en relación a la fraternidad. El Papa Francisco comparte la convicción del Papa Benedicto XVI de que «la razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad». El fundamento sólido de la fraternidad solo lo puede dar la fe en Dios. Como decía Juan Pablo II:

> Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación, los contraponen inevitablemente unos a otros. Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás. [...] La raíz del totalitarismo moderno hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y, precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social, ni la nación o el Estado. No puede

> hacerlo tampoco la mayoría de un cuerpo social, poniéndose en contra de la minoría (nº. 273).

La experiencia de la fe y la sabiduría que se ha ido amasando a lo largo de los siglos, a pesar de nuestras muchas debilidades y caídas, nos ha enseñado que los creyentes de las distintas religiones sabemos que hacer presente a Dios es un bien para nuestras sociedades. «Buscar a Dios con corazón sincero, siempre que no lo empañemos con nuestros intereses ideológicos o instrumentales, nos ayuda a reconocernos compañeros de camino, verdaderamente hermanos». En cambio «cuando, en nombre de una ideología, se quiere expulsar a Dios de la sociedad, se acaba por adorar ídolos, y enseguida el hombre se pierde, su dignidad es pisoteada, sus derechos violados. Ustedes saben bien a qué atrocidades puede conducir la privación de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, y cómo esa herida deja a la humanidad radicalmente empobrecida, privada de esperanza y de ideales» (nº. 274).

Para los cristianos, el manantial de dignidad humana y de fraternidad está en el Evangelio de Jesucristo. Muchos cristianos, además, reconocen el papel de la Virgen María, madre de todos los hombres, como colaboradora especial en el proyecto de Dios de hacer de la humanidad una sola familia.

El Papa Francisco exhorta a los cristianos a volver a nuestras fuentes para concentrarnos en lo esencial, es decir, en la adoración a Dios y en el amor al prójimo. A este respecto añadirá que «el culto a Dios sincero y humilde “no lleva a la discriminación, al odio y la violencia,

sino al respeto de la sacralidad de la vida, al respeto de la dignidad y la libertad de los demás, y al compromiso amoroso por todos"».

La encíclica se cierra con una oración al Dios creador, y con otra oración ecuménica dirigida a la Trinidad.

Esta encíclica nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre la vocación universal a la que Dios nos llama a todos, de vivir a fondo la fraternidad, de reconocer en todo ser humano a un hermano, de comprometernos con él en la medida de nuestras posibilidades, de respetarlo por su carácter único y, sobre todo, por ser imagen de Dios.

Que el Señor que nace,
contagie todo nuestro mundo
de amor y ternura.

Feliz Navidad

ESTUDIOS

ALGUNOS EFECTOS DE LA UNIÓN DEL ALMA CON DIOS SEGÚN SAN JUAN DE LA CRUZ[1]

La transformación del alma en Dios pertenece a la unión con Dios más elevada que el hombre puede tener en esta vida.

Estos efectos son los siguientes: perfecta purificación de las potencias: memoria, entendimiento y voluntad, semejanza con Dios, adhesión a Dios, sobrenaturalización, confirmación en gracia, ejercicio perfecto de las virtudes, sentimiento de Dios, toques de amor, paz y quietud del alma.

Estos son algunos efectos de esta unión y transformación, aunque no todos. Quiero fijarme en este artículo en alguno de ellos.

El ejercicio de todas las virtudes en grado eminente es como una segunda naturaleza en el místico, de manera que esta naturaleza o forma de ser le lleva a obrar perfectamente, tiene como el instinto de la perfección.

[1] CB: *Cántico espiritual*, segunda redacción. S: *Subida al Monte Carmelo*. N: *Noche oscura*.

Los toques de Dios le llevan al místico a tener un finísimo instinto de perfección en toda su vida y actividad. Las potencias del alma mística, sus pasiones y apetitos se inclinan a obrar en Dios y por Dios de forma habitual.

Así lo dice en el *Cántico espiritual*:

> *Mi alma se ha empleado.*
>
> El decir que al alma suya se ha empleado, da a entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella *unión de amor*, donde quedó ya su alma con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y emancipada *al servicio de él*, empleando el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio para hacerlas, y su voluntad en amar todo lo que a Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad a Dios y la memoria y el cuidado de lo que es su servicio y *lo que más le ha de agradar.* Y dice más (CB 28):
>
> *Ni tengo ya otro oficio.*
>
> Muchos oficios suele tener el alma no provechosos antes que lleguen a hacer esta donación y entrega de sí y de su caudal al Amado; porque todos los hábitos de imperfecciones tenían, tantos oficios podemos decir que tenía. Los cuales hábitos pueden ser como propiedad y oficio que tiene de hablar cosas inútiles, y pensarlas y obrarlas también, no usando de esto conforme a la perfección del alma... Más aquí *ya todas sus palabras y sus pensamientos y obras son de Dios y enderezados a Dios* (CB 28).

Aunque muchas veces sobreviene una gran oscuridad, no cae en la desesperación, sino que permanece

firme en hacer la voluntad de Dios, tendiendo hacia Dios con gran vehemencia.

> El alma está totalmente desprendida de las cosas del mundo; posee grandes virtudes; hasta en sus operaciones prescinde de las especies limitadas y es movida por Dios, se puede concluir que está adherida, inclinada y pendiente de Dios en todas las cosas.

Así dice el *Cántico espiritual:*

> El cuerpo ya le trata según Dios, los sentidos interiores y exteriores, enderezando a él las operaciones de ellos, y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también a Dios, porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme, sino a Dios, ni se duele sino según Dios, y también sus apetitos y cuidados van solo a Dios (CB 28,4).

Otro efecto es la *sobrenaturalización* como estado carente de modos. El santo carmelita tiene expresiones muy claras sobre este efecto:

> Aquella transformación en Dios (en el cual no cae forma ni figura imaginaria) la deja limpia y pura y vacía de todas formas y figuras que antes tenía, purgada e ilustrada con sencilla contemplación (S 3.2.4).

Y repite esta idea:

> Las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarias, y cualquier otra aprehensión que tenga forma y figura, todo lo pierde e ignora en aquel absorbimiento de amor (*Ibidem*).

La memoria de esta transformación «se queda sin forma y sin figura, perdida la imaginación y embebida la memoria en un sumo bien, en grande olvido, sin acuerdo de nada» (S 3.2.4).

Esta idea la vuelve a repetir cuando dice que esta transformación hace que el alma pierda sus memorables particulares, «porque aquella divina unión la vacía la fantasía y barre todas las formas y noticias, y la sube a lo sobrenatural» (S 3.2.5).

A este propósito nos dice el P. Eulogio de San Juan de la Cruz:

> La primera gran idea, en este sentido de sobrenaturalización, es que el alma en la transformación tiene un modo de obrar, que no está basado, como se basa el modo natural, en modos limitados, formas, figuras, fantasmas, ideas concretas. La sobrenaturalización del alma del Doctor Místico viene ser un estado en que el alma se queda sin modos, maneras, formas particulares, determinaciones a cosas particulares de sus potencias, y vive en una especie de aprensión universal, que la mueve en todas sus actividades[2].

No perderá lo adquirido a través del estudio; pero pierde el asimiento de la memoria a las cosas y la razón fundamental es que la transformación en Dios supone una simplicidad y una vacuidad en el alma de todas las formas a las que había estado ligada hasta entonces. Por eso, en el *Cántico espiritual* dice:

[2] EULOGIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, *La transformación total del alma en Dios*, Madrid 1963, p. 222.

> Pero las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarios y cualquier otra aprehensión que tenga forma y figura, todo lo pierde e ignora en aquel absorbimiento de amor. Y esto, por dos causas: la primera, porque, como actualmente queda absorta y embebida el alma en aquella bebida de amor, no puede estar en otra cosa actualmente y no advertir a ella; la segunda y principal porque aquella transformación en Dios de tal manera la conforma con la sencillez y pureza de Dios, en la cual no cae forma ni figura imaginaria, que la deja limpia y pura y vacía de todas las formas y figuras que antes tenía, purgada e ilustrada con sencilla contemplación; así como hace el sol en la vidriera, que, infundiéndose en ella, la hace clara y se pierden de vista todas las máculas y motas que antes en ella parecían, pero, vuelto a quitar el sol, luego vuelven a parecer en ella las nieblas y máculas de antes (CB 26,17).

El alma en este estado se asemeja a Dios porque, vacía de todas sus formas particulares, viene a tener una especie de forma universal que la mueve en todas sus acciones. Esta forma universal es el mismo Dios aprehendido oscuramente por el alma. Se quedan en este estado de transformación con una forma universal que es «una noticia general oscura y amorosa». Esta noticia la diviniza y la mueve en todas sus operaciones y se asemeja al modo de obrar de Dios, que es sin formas particulares.

Otro de los efectos de la transformación es la *estabilidad en el bien y la confirmación en gracia.*

Afirma claramente el santo carmelita que el alma en el estado de transformación tiene una «perfecta conversión al bien». Las imperfecciones le han desaparecido a lo largo de su vida espiritual por medio de la contemplación y sus diversas purificaciones.

> Esta *Noche oscura* es una influencia de Dios en el alma que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo. Esta contemplación infusa, por cuanto es sabiduría de Dios amorosa, hace dos principales efectos en el alma, porque la dispone *purgándola e iluminándola* para la unión de amor de Dios; de donde la misma sabiduría (amorosa) que purga los espíritus bienaventurados, ilustrándolos, es la que aquí purga al alma y la ilumina (N 2.5.1).

La estabilidad del alma en el bien hace que tenga un constante ejercicio de amor, que le hace estar pendiente constantemente de Dios. En este estado, el alma posee una gran fortaleza, paz y suavidad. Esta paz y suavidad no es necesaria que se haga sensible, ya que puede tomar una forma sobria y quedar en lo íntimo del alma. Posee las virtudes en grado heroico. Así dice el Santo:

> Nuestro lecho florido.
>
> Ya habemos dicho que este lecho del alma es el Esposo Hijo de Dios —el cual está florido para el alma—, porque estando ella ya unida y recostada en él hecha esposa, se le comunica el pecho y amor del Amado, lo

> cual es comunicársele la sabiduría y secretos y gracias y virtudes y dones de Dios; con los cuales está ella tan hermoseada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores divinas, que con su toque la deleitan y con su olor la recrean. Por lo cual llama ella muy propiamente a esta junta de amor con Dios *lecho florido*, porque así le llama la esposa hablando con el Esposo en los Cantares, diciendo: *Lectulus noster floridus*, esto es: Nuestro lecho florido (1,15). Y llámale *nuestro*, porque unas mismas virtudes y un mismo amor (conviene a saber, del Amado) son ya de entrambos, y un mismo deleite el de entrambos, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es a saber: *Mis deleites son con los hijos de los hombres* (8,31). Llámale también *florido*, porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y heroicas, lo cual aún no había podido ser hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios (CB 24,3).

San Juan de la Cruz al hablar del último grado de la transformación que es el matrimonio espiritual, dice expresamente que el alma es confirmada en gracia, donde se confirma la fidelidad por parte de Dios y por parte del hombre.

A este propósito, dice el Santo:

> Y yo le di de hecho a mí, sin dejar cosa.
>
> En aquella bebida de Dios suave, en que (como habemos dicho) se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma a Dios toda, queriendo ser toda suya y no tener cosa en sí ajena de Él para siempre, causando Dios en ella (en)

> la dicha unión la pureza y perfección que para esto es menester; que, por cuanto Él la transforma en sí, hácela toda suya y evacúa en ella todo lo que tenía ajeno de Dios. De aquí es que no solamente según la voluntad, sino también según la obra, quede ella de hecho sin dejar cosa toda dada a Dios, así como Dios se ha dado libremente a ella; de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades, entregadas y satisfechas entre sí, de manera que en nada haya de faltar ya la una a la otra, con fe y firmeza de desposorio (CB 27,5).

Se confirma la fe por ambas partes, de manera que el alma no quiere ofender a Dios, y Dios tampoco lo permite. De esta manera jamás el alma ofende a Dios, al menos en pecados graves.

Sobre este tema nos dice el dominico P. A. Royo Marín:

> Se trata de una asistencia especial de Dios, que sin volver al alma impecable, impedirá de hecho, que peque mortalmente. Esta asistencia especial se refiere únicamente al pecado mortal, no a los pecados veniales, ni mucho menos a las imperfecciones, que requerirán un privilegio especialísimo, que solo consta haberlo recibido la Santísima Virgen María[3].

Sobre la confirmación en gracia, nos dice un teólogo carmelita:

> El hombre es confirmado en gracia, es decir, conserva en fidelidad inquebrantable su orientación a Dios. Este

[3] A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana,* Madrid 1953, p. 777.

> favor comporta una reforma interna para todas las zonas del psiquismo donde existe actividad moral y es susceptible de responsabilidad. La colaboración de todas las fuerzas, superiores e inferiores, del hombre da al amor entereza y profundidad que no ha tenido hasta ahora[4].

La unión con Cristo ha llevado al alma a la transformación en Dios y ha divinizado las raíces de su psiquismo, que se traduce en una moral intachable, movida siempre al alma por el amor sublime a Dios y a los hombres.

En este estado de unión es indecible lo que Dios comunica al alma, porque lo que se comunica es el mismo Dios. Esta unión tiene lugar en lo más íntimo y profundo del alma donde ama y goza de Dios con todas sus fuerzas.

La gracia que poseen estas almas es tan grande que no puede conocerse al exterior, ni ellas mismas lo saben, ni lo desean saber. Todos los movimientos de su alma van dirigidos hacia Dios. Nos dice un teólogo:

> La paz e inefable felicidad que disfrutan esas almas es consecuencia natural de su estado de alta unión con Dios, paz que se acentúa más a casi ausencia de agitaciones y turbaciones, porque como reina una gran armonía entre la parte superior y la inferior del

[4] F. Ruiz Salvador, *Introducción a San Juan de la Cruz,* Madrid 1968, p. 640.

alma, las potencias e imaginación no tienen sus primeros movimientos hacia el mal, sino más bien hacia Dios[5].

CONCLUSIÓN

La transformación del alma en Dios es obra de la contemplación y sus diversas purificaciones. Esta contemplación es una mirada de fe simplificada, ya que las operaciones naturales que la complican están sosegadas por la acción de Dios.

Esta mirada simple, que vacía al alma (memoria) de sus recuerdos particulares no es algo luminoso o sabroso, sino que es un contacto eficaz. Este contacto (unión) es transformante, porque Dios es fuego. No puedo meter la mano en el fuego sin quemarme.

Este contacto de fe prolongado, aunque sea insensible y no se note casi nada aparentemente, produce una vida divina en el alma cada vez más abundante. Hay una transformación que se realiza.

La contemplación transforma al hombre en contacto con la fe viva. El contemplativo no va a la oración buscando luces ni una impresión de fortaleza, sino para ponerse bajo la acción de Dios y para transformarse en Él.

[5] J. A. LAMA ARENAL, *Teología mística,* Santander 1940, pp. 180-181.

Estos cuatro efectos de la transformación en Dios que he querido destacar no son todos; otros son la semejanza de amor con Dios; heridas, llagas, toques, una intensa vida apostólica, etc.

Espero que este pequeño artículo nos ayude a comprender mejor el tesoro más grande que el hombre puede tener en este mundo, que es la transformación en Dios.

Un texto del Beato Enrique Susón, sacado de una carta dirigida a Elsbeth Stagel, puede resumir lo que es la transformación en Dios, dice:

> Quien ama a Dios de corazón debe conservar siempre vivas en su corazón algunas imágenes buenas o algunas máximas para encender con ellas su corazón en amor de Dios, pues la suprema perfección de nuestra vida consiste en esto: tener a Dios continuamente en la memoria, suspirar por Él en nuestro corazón, llevarlo siempre en los labios, grabar sus palabras en lo más profundo de nuestra alma, hacer o dejar todas las cosas por su causa, y no dirigir nuestra mirada y nuestra atención a nadie sino a Él solo.

Saturnino Plaza Aguilar
Madrid (España)

El imperativo ecológico

Quiero comenzar con una anécdota que muy bien pudiera servir de preludio a lo que el Papa enseña en su magnífica encíclica *«Laudato si'».* Cuentan que una mujer mayor volvió a su pueblo para morir, pero al verlo tan desolado, hecho un erial, sin un árbol, decidió comprar semillas de flores. Siempre que montaba en el autobús iba arrojando semillas por la ventana. La gente pensó que chocheaba o que era una manía de vieja. Al comienzo de la primavera llovió bastante y, aunque muchas semillas habían sido aplastadas por los coches o comidas por los pájaros, nació toda una hilera de flores por la calle. La gente quedó admirada y todos exclamaban: ¡qué bonito! La mujer no pudo verlo, había muerto en invierno. De su pequeño gesto surgió la idea de poner flores y geranios en las ventanas de las casas y de plantar árboles en las calles. El resultado fue un pueblo más acogedor y grato para todos. Y es que «una ecología integral está hecha también de pequeños gestos cotidianos» (LS 230).

Cuando el papa Francisco va indicando, en su encíclica, los lugares, actitudes y situaciones especialmente necesitados de misericordia en nuestro mundo, hace un detenido análisis sobre los cambios y el deterioro que el hombre va provocando en la sociedad, en

la naturaleza y en el ambiente, y termina con esta sugestiva novedad: «La misericordia debe abarcar hoy el cuidado de la tierra, la casa común de la humanidad; de tal manera que dicho cuidado se incluya entre las obras de misericordia tradicionales».

Entre los retos que menciona el Papa merecen destacarse por su especial relieve estos dos: la restauración de la creación en cuanto a la naturaleza o el medio ambiente y la restauración de la creación en cuanto a la dignidad de las personas y el respeto a la idiosincrasia de cada país. Dos retos que, a primera vista, resultan arduos y complicados, ya que tanto la debilidad humana, arrastrada por la avaricia o el egoísmo, como la mentalidad económica que mueve hoy nuestro mundo forman una impetuosa corriente que amenaza con llevarse por delante todos los esfuerzos y buenos propósitos.

Es cierto que, desde que «Greenpeace» comenzó sus avatares dando a conocer las tropelías que por todas partes se cometían contra la naturaleza y los océanos, la mentalidad de nuestro mundo ha ido cambiando y hoy somos más conscientes de la necesidad de conservar «la casa común de la humanidad», tanto en bien propio como en el de las generaciones futuras. Los esfuerzos políticos por preservar el medio ambiente se van haciendo presentes poco a poco, 'al ralentí', y el Papa anima a todos los hombres a aportar su granito de arena, concienciándose y proclamando los beneficios que el cuidado de la naturaleza conlleva para la vida humana, y a denunciar los atropellos que se cometen

contra la misma; y, por otra, para que no cesen de impulsar y exigir las medidas políticas necesarias para detener el deterioro ecológico. La ruidosa y multitudinaria manifestación contra el cambio climático, que ha tenido lugar estos días en varios países de Europa, es un paso adelante, aunque harán falta todavía otros muchos para que los políticos y las élites sociales oigan el eco de la calle y se pongan a trabajar en serio.

«Pero no hay ecología sin una adecuada antropología» (LS 118). La mentalidad y las actitudes que el hombre mantenga con la gente se reflejarán después en su quehacer con respecto al medio ambiente y demás criaturas de la tierra. Quien se guíe por el lema del «máximo provecho» o por «disfrutar a tope» dejará tras de sí múltiples heridas; mientras que aquellos que cultiven actitudes de respeto y acogida podrán dejar un recuerdo de bien y de bonhomía, aunque no hayan conseguido hacerse millonarios.

Un largo camino de esfuerzos espera a esta adecuada antropología. La «revolución francesa» nos legó este hermoso lema: «Libertad, igualdad y fraternidad»; aunque entre ideal y su realización, como ocurre casi siempre, se interpusieran las resistencias y debilidades humanas. La misma Declaración Universal de los Derechos Humanos, promulgada por la ONU en 1948, es magnífica sobre el papel, aunque más bien pareciera un *desideratum* de futuro que una realidad a plasmar a corto plazo. Sus proclamas, después de tantos años, siguen chirriando ante la hiriente realidad del presente: baste recordar que una tercera parte de la humanidad

se halla marginada y pasa hambre, que millones de personas se ven forzadas a emigrar de su país de origen, que más de cinco mil personas murieron en el Mediterráneo solo durante el año 2016 o que muchas mujeres son asesinadas por sus parejas. Símbolos de una globalización del sufrimiento que vienen a cuestionar todas nuestras buenas proclamas.

La historia nos muestra cómo los imperios alcanzaron a erigirse y cómo imperialismos y colonialismos fueron dejando tras de sí una triste historia para muchas naciones y sus habitantes: pueblos más pobres, desestructurados y dependientes. Si la historia de muchos países de África resulta escalofriante, no tan lejos se halla la de otras muchas naciones, como puede verse en *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano.

Las estructuras económicas constituyen hoy el engranaje que mueve nuestro mundo y, aunque a mucha gente le parezcan bien, no dejan de realizar la misma función que los imperialismos y colonialismos de otro tiempo; pero no ya solo con relación a los países periféricos o atrasados, también dentro de la misma nación. Es la «iniquidad» de la que habla el Papa, que hace que los ricos sean cada día más ricos y los pobres cada vez más pobres: el 1% de la población mundial posee tanta riqueza como el 99% restante. Ya no queda ningún Robin Hood que robe a los ricos para dárselo a los pobres, ahora son las estructuras económicas las encargadas de «robar legalmente» a los pobres para dárselo a los

ricos. No es de extrañar que hayan sido consideradas «estructuras de pecado».

De ahí que el reto por restaurar la creación, en cuanto a la dignidad personal y el respeto a la idiosincrasia de los otros país, pareciera un sueño irrealizable actualmente, ya que el centro de significados para la vida colectiva está monopolizado por la economía y esa es la atmósfera que todos respiramos. Algo que interpone como un muro inexpugnable. Además, los valores humanos ya no ocupan la primacía en la cultura actual y han sido como desterrados del vivir y discurrir diario de la gente. Lo que prima hoy son los bienes económicos, tecnológicos, las comunicaciones y hasta las *fake-news*. Con ello se corre el grave peligro de confundir o reducir lo valioso a lo meramente útil.

A pesar de todo, los cristianos no debieran seguir mirando este engranaje como si fuera una cosa extraña a la que hay que someterse para poder seguir viviendo, ni convertirse en sus colaboradores activos o inconscientes, pues sería alejarse de los relatos bíblicos de la creación y de los valores cristianos. Tampoco debieran conformarse con ciertas acciones de solidaridad, ni con la solución de algunos flagrantes problemas de justicia, pues, aunque esas acciones sean importantes y deban seguir existiendo, cualquiera puede darse cuenta de que son insuficientes y «provisorias para resolver urgencias». Decíamos en otro momento que «la caridad necesita hoy mediaciones sociopolíticas, y que solo en el dinamismo de la organización social el amor logra efica-

cia» (J. Espeja). De ahí que solo una implicación sociopolítica mancomunada podrá arreglar parte de los sufrimientos y desgracias humanas, así como muchas de las catástrofes ecológicas; y en eso sí que los cristianos están llamados a comprometerse y ser la conciencia que alerta, ayuda e impulsa la responsabilidad y la acción social y política. El compromiso cristiano por la ecología exigirá también la crítica a los mitos modernos que emanan de la economía capitalista, como el progreso indefinido, el consumismo, la supremacía del mercado o la competencia.

La preocupación por la «humanidad» y el cuidado de la «tierra» o por restaurar los aspectos antropológicos y ecológicos de la creación se ha convertido en un imperativo para todo hombre de buena voluntad, ya que son el camino para llegar a un humanismo más acorde con el espíritu de las Bienaventuranzas y para ayudar a descubrir el misterio que late o que presentimos al encontrarnos en plena naturaleza.

Fray Gaspar Ortega, O.P.
La Virgen del Camino (León – España)

La Belleza de la Misión

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sion: 'Tu Dios reina!'»

[Isaías 52, 7]

Queremos destacar la indómita y, a la par, suave belleza que entraña aquella Misión, que Cristo puso en manos de la Iglesia.

No es frecuente enfocar desde esta perspectiva la actividad misionera de la Iglesia. Pensamos más en dicha actividad como una obligación a cumplir y no tanto como una obra de belleza a realizar.

Desde esta perspectiva, hermosos son en verdad los pies de Cristo, el misionero del Padre, que descendió de los montes de la divinidad para dejar sus huellas santas sobre el valle de la humanidad.

Hermosos son también los pies de los misioneros de la Iglesia, que proponen al ser humano horizontes de superación para alcanzar la belleza de su misma condición humana.

La belleza de la misión que tiene encomendada la Iglesia y, en su seno, los misioneros puede ser contemplada desde diversas perspectivas. Bella es la misión porque bella es la sementera, la justicia, el dolor, la vida, el cuidado, la entrega, la cosecha, la alegría, el esfuerzo, el encuentro, la esperanza, la luz.

La belleza de la sementera

Curiosa ingenuidad la de nuestro mundo, que aspira a ganar sin invertir, a triunfar sin trabajar, a cosechar sin sembrar.

La incoherencia se ha asentado en el corazón de nuestra cultura, provocando incómodos desengaños y frustraciones.

En medio de tanta desidia estéril, los creyentes tienen la misión de animar a trabajar, superando las ensoñaciones inútiles.

La belleza de la justicia

La proliferación de Lázaros, viviendo a las puertas de las mansiones de unos cuantos Epulones, afea la sociedad humana.

Dudoso futuro el que aguarda al mundo, si no se permite a la razón y al corazón invertir dosis de orden en la situación.

En los no pocos desajustes sociales, lejanos y cercanos, tienen los creyentes la misión de promover la pacífica convivencia.

La belleza del dolor

Así somos: huimos del dolor propio, evitamos encarar el ajeno; cualquier roce con las púas del sufrimiento nos escuece.

El sufrimiento abre el cofre de lo peor y de lo mejor que se atesora celosamente en el interior de las personas.

En los cactus existenciales, propios y ajenos, tienen los creyentes la misión de hacer florecer milagros de belleza.

La belleza de la vida

Amenazado constantemente por la muerte de mil rostros, anhela el hombre protegerse en seguros remansos de vida.

Llamado a la vida, lucha el hombre por romper la crisálida, dejar de ser oruga y desplegar todas sus potencialidades.

En los desiertos del mundo tienen los creyentes la misión de invitar al ser humano nómada a descansar en el oasis de Dios.

La belleza del cuidado

Aunque celosamente autónomo, el ser humano agradece que alguien se preocupe de su existencia y le ofrezca orientación.

Sin embargo, el individualismo imperante le lleva a no cuidar de los otros, a no dejarse pastorear por los otros.

En el anonimato de la gran ciudad tienen los creyentes la misión de presentar a Jesús, el buen Pastor de las almas.

La belleza de la entrega

Ante quien yace caído en la cuneta de la vida dos son las posturas que caben: implicarse complicándose o pasar de largo.

Desconcertante sociedad la nuestra que se apasiona con causas menores y deja a la intemperie la gran causa del hombre.

En medio del desconcierto social reinante tienen los creyentes la misión de atender a todo hombre y a todo el hombre.

La belleza de la cosecha

Acierta quien, viendo la mies lista para ser cosechada, intuye el cúmulo de trabajo invertido con su necesaria dosis de sudor.

Curioso tiempo el nuestro que sueña poder cantar al recoger la cosecha, pero que no está dispuesto a llorar para sembrar.

En la extensa labranza del mundo tienen los creyentes la misión de trabajar y de agradecer a Dios el fruto de su labor.

La belleza de la alegría

Sembramos bienestar y cosechamos tedio; plantamos confort y recogemos hastío: ¿Será una quimera ser felices?

Por debajo de la corteza de las risotadas y las payasadas sufre el ser humano por refrescarse con un vaso de verdadera alegría.

Bajo las carpas de tanto circo cutre tienen los creyentes la misión de proponer a los hombres el gozo que mana de Dios.

La belleza del esfuerzo

Todo nuevo comienzo se alza ante nosotros como un reto, preñado de vértigo y fascinación, despertándonos del letargo.

La cima nos estimula a limpiarnos de toxicidades y a esforzarnos en sacar de nosotros lo mejor a fin de llegar a la meta.

En la cómoda superficialidad del valle tienen los creyentes la misión de proponer a los hombres exigentes cumbres de sentido.

La belleza del encuentro

Gracias a los puentes, las riberas de los ríos, contemplándose siempre de lejos, se gozan de poderse estrechar las manos.

Preciosa ingeniería la de construir puentes, que no pocas veces se ven destruidos por las bombas de los desencuentros.

En el caudaloso río de la diversidad cultural tienen los creyentes la misión de acercar la orilla de Dios a la de la humanidad.

La belleza de la esperanza

Los que nos decimos vivos, al tapar a nuestros muertos con tierra o con losas, levantamos muros de desesperanza.

Y, sin embargo, ellos y nosotros llevamos dentro semillas de inmortalidad, que pujan por brotar en las paredes del muro.

En los cementerios de vivos o de muertos tienen los creyentes la misión de regar esperanza para que broten flores de eternidad.

La belleza de la luz

En las largas y frías noches del invierno el brillo de cualquier luz en medio de la oscuridad anima el corazón del caminante.

Anda inmerso el ser humano en toda clase de inviernos, fríos y oscuros, suspirando sentir la caricia de una luz amable.

En la feria del mundo, llena de luces artificiales, los creyentes tienen la misión de proponer la anhelada luz de Dios.

P. Lino Herrero CMM
Misionero de Mariannhill
Madrid (España)

LITURGIA

«Psalterium meum, gaudium meum».

Los Salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (IV)

El viaje empieza...

Ha llegado el momento, querido «pasajero», de que abras el *Libro de los Salmos* y que partas para este viaje. Quizás la primera impresión es la de perderse en medio de una colección que no podemos abarcar, en medio de géneros muy diferentes entre sí y de un lenguaje poco familiar. ¡Y así es! El primer paso de esta peregrinación espiritual que nos permite emprender el camino es recordar que «aunque pase por valles oscuros, ningún mal temeré, porque tú [el Señor] vas conmigo» (Sal 23,4).

Hay muchas oraciones en la Biblia, pero el libro de los Salmos –aunque con muchos años de distancia de nosotros– es ciertamente un libro privilegiado. También el Nuevo Testamento pone en labios de Jesús algunas

oraciones, como la llamada oración sacerdotal pronunciada en el contexto de la Última Cena (Jn 17), o la conocida oración de acción de gracias recogida por los evangelistas Mateo y Lucas, o mismamente la sublime oración del *Padrenuestro* que el mismo Señor enseñó a sus discípulos. Como afirmaba Tertuliano, el *Padrenuestro* es la «síntesis del Evangelio» y el resumen del libro de los Salmos. Pero a su vez, podría decirse que no se puede recitar bien el *Padrenuestro* sin pasar por el camino de los Salmos. Sin ellos no seríamos capaces de captar toda la profundidad de las peticiones del *Padrenuestro*. San Gregorio Magno afirmaba que «a través de los Salmos se abre un camino hacia Dios».

¡Que el viaje comience!

La «puerta de entrada» al *Salterio*: dos caminos, dos destinos

El Salmo 1

1 ¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta,

2 mas se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche!

3 Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto, y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien.

4 ¡No así los impíos, no así! Que ellos son como paja que se lleva el viento.

> [5] *Por eso, no resistirán en el Juicio los impíos, ni los pecadores en la comunidad de los justos.*
>
> [6] *Porque Yahveh conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos se pierde.*

1. Características generales[1]

Según R. Guardini, «el Salmo 1 representa el portal a través del cual se entra en el rico mundo de estos poemas»[2]. Normalmente, cuando meditamos los Salmos buscamos consuelo, o un ejemplo de cómo rezar. ¡Eso está muy bien! Sin embargo, los Salmos también son poesía. Lo que significa que las imágenes evocadas por ellos pueden mostrar una nueva dimensión de la verdad, que el salmista –inspirado por el Espíritu Santo– quiere transmitir.

La primera palabra del Salmo 1 comienza con la primera letra del alfabeto hebreo, *alef*, y termina con la última, *tau*, sintetizando así en sí mismo todo el arco de las palabras, es decir, de la vida. Este Salmo ha sido conocido más por su posición como prólogo programático y «prefacio dentro del salterio»[3], que por su actual valor poético e ideológico, que es, en definitiva, bastante modesto.

---

[1] Entre los comentarios utilizados, destaca especialmente el de Gianfranco RAVASI, *Il libro dei Salmi*, I, Bologna 1981.

[2] Romano GUARDINI, *Sapienza dei Salmi*, Morcelliana, Brescia 1976, p. 19: «Il Sal 1 rappresenta il portale d'ingresso attraverso il quale si entra nel ricco mondo di questi poemetti».

[3] Leopold SABOURIN, *The Psalms, their origins and meaning*, New York 1974, p. 371.

a) El simbolismo de *los dos caminos*

Este Salmo tiene una esquematización simplificadora, típica de una síntesis programática. De hecho, uno no puede dejar de compartir la impresión de Paul Auvray[4], que llamó al Salmo 1 «tarea honesta de un alumno», una página diligente y convencional, explicada en dos programas de vida, en dos imágenes antitéticas, en dos juicios morales, en dos destinos diferentes. El díptico resultante es bastante armónico: se apoya en una rica constelación de símbolos, entre los cuales domina en primer lugar el espacial de *los dos caminos*, que, aunque formalizado solo en los versículos 1 y 6, ocupa el fondo del Salmo y maneja otros paradigmas simbólicos.

Dos caminos se abren ante el hombre, y puede elegir libremente caminar por uno u por otro. Esta tipología también es típica de la teología deuteronómica: «Mira, yo pongo hoy delante de ti vida y felicidad, muerte y desgracia. [...] Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante la vida o la muerte, la bendición o la maldición. Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia» (Dt 30,15.19). Y la decisión fundamental para la vida es esta: «Si escuchas los mandamientos de Yahveh tu Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yahveh tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás; Yahveh tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión» (Dt

[4] P. Auvray, «Le Psaume 1. Notes de grammaire et d'exégèse», *Revue Biblique* 53 (1946) 365-371.

30,16), tal como sugiere nuestro Salmo, que coloca la ley en el centro del camino del bien (v. 2).

El mismo Cristo usa la metáfora en el «discurso de la montaña»: «Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella» (Mt 7,13; cf. Jn 14,6). En los Hechos de los Apóstoles, «el Camino» por excelencia es el del Evangelio, al que todos los hombres están invitados[5], mientras que el contraste entre los «dos caminos» ocupa la primera parte de la *Didaché* y es retomado por la carta de Bernabé (18,1-2).

b) El símbolo *del árbol*

Junto a la imagen simbólica de los *dos caminos* hay que situar, por importancia, la del *árbol frondoso*, especialmente relevante en un pasaje del profeta Jeremías (17,7-8; cf. Ez 47,12), considerado como el arquetipo de nuestro texto: «Bendito sea aquel que fía en Yahveh, pues no defraudará Yahveh su confianza. Es como árbol plantado a las orillas del agua, que a la orilla de la corriente echa sus raíces. No temerá cuando viene el calor, y estará su follaje frondoso; en año de sequía no se inquieta ni se retrae de dar fruto».

El árbol vivo y verde está en el centro de la primera página de la oración bíblica: el «árbol de la vida» se encuentra en el pasaje bíblico de la creación (Gn 2,9); el «árbol de la vida» domina el paraíso del destino hacia el

[5] Cf. Hch 9,2; 10,2.22; 13,16.26; 16,17; 18,25-26; 19,9; 22,4; 24,22.

que se orienta la historia, es decir, la última página de la Escritura (Ap 2,7).

El Salterio comienza con un Salmo que presenta la dicha de aquellos que se mantienen firmes en la meditación de la ley y la ponen en práctica. Anclado en la observancia de la Palabra de Dios, el verdadero creyente no se pierde en la escucha del consejo de los malvados, porque la Palabra es luz en sus pasos. Medita en la ley día y noche para afrontar con rectitud los diversos acontecimientos de la vida. La meditación de la Palabra lo hace fructífero, protegido del calor y de los vientos tormentosos de las pruebas. Los impíos, que son los que se interponen en el camino de la Palabra por su suficiencia, no tendrán argumento ante el juicio de Dios, y los culpables que se pierden acabarán en la tumba de la historia. Por mucho que quieran arraigarse en la asamblea de los justos para engañar a los inexpertos en la Palabra, también irán a la ruina ante el juicio de Dios, porque Dios no puede ser engañado.

El símbolo del árbol está profundamente conectado al del agua. El agua viva es símbolo de Dios que, como afirma el profeta Ezequiel, brota del templo (cf. Ez 47). El Sal 92 presenta al justo como la palmera y el cedro «plantados en la casa de Yahveh» (Sal 92,13-14). Por su parte el Salmo 1 afirma que el justo es «como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto, y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien». En este contexto, el árbol es –

como escribe A. Chouraqui en su libro sobre los Salmos– «el símbolo del justo, pero de la toráh también»[6]. El justo es como un árbol frondoso que participa a la misma vida de Dios. La Toráh se convierte así en la savia que alimenta al justo que, inmerso en esta corriente de vida, «aun en la viejez dará fruto, estará lozano y frondoso» (Sal 92,15).

También el mismo Cristo comparó el reino de los cielos con una semilla de mostaza que se convierte en un gran arbusto (Mt 13,31-32), y a los justos e injustos con dos árboles con sus frutos buenos o venenosos respectivamente (Mt 7,15-20), así como la comunión con él con la vid y el sarmiento (Jn 15,1-8). Por su parte, san Pablo había descrito a Israel y a la Iglesia como un olivo y su injerto (Rm 11,16-24), invitando a los cristianos a estar «enraizados y cimentados» en Cristo (Col 2,7; Ef 3,17) y dar el «fruto del Espíritu» (Gal 5,22).

2. El Salmo 1 en la vida de la Iglesia

En la vida y la reflexión de la Iglesia, el Salmo 1 ha despertado un profundo eco. El árbol plantado cerca de un arroyo, del que nos habla este Salmo, se interpreta como el árbol de la vida del que brotan las aguas bautismales. «Lo hice mi soberano en Sion, mi montaña santa» o, según otra traducción: «Fui consagrado en Sion, la montaña santa» (Sal 2,6), se entiende desde la cima de la cruz. Allí se duerme para despertar: «Me acuesto y me duermo, me despierto porque el Señor me

[6] Gianfranco RAVASI, *Il libro dei Salmi*, I, pp. 76-77.

sostiene» (Sal 3,6). La Iglesia reza este salmo en el Oficio de lectura del domingo de la primera semana. Cristo, el árbol de la vida, aparece también en la primera antífona del segundo domingo de Pascua en el Oficio de lectura: «Yo soy el que soy, y no sigo el consejo de los impíos, sino que mi gozo es la ley del Señor».

3. Para la meditación...

Meditar la ley día y noche es meditar lo que Cristo es, hizo y dijo; es un deseo de vivir con Cristo, siguiendo sus pasos o imitándole. En Él hay toda la luz y el tesoro de la sabiduría para descubrir cómo agradar al Padre y cómo estar abierto en la caridad con nuestros hermanos y hermanas. Meditar día y noche en la ley no es el trabajo de un jurista, sino el trabajo de amor que tiene lugar en la comunión con Cristo.

El lugar elegido para esta primera etapa del viaje está «en la orilla de este río» que sale del templo: la ley de Dios sale del templo (cf. Ez 47). Hay una ley, una palabra de sabiduría. Es un Salmo que da paz, una invitación a la perseverancia. Por lo tanto, te invito, estimado lector, a tu meditación personal sobre este Salmo 1, relacionándolo con otros dos textos ya mencionados: Jr 17,7-8 y Ez 47,1-12.

Fray Daniele di Filippo, O Carm.
Salamanca (España)

TESTIGOS

El Padre Salvador Herrera Fons, S.D.B., Ejemplo de vida cristiana

Biografía

Salvador Herrera Fons (Valencia 1897 – Guanabacoa 1957) fue un ilustre sacerdote salesiano y un compositor cuyo talento musical fue por todos reconocido, cuyas obras son de una inspiración exquisita y de gran valor musical.

Conjugó en su arte el cálido sentir de las dos patrias donde pasó su vida: España y Cuba.

Durante su infancia, Salvador Herrera Fons fue escolarizado en las Escuelas Salesianas de la calle Sagunto, donde conoció personalmente al Venerable don Miguel Rúa (primer sucesor de san Juan Bosco) con motivo de la última visita que este realizó a las casas salesianas de España. Allí comenzó su formación en las letras y en el arte, y allí se manifestaron las primeras señales de su vocación salesiana. Fue enviado a Campello (Alicante), para el estudio del latín y otras materias.

Terminados estos estudios, presentó su solicitud de ingreso en la Sociedad Salesiana, donde fue admitido al noviciado en 1912. Transcurrido este con provecho, hizo su profesión religiosa en 1913 y fue enviado de nuevo a Campello para el estudio de la filosofía. En este mismo periodo comenzó sus estudios de *Armonía y Composición* y comenzó a cultivar la música y la poesía.

Terminados los estudios de filosofía, fue destinado a la casa de Ciudadela (Menorca) como maestro de escuela y de canto. En 1917 fue trasladado a las escuelas de San José de Barcelona, donde se perfeccionó en música y publicó sus primeras obras: *Himno a Santa Cecilia* y *Magnificat a cuatro voces*.

En septiembre de 1920 fue destinado a Cuba. Los Padres salesianos llegaron a Cuba al comienzo del siglo XX, en concreto a La Habana. En el año 1917, monseñor Zubizarreta les ofreció la parroquia de Nuestra Señora de la Caridad, en la ciudad de Camagüey, donde en poco tiempo fundaron un oratorio festivo y una escuela parroquial. A su llegada fue primero organista de esta parroquia y colaborador en la organización de las Escuelas Parroquiales Salesianas, encargándose de los grados superiores así como de la preparación de veladas y certámenes, y formando y dirigiendo el coro.

El 24 de mayo de 1924 fue consagrado sacerdote por Monseñor Enrique Pérez Serantes. Fue el primer salesiano que se ordenó sacerdote en Cuba y el primer sacerdote que ordenaba el obispo de Camagüey. Ese mismo día cantó la primera misa solemne, en la que ejecutó la *Misa Pontifical* de Perosi.

Permaneció en Camagüey como consejero escolástico de las Escuelas salesianas hasta finales de 1926, año en que fue trasladado a la Institución Inclán de La Habana. Después de estar poco tiempo en Santiago de Cuba como encargado de la dirección de la parroquia de María Auxiliadora, fue destinado a la casa de Guanabacoa.

En agosto de 1932 restableció el culto la iglesia del ex convento de las Carmelitas Descalzas y fundó el Secretariado Salesiano de Cooperación y Propaganda, sin abandonar sus ocupaciones en el colegio de Guanabacoa.

Dotó a la iglesia de María Auxiliadora de lo más indispensable para el culto. Fue autor y propagador en Cuba de la «Devoción de los nueve martes de San Juan Bosco», y especialmente de los nueve martes solemnes en preparación a su fiesta del 31 de enero; a él se debe el librito y la súplica tan conocida, el actual altar de mármol con su comulgatorio de la iglesia de Compostela y Teniente Rey, así como los bancos de la misma y otros detalles. Puso los cimientos y dio el primer impulso en el Rectorado de dicha iglesia.

En abril de 1936 fue nombrado director del colegio de San Julián de Güines. En 1942 fue trasladado a Guanabacoa, donde reorganizó el plan de estudios de Bachillerato.

Hacia 1946 fue destinado al colegio de Artes y Oficios de Camagüey como maestro de canto. Allí fue el

promotor de diversos certámenes y allí se dedicó también a la composición de varias de sus obras musicales, que fue publicando, y en agosto de 1949 fue nombrado párroco de la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad. Allí introdujo el carrillón eléctrico que continúa lanzando a los aires las melodías del Avemaría grabadas por él en disco. Proveyó a la iglesia de nuevos objetos de culto y a él se debe la imagen de mármol de la Virgen de la Caridad que aparece en el nicho de la fachada. Fue allí donde se le manifestó una enfermedad de corazón. En 1952 fue enviado a Valencia (España), con la esperanza de su recuperación.

En 1954 regresa a Cuba. El colegio de Guanabacoa le ofrece un gran recibimiento, por su calidad de educador benemérito, músico y poeta.

Después de tres años de enfermedad en los que aún pudo colaborar en el Boletín Salesiano, así como prestar su arte en la preparación de coros y recitaciones, falleció el sábado cinco de octubre de 1957.

En su sufragio, tal como prescriben las constituciones salesianas, se celebraron treinta misas, además de otras tres misas solemnes cantadas en la iglesia de San Juan Bosco en la Víbora. El R. P. Salvador Herrera Fons había hecho irradiar las devociones de María Auxiliadora y San Juan Bosco por toda La Habana, y la noticia de su fallecimiento se extendió por toda Cuba. A su funeral asistieron numerosos señores de la alta aristocracia habanera así como superiores salesianos; todos ellos formaron el cortejo fúnebre hasta el Cementerio de Colón en Guanabacoa, donde reposan sus restos

mortales en el Panteón Salesiano. La banda del colegio tocó una marcha fúnebre.

Obra

Salvador Herrera Fons fue compositor y precursor de la música religiosa en Cuba. Se le describió como «el sacerdote salesiano del divino arte de la música». El maestro José Luis Vidaurreta le definía con estas palabras: «Encuentro en él un músico de hechura cuidadosa cuyos recursos y conocimientos de la técnica armónica no son pocos ni vulgares, sino por el contrario originales...»

Algunas de sus composiciones son:

-*Laudate eum, omnes angeli*: misa coral en honor del Niño Jesús de Praga, para coro popular y capilla con acompañamiento de órgano.

-*Himno a Santa Cecilia* (1917).

-*Magníficat a cuatro voces* (1917).

-*Misa Coral.*

-*Ave María* para voz de barítono.

-*A María Santísima en su presentación en el templo*, loa para solo y coro unisonal con acompañamiento de órgano con letra y música del propio Salvador Herrera.

-*Plegaria Alma de Cristo* para soprano y órgano.

-*Antífona Pascual* para coro y solo con acompañamiento de órgano.

-*Himno al Santo Cristo de Limpias* a tres voces.

-*Pasodoble «Pello».*

-Himno a San José.

-Himno a la bandera cubana (música y letra).

Además, armonizó importantes misas como la del revestimiento con los ornamentos episcopales de Monseñor Serantes como arzobispo de Santiago de Cuba. Fue también autor de la música del *Himno del Graduado del Instituto de Güines* y compuso el vals *Diorama*, que recibió los elogios del maestro Félix Ratols.

Virtudes cristianas

Para conocer las virtudes del P. Salvador Herrera me serviré de dos documentos.

El primero es una carta del R. P. Esteban Chequey, S.D.B., director del colegio salesiano de Guanabacoa; está fechada el 15 de enero de 1958 y dirigida a la hermana del P. Herrera, Amparo Herrera, viuda de Casaller, que vivía en Onteniente.

«Nunca tuvo ni un solo dolor de cabeza, así se lo decía, en uno de sus últimos días a un salesiano enfermo que se le quejaba por lo mucho que le molestaban y atontaban los dolores de cabeza. El Señor permitió que la enfermedad llegara a todo su cuerpo menos a la parte más noble, la cabeza, y así pudo santificar en alto grado su bellísima alma.

En la segunda semana de agosto quiso hacer los ejercicios espirituales en unión del otro sacerdote salesiano enfermo, que poco atrás le he mencionado. Fue grande el empeño que puso en ellos; gustaba en pasar

buenos ratos hablando con él de Dios, de la Virgen Santísima, de asuntos espirituales y en especial de la vida religiosa y salesiana. El otro padre quedó admirado de su profundidad en materia teológica; pero con frecuencia tenía que indicarle que cesara de hablar, pues notaba su fatiga. Mas él parecía querer indicar su deseo de hablar de estos temas, como algo que necesitara el desahogo de su alma.

Siempre que podía hacer un poco de bien gozaba en poderlo hacer; con frecuencia salesianos de esta casa iban a su cuarto a confesarse con él, pues era grande su don de consejo y dirección de las almas. En los últimos días al encontrarle fatigado querían retirarse, mas él, recordando a nuestro padre San Juan Bosco, quiso ser apóstol de la confesión hasta el final. Recibía frecuentes visitas, en especial de antiguos alumnos suyos y de salesianos de otros colegios que fueron también discípulos suyos, que le veneraban y amaban mucho; y él, alegrándose y agradeciendo la visita, sabía siempre aprovecharla para animar y decir su buena palabra.

Mucho le alegraban las noticias del progreso de nuestra Congregación Salesiana, y en particular las que se referían a las vocaciones salesianas y a su querida Cuba. La llegada de nuevos salesianos venidos de España, que siempre le iban a saludar, y sobre todo las buenas noticias del aumento de nuevos aspirantes en nuestro seminario cubano de Arroyo Naranjo, así como su mejora y buena marcha con respecto a la formación religiosa y estudios, eran las alegrías mayores que po-

dían darle. En su amor a Cuba, su segunda patria, siempre defendía como muy aptas las vocaciones cubanas y le sabía muy mal que se dijera lo contrario. Sabía ofrecer sus oraciones, sacrificios y dolores por las vocaciones y el progreso de la Congregación Salesiana en Cuba.

Recordaba mucho a España y a su querida Valencia, y no olvidaba nunca a sus padres y hermanos difuntos. De modo especialísimo, sé que la recordaba a Vd., su queridísima hermana Amparo, y se deleitaba con su última estancia en Valencia por los años 1952 a 1954; parecía querer recrearse en recordar esa última vez que pudieron gozar ustedes dos de momentos tan felices.

A primeros de septiembre, al empezar el nuevo curso, tuvo el gusto de poder ver la inauguración del curso escolar. Los mil niños pobres de esta escuela estaban uniformados en el amplio patio, y él, desde una de las ventanas de un aula de la planta alta, pudo ver el magnífico espectáculo.

El Padre Inspector, que presidía el acto, lo divisó desde abajo y tuvo para él unas cariñosas palabras. Todavía gozó de algunos días, asomándose desde una galería a un patio interior, viendo cómo jugaban alegremente los niños. Después apenas salió de su cuarto, pero todavía tuvo fuerzas alguna vez para coger un pequeño armonio que tenía en su cuarto y retocar algunas de sus muchas composiciones musicales, con vistas a imprimirlas de nuevo con mayor perfección. Con frecuencia manifestaba su alegría al ver completamente

reformada, ampliada y hermoseada la antigua casa que él había conocido en los años heroicos, y que ya estaba transformada en este gran colegio de Guanabacoa, tan bien organizado.

Como no podía celebrar la Santa Misa, recibía la Santa Comunión con gran amor y devoción. Se confesaba semanalmente, para así conservar su bella alma más pura y hermosa. Rezaba siempre ejemplarmente todas las oraciones del manual salesiano y quería hacerlo en el librito aunque las sabía perfectamente de memoria, para así poderlas rezar mejor y con mayor devoción. Tenía en su mesita un libro de meditación y todos los días leía tres puntos de meditación. Leía cada día algunas páginas de la vida del venerable don Rúa, el primer sucesor de San Juan Bosco, a quien él tuvo la suerte de conocer de niño y hacia el cual sentía gran amor y devoción.

Estaba bien preparado para la llamada del Señor, cualquiera que fuera el momento en que llegara, que él presentía muy cercano. Su devoción a la Virgen Santísima era inmensa: al lado derecho de su cama tenía un grande y hermoso cuadro de la Inmaculada de Murillo, que podía ver y contemplar con amor. Como español de alma pura y bella amaba con delirio a la Virgen Inmaculada, y se gozaba en mirarla y rezarle.

Pocos días antes de su muerte, como estaban pintando una escalera cercana a su cuarto, le pusieron encima de su escritorio una hermosa estatuilla de María Auxiliadora, y él expresaba su alegría diciendo: «¡Qué

contento estoy de tenerla conmigo! ¡Es mi madre!». Hablando con otro sacerdote, enfermo como él, que pasaba en su compañía largos ratos, un día le dijo, refiriéndose a la saludable devoción del escapulario de la Virgen del Carmen, que él tenía muy metida en su alma: «Yo rezo todos los días los padrenuestros para ganar las indulgencias del privilegio sabatino, y espero que la Virgen Santísima me saque del purgatorio en el primer sábado después de mi muerte». Y la Virgen se mostró realmente muy generosa con él, recompensándole la gran devoción y amor que le tenía. Vino a buscarle para tenerle consigo en los primeros minutos del sábado 5 de octubre».

El segundo documento es un breve artículo titulado «Honores merecidos», del periódico *El Liberal* del municipio de San Julián de los Güines, en la provincia de La Habana (Cuba).

«Rev. padre Salvador Herrera, director del colegio *San Julián*, de Güines; propulsor de todos los prestigios de este gran plantel, donde se instruye y educa a una pléyade de jóvenes güineros. Virtuoso del piano, en el que ha sabido hacerse un nombre. Fundador y director de la Hermandad «María Auxiliadora». Hombre que sabe lo que es el cargo que ocupa y la responsabilidad que tiene.

Persona de esmerada educación, cuyo trato cautiva y cuya capacidad se demuestra en cada paso que da ese colegio.

Luchador incansable por la cultura y el mejoramiento de Güines, de labor callada, sin estridencias ni exaltaciones, pero continua y positiva.

A su vasta cultura, a sus grandes virtudes, a los sacrificios que le da la vida y que él acepta con la convicción cristiana del deber cumplido; al caballero desinteresado, al conductor de esa juventud que tanto le quiere y aprecia, vayan estas líneas como testimonio y elocuente prueba de que sabemos aquilatar méritos y rendir justicia cuando existe una realidad ante nuestra pluma».

En resumen, podemos decir que fue el P. Salvador Herrera hombre virtuoso, modelo de salesiano, excelente músico y misionero que supo llevar y extender el mensaje de Jesús por la isla de Cuba entre los más necesitados.

Saturnino Plaza Aguilar
Madrid (España)

ESCUELA DE VIDA

La contemplación, la más sublime expresión del amor del ser humano a Dios

Juan del Carmelo

Juan del Carmelo es un seglar, ya fallecido, que a finales de los años ochenta se sintió llamado por el Señor a efectuar una serie de retiros en diversos Monasterios y en los Desiertos carmelitanos de España. Se sintió muy vinculado a la Orden carmelitana, y demuestra en sus muchos libros un gran conocimiento del desarrollo de la vida espiritual.

El presente texto está tomado de uno de sus libros, titulado *Relacionarse con Dios. Aprovechar la oportunidad*, publicado en el año 2008. Otros libros suyos son: *Conocimiento de Dios, Milagros en la eucaristía*, *La huella de Dios*, *Del sufrimiento a la felicidad*, etc.

Las numerosas citas que acompañan a sus libros están tomadas de los mejores autores espirituales, en su mayoría de la Iglesia Católica.

Saturnino Plaza Aguilar

El contemplativo no es aquel que tiene visiones resplandecientes, de querubines llevando a Dios en su fulgurante carroza, sino simplemente aquel que ha arriesgado su alma en el desierto en el que no hay palabras ni ideas, donde se encuentra a Dios en la desnudez de la pura verdad, es decir, en medio de nuestra pobreza e imperfección, a fin de no volver a agarrotar nuestras almas en nuestra propia pequeñez, como si el pensar nos diese el ser.

Porque una cosa es la mística y otra muy distinta los fenómenos carismáticos que a veces la acompañan, tales como visiones, revelaciones, estigmas, intervenciones milagrosas, etc. Estos fenómenos se reducen al género de las gracias *gratis datas*, que no se ordenan de suyo a la propia santificación del que las recibe (al menos necesariamente), sino más bien al provecho de los demás.

Tampoco es la contemplación un vaciamiento interior de la mente, al estilo de las filosofías orientales.

El fin del itinerario espiritual, según estas filosofías o religiones orientales (religiones asiáticas no cristianas), según se quiera calificarlas, suele ser una absolutización del Yo o una especie de absorción del Todo, una eliminación del sufrimiento por la extinción del deseo y la disolución de la individualidad. Mientras que en cristiano, en fin último de la vida de oración es muy distinto: es el de una transformación en Dios que está frente a nosotros; una unión profunda pero que respeta la distinción de personas, justamente para que pueda haber en ellas con recíproco de amor.

Jean Lafrance escribe diciendo: Me maravilla hoy el ver a tantos religiosos y religiosas, que corren detrás de todas las técnicas orientales (que no desprecio) para aprender a orar. Me dan ganas de decirles: No vayáis a buscar entre los hindúes, mirad a vuestro perro que espera la vuelta de su dueño, sabréis lo que es esperar la vuelta de Jesucristo y, por tanto, haced oración.

Por otro lado, también hay que considerar que hay directores espirituales, que siguiendo ciertas corrientes actuales, perpetúan la noción equivocada de que la contemplación se da únicamente cuando nuestra mente consigue quedarse en blanco, solamente cuando experimentamos una sensación suave y tranquila de la presencia de Dios, o cuando logramos una calma completa y nos sumimos en cierto punto inerte de nuestro ser... Y sus dirigidos se quedan con la impresión de que Dios conecta o desconecta la contemplación, según estemos calmados o inquietos, sosegados o distraídos.

Estos directores dan a entender que la mera presencia de preocupaciones, tentaciones o conflictos es ya un impedimento a la acción transformante de Dios en nosotros y por lo tanto imposibilita forzosamente nuestra respuesta amorosa a Él... La contemplación puede estar francamente activa aun en momentos en que nos sentimos zarandeados con inquietudes, distracciones, tentaciones o marejadas, con tal de que en medio de toda esa zozobra procuremos mantener nuestra atención amorosa en Dios.

El estado de contemplación y subsiguientemente, la oración contemplativa que se practica en este estado, es un don de Dios, nosotros podemos desde luego, desearlo, anhelarlo y luchar con todas nuestras fuerzas para obtenerlo, pero solo a Dios le corresponde darnos el regalo que este don supone.

Feliz el alma, exclama Brosio (Luis de Blois), que, levantada sobre todas las cosas creadas y sobre lo que pueden sus obras, en la memoria es despojada de todas las imágenes y siente una inefable pureza, en el entendimiento recibe rayos resplandecientes o resplandores del Sol de justicia y conoce la verdad divina, en la voluntad siente un entendimiento de amor sereno o un tocamiento del Espíritu Santo, una fuente divina de donde salen ríos de suavidad eterna. De este modo es llevada a una unión excelente con Dios.

Él no llama a los que son dignos, sino a los que le place o, como dice San Pablo «Dios tiene compasión de quien quiere y usa de misericordia con quien quiere ser misericordioso. No es, pues, obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios que usa misericordia».

Lo que vamos a recibir en la contemplación, no nos pertenece y no podemos lograrlo por un acto de voluntad; solo el Señor puede introducirnos en su intimidad si es que no nos abandonamos sin resistencia, a la llamada de su corazón.

En verdad que no se concederá la contemplación a aquellos que voluntariamente se alejen de Dios, que reduzcan toda su vida interior a cumplir con rutina unos

cuantos ejercicios de piedad y actos externos de adoración y servicio, llevados a cabo como un deber. Estas personas procuran evitar el pecado y respetan a Dios como a un amo, pero su corazón no le pertenece, pues no está realmente interesado en él, si no es con la intención de asegurar el cielo y evitar el infierno, pero en la realidad de los hechos, sus mentes y sus corazones están absorbidos en sus propias ambiciones, preocupaciones, comodidades, en sus placeres y todos sus intereses, ansiedades y temores mundanos. Invitan a Dios a entrar en sus interioridades confortables solo para que les resuelva las dificultades y les otorgue sus recompensas.

La contemplación le será negada al hombre en proporción a su pertenencia al mundo. La expresión «el mundo» significa o se refiere, aquellos que aman las cosas de este mundo. No pueden recibir el Espíritu Santo que es el amor de Dios, pues, como dice San Juan de la Cruz «no pueden coexistir dos contrarios a la vez y en el mismo sujeto».

Y, sin embargo, como asegura Santa Teresa de Jesús, en principio, todos podríamos llegar a beber el agua viva de la contemplación si nos dispusiéramos como Dios quiere.

Si te conviniese llegar a la altura de la contemplación, mejor te llevará allá la gracia de Dios y su favor que mucho trabajo y esfuerzo. ¿Acaso quieres ser inmediatamente perfecto? No te desconsueles porque en esta vida no te eleve Dios a un grado más alto de contemplación, sino pídele con mucha insistencia que te

de buena humilde y resignada voluntad y así te la conserve hasta la hora de tu muerte.

No hemos de pensar que la contemplación es un algo solo propio de santos canonizados, algunos de ellos suspiraron durante años por alcanzar este estado y se fueron de esta vida sin lograrlo, en cambio a otras santas almas que ni siquiera están canonizadas, Dios les dio privilegio infusamente o sin apenas esfuerzo por parte de ellas. También se puede dar el caso de almas que viven plenamente en estado de contemplación, y no son conscientes de ello, pues solo su amor a Dios es lo que les preocupa. En general durante las primeras fases de la contemplación, no se suele ser consciente de la acción divina sobre nuestras almas, tal como afirman los autores norteamericanos Nemeck y María Teresa Coombs.

Los espíritus bienaventurados que han entrado en la unidad de la vida intra–divina todo es uno: reposo y actividad, contemplar y actuar, callar y hablar, escuchar y comunicarse, entrega amorosa que recibe y amor que prorrumpe en cánticos de gratitud.

El contemplativo construye en su interior una Jerusalén espiritual, imagen de la ciudad de Dios en el cielo. Y llegado al estado de contemplación, la amistad divina se convierte ya en el objeto del conocimiento y el ensimismamiento del alma en la mirada a su Creador. De ahora en adelante el alma no solo disfrutará de esa amistad, sino que, en cierto modo, la percibirá y la comprenderá. Esto no es otra cosa que la contemplación ordinaria. Este tipo de contemplación, consiste en que,

de un modo u otro, Dios está siempre presente en nuestros pensamientos.

En la contemplación permanecemos en el misterio, siempre disponibles a ser llevados por Dios a través de caminos que no conocemos. Es como si Dios dulcemente al oído, nos dijese: Déjalo todo y ven conmigo al desierto.

PADRE ARINTERO

PRESENTACIÓN DE SU PRIMERA BIOGRAFÍA AL CLERO DE LEÓN (1936)

Como nuestros lectores recuerdan, la primera *biografía documentada* que se escribió sobre el P. Arintero vio la luz pública en una imprenta de Cádiz, en 1936. Su autor fue el dominico leonés, fray Adriano Suárez, que concibió la obra en dos volúmenes y un total de 758 páginas. Venía trabajando en la empresa desde 1932 y recibió aprobación para editar el fruto de sus desvelos del vicario general del obispado de Cádiz, don Eugenio Domaica y de su prior provincial, el venerable mártir, en vísperas de la beatificación, fray Manuel F. Herba. Aunque el tomo segundo no dispone de colofón, en que suele indicarse la fecha de conclusión de la estampa, es cierto que corría ya por León a comienzos del verano de 1936. En plena persecución religiosa, el *Boletín oficial* del obispado incluyó una *recensión*, llamada a tener una considerable expansión por las 811 parroquias de la diócesis, agrupadas entonces en 38

arciprestazgos[1]. Es sabido que esta publicación se archivaba, se leía y, en algunas de sus partes, se presentaba a los fieles en la misa dominical. La biografía del P. Arintero interesó de inmediato al numeroso clero leonés.

La noticia de la obra, como era corriente en las «notas bibliográficas» que se incluían, no estaba firmada. Sin embargo, no era difícil adivinar quién estaba detrás del juicio crítico. Estimamos que se trataba de un sacerdote, profesor del seminario de San Froilán y, finalmente, canónigo de la catedral, llamado don Aníbal González Díez. Era un buen conocedor y devoto del P. Arintero. Nació, además, en su misma comarca de Valdelugeros (León), comenzó a enseñar en el seminario en 1911, y colaboró con breves artículos desde la fundación de nuestra revista *Vida Sobrenatural*, y hasta 1940. Los *índices* publicados dan fe de que escribió casi una cincuentena de estudios, sobre la *vida y dirección espiritual*[2].

Don Aníbal estuvo también relacionado con la devoción al «Amor Misericordioso», que tanto difundió el P. Arintero. Lo testimonia una carta suya, escrita en León, el 1º de mayo de 1922, en que queda bien patente, porque habla de la traducción del francés que hizo para nuestro autor del opúsculo titulado: *Petites Étincelles*,

[1] Se publicó en el número correspondiente al 25 de agosto de 1936, pp. 327-328.
[2] P. Fernández (ed.), *Vida Sobrenatural*, *Índices*, 1921-1995, Salamanca 1996, pp. 117-119.

sobre la mencionada devoción[3]. Esto ratificaba, aunque de manera velada como fue su estilo, fray Adriano Suárez, cuando aludía al librito francés que cayó en manos del P. Arintero: «El opúsculo *Étincelle*s fue muy bien traducido por un señor sacerdote secular, discípulo espiritual del P. Arintero, de los más adictos a su persona y doctrina, constante y benemérito colaborador de su Revista, paisano y hasta allegado a su familia (y más todavía a la nuestra) con muy estrechos lazos de afinidad» (II, 287). —Este sacerdote perteneció a la «Unión Apostólica», de origen en Francia en el siglo XIX. Nuestra revista transcribió tardíamente, en 1946 (75), una *nota necrológica* que se publicó en el *Boletín* diocesano de León, a raíz de su muerte, el 17 de enero de 1942, a los 67 años y 41 de ministerio sacerdotal[4].

Interesa en este momento recoger las *convicciones personales* del recensor de la biografía arinteriana. La esperaban desde largo tiempo *millares de admiradores y devotos* «del gran apologista de la religión, consumado teólogo místico, director espiritual de almas, siervo de Dios». Era admirado por su virtud y ciencia «realmente extraordinaria». La *biografía* se presentaba sustentada por copiosa documentación, pedida a multitud de personas que conocieron y trataron al P. Arintero: «Compañeros de niñez, profesores, condiscípulos, obispos, almas de vida santa que él dirigió». Fr. Adriano Suárez tuvo a su disposición el «archivo personal» del

[3] Antonio TORO PASCUA – José Javier VEGA BRET, *Catálogo del fondo Juan González Arintero (O.P.)*, Salamanca 2001, p. 356.
[4] Enero de 1942, p. 60.

biografiado. El resultado del ingente esfuerzo consistió en poner de relieve «las eximias virtudes del gran dominico, como la humildad y paciencia admirables».

Brilló por la caridad, el celo por la gloria de Dios, la defensa de la Iglesia católica, por el «sacrificio de sí mismo por hacer bien a las almas, el espíritu de oración, la laboriosidad asombrosa que no le permitía perder ni un minuto, día y noche, la constancia en estudiar y escribir tantas obras, sea apologéticas, sea místicas, con una erudición que a todos asombra».

Alabó don Aníbal González la presentación, en particular de las cubiertas de ambos volúmenes, «en que se contemplaba la imagen de tan venerando Padre». No señalaba más que una sugerencia para una eventual segunda edición: que se resolvieran las iniciales o abreviaturas con que nombraba a muchas personas testificantes, evidentemente para que no quedaran en el anonimato para siempre.

Fr. Vito T. Gómez García, O.P.
Sevilla (España)

BIBLIOGRAFÍA

Felicísimo Martínez Díez, *La salvación*, San Pablo, Madrid 2019, 244 pp.

El conocido autor dominico nos ofrece en este libro una reflexión actualizada y minuciosa sobre el alcance de este concepto tradicional de la fe cristiana. Constata que se ha producido una profunda sima entre el Evangelio y la cultura contemporánea y por eso no se percibe el sentido que pueda tener la idea de salvación. Este libro quisiera sobre todo «descubrir y describir experiencias humanas que permitan adivinar qué quiere significar la salvación cristiana» (p. 28). Cree el autor que gran parte de los contenidos de la propuesta cristiana son accesibles también para quien carece de fe. Hay muchas cosas en el Evangelio –y en toda la Biblia– que pertenecen a una sabiduría humana muy asequible a cualquier mentalidad equilibrada. Y está fuera de duda que Jesús, además de hablar del reino de Dios, se preocupó también de la vida terrena de la gente, de su salud física, psíquica y espiritual, beneficios de los que todo el mundo desea disfrutar. El libro destaca el valor que tienen para la «salvación integral» las conquistas que en estos tres niveles ha realizado nuestra civilización, sin negar ni olvidar ingenuamente la orientación interesada y espuria (en favor del dominio comercial, del prestigio, del poder) que muchas veces se ha dado a los progresos obtenidos. Y se detiene en tipificar lo que se entiende hoy por «espiritualidad» en contextos tanto

religiosos como seculares, distinguiendo entre espiritualidad mística (la que se abre al absoluto o a la trascendencia) y espiritualidad ética (la que se preocupa por los demás).

La salvación, en sentido cristiano, lleva consigo la idea de perdón, correlativa a la realidad del pecado, que es una categoría específicamente teológica o teologal; por eso la cultura actual en gran parte la desconoce. Está más vigente la idea de culpa, que se admite como algo que tortura en muchos casos la conciencia de las personas, si bien hoy se da una tendencia frecuente a eludir la responsabilidad y la culpa, ya sea desplazando la culpabilidad a los demás, ya sea adoptando un cierto victimismo ante el juicio del mundo. El autor distingue una orientación teológica oriental, que habla de salvación preferentemente en términos de «divinización» o elevación del ser humano a una participación en el ser divino, y una orientación teológica occidental, que ha recurrido con mayor frecuencia a conceptos emparentados con el pecado: expiación, redención, satisfacción vicaria... ¿Cómo hacerlos comprensibles al hombre de hoy? Tratando de mostrar, por ejemplo (a propósito de la «expiación»), la cara positiva del sacrificio, que cuando es libre y voluntario puede ser la mejor forma de dignificar la vida, si se entrega por una causa justa y para salvar o liberar a alguien. O ayudando a tomar conciencia (a propósito de la «redención» o rescate que supuso para nosotros la Cruz) de las esclavitudes que subsisten todavía en nuestro mundo (adicciones, opresión injusta, explotación del ser humano) y que recla-

man una urgente y profunda preocupación por la justicia. O haciendo ver (a propósito de la «satisfacción vicaria» que se atribuye a Cristo) que, si ser sustituidos o sustituir a alguien para bien o para mal ofende a nuestra pretensión de autonomía, sí valoramos positivamente la solidaridad que se pueda ofrecer cuando nos encontramos necesitados.

El autor afronta, en la última parte de su libro, las realidades extremas que el cristianismo ha denominado tradicionalmente «novísimos» (muerte, juicio, infierno y gloria), tratando de mostrar el atractivo que la fe cristiana encuentra en ellas. La muerte es el gran fracaso de la vida. Por eso normalmente se teme y hoy se trata de ocultar todo lo posible, al igual que todo lo que nos la recuerda: enfermedad, adversidad, sufrimiento de todo tipo. Y en esta época de glorificación del posthumanismo o transhumanismo la ciencia pretende acabar un día con la muerte y establecer una «inmortalidad terrena». Cabe preguntarse si esto es antropológicamente deseable (¿no forma parte la muerte de la condición humana?) y si es éticamente aceptable (los mismos científicos no se ponen de acuerdo). La cruz de Cristo nos ha hecho comprender que la muerte no solo puede ser deseable (así la contemplaron muchos místicos: como la puerta para el definitivo encuentro con Dios), sino incluso convertirse en fuente de liberación para otros, en virtud del amor que puede motivarla como colofón de una vida entregada por el bien de los demás; naturalmente, incluyendo la certeza que la fe cristiana profesa en la resurrección inaugurada por Jesús de Nazaret. Aquí no cabe demostración alguna,

solo un testimonio humilde y acreditado por el amor sincero a la vida presente de cuantos nos rodean y por la alegría de quien se sabe ya ciudadano y viajero hacia el cielo.

El «juicio final» –representado muchas veces con tintes sombríos frente al tribunal de un Dios severo– será, según nuestro autor, más bien el juicio de cada uno sobre sí mismo (ya presente en nuestro modo de obrar durante la vida), pero ante la presencia luminosa de Dios, que nos situará con total transparencia ante nuestra auténtica verdad. En cuanto al «purgatorio» –sobre el cual el dogma se ha pronunciado en contadas ocasiones, pero sí ha estado muy presente en la religiosidad popular–, esta figura querría dar a entender que nada impuro es compatible con la santidad de Dios y por tanto se hace necesaria una purificación antes de entrar definitivamente en su presencia. Finalmente, ni el infierno ni la gloria son anticipables. El infierno parece algo incompatible con la bondad de Dios y con su obra creadora; podría consistir en una autoexclusión de la salvación dependiente de la propia libertad, pero sin que podamos imaginar su figura escatológica. El cielo, a su vez, no será solo la liberación de todo mal, sino sobre todo el culmen del bien y de la felicidad; pero la salvación definitiva no puede ser definida, sino que debe ser esperada, y siempre ha de ser concebida como un don absolutamente gratuito de Dios, nunca como una conquista de nuestros méritos propios. En palabras de san Pablo, «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los

que le aman» (1 Cor 2,9). La lectura de este libro es altamente recomendable para todo aquel que quiera entablar un diálogo con el mundo de hoy a partir de lo más genuino y gratificante del mensaje cristiano.

Fray Emilio García Álvarez, O.P.

WALTER KASPER, *Padre nuestro. La revolución de Jesús*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2019, 119 pp.

El padrenuestro es ante todo oración, que no es otra cosa que acudir a Dios y ponerse en sus manos. El padrenuestro ha de superar ser oración convencional, que rutinariamente repetimos. Es el resumen de cómo vernos ante Dios en la oración y qué esperar de él. La oración que Dios escucha.

«Padre nuestro», es situar en nuestra vida el Dios de Jesús. Podemos trasladar la imagen de nuestro padre en la tierra, pero superándola, mejorándola. Dios es un padre con autoridad y amor de padre y de madre. Un padre como origen y fundamento de lo que somos. Un padre que está en el cielo, no es una energía intramundana que mueve el universo, lo trasciende. Que es nuestro, de todos, el padrenuestro es oración de paz, apunta Kasper.

Es de interés su comentario a la petición, «santificado sea tu nombre». Señala la importancia del nombre en aquel tiempo: el nombre no dice qué es, sino quién es. Supone superar el anonimato, ser alguien. Eran tiempos donde el nombre de Dios era respetado hasta

no atreverse a pronunciarlo. Era tenido en cuenta. Ahora en nuestra sociedad se tiende a olvidarlo. La santificación del nombre de Dios, propiamente, es obra del mismo Dios: «¡santifica tu nombre!», pide Jesús, según san Juan. Kasper añade: «conservar la sacralidad de Dios y de su Nombre, significa también conservar la sacralidad de la vida del ser humano, respetar su dignidad...».

En la tercera petición el autor hace una precisión y un resumen del concepto de Reino de Dios o de los cielos, que surge de las parábolas con las que Jesús indicaba «a qué se parece el Reino de los cielos». Que no está contenido en las fronteras institucionales de la Iglesia, que no es una Teocracia política, que no es querer convertir la tierra en el cielo. Que ha de ser anunciado y esperado como don de Dios; pero que cuenta con nuestro compromiso por buscar su «justicia», que es la justicia misericordiosa de Dios.

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». La voluntad de Dios no se impone a nuestra libertad, la orienta para que se dirija a dignificar nuestra vida humana. Los mandamientos es lo que pretenden, por eso se identifican con lo que hoy llamamos derechos humanos. Siempre con el mandato que recuerda Jesús en el Sermón de la montaña: «no quieras para los demás lo que no quieres para ti». Kasper aborda la pregunta que, dice, es la más complicada de la teología: ¿por qué el mal, sobre todo de los inocentes? ¿es voluntad de Dios? Es la pregunta en la cruz de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». No hay respuesta

desde la pura razón. Sí cabe sentir que Dios sigue estando presente en medio del dolor, sobre todo en quienes lo padecen. Y, al final, su voluntad es que todos se salven. Que triunfe el bien, la felicidad. Aceptar esto, dice el autor, es un don, una gracia; «una gracia que solo se puede pedir»... «Hágase tu voluntad».

En la segunda parte del padrenuestro, con la petición «Danos hoy nuestro pan de cada día, llega a expresarse nuestros deseos, necesidades y problemas terrenos». El autor precisa cómo el pan depende de factores que el hombre no puede controlar. ¡Bien lo saben los campesinos! Pero exige el trabajo humano. Un pan que no es el mío, sino el nuestro, de todos; y que es más urgente pedirlo para tantos que sufren de hambre crónica en el mundo, cuando sobra en otras partes de él. De modo ya más pleno, puede incluir el pan de vida eterna, que se significa en la eucaristía; pero sin olvidar su primer sentido. La Iglesia ha de preocuparse del pan material; pero no puede olvidar que «no solo de pan vive el hombre», y ofrecer el pan de la Palabra y de la eucaristía, advierte Kasper.

Kasper en la siguiente petición, la del perdón, resalta que nunca somos más honestos con nosotros mismos que cuando nos sentimos de verdad pecadores. Solo cuando alguien se reconoce pecador es sincero consigo mismo. Es el momento en que, además, conocemos mejor el ser de Dios: Dios es misericordia, en ella consiste sobre todo su poder, como dice santo Tomás. Esa experiencia de la misericordia de Dios ha de excitar la nuestra hacia los demás. Y medirla. Ante la injusticia

padecida, lo ajeno al cristiano es el ajuste de cuentas; lo propio, el perdón. Tas perdonar el cristiano ha de sentirse más feliz que si se vengara.

La versión alemana del padrenuestro, siguiendo la latina, pide a Dios que no nos ponga en tentación. Kasper lo entiende como pedir que Dios nos ayude en la prueba que supone vivir la fe. Dios nos ha hecho libres, no somos autómatas, vivimos en la tentación de desviarnos del plan de Dios sobre nosotros. Hemos de disfrutar de la libertad para superar la tentación; pero nos vemos débiles, por eso pedimos a Dios que no sea dura la prueba y que, en definitiva, como dicen el Catecismo de la Iglesia Católica y otras traducciones, que no nos deje caer en la tentación.

Es un texto que sirve para reflexionar sobre la oración por excelencia del cristiano. Reflexión hecha en el momento actual, que junta a las situaciones de siempre de nuestro ser, peculiaridades de nuestro tiempo. Es reflexión sobre la oración que invita a orar. A orar con sentido. Desde lo que Dios quiere de nosotros y desde la ayuda que solicitamos a Dios ante nuestras carencias y debilidades. Es una profesión de fe en el Dios de Jesús de Nazaret, nuestro Dios.

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO 2020

EDITORIAL

CONSEJO DE REDACCIÓN, Volver a comenzar siempre 1
— El desierto en la espiritualidad cristiana 81
— «Revestíos del hombre nuevo» 161
— «Gaudete in Domino» 241
— Redescubrir la belleza de rezar el Rosario en casa 321
— «Fratelli Tutti» 401

ESTUDIOS

AGUILERA, J., Hacia una conversión ecológica 256

BENÍTEZ, V., El ideal monástico de santa Teresa de Jesús en las fundaciones de doña Beatriz Ramírez de Mendoza (I) 263
— El ideal monástico de santa Teresa de Jesús en las fundaciones de doña Beatriz Ramírez de Mendoza (II) 345

CALLEJA, M. A., Ser o parecer: he aquí la cuestión 10

CEPEDANO, J.J., Historia de una entrega: la pasión de Jesús. Relato novelado de inspiración bíblica 110
— Historia de una esperanza: la pasión de María Relato novelado de inspiración bíblica 187

DI FILIPPO, D., La humildad de Dios y la humildad cristiana 94

ESPEJA, J., Sobre la contemplación.
— 1. Introducción 5
— 2. La mirada contemplativa 87
— 3. Contemplación en el ámbito religioso 166
— 4. Jesús contemplativo y contemplación cristiana 247
— 5. Distintas formas de contemplación cristiana 326

HERRERO, L., La belleza de la Misión 433

LEÓN, J.J. DE, Misionero cada día y en cada momento en cualquier espacio 28
MAESO, M.E., La paz de Jesús Resucitado 174
MUÑOZ, H., Unamuno: contradictorio y coherente... religioso 15
ORTEGA, G., El imperativo ecológico 427
PLAZA, S., La oración afectiva según el P. Juan G. Arintero, O.P., y el P. Cordeses, S.J. 177
— La evolución de la Teología según el padre Arintero 333
— Algunos efectos de la unión del alma con Dios según san Juan de la Cruz 416

LITURGIA

DI FILIPPO, D., Los salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (I) 200
— Los salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (II) 280
— Los salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (III) 362
— Los salmos en la espiritualidad y en la liturgia de la Iglesia (IV) 439
GARCÍA, E., Las imágenes: un culto discutido y necesario 121
MARTÍNEZ, M.A., La fiesta litúrgica del bautismo del Señor 34

TESTIGOS

BONET, M., Madre María de las Mercedes de la Santísima Trinidad 291
CABRERA, J.M., Santa Teresa de los Andes vista por su prima .. 372
DI FILIPPO, D., San José de Cupertino 43
GÓMEZ, V., Beato Buenaventura García Paredes, mártir 206
HERRERO, L., El beato Engelmar por dentro: urgido por el amor de Dios 131
PLAZA, S., El padre Salvador Herrera Fons, S.D.B., ejemplo de vida cristiana 447

ESCUELA DE VIDA

DEL CARMELO, J., La contemplación, la más sublime expresión del amor del ser humano a Dios 458

El P. Miguel de San Agustín, O. Carm. 52

MADALENA, T., Los sermones de Taulero en verso (I) 142
— Los sermones de Taulero en verso (II) 220
— Los sermones de Taulero en verso (III) 299
— Los sermones de Taulero en verso (IV) 384

PADRE ARINTERO

GÓMEZ, V., Figura preeminente de la teología 60
— En comunión con su iglesia local 149
— Aprecio por las reuniones de estudio 227
— Mensaje a los seminaristas, esperanza de renovación en la Iglesia 304
— Recordado por su discípulo el Padre Getino, O.P. 390
— Presentación de su primera biografía al clero de León. 465

BIBLIOGRAFÍA

CADORÉ, B., En tiempos de COVID-19. Sobre el ahora y después 393

CENCINI, A., Abrazar el futuro con esperanza. El mañana de la vida consagrada 236

CUDEIRO, V., Mística dominicana. Vivencia, doctrina e influencia 66

DE MINGO KAMINOUCHI, A., La Biblia de principio a fin. Una guía de lectura para hoy 398

ESPEJA, J. y DÍAZ SARIEGO, J., Palabra de Dios en lenguaje humano 314

FRANKL, V., Llegará un día en el que será libre. Cartas, textos y discursos inéditos 312

GARRIDO, J., Introducción a la fe cristiana. Para personas que buscan 157

KASPER, W., Padre nuestro. La revolución de Jesús 473
KREEFT, P., ¿Símbolo o sustancia? Un diálogo sobre la eucaristía entre C. S. Lewis, Billy Graham y J. R. R. Tolkien 395
KÜNG, H., La oración y el problema de Dios 70
MARTÍNEZ, F., La salvación. 469
MONTERO, D. J., Tus mandamientos son mi delicia. Una lectura del Decálogo 77
SAN ALBERTO MAGNO, Marial. Las glorias de la Virgen María 74
SAN ROMÁN, M.A., Formosa, Campo de Dios. Historia de la Iglesia católica en Taiwán (1859-1950) 317